



# CONTRA LA MAREA

Instituto Mises

Wilhelm Röpke

Foto de portada: Yenny Kartika

Publicado en 2019 por el Instituto Mises

Esta obra se distribuye bajo una licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 4.0 International.

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Mises Institute

518 West Magnolia Ave. Auburn, Ala. 36832

[mises.org](http://mises.org)

# Prólogo de Gottfried Dietze

---

El libro actual presenta estudios que reflejan la obra vital de un gran humanista y extraordinario economista y sociólogo, al que generalmente se ha considerado como el padre intelectual de la recuperación económica de Europa. El título, *Contra la marea*, ha sido una buena elección. Wilhelm Röpke no solo fue un eminente intelectual: también fue un hombre valiente que hablaba categóricamente en contra de las tendencias predominantes, independientemente de si favorecían el fascismo, el estado del bienestar o el marxismo. Su obra es una buena demostración de la afirmación de Thomas Mann de que las grandes cosas están ahí a pesar de la oposición. Röpke buscaba la verdad y mantenía su opinión de una manera que solo podían soñar los filósofos.

Poco después de la Revolución Francesa, Fichte, que consideraba la verdadera intelectualidad como la forma más elevada que la gracia divina había otorgado a los hombres, indicaba que el intelectual debía ser *moralmente el mejor* ser humano de su época, un sacerdote de la verdad, al servicio de la verdad, comprometido con la verdad, dispuesto a hacer y atreverse a todo por ella, a sufrir persecución, odio e incluso muerte. Es esta devoción de largo alcance, casi sobrehumana y tal vez verdaderamente humana la que probablemente Nietzsche tenía en mente cuando, tras estudiar los pronósticos incómodos de Burckhardt, esperaba que en el nuevo mundo feliz de secularismo los intelectuales humanizaran a los hombres después de que el cristianismo hubiera fracasado en hacerlo, incluso a costa del martirio.

Por desgracia, esta esperanza no se ha hecho realidad. En las revueltas estudiantiles actuales, nos preguntamos si deberíamos estar más avergonzados por los alumnos insurrectos o por los profesores que los apoyan o los catedráticos y administradores universitarios que permiten que les intimiden, animando un comportamiento que debe llevar a la destrucción de los mismos requisitos del humanismo: la formación y el aprendizaje libres. También nos preguntamos acerca de los profesores que, durante la década pasada, siguieron la marea, enseñando una ciencia «libre de valores» y promoviendo una devaluación de los derechos de propiedad y preparando así el terreno para la destrucción actual de los valores humanistas. El fracaso de los académicos actuales a la hora de defender los valores de nuestra civilización, de luchar contra el gradualismo socialista y el terrorismo comunista, nos recuerda el fracaso de los intelectuales

alemanes a la hora de luchas contra el positivismo y el gradualismo fascista y el terrorismo de los nacionalsocialistas de Hitler.

Wilhelm Röpke no fue uno de ellos. Con ojos azules, alto, rubio, de aspecto robusto, nacido en una parte de Alemania que es conocida por sus tipos nórdicos, no comprometido con el marxismo, Röpke podría haber obtenido todas las ventajas que el movimiento hitleriano le ofrecía. Rechazó esta tentación. Era un humanista, no un oportunista. Al haber pasado sus años de formación en los lugares en los que vivió Schiller y haber estado influido por Kant, Röpke se convirtió en uno de los grandes humanistas libertarios de nuestro siglo.

Röpke no solo predicó la libertad y el humanismo contra la marea, sino que hizo sacrificios por ellos. Siendo el catedrático universitario más joven en el mundo germanoparlante con veinticuatro años, pronto se ganó la reputación de ser un libertario. Se ha dicho que, si durante la depresión, el gobierno alemán hubiera seguido sus consejos, podría haber evitado la emergencia económica y Hitler nunca hubiera llegado al poder. Denunció el círculo *Tat*, un grupo de «acción» de intelectuales que se oponían al capitalismo, hombres que abrieron el camino al nacionalsocialismo. Pidió a los granjeros que no votaran a sus enemigos, los nacionalsocialistas. Después de que estos llegaron al poder, siguió atacándolos. Pocas horas antes de que ardiera el Reichstag, comparando a un colega con un jardinero en el sentido de la famosa frase de Voltaire en *Cándido*, «mais il faut cultiver notre jardin», decía en su funeral que «probablemente ya no se hubiera ajustado a nuestro tiempo, que está a punto de destruir el jardín de la cultura y de restaurar la naturaleza salvaje original». En Frankfurt, lugar de nacimiento de Goethe, donde Röpke dio su última clase como profesor alemán, su discurso se caracterizó tanto por un desafío al régimen de Hitler como por un adecuado pronóstico de lo que pasaría en el futuro. Poco después, se convirtió en el primer catedrático alemán que abandonaba Alemania en protesta contra el régimen.

Aceptando una invitación de Kemal Pascha, Röpke se convirtió en catedrático de economía en Estambul, donde contribuyó decisivamente a la reforma de la universidad. En 1937 entró en el Instituto de Estudios Internacionales para graduados distinguidos en Ginebra. En el verano de 1940, cuando, después de la caída de Francia, había un peligro inminente de una invasión alemana de Suiza, Röpke renunció a atractivas ofertas de instituciones estadounidenses a pesar de la persecución que le habría amenazado a él y a su familia en caso de invasión. Prefirió luchar contra Hitler desde cerca.

Pero no solo luchó contra el peligro pardo. Habiendo denunciado el marxismo al mismo tiempo que el nacionalsocialismo, Röpke nunca dudó en señalar al peligro rojo. Analizando el informe de André Gide sobre la Unión Soviética, Röpke destacaba el «terror, la uniformización de la vida asesina de la cultura, el servilismo, las mentiras de la propaganda, la miseria» en Rusia, un estado totalitario caracterizado por una ausencia de libertad y humanidad en donde los hombres llevaban la vida de los insectos. Cuando el nacionalsocialismo fue derrotado, Röpke redobló sus esfuerzos advirtiendo en contra del comunismo. Igual que antes del Tercer Reich había luchado no solo contra los nacionalsocialistas, sino también contra los intelectuales que les habían abierto el camino, ahora no solo denunciaba a los comunistas, sino también a los intelectuales, los «anti-anticomunistas» que habían ayudado a la expansión del comunismo desde la Segunda Guerra Mundial, que estaban ciegos al hecho de que el socialismo marxista era tan peligroso como el nacionalsocialismo. Advertía acerca de los ingenuos y ciegos a quienes el comunista italiano Togliatti una vez llamó «tontos útiles», los profesores de quienes el líder comunista búlgaro Dimitroff decía que valían tanto como los ejércitos rojos. Firme en el rechazo a aceptar invitaciones para unirse a sociedades profesionales que en su opinión no apreciaban suficientemente el peligro del totalitarismo comunista, Röpke advertía constantemente en contra de los acuerdos con los comunistas, creyendo que no sería posible un compromiso real con estos ni la eliminación de la desconfianza mutua.

Los nacionalsocialistas y comunistas honraron a Röpke a su manera. Los primeros le incluyeron en la lista de los profesores a destituir y prohibieron su libro *La crisis social de nuestro tiempo* (por suerte, solo después de que unos pocos cientos de ejemplares se hubieran distribuido en Alemania). En Hungría, *La crisis social de nuestro tiempo* espoleó la oposición antitotalitaria hasta tal punto que, cuando un gobierno nacionalsocialista llegó al poder en 1944, anunció inmediatamente que «se ha acabado el tiempo del röpkeísmo». En una enciclopedia publicada en Alemania Oriental, Röpke es descrito como «liberal, opositor a la URSS, sus teorías sobre “capitalismo planificado” tratan de defender y perpetuar el imperialismo». Otra sentencia decía lo siguiente: «Al identificar monopolismo y socialismo, Röpke logra más éxito que cualquier otro defensor del capitalismo monopolista a la hora de diseñar una economía política burguesa para suprimir la lucha de clases y difamar el bando socialista. Esto hace de la teoría de Röpke una de las teorías económicas burguesas más peligrosas. (...) Así que Röpke debe ser considerado un representante especialmente astuto y por tanto especialmente peligroso del punto de vista burgués moderno».

Röpke no solo luchó contra las mareas parda y roja: también luchó contra las tendencias prevalecientes y a favor de menos planificación totalitaria de la economía. Tras haber denunciado el New Deal ya en 1934, nunca dejó de tomar partido en contra de la planificación económica que proponía Lord Keynes y sus discípulos ortodoxos, que abundaban y parecían imponerse en el mundo libre. Durante la Segunda Guerra Mundial y después de esta, Röpke se mantuvo firme frente a la gran mayoría de los economistas influyentes cuando advirtió en contra de la defensa de una economía planificada y expresó su temor a que la planificación y el colectivismo impidieran la recuperación económica que creía que era inevitable bajo una economía libre.

Lo correcto de su opinión se demostró en primer lugar en Alemania. Su amigo Ludwig Erhard, ministro de economía con Adenauer y posterior canciller, ha contado como durante la guerra consiguió ilegalmente los libros de Röpke cuyo contenido «devoré como el desierto el agua generadora de vida». Erhard destacó repetidamente su deuda con Röpke cuando, contra la oposición del gobierno militar, introdujo la economía de mercado en Alemania Occidental. Los argumentos de Röpke fueron decisivos para convencer al gobierno de Alemania Occidental para rechazar las soluciones keynesianas, que sugerían los principales economistas anglosajones. El estudio de Röpke de principios de la década de 1950 sobre si la política económica alemana era la correcta demostraba el enorme éxito de la «economía de mercado socialmente responsable» de una forma tan convincente que privaba de atractivo a los programas socialistas occidentales. Röpke destacaba que la recuperación económica de Alemania no era en absoluto el «milagro» por el que acabaría siendo conocida, sino el resultado lógico de una economía libre de mercado.

Después de que se demostrara en Alemania el éxito de ese sistema económico, el amigo y colega de Röpke, Luigi Einaudi, el primer presidente de la Italia de posguerra, imitó la política económica alemana en su país. Tuvo tanto éxito que incluso hombres como el actual presidente de Italia, Saragat, socialista, se convirtieron en admiradores de Röpke. En Francia, Jacques Rueff propuso medidas similares, que llevaron a la recuperación de Francia. Otras naciones les siguieron de una u otra manera. Un continente que agonizaba después de la Segunda Guerra Mundial se recuperó gracias a la libertad.

Aun con todos estos éxitos a la hora de aplicar sus ideas, Röpke no se durmió en los laureles. Continuó siendo un agorero hasta el fin. Cuando a finales de la década de 1950 las tendencias francesas hacia la «programación» y la «planificación» fueron conocidas en todo el mundo y encontraron discípulos

especialmente en las naciones en vías de desarrollo, Röpke denunció a los «economócratas» en términos inequívocos. Receloso acerca de la situación en Alemania, advirtió continuamente que nada podía darse por sentado y pedía a los alemanes que recordaran siempre reaplicar las fórmulas originales del éxito en el ámbito de la política económica. Hasta el final, Röpke vio a la economía de mercado amenazada por el intervencionismo, la inflación y la demagogia del estado del bienestar.

Y aun así, el neoliberalismo, del que Röpke fue un exponente destacado, no se oponía en modo alguno a toda acción estatal. Como implica su nombre, no era idéntico al liberalismo de la Escuela de Manchester, al *laissez faire* que permitía monopolios. Una economía de mercado viable, según Röpke, requiere un gobierno eficaz que establezca y mantenga un sistema monetario y fiscal estable y garantice la competencia restringiendo los monopolios. Aunque el gobierno no debería interferir en los mecanismos de oferta y demanda, para no inducir un orden económico planificado y colectivista, sí debería intervenir para defender el sistema contra su abuso. Para Röpke, el estado ya no tenía la función de un vigilante nocturno, como en el liberalismo del siglo XIX. Sintetizando la antítesis tradicional del *laissez faire* y la planificación, estaba a favor de un orden bajo el cual el individuo disfruta del máximo de libertad y respeta la libertad de sus conciudadanos. Como escribía a un amigo, Lord Acton destacaba que el poder solo *tiende* a corromper. El gobierno ha de preferirse a la anarquía. En una sociedad humana, no hay espacio para una *bellum omnium contra omnes*.<sup>1</sup> Una economía de mercado no es un fin en sí misma, sino un medio para el bienestar del individuo. Es un requisito necesario, pero no suficiente, para una sociedad libre, feliz, próspera y justa: «El sino de la economía de mercado, con su mecanismo admirable y absolutamente irreemplazable de la oferta y la demanda se decidirá más allá de la oferta y la demanda». La economía de mercado solo podría sobrevivir como *Una economía humana*. «Hecha a la medida del hombre», esa economía protegería al individuo contra las masas. Revitalizaría la cultura occidental, que está amenazada por una civilización cuantitativa, con la carga de una mecanización sin alma e igualada mediante una estandarización sin rostro. Röpke complementaba el neoliberalismo con el neohumanismo. Gran portavoz de una sociedad libre, estaba a favor de «la medida y la moderación» y se oponía al extremismo y la exclusividad ideológica.

---

<sup>1</sup> *Una guerra de todos contra todos* (N. del t.).

Como su gran predecesor, Adam Smith, Wilhelm Röpke evolucionó: de ser un defensor de la libre empresa, pasó a convertirse en un filósofo moral. Algunos de sus amigos liberales eran partidarios de una aproximación más exclusivamente científica y técnica y le acusaron de ser excesivamente neoliberal. Pero tal vez Röpke, creyendo como Rabelais que «la ciencia sin conciencia significa la ruina del alma», en realidad se acercó más al verdadero liberalismo de lo que se pensaba en un principio como un antídoto contra la opresión de cualquier tipo.

Cuando Röpke rechazó una invitación a incorporarse a la International Political Science Association debido a su opinión de que la asociación había cometido una *trahison des clercs* al aceptar miembros de naciones comunistas, escribió: «Durante más de un cuarto de siglo he dedicado todas mis fuerzas a luchar contra la peste de nuestro tiempo, que es el totalitarismo en todas sus formas y colores, pardo o rojo, y sabéis que en esta lucha no he dudado en exponerme a los peligros más grandes y en preferir el exilio y el abandono de mi carrera a la sumisión». Realmente era, en el sentido de Benda, un *clerc* que mantenía la fe. Y su fe se oponía no solo al totalitarismo, sino también al cientifismo moderno, el intelectualismo y la indiferencia moral, a la tendencia a hacer de la actualidad intelectual un fin en sí mismo, a experimentar con los hombres y tratarlos como materia prima en el proceso de producción industrial.

Siguiendo la admonición de Fichte de que «el intelectual debe olvidar lo que ha hecho tan pronto como lo ha hecho y pensar solo en lo queda por hacer», Röpke se convirtió en uno de los intelectuales más prolíficos de su tiempo. Cuando murió, su interminable y valiente lucha contra el *zeitgeist* fue alabada por personalidades que iban desde el presidente de Italia y el canciller de Alemania a representantes sindicales. En su *Admonición a los alemanes*, Nietzsche escribía: «Queremos ser escuchados, pues hablamos como agoreros y la voz del agorero, sea quien sea y dondequiera que pueda sonar, siempre tiene razón, pues estáis destinados a tener el derecho a decidir si queréis considerar a vuestros agoreros hombres sinceros y sabios que solo hacen ruido porque estáis en peligro y que temen encontraros silenciosos, indiferentes e ingenuos». Cuando se escuchaba a Röpke, como cuando se adoptó una política económica neoliberal, los resultados fueron evidentes bondades para pobres y ricos, las guerras contra la pobreza con mayor éxito que se hayan librado nunca. Ahora que el mundo ha perdido a este gran centinela, debería siempre tener en mente las advertencias de su obra.

El siguiente ensayo ofrece un muestrario de esa obra.

Universidad Johns Hopkins, 10 de octubre de 1969.



## Parte I: República de Weimar, totalitarismo pardo y Segunda Guerra Mundial



# I. Sobre los problemas de transferencia de los movimientos internacionales de capital

Discurso realizado el 21 de mayo de 1930 en la Nederlandsche Handelshoogeschool en Rotterdam y publicado posteriormente en *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, Vol. cxxxiii (1930).

Hace unos años, uno de los intelectuales distinguidos a quienes la economía holandesa debe su excelente reputación publicaba un artículo titulado «Das Geld als Quelle von Missverständnissen im internationalen Gütertausch» [«El dinero como fuente de confusiones en el intercambio internacional de bienes»].<sup>1</sup> Contiene la siguiente frase, que me gustaría tomar como punto de partida: «Creo que sería estupendo ser comunista, vivir en un mundo que no necesite dinero, para ser capaz de ver en sus términos más sencillos los muchos problemas económicos que son ahora una fuente de numerosas confusiones». ¡Qué cierto es eso! Y ese deseo no se siente nunca más urgentemente que cuando se trata de entender uno mismo y transmitir a otros una comprensión clara de los intrincados procesos del comercio internacional. Pero, aunque nuestro deseo, algo frívolo, tenga que permanecer incumplido, no hay nada que nos impida saltar de la realidad al ámbito de la imaginación y tratar de aclarar nuestras mentes descubriendo cómo este o aquel proceso, cargados con todas las complicaciones de nuestro sistema económico moderno, tendrían lugar en la idílica simplicidad la utopía de una economía sin dinero y sin mercados. Un intento de aplicar este método al proceso de los movimientos internacionales de capital, que está hoy en discusión y no tiene que describirse con detalle ante esta audiencia, daría el siguiente resultado.

Imaginemos dos economías socialistas, comparables a dos empresas gigantescas, y supongamos que debido a alguna deuda comercial o política hay que transferir cierta suma de capital de una economía a la otra. Está claro que la primera pregunta sería si la economía deudora es capaz de conseguir la suma requerida interiormente sin perjuicio para el presente o futuro de la vida de sus

---

<sup>1</sup> A. van Gijn, «Das Geld als Quelle von Missverständnissen im internationalen Gütertausch», *Weltwirtschaftliches Archiv*, vol. xix (Enero de 1923), pp. 81 y ss.

habitantes. Incluso esta pregunta adoptaría una forma simplificada en comparación con el actual estado de cosas, dado que estado y economía serían idénticos, mientras que en el nuestro, por un lado, el estado es una autoridad que grava con impuestos y, por el otro, la economía es la suma de unidades económicas individuales donde la corriente de la renta nacional recauda y crea un fondo del que el estado toma mediante métodos más o menos imperfectos. Pero en nuestro ejemplo son más importantes las siguientes preguntas, que son: en qué forma hay que transferir la suma de capital y de qué manera se entrega a la economía receptora. El dinero se excluye por suposición. Así que la suma de capital solo podría tomar la forma de bienes reales a seleccionar por una comisión de delegados de ambos países, con dos criterios: primero, dependiendo de si el país deudor tiene suficientes existencias de este o aquel bien y puede disponer de él sin perjuicio para un nivel mínimo de vida para sus propios habitantes y, segundo, dependiendo de qué bienes son más urgentemente demandados en el país acreedor. No cabe la menos sombra de duda de que la deuda solo puede pagarse en forma de bienes (o servicio). El significado de la transacción por el que una cierta cantidad de bienes se tomarían de un país y se entregarían sin correspondencia al país acreedor es clara y brutalmente evidente. Pero varias otras características del proceso se ven igualmente con luz más clara. Por ejemplo, es bastante concebible que el país deudor por su parte pueda reunir internamente los recursos requeridos, en el sentido de que puede dejar a un lado de su producto social una cierta cantidad de bienes, por ejemplo, vino y cigarrillos y hacer que estos bienes estén disponibles para ser transferidos al otro país sin perjuicio de su propio futuro, salvo que ese el país acreedor por desgracia resulte ser Estados Unidos, que, como podemos imaginar sin grandes alaracas, no solo ha prohibido el alcohol, sino también el tabaco. ¿Qué pasa entonces? La comisión no llega a ningún acuerdo: habría sido posible conseguir los recursos, pero su transferencia es imposible. El problema de la transferencia, por usar la expresión del Plan Dawes, que ha ganado aceptación rápidamente, ha aparecido como un problema independiente de los problemas de las adquisiciones nacionales.

Consideremos otro caso. Parece darse por hecho que la recepción gratuita de recursos, como la recepción de un regalo, no puede sino suscitar alegría. ¿No hay también regalos a los que mirar con sospecha, como un caballo de Troya? Aquí de nuevo nuestra economía imaginaria sin dinero ni mercado nos ayuda a ver más claro, en la medida en que destruye sin piedad la idea de que un país acreedor puede embolsarse con alegría los recursos a transferir igual que una suma de dinero. Si el país acreedor quiere que le paguen, tiene que aceptar un pago en la única forma en que puede hacerse, es decir, en forma de bienes. Pero de nuevo

podemos imaginar una constelación de circunstancias que impidan que las transferencias se hagan con facilidad. Supongamos que los bienes que el país deudor puede suministrar también los fabrica el país acreedor en cantidades suficientes como para atender la demanda en comparación con la cobertura de otras categorías de demanda. Salvo que se pueda inducir al país deudor a ajustar su producción de acuerdo con ello, debido a las crecientes dificultades del país acreedor para aceptar esos bienes en competencia (dificultades que tienen su paralelismo en los aranceles proteccionistas de los países acreedores en las condiciones actuales), ese ajuste tendría que hacerlo el país acreedor. Aquí hay un nuevo problema que nos debería hacer meditar y que señala las dificultades reales que debemos estar preparados para encontrar.

Un grupo final de complicaciones aparece si abandonamos el supuesto de que solo dos países están implicados e insertamos terceros países en nuestro proceso imaginado. Por ejemplo, podemos suponer que un tercer país especialmente rico anticipa los recursos requeridos al país deudor y así pospone el momento en que este último tiene que empezar inexorablemente a transferir recursos en forma de bienes y servicios, por supuesto, al precio de que el país deudor, además de la suma original, debe ahora pagar también su deuda con el tercer país. Pero es mejor que no nos ocupemos aquí de todas las implicaciones de estas complicaciones, para no alargar la propuesta hasta el punto del aburrimiento. Por el contrario, trataremos la cuestión de cómo todo el proceso que acabamos de considerar sobre el supuesto simplificador de una economía sin dinero tiene lugar en el mundo real, en el que las complicaciones que crean el dinero y el mercado han causado que aparezca una ciencia especial a la que se llama economía.

## I

Dado que en nuestro orden económico el dinero es meramente un medio indispensable de intercambio, un apunte de transacciones que desaparece en las cuentas finales y no altera en modo alguno el hecho de que en definitiva se están intercambiando bienes y servicios por bienes y servicios, debemos esperar que los movimientos internacionales actuales de capital no difieran esencialmente de los explicados en el ejemplo inicial, utópico y socialista. Y realmente es así con respecto a lo más importante, pues resulta que hoy un movimiento internacional de capital, en último término, equivale a la transferencia de un volumen equivalente de bienes y servicios del país deudor al acreedor.

En otras palabras, todo movimiento internacional de capital se resuelve en una transferencia de bienes y servicios y solo así cumple su sentido real de

aumentar los activos económicos de un país a costa de los de otro, por supuesto, siempre que ningún flujo de capital se mueva simultáneamente en dirección opuesta. Un movimiento internacional de capital debe, por tanto, causar un déficit de los bienes y servicios contabilizados en la balanza de pagos del país de origen y un superávit en la cuenta de bienes y servicios del país receptor. Si se hace que la cuenta de bienes y servicios incluya todos los bienes visibles e invisibles que cruzan la frontera, la conclusión estricta e inevitable es que la estructura de dicha cuenta de bienes y servicios es la imagen reflejada de la estructura de la cuenta de capital. La cuenta de bienes y servicios está en superávit siempre y solo cuando la cuenta de capital está en déficit y está en déficit siempre y solo cuando la cuenta de capital está en superávit. Si en el balance fluye más capital fuera del país del que entra, entonces el flujo de salida de bienes y servicios excede al de entrada y viceversa. El superávit o déficit en la cuenta de bienes y servicios, por tanto, es siempre solo la expresión y consecuencia de un déficit o superávit correspondiente en la cuenta de capital. Todas las cuentas de bienes y servicios del mundo se compensan y el teorema de que en último término los bienes y servicios se intercambian por bienes y servicios se vería confirmado si no fuera porque los movimientos internacionales de capital cancelan la igualdad de los dos términos en el *quid pro quo*.

Cualquiera que haya entendido estas relaciones sencillas dejará por tanto de ser uno de quienes consideran un superávit comercial como favorable y un déficit comercial como ominoso y tampoco será una de las innumerables personas cuyas caras resplandecen cuando los últimos resultados comerciales muestran que la balanza comercial es positiva y muestran un gesto preocupado cuando la prensa informa de otro nuevo déficit comercial. No hay razón para pensar que un déficit comercial como tal es bueno y un déficit comercial como tal es malo una vez se ha entendido que la estructura de bienes y servicios es un mero reflejo de la cuenta de capital, que la cuenta de bienes y servicios *debe* tener superávit cuando las exportaciones de capital exceden las importaciones de capital y que *debe* tener déficit cuando las importaciones de capital exceden las exportaciones de capital. Una balanza comercial es negativa, no porque la economía funcione con pérdidas y sea «inviabile», sino porque, en su conjunto, recibe del exterior más capital del que desembolsa allí. Igualmente, una balanza comercial es positiva, no porque la economía funcione dando beneficios y haya un estallido de riqueza, sino porque, en su conjunto, exporta al exterior más de lo que recibe de allí.

Sin embargo, no supone una gran diferencia para una economía hacia dónde fluye el capital de entrada y salida. Pueden distinguirse cuatro casos a este respecto.

1. El caso de una nación que no usa alguna porción de los ingresos de la exportación regular para importar, sino que los deja en el extranjero como inversión de capital y así *se convierte* en lo que llamamos un país acreedor (el caso del país acreedor emergente). El capital sale del país para la creación de una posición acreedora. La cuenta de capital está en déficit y en la misma medida convierte a la cuenta de bienes y servicios al *superávit*.

2. El caso de una nación que, gracias a un aumento constante de sus inversiones de capital en el extranjero, acaba llegando al punto en que la suma de intereses, dividendos y pagos excede la cantidad de nuevas inversiones en el extranjero (el caso del país acreedor puro). Las exportaciones de capital para la creación de una posición acreedora dan ahora fruto en forma de entradas netas de capital, la cuenta de capital pasa a tener *superávit* y la cuenta de bienes y servicios a tener *déficit*.

3. El caso de una nación que incurre en deudas en el extranjero y debido a este endeudamiento puede importar bienes y servicios del exterior sin pagar por ellos en este momento (el caso de un país deudor emergente). La cuenta de capital está en *superávit* y correspondientemente la cuenta de bienes y servicios en *déficit*.

4. El caso de una nación que, a medida que incurre en más deudas en el extranjero, acaba llegando al punto en que la suma de sus salidas por pagos de intereses, dividendos y liquidaciones excede a la suma de las nuevas deudas, de forma que una porción de los ingresos por exportaciones correspondientes con ese exceso ya no puede usarse para importaciones, sino que sirven como una transferencia unilateral al extranjero (el caso de un país deudor puro). La cuenta de capital está en déficit y correspondientemente la cuenta de bienes y servicios en *superávit*. Esta categoría incluye el caso que se describe eufemísticamente como «deuda política», para denominar el caso cuyo mejor ejemplo son las indemnizaciones alemanas, es decir, un caso en el que la reclamación del acreedor no deriva de créditos previos para propósitos comerciales y por tanto constructivos, sino de una mera disposición política. La característica especial de la deuda política es, por tanto, que no se ha visto precedida por una importación de capital que aumente el potencial económico del país deudor, sino que, como en el caso de las indemnizaciones, eso está ligado a un proceso que ha debilitado enormemente dicho potencial.

Nadie que quiera evitar las dificultades de actuar burdamente como un aficionado debería perder de vista el modelo precedente al discutir cuestiones de comercio exterior. Hay, por tanto, cuatro posibles casos de *superávit* o *déficit* en

la cuenta de bienes y servicios y estos, a su vez, pueden agruparse por pares desde el punto de vista de un exceso de importaciones de capital o de exportaciones de capital. Pero las importaciones de capital o las exportaciones de capital son de un carácter muy distinto para los diversos casos. Las hay provisionales y definitivas. La exportación de capital es provisional en el caso del país acreedor emergente y definitiva en el caso del país deudor puro y la importación de capital es provisional en el caso del país deudor emergente y definitiva en el caso del país acreedor puro. Consecuentemente, el superávit en la cuenta de capital es, o provisional, o definitivo. En el primer caso, la importación conlleva la condición de una liquidación posterior; en el segundo, no. Lo mismo es aplicable al déficit en la cuenta de capital. Desde este punto de vista, los diversos casos posibles la balanza comercial positiva o negativa pueden agruparse así:

1. La balanza comercial es positiva porque la cuenta de capital está en déficit. Este déficit puede ser: (a) definitivo (país deudor puro); (b) provisional (país acreedor emergente).

2. La balanza comercial es negativa porque la cuenta de capital está en superávit. Este superávit puede ser: (a) definitivo (país acreedor puro); (b) provisional (país deudor emergente).

Ilustrar estos cuatro posibles casos de superávit y déficit en la balanza comercial mediante ejemplos concretos de países concretos es extremadamente difícil, porque las únicas cifras razonablemente fiables son las que se refieren a la actual cuenta de mercaderías, mientras que las que se refieren a las cuentas de servicios y de capital son meras estimaciones, que son aún más vagas cuanto más nos remontamos al pasado. A partir de estas reservas, puede decirse lo siguiente acerca del desarrollo de la balanza comercial alemana como ejemplo más a mano.

La balanza comercial de Alemania estuvo en superávit hasta mediados de los ochenta de siglo XIX (caso de país acreedor emergente). Luego pasó a tener déficit, que en 1899 había llegado a casi 1.500 millones y a continuación, hasta 1914, fluctuó aproximadamente en torno a 1.000 millones. ¿Cómo se explica este déficit comercial anterior a la guerra? En parte por el hecho de que Alemania entonces tenía un apreciable superávit en la cuenta de servicios (recibos netos debidos a fletes internacionales, banca, seguros, etc.), aunque este superávit indudablemente no era lo suficientemente grande como para explicar todo el déficit comercial. Por tanto, tendrá que asumirse que Alemania tenía un déficit en la cuenta de bienes y servicios antes de la guerra, por lo que solo hay una explicación, que es que Alemania había llegado entretanto a una etapa en su



desarrollo en el que las ganancias de capital en el exterior (que cuando estalló la guerra habían crecido hasta aproximadamente 28.000 millones) excedían todos los años las nuevas inversiones (caso de país acreedor puro). La guerra desposeyó a Alemania de esas inversiones y la convirtió de país acreedor a país deudor. El déficit comercial alemán (que se veía en parte compensado por un superávit en la cuenta de servicios) ascendió a unos 2.300 millones de marcos en 1925, 2.800 millones en 1927 y 1.200 millones en 1928; solo en 1926 el balance comercial registró un superávit de 859 millones de marcos, debido a la crisis económica de ese año y el consecuente giro radical en la cuenta de capital. En concreto, Alemania aceptó créditos extranjeros de todo tipo por una cantidad aproximada de unos 12.000 millones de marcos entre 1924 y 1928 y se convirtió así en el principal país deudor del mundo.

Tras pasar así sucesivamente a través de las etapas de país acreedor emergente, país acreedor puro y país deudor emergente, deberá llegar inexorablemente el momento en que la suma de los pagos pendientes en el exterior por intereses, dividendos, liquidaciones e indemnizaciones exceda la suma de los nuevos créditos contratados. En una curva en gradual aumento y sometida a muchas fluctuaciones, la balanza comercial de Alemania se moverá del equilibrio al superávit y será un superávit que, en la medida en que Alemania sea capaz de cumplir con sus obligaciones derivadas de sus deudas comerciales y, sobre todo, la deuda política de las indemnizaciones, puede llegar a un punto en que tal vez no pueda ni siquiera imaginar en la actualidad. Pero la gran cuestión, que constituye el verdadero contenido del problema de la transferencia, es si esa inversión en la balanza comercial se producirá o no sin grandes perturbaciones, o realmente con perturbaciones tan grandes como para frustrar toda transferencia de capital. Esta es la cuestión de debemos tratar ahora.

## II

Espero haber dejado claro más allá de cualquier duda que no hay ninguna base en absoluto para creer, en relación con el síndrome antes mencionado de la balanza comercial, que el problema de la transferencia en movimientos internacionales de capital es una cuestión de la balanza comercial en el sentido de que un superávit previo en la balanza comercial del país deudor es una *conditio sine qua non* para cualquier transferencia de capital. De acuerdo con esta teoría extraordinariamente popular de la transferencia, el volumen del superávit comercial que puede alcanzarse va a determinar el grado en que es posible una transferencia. Sean cuales sean los esfuerzos que pueda hacer internamente un

país para recaudar la suma de capital, si los dioses envían vientos desfavorables para el flujo de bienes a través de las fronteras, esta suma debe quedarse quieta y esperar, como el ejército de los aqueos en Áulide, mientras los sumos sacerdotes de la economía se entretienen con sus hechizos y suplican a los dioses el milagro de un superávit comercial.

¿Hay que tomar realmente en serio esta teoría y merece la pena la molestia de ocuparse de ella con detalle? Debería pensar que ante esta audiencia bastaría sencillamente con decir que la teoría de la balanza comercial invierte la relación y olvida que un superávit comercial solo puede aparecer en presencia de una transferencia que ya no viene acompañada por importaciones netas de capital y ni un momento antes. No es la balanza comercial la que determina la transferencia, sino la transferencia la que determina la balanza comercial. Y con esto hemos demolido también una opinión igualmente extendida, que es la de que deben aplicarse todas las armas medievales en la armería de la política comercial exterior para intentar que el balance comercial sea positivo y así crear las condiciones para la transferencia de capital. Lo mismo vale para cualquier intento del país receptor de movilizar su política comercial contra el déficit comercial que conllevan las importaciones netas de capital.

Este último caso muestra de forma especialmente clara lo insostenible de todos esos argumentos. Pues ¿qué puede lograrse si un país importador de capital aplica su política comercial para tratar de corregir este déficit comercial? Como el déficit comercial es una consecuencia inevitable del superávit importador en la cuenta de capital, no puede disminuirse de otra forma que no sea recortando las importaciones de capital. Por tanto, obstruir las importaciones de mercancías mediante aranceles aduaneros solo puede tener la consecuencia de disminuir importaciones y exportaciones en igual medida, mientras que el superávit de importaciones sobre exportaciones sigue siendo tan grande como antes. El volumen total de comercio exterior disminuye, pero no la diferencia entre el volumen de importaciones y el volumen de exportaciones. Lo único que se ha logrado es que el inexorable superávit importador se deba más a una disminución de las exportaciones que a un aumento en las importaciones. En todos los casos, la cuestión no es *si* habrá un balance comercial positivo o negativo, sino solo a *cómo* se produce: más por cambios en el lado exportador o más por cambios en el lado importador. Y con respecto a los pagos futuros de indemnizaciones por parte de Alemania, la cuestión no será, por tanto «¿Superávit comercial o no?», sino «¿Más exportaciones o menos importaciones?», al ser indeseable la vía de disminuir las importaciones

precisamente en la medida en que se induce artificialmente mediante aranceles o restricciones a la importación.

Ahora que hemos descartado la teoría de la balanza comercial, queda aclarado el terreno para investigar el verdadero problema de la transferencia. El problema es este: ¿Cuál es la naturaleza del mecanismo que produce esa esa relación alterada entre exportaciones e importaciones que es la expresión necesaria de una transferencia internacional de capitales? O podemos plantear la pregunta equivalente: ¿Qué garantías hay en el mecanismo de transferencia que impidan que dicha transferencia ponga en riesgo la estabilidad de la moneda al causar una desproporción entre oferta y demanda en el mercado de divisas?

Este mecanismo se ha descrito tan a menudo que aquí debería bastar con un simple esquema.<sup>2</sup> Simplificado esquemáticamente, el proceso puede imaginarse como sigue.

1. El país deudor año tras año acumula un fondo para cubrir sus pagos de deudas y lo hace por el medio habitual de la política fiscal, es decir, sin recurrir a la inflación.

2. Esto implica una contracción de la oferta monetaria total en el país deudor y, por razones que no hace falta explicar aquí, lo mismo es aplicable si el fondo se acumula mediante ventas en el mercado abierto.<sup>3</sup>

3. Esta contracción implica una presión relativa a la baja sobre los precios en el país deudor.

4. En consecuencia, el país deudor se convierte en un buen mercado para comprar, pero malo para vender, así que las importaciones tenderán a disminuir y las exportaciones a aumentar.

5. Como consecuencia adicional, la demanda de divisa extranjera disminuye, mientras aumenta su oferta.

6. El mercado de divisas está así adecuadamente preparado para una conversión de las sumas de capital pendientes de transferir al exterior en la divisa

---

<sup>2</sup> Ver W. Röpke, «Das Reparationsproblem» (Protocolo de la conferencia de Pyrmont), 1929, pp. 329 y ss.

<sup>3</sup> Ver W. Röpke, «Neuere Literatur zum Reparationsproblem», *Zeitschrift für Nationalökonomie* (1930), p. 1.

del país acreedor. La presión que ejerce esta conversión sobre la moneda nacional lleva automáticamente a una mejora aún más considerable en la situación ya favorable para las transferencias del mercado de divisas, ya que disminuirá la demanda de otra divisa y aumentará su oferta.

7. La presión a la que está así sometido el tipo de cambio de la moneda del país deudor, y que puede empujar el tipo de las divisas de los países acreedores al nivel más alto del oro, fuerza al mismo tiempo al banco central del país deudor a proteger sus reservas de oro aumentando su tipo bancario, restringiendo así el volumen del crédito y reforzando, por tanto, la tendencia existente a que las exportaciones aumenten y las importaciones disminuyan.

8. La última etapa es aquella en la que las unidades de divisa del país acreedor adquiridas por el país deudor se entregan a los receptores en el primer país. Esto significa un aumento equivalente en la oferta monetaria del país acreedor, con una tendencia consecuente de los precios a aumentar, las importaciones a expandirse y las exportaciones a caer, de forma que el mercado se ve automáticamente preparado para exportaciones adicionales desde el país deudor. Cualquier posible importación de oro refuerza esta tendencia, igual que el estado del mercado de divisas, tal y como se describió antes, y la política de crédito correspondientemente liberal del país acreedor.

Por tanto, si el mecanismo de transferencia así descrito funcionara sin fricciones, podríamos esperar que la suma recaudada internamente en el país deudor se reflejara en una disminución igualmente grande en la oferta monetaria local del mismo país, cuya disminución, a su vez, equivale al cambio en la proporción de las exportaciones e importaciones visibles e invisibles de Alemania y equivale al cambio opuesto en las exportaciones e importaciones de los países acreedores y equivale a la suma que recibe el país acreedor y finalmente equivale al aumento de la oferta monetaria equivalente en el país acreedor.

La existencia de relaciones del tipo aquí brevemente descrito raramente es negada en círculos acreditados, especialmente desde que la teoría se ha confirmado por la experiencia, con el testimonio de las más recientes importaciones de capital en Alemania, que se produjeron sin absolutamente ninguna estridencia a pesar de sus gigantescas proporciones. Puede haber alguna duda acerca de la efectividad de uno u otro engranaje en el mecanismo descrito o uno podría ser sustituido por otro, pero el *principio* del mecanismo de transferencia en las transferencias internacionales de capital puede sin duda considerarse como aceptado ahora mismo, al menos entre los *expertos*.

Este acuerdo sobre los principios se extiende en particular también a la convicción de que el problema de las transferencias monetarias, en el sentido de que la acumulación interna con éxito de la suma requerida podría poner en peligro la divisa del país deudor o (como se ha sugerido seriamente) la del país acreedor, es en realidad un falso problema que no tiene que causar ningún dolor de cabeza. Pero esto no elimina todo el contenido del problema de la transferencia, ni ese problema mismo se expone como un falso problema que pueda tratarse con ligereza. Una pregunta importante que todavía ha de considerarse como abierta y que requiere una respuesta es si el mecanismo de transferencia está tal vez sometido a tales dificultades de fricción y ajuste que puedan suponer una carga adicional sobre el país deudor más allá del valor nominal de la suma de capital a transferir o incluso pueda afectar razonablemente a todo el mecanismo de transferencia. Esta es la cuestión de la que se ocupa hoy la discusión del problema de la transferencia y de la que nos ocuparemos a continuación.

### III

La cuestión más importante en este contexto es hasta qué punto es necesaria una especial *presión sobre los precios* en los bienes del país deudor para el establecimiento de un nuevo equilibrio en las relaciones internacionales en el caso de transferencias internacionales de capital.<sup>4</sup> ¿Es necesario que el país deudor, que necesita exportar más debido a la transferencia de capital, encuentre un hueco en mercado mundial para exportar a precios más bajos que sus competidores y aceptar así una deflación relativa de su nivel de precios? ¿O, por usar el lenguaje de la teoría del comercio exterior, es necesario para los términos internacionales del comercio ir contra el país deudor para que pueda producirse un nuevo equilibrio en el mercado internacional de productos? Si esta pregunta

---

<sup>4</sup> Ver lo siguiente entre la literatura reciente: F. W. Taussig, *International Trade*, Nueva York, 1927; J. M. Keynes, «The German Transfer Problem», *Economic Journal*, Marzo de 1929; B. Ohlin, «The Reparations Problem», *Index* (Svenska Handelsbanken, Estocolmo), nº 27 (Marzo de 1928) y nº 28 (Abril de 1928); B. Ohlin, «Transfer Difficulties, Real and Imagined» y la respuesta de Keynes, *Economic Journal*, Junio de 1929; G. Haberler, «Transfer und Preisbewegung», *Zeitschrift für Nationalökonomie*, I, 4 (1930), pp. 547 y ss.; F. Machlup, «Transfer und Preisbewegung», *ibid.*, pp. 555 y ss.; W. Röpke, *op. cit.*; B. Ohlin, «Transfer und Preisbewegung», *Zeitschrift für Nationalökonomie*, I, 5 (1930), pp. 762 y ss.

tiene que responderse afirmativamente, deben esperarse consecuencias de largo alcance en dos direcciones.

Primero, la presión deflacionista o, lo que en realidad equivale a la misma cosa, el deterioro en los términos comerciales internacionales del país deudor significa que, además de la carga primaria de aumentar la cantidad nominal de pago de deuda, el país deudor se encuentra sometido a una carga secundaria que encuentra su expresión en el menor valor atribuido a los factores de producción en el país deudor o, en otras palabras, menores rentas monetarias y especialmente salarios menores. Dicho de forma breve: Para que Alemania pague las indemnizaciones, los trabajadores alemanes no solo deben renunciar a algo de su renta en forma de impuestos, sino que la misma renta de la que se deducen los impuestos es más baja de la que habría sido sin la obligación de pagar indemnizaciones. Pero este aumento en el valor real de las indemnizaciones en modo alguno recae sobre los países acreedores: sería sencillamente el precio por la perturbación del equilibrio económico internacional debido al pago de las indemnizaciones. Sería otro ejemplo más del caso, no infrecuente en asuntos económicos, de que la pérdida de una parte no es la ganancia de otra o al menos puede haber una completa desproporción, como en el caso de un hombre que incendia la casa de su vecino para hacer sopa para la cena. Si las cosas son realmente como aquí se supone que son, la transferencia de capital, por las graves perturbaciones que implica para el equilibrio económico internacional, hace un daño considerable también a los países acreedores, así como a terceros países afectados mediante el nexo del comercio mundial. Por tanto, lo más importante es ser muy claros en este asunto.

La mejor aproximación a una respuesta correcta a la cuestión de la *necesidad de que la presión de los precios constituya una carga secundaria sobre el país deudor, así como una perturbación para el equilibrio económico internacional* es distinguir dos grupos de opiniones: por un lado, un grupo *cuantitativo* y otro *cualitativo* de opiniones; por otro, uno *dinámico* y otro *estático*. Una visión puramente *cuantitativa* del problema lleva a la conclusión de que la disminución de la oferta monetaria alemana que conllevaba el pago de indemnizaciones se iguala con un aumento igual en la oferta monetaria de los acreedores de indemnizaciones. De esto se seguiría que, en términos del volumen total de la demanda, independientemente de su composición cualitativa, la cuestión de si las exportaciones adicionales alemanas encontrarían un mercado sin causar perjuicios en las economías de los países acreedores sería irrelevante. Si usamos la expresión *problemas de recepción* para el problema de los efectos de la exportación de capital en la economía del país receptor, hay que concluir que no

hay problemas de recepción en este sentido cuantitativo. Esto explica el sarcasmo apenas oculto que se encuentra a menudo en los países receptores en respuesta a cualquier intento de conseguir una aceptación de esta opinión de que estos países perjudican sus propios intereses al insistir en que se paguen las indemnizaciones. ¿Por qué, pregunta la gente, tendría que ser un mal negocio obtener algo a cambio de nada? Se olvidan de que, aparte de los problemas cuantitativos de recepción, que se ha demostrado que solo son aparentes, pueden existir *problemas cualitativos de recepción*, en el sentido de que la demanda adicional de los países acreedores (o de terceros países afectados por relaciones comerciales triangulares) puede no coincidir con la *escasez de demanda* en términos *cualitativos* de Alemania, es decir, que puede dirigirse hacia otros bienes distintos de los que se han convertido en exportables en Alemania como resultado de la contracción de la demanda.

Evidentemente, no hay ninguna garantía en absoluto para esa coincidencia y esto nos lleva al núcleo de la totalidad, tantas veces mal entendido, del problema de la transferencia en los movimientos internacionales de capital. *El verdadero problema en la transferencia internacional de capital se encuentra en la posibilidad de una grave diferencia cualitativa en términos de composición entre la menor demanda en el país transferidor y la mayor demanda en el país transferido.* Y es esta posibilidad la que ofrece una base para adoptar una opinión pesimista de los resultados de las indemnizaciones, sin ningún *sacrificium intellectus* y sin negar los principios indiscutidos o en todo caso indiscutibles de la teoría del comercio exterior. *El que ese pesimismo resulte estar justificado o no depende de si puede o no demostrarse que es probable una divergencia cualitativa seria en las cantidades relevantes de demanda.*

No es posible tratar aquí esta cuestión con detalle.<sup>5</sup> Ahora nos preocupan los principios y, desde este punto de vista, hay que destacar que lo que realmente ocurre es probable que se encuentre entre *dos casos límites extremos*. *El caso límite más favorable* es el de una equivalencia cualitativa completa entre las cantidades demandadas. En ese caso ideal, la transferencia de capital dejaría de ser un problema y no habría ninguna necesidad ni de una guerra de precios ni de una caída de precios. En Alemania habría, por ejemplo, menos demandas de zapatos, mientras que el enriquecimiento de la economía inglesa o francesa se mostraría exactamente en una mayor demanda de zapatos. Está claro que no hay ocasión para ninguna dificultad en este caso. En el extremo opuesto está *el otro*

---

<sup>5</sup> Ver W. Röpke, Protocolo de la Conferencia Prymont, op. cit.

*caso límite*, que ya se ha tratado en la descripción de las condiciones en el estado socialista, es decir, el caso en que los bienes que se han convertido en disponibles para la exportación por el país deudor no encuentran una demanda adicional en los países receptores que permita vender estos bienes sin bajar el precio (o, en todo caso, sin una bajada de precios tan grande que los ingresos totales no aumenten a pesar de vender más).<sup>6</sup> En ese caso, está claro que la transferencia de capital sería absolutamente imposible. Pero mientras que el primer caso límite, el más favorable, es bastante concebible, el segundo caso límite, el más desfavorable, es inimaginable. El segundo requeriría condiciones que es improbable que se produzcan nunca. Por ejemplo, habría que suponer que no hay otros bienes en absoluto en el país deudor que puedan tomar el lugar de aquellos no queridos en los países acreedores, además habría que suponer que no hay servicios que puedan tomar el lugar de estos bienes y finalmente habría que concluir que los bienes ofrecidos por el país deudor no podrían transformarse en otros más aceptables para el país acreedor a través de un comercio triangular, es decir, por la intermediación de terceros países.

Por comparación, el caso límite ideal es al menos concebible, pero está condenado a persistir como un caso límite, en el sentido de que es probable que sea la excepción en lugar de la regla. La regla (al menos en el caso de transferencias tan gigantescas de capital como las indemnizaciones y las liquidaciones de deuda entre los aliados) será alguna divergencia cualitativa, mayor o menor, entre la demanda relevante en ambos bandos. Pero si es esto lo que debemos esperar, de ello se deduce que *el país deudor que transfiere no dejará de sufrir algún grado de presión a la baja en los precios, ni el país acreedor y cualquier tercer país implicado algún grado de presión competitiva*. Y el significado de todo esto es que la transferencia se asociará con reajustes dolorosos y perturbaciones en el equilibrio económico. Este, repito, es el *verdadero aspecto del problema de la transferencia: la transferencia no es imposible, pero lleva a fricciones y perturbaciones que añaden mucho a la carga del país deudor* y puede arruinar la alegría de los países acreedores.

Sin embargo, hay otro punto a considerar y esto nos lleva al segundo grupo de opiniones. En la naturaleza de las cosas, cualquier desequilibrio causado por las divergencias de demanda acabará igualándose por sí mismo y al final del proceso de ajuste habrá un nuevo equilibrio, en el que las exportaciones adicionales del

---

<sup>6</sup> El caso límite referido en el texto es uno en el que la elasticidad de la demanda de los bienes en cuestión es la unidad o poco menos que la unidad.



país deudor pueden encontrar un mercado sin el tipo de presión de precios que constituye una carga sobre el país deudor y perturba la economía mundial. *Al ser un problema solamente cualitativo, el problema de la recepción es también solo dinámico*, mientras que, en términos estáticos cuantitativos, es decir, con relación al volumen total de la demanda y a largo plazo, no hay problema en absoluto.<sup>7</sup> En casos normales de transferencias internacionales de capital, esta definición del problema de la transferencia puede considerarse como un desprecio por este, pero no es así en un caso como las indemnizaciones alemanas, en el que las sumas son tan gigantescas que el desequilibrio puede ser tan grande y durar tanto que hay mucho espacio para el pesimismo. El equilibrio puede realmente verse tan enormemente perturbado que el miedo de los países acreedores a la competencia forzada de Alemania no tiene que ser imaginario y es posible que en un futuro no distante pueda llevar a otra revisión del Plan Young.

Ninguna explicación del problema de la transferencia puede estar completa sin ocuparse debidamente de un factor más importante. Para este fin, recuerdo mi distinción anterior entre *dos tipos de exportaciones de capital, una provisional y otra definitiva*. El caso de la exportación provisional de capital se produce cuando, en algún país, hay capital que, por un proceso natural, busca oportunidades de negocio en el exterior y así crea una posición acreedora para el país afectado. El caso de la exportación definitiva de capital se produce cuando un país deudor tiene que atender deudas comerciales o políticas transfiriendo capital al exterior por intereses y principal y, al contrario que en el caso anterior, tiene que hacerlo de forma definitiva y sin ningún derecho a un posterior retorno de las sumas correspondientes. Inmediatamente se ve que la exportación provisional de capital es en todas las circunstancias también una exportación voluntaria de capital que resulta automáticamente de un cambio en el plan de oferta y demanda de capital y que la exportación definitiva de capital es en todos los casos imperativa. Para completar esto, señalemos también de inmediato que, en sentido inverso, la *importación* provisional de capital (por parte del país deudor) es voluntaria y la importación definitiva de capital (por parte del país acreedor) imperativa. ¿No hay una presunción de que el problema de la transferencia diferirá de acuerdo con si los movimientos de capital son del tipo

---

<sup>7</sup> Esto lo pasa por alto A. Cabiati, entre otros, en su por otro lado valioso libro *1919-1929 Da Versailles alla'Aja* (Turín, 1930), que apareció recientemente en alemán bajo el título *Der Widersinn der Reparationen und die Internationale Bank* (Berlín, 1930).

*provisional/voluntario o definitivo/imperativo?* La diferencia es bastante evidente y puede deducirse del hecho de que en el caso de transferencias provisionales/voluntarias de capital el propio proceso de transferencia es tan natural y automático como todo el proceso del capital buscando oportunidades de inversión en el exterior. No es así en el caso de las transferencias definitivas/imperativas de capital, en las que el movimiento del capital sencillamente tiene llevarse a cabo independientemente de cualquier dificultad en la transferencia. Pero (y esto nos lleva al factor de transferencia todavía por explicar) hay una circunstancia que ayuda a superar estas dificultades de transferencia y hace mucho por mitigar el problema de la transferencia incluso en los casos más desesperados y esta es un nuevo flujo de entrada de capital en el país deudor. El flujo definitivo/imperativo de salida de capital del país deudor se topa con un flujo de entrada de capital provisional/voluntario en sentido opuesto, cuya función es reemplazar un ajuste abrupto con todas sus pérdidas y perturbaciones por un proceso gradual de ajuste. Esto ocurrió recientemente con ocasión del acuerdo de pagos de indemnizaciones, de la manera más patente y en un enorme grado. En el caso de las indemnizaciones, parece como si esta acción en sentido contrario de flujos de salida y entrada de capital estuviera destinada a continuar por un tiempo en el futuro, posiblemente con la ayuda del Banco Internacional de Pagos, pero también parece como si Alemania se estuviera aproximando al momento en que la cantidad de importaciones de capital dejará definitivamente de compensar la exportación imperativa de capital, de forma que gradualmente la presente y espuria transferencia de crédito se transformará en una genuina transferencia de bienes, con el resultado de que, sometida a las inevitables fluctuaciones, la balanza comercial alemana generará un superávit creciente.

## IV

Los que hayan seguido con atención mi exposición sin duda habrán apreciado ya lo extremadamente complicado que es tratar el problema de la transferencia como uno y el mismo para todos los tipos de transferencias de capital. Su apreciación es bastante correcta y he tratado de hacerlo con las distinciones que he introducido entre transferencias de capital provisionales y definitivas y voluntarias e imperativas. En lo que se refiere al problema de la transferencia, estas distinciones probablemente sean lo suficientemente buenas. Pero, en lo que se refiere a tener una visión general de los movimientos internacionales de capital, tenemos que ir más allá y dar prioridad a la distinción entre transferencias comerciales y políticas de capital. Hay un profundo abismo que divide ambas

categorías. Uno une las naciones, el otro las divide; uno es constructivo, el otro destructivo. Este hecho no se puede alterar mediante ningún intento de sobrepasar el abismo comercializando artificialmente las deudas políticas.

Sin embargo, hay un aspecto que el endeudamiento comercial tiene en común con el endeudamiento político, que es que crean las interrelaciones más cercanas entre naciones en el campo del dinero. A su vez, estas interrelaciones en el campo del dinero, como sabemos, llevan como es lógico a interrelaciones igualmente cercanas en el campo de los bienes. Como el endeudamiento internacional en el mundo, tanto de origen comercial como político, ha crecido enormemente en comparación con el pasado y muestra todos los signos de que crecerá todavía más, no podemos evitar la conclusión de que las relaciones económicas internacionales en el mundo no disminuirán, como predicen algunos falsos profetas, sino que, desafiando todas las tendencias autárquicas, continuarán intensificándose. No hay una contradicción más grande o más exasperante que la que hay entre esta evolución irresistible y las políticas arancelarias altamente proteccionistas en todo el mundo, lo que parece alejarnos más que nunca de cualquier tipo de razón económica. Cuanto antes sean conscientes las naciones de esta contradicción y cuanto antes sus políticas comerciales entiendan las consecuencias de esta evolución inmanente, mejor. Fortificado por esta lógica interna de las cosas, podemos esperar que Friedrich Albert Lange, el filósofo de Marburgo del siglo XIX resulte tener tanta razón en el campo de la política comercial exterior como en otros, cuando decía: «En política, los realistas tienen las horas de su lado, pero las grandes ideas requieren el apoyo de los siglos».



## II. Los intelectuales y el «capitalismo»

*Frankfurter Zeitung*, Nº 662-663, 675-676 y 681-682, 6, 11 y 13 de septiembre 1931,  
firmado bajo el pseudónimo Ulrich Unfried.

Nadie capaz de juicio puede negar que el «capitalismo» (ese sistema económico del mundo occidental que se basa en la propiedad privada de los medios de producción, en una diferenciación extraordinaria de la producción y una larga lista de «libertades») ha demostrado, a lo largo del más de un siglo de su historia, que posee un mayor poder de creación de prosperidad que cualquier otro sistema económico que le haya precedido. Y nadie fue más elocuente en alabar su poder que Karl Marx en el *Manifiesto comunista* que escribió junto con Friedrich Engels: Karl Mark, el gran «intelectual» que combinó sus panegíricos sobre los logros históricos del capitalismo con una filosofía anticapitalista de un vigor hasta ahora no superado y de ese modo creó un ejemplo para miles de hombres inferiores tras él. Todos sabemos que con esto puso los cimientos del masivo movimiento socialista de hoy en día, pero es igualmente bien sabido que la crítica al capitalismo no ha permanecido en la reserva exclusiva del bando socialista. También se ha extendido a círculos opuestos al ideal económico socialista y llevado así a una serie ahora casi interminable de intervenciones públicas reformistas de todo tipo.

Esta crítica se hace invariablemente más ruidosa en tiempos de crisis y depresión, cuando la cualidad más distintiva del capitalismo, sus extraordinarios logros en producción, parece ponerse en cuestión y la multitud de víctimas inmediatas de la crisis se convierten en un reto sometido a la crítica anticapitalista y al mismo tiempo en su caja natural de resonancia. Por tanto, no hay nada especial en que el capitalismo se vea obligado constantemente a ponerse a la defensiva. Lo que es especial y realmente bastante alarmante en la situación actual es que la descarga de críticas nunca había sido tan violenta, ni el espíritu agresivo de los opositores tan feroz. Y (para llegar al aspecto más peliagudo de la situación) los exponentes y defensores del sistema económico actual nunca han sido menos hábiles a la hora de defenderse.

Cada vez encontramos más, no solo en Alemania, sino también en Estados Unidos e Inglaterra, una irritante duda con respecto a si el capitalismo podrá mantenerse por mucho tiempo más con esta que es la mayor de las depresiones, si mantenerlo es en realidad lo correcto y pertinente. Un creciente número de

desertores abandona el bando capitalista para pasarse al socialista, que pronto será tan abigarrado como siempre fue el de Wallenstein. Hay cada vez más evidencias de una evidente sensación de inferioridad por parte del mundo capitalista, de dependencia y coqueteo con las ideas socialistas de la planificación económica; abierta o implícitamente, el progreso externo del plan quinquenal ruso se toma como vara de medir para calcular los defectos imaginarios y reales del capitalismo. Como no es posible salir ahora mismo de ese círculo vicioso que parece ser nuestro destino, la misma crisis de confianza mina la eficiencia del capitalismo y crea así la misma materia de la que se alimenta.

Hay algunos, de hecho, más que unos pocos, que ven su amanecer y con un placer apenas oculto echan aceite sobre las llamas de la crítica y la desesperación: algunos desde un fanatismo egoísta y algunos porque codician la herencia que esperan que les llegue, pero todos sin pensar en lo que deberíamos poner en lugar de este sistema económico, sobre el cual ha descansado hasta ahora y solo podrá descansar en el futuro la existencia y civilización de los densamente poblados países occidentales. Nada es más sencillo que encontrar defectos en este sistema y un hombre como Owen Young, una de las principales personalidades en la economía estadounidense, se dice que ha declarado no hace mucho que el bolchevismo es insuperable en su crítica del capitalismo. Después de todo, ¿está nuestro sentido de justicia satisfecho con la distribución de renta y riqueza que tenemos hoy? ¿No es un absurdo triste y provocativo que millones estén parados y sean incapaces de encontrar un trabajo que les proteja frente al hambre y la pobreza, mientras al mismo tiempo montones de máquinas se encuentran paradas? ¿Quién puede realmente mantenerse imperturbable ante la presencia de la creciente concentración en la vida económica, que va de la mano con la creciente dependencia de las masas? ¿Quién puede dejar de ver que nuestra civilización se está destruyendo por la progresiva comercialización de cosas que están más allá de la economía, por el espíritu empresarial obsesivo, que confunde fines y medios y olvida que el hombre no vive para trabajar, sino que trabaja para vivir y pervierte así todos los valores humanos, por el ajeteo vacío y la agitación estéril de nuestro tiempo? ¿Quién no siente realmente que todo esto es destructivo para la civilización y no quiere luchar contra ello? ¿Quién puede no sentirse sorprendido por las extravagancias, en buena parte sin sentido ni cultura, de los ricos, tanto aquí en Europa como en América? En realidad, no queríamos la grandilocuencia, la capacidad de gritar y la aguda observación para igualar a los críticos del capitalismo en este sentido ni en nuestro canto de odio queríamos disfrutar con alusiones pertinentes a sacos de café arrojados al mar y al grano usado para alimentar locomotoras. Cualquier idiota puede hacer eso y

no hay necesidad de que nadie se sienta más inteligente y superior por haber leído por enésima vez la larga lista de pecados imputables a la economía moderna, dejando entrever que somos demasiado estúpidos u obstinados como para verlo nosotros mismos. Aquí es solo donde empieza la tarea real. Es una tarea doble.

Primero, sería un acto de irresponsabilidad sin precedentes criticar el actual sistema económico pronunciando su sentencia de muerte mientras no haya al menos una probabilidad de que el sistema económico que ha de seguirlo dé resultados más satisfactorios. El hecho de que el actual sistema económico tenga defectos que no negaría ninguna persona que piense con claridad no es una prueba suficiente de la existencia de uno mejor. Pero el sistema económico que ha de reemplazar al existente hasta ahora solo existe en la imaginación más o menos extravagante de los crédulos y los fanáticos. Entendemos absolutamente la desesperación que aflige a las víctimas de la actual crisis económica e insistimos en que esta desesperación debería ser un incentivo para un liderazgo perspicaz para tomar aquellas medidas que puedan tomarse con alguna perspectiva de éxito. Pero la desesperación por sí misma solo puede generar fuerza de destrucción, no de reconstrucción. Entendemos que un hombre desesperado quiera destrozarse algo, pero dudamos que eso mejore las cosas. Acumulando acusación tras acusación, los opositores al capitalismo olvidan proporcionar alguna prueba de que nos iría mejor con su fórmula económica. Hasta ahora, no hay ninguna experiencia que lo demuestre; ni siquiera el ejemplo ruso lo demuestra, por razones que explicaremos después. Por el contrario, todas las experiencias hasta ahora de cualquier tipo de planificación económica hablan abrumadoramente en contra de la repetición y acumulación de esta última. Por otro lado, nuestros a menudo tan imprudentes anticapitalistas harían bien en conocer concienzudamente la voluminosa literatura sobre economía, que demuestra que, en la práctica, el socialismo debe tropezarse con la imposibilidad del cálculo económico en una comunidad socialista. Les concedemos la palabra para que ofrezcan una refutación que nadie ha conseguido dar hasta ahora. Por supuesto, esto es más problemático y menos satisfactorio que blandir el hacha de guerra, pero no sería demasiado pedir a hombres conscientes de sus responsabilidades.

Hasta aquí, la primera tarea. En segundo lugar, es la obligación de cualquier crítico serio de nuestro entorno económico y social examinar muy cuidadosamente qué defectos e imperfecciones pueden imputarse al sistema económico como tal, en lugar de otras circunstancias más o menos históricamente accidentales. Algo a señalar en este contexto es que el sistema

económico capitalista se ha visto probablemente limitado por más dificultades de las que haya soportado ningún otro sistema económico. Entre ellas está un aumento de la población sin comparación en la historia. Es por culpa de ese aumento por lo que el increíble crecimiento de la productividad no ha hecho tanto por aumentar el bienestar individual como cabría esperarse, pero por otro lado ha proporcionado medios de subsistencia para un mayor número de personas. Pero considerar al capitalismo responsable de ese aumento de población raramente es propio de quienes se afanan hoy en culpar al capitalismo y la supuesta decadencia que causa, por el constante decrecimiento en la tasa demográfica o la «mengua de la fuerza vital del pueblo», como algunos círculos se ufanan en expresarse. Y, además, ponderemos lo muy distinto que se vería hoy el mundo si el capitalismo no hubiera aguantado las dificultades políticas bajo las que estuvo a punto de venirse abajo. Pero al capitalismo difícilmente se le puede culpar de la carrera de armamentos, la guerra mundial, los tratados de paz, la inflación, la revolución y las epidemias políticas masivas de todo tipo sin exponerse a ridiculizar completamente la aproximación sociológica que subyace dicho intento, ¿no hubo guerras antes de que existiera el capitalismo y no trajeron destrucción? ¿Y son por ventura Suecia, Dinamarca y Holanda menos capitalistas que Alemania e Inglaterra? Y sin duda el primer grupo de países es la mejor demostración de lo que significa la paz para la prosperidad que fuerza la creación de bienestar del capitalismo. A medida que analizamos con detalle una característica tras otra que no nos gusta en el capitalismo, resulta que en muchísimos casos la queja está mal dirigida.

Por ejemplo, ¿cuánta atención se presta al grado en que la imagen presentada por unos pocos países capitalistas está distorsionada por vestigios feudales y precapitalistas que han llegado al tiempo actual? ¿Por qué disfruta Francia de un equilibrio tan feliz, con una clase media fuerte y un campesinado vigoroso? Sin duda es porque en 1789 esa revolución liberal tan activamente ridiculizada por los inquisidores contemporáneos del liberalismo extirpó más a fondo el feudalismo que en cualquier otra parte. Y no es culpa del capitalismo, después de todo, que Inglaterra sea un país sin campesinos sino más bien, como en Alemania, es culpa de una política agraria desprovista de sentido y de una incomprensión de la importancia de la clase agraria. Otro ejemplo de queja mal dirigida es toda la serie de aspectos poco edificantes de la gran industria que son el objetivo favorito de crítica anticapitalista, o sea, la condición dependiente del individuo, la amenaza a su satisfacción en el trabajo y muchas más cosas. Solo un filtrado cuidadoso mostrará cuánto de todo esto es imputable a la gran empresa industrial como tal y cuánto a la capitalista, y resulta que en la mayoría de los



casos no habría menos causas de queja si la gran empresa estuviera bajo una dirección socialista. En realidad, puede suponerse que, en un estado socialista, en el que los trabajadores solo tuvieran un empleador, serían mucho más dependientes y menos libres.

Finalmente, lo esencial a la hora de juzgar el capitalismo es que precisamente en nuestro tiempo, cuando el sistema está siendo tan fuertemente atacado, se desfigura y distorsiona hasta ser casi irreconocible por elementos extraños. La manipulación directa de los precios por el gobierno, los precios máximos que siguen existiendo para las viviendas, los precios mínimos para el café, el caucho, el trigo o el centeno, un sistema cada vez más complicado de protección a los productores nacionales frente a la competencia extranjera, las regulaciones sobre la utilización obligatoria de materiales, las regulaciones sobre el consumo, la formación «política» de salarios, la creciente infiltración de la intervención pública en el campo de la producción y el comercio, una interminable serie de primas y subvenciones, la constantemente creciente expansión del gasto público: en resumen, intervención, colectivismo y «planificación» económica por todas partes. ¿Puede seguir llamándose capitalismo a todo esto? ¿No sería mejor que le diésemos un nuevo nombre, como subvencionismo, intervencionismo o pseudocapitalismo? Lo que es muy grotesco en esta situación es que todas estas intervenciones y manipulaciones han rebajado la eficiencia del capitalismo de una manera de la que solo ahora somos dolorosamente conscientes, en la crisis, pero que, por otro lado, se ajustan perfectamente al patrón preciso de política económica que defienden los críticos más fervientes del capitalismo. Y para reflotar la economía, cuyo funcionamiento se ha visto en buena parte dificultado por intervenciones pasadas, esos mismos críticos del capitalismo claman por más intervenciones, más planificación y, por tanto, una mayor emasculación de nuestra economía. Es como si alguien echara arena en una máquina y luego esperara arrancarla echando más arena. Esta es la lógica admirable que nos atormenta hoy.

En notable que la clase de gente calificada de una manera algo vaga como «intelectuales» lleve desempeñando durante mucho tiempo un papel importante, tal vez incluso decisivo en la *Fronza* anticapitalista. En todo caso, es un espectáculo increíble, que necesita una explicación, el que una ola masiva de sentimiento anticapitalista amenace con englobar casi toda la clase intelectual, al menos en Alemania, pero también, en menor medida, también en Estados Unidos y en Inglaterra. Las consecuencias son incalculables. O se unen a los socialdemócratas, los comunistas, o a los nacionalsocialistas. O se alinean con Marx, o juran por Spann y sus completamente oscuros pronósticos, sin tener

ninguno de ellos ningún aprecio por el capitalismo y, cuando más jóvenes son, menos lo tienen. Merece la pena mirar un poco más de cerca el trasfondo de esta fuga masiva intelectual del capitalismo.

Lo primero que viene a la mente es que los cambios económicos y sociales de los últimos quince años han llevado a los intelectuales a una situación que cada vez se parece más a la del proletariado. No solo tenemos que pensar en este contexto en la aniquilación de las antiguas clases medias, sino también en la entrada masiva en las profesiones que requieren formación académica, cuyas perspectivas se han ido haciendo así progresivamente peores. En esta situación, la gente se aferra al sueño de las oportunidades de escapar y promocionarse que parecen ofrecer las construcciones económicas anticapitalistas. Tal vez esperan que en la economía planificada del futuro se necesitarán más juristas e ingenieros que en la actual economía de mercado y se considera un grave defecto de esta última que no pueda siempre absorber la oferta en constante aumento de trabajadores intelectuales sin una creciente proletarización, es decir, sin desvalorizar a cada persona. Debería ser evidente para cualquier persona inteligente el gran peligro que supone esta proletarización de las clases medias intelectuales, esta erosión constante del concepto «burgués», para el sistema económico actual y debe ser igualmente evidente que la aniquilación de la riqueza de la clase media por medio de la inflación tiene que pagarse muy caro ahora y que sería error imperdonable dejar que los funcionarios, a su vez, fueran tragados por el remolino.

Pero el anticapitalismo de los intelectuales no está en modo alguno condicionado solamente por su situación económica y, en muchos casos, ni siquiera de forma decisiva. Su actitud está respaldada por sentimientos fuertes, nobles e innobles por igual. Me descubro ante los filántropos a quienes el sentido de la justicia, la compasión y la caridad los llevan a defender la causa de los económicamente débiles y en último término a oponerse a un sistema económico al que correcta o incorrectamente se considera como el único culpable. Me descubro ante el patriota que está dispuesto a sacrificar, no a los demás, sino a sí mismo por el bien común. Pero bien puede ocurrir que nuestros sentimientos nos engañen cuando damos rienda suelta a estos y dejamos que se conviertan en un sedante para la fría mente calculadora. El enorme peligro de una justificación sentimental para entrometerse en el sistema económico existente es precisamente que una y otra vez excedemos los límites que podemos reconocer y respetaríamos si nuestra mente no se viera turbada por sentimientos del tipo más honorable y noble. El librecambista no es menos patriótico que el proteccionista, ni está menos preocupado por el interés común, sino que su

cabeza le dice que el interés común se ve dañado cuando se obstruye la división internacional del trabajo mediante obstáculos que parecen patrióticos solo debido a un fallo en la apreciación de que un obstáculo a las importaciones es también un obstáculo a las exportaciones. El revisionista social no es peor ni menos social que sus opositores: tampoco él conoce un propósito superior a reemplazar la pobreza masiva por la prosperidad masiva y también tiene un odio profundo hacia la explotación, la injusticia y esa «dureza de corazón» con la que los hombres se atormentan entre sí y hacen infelices a los demás. ¿Pero no es una indicación de ese sentido particularmente agudo de la responsabilidad social el que no deje que sus sentimientos nublen su reconocimiento del hecho de que al menos una parte de lo que durante unos diez años ha sido ensalzado como progreso social en último término se anula y más allá es destructivo y acaba por ser, por tanto, antisocial? Son solo ejemplos para demostrar que quien no pueda refutar nuestros argumentos racionales no tiene derecho a mostrar dudas acerca de nuestros sentimientos y motivos.

Pero también hay sentimientos de un tipo moralmente más difuso y que hoy se asocian especialmente con el anticapitalismo de aquellos intelectuales que se encuentran apartados del movimiento real de masas del socialismo. Es un tipo de anticapitalismo que actualmente encuentra una expresión particularmente sorprendente y, según parece, efectiva en el círculo relacionado con la revista *Die Tat*. La primera impresión que tiene el lector de esta revista es la frecuencia de los artículos sobre fatalidad y destrucción, que uno pensaría que resultarían con el tiempo fastidiosos para el público. Pero la realidad parece ser la opuesta: las ideas políticas y económicas desarrolladas en la revista cada mes por diversos contribuidores, especialmente por Ferdinand Fried (claramente un pseudónimo), parecen ser gradualmente aceptadas como una verdad revelada por una parte acrítica de las jóvenes generaciones. «El camino al caos», «La crisis del capitalismo», «La quiebra de la economía mundial», «¿Mejoramos? ¡Señal de tormenta!», «Callejón sin salida», «Abandonar la vieja economía», «El camino a la catástrofe»; estos son solo unos pocos títulos de ejemplo. Obsesionadas por el pesimismo, estas visiones apocalípticas parecen delatar algo más que la satisfacción que debió sentir Casandra si hubiera podido reunir un círculo de lectores a su alrededor. Parece haber algo más detrás de estas efusiones y eso es la inclinación demasiado humana de exagerar la importancia histórica de los acontecimientos actuales, para sentir como si uno se encontrara en el Himalaya de unos hechos que hacen época, cuando tal vez solo sean una pequeña colina de la historia, en resumen, de creer «que aquí y ahora está empezando una nueva época de la historia mundial» y añadir orgullosamente: «Yo estaba ahí»: para

empezar, el pesimismo atrae a los intelectuales porque es la señal de cierta falta de vitalidad, de cierto escapismo, y se ajusta a gente que, diciéndolo a su manera, tiene más «mente» que «sangre». Pero tal vez sea también una señal del carácter alemán, como dice en algún sitio *Die Tat*, «dar la bienvenida incluso al fenómeno más destructivo si se ajusta a alguna teoría». Esta es la única explicación posible para el indisimulado placer y satisfacción con el que el círculo *Tat* recibió la última crisis crediticia en Alemania como «un paso adelante decisivo y salvador».

Lo que da al anticapitalismo de nuestros intelectuales, y especialmente a los de círculo *Tat*, su tono distintivo y, lo confieso francamente, lo hace tan particularmente desagradable es el completo rechazo de todos aquellos valores e ideales que subsumimos bajo la, hay que reconocer que algo desacreditada, expresión de liberalismo. Parece que estos círculos han perdido toda sensibilidad hacia el valor infinito y absoluto de la libertad individual, toda comprensión de la verdad por la que lucharon la Era de la Ilustración y el liberalismo, lo que ensalzaban hombres como Hume, Voltaire, Wilhelm von Humboldt, John Stuart Mill, Jefferson o Mazzini, así como nuestros poetas clásicos, aquello por lo que lucharon y sufrieron nuestros abuelos y tatarabuelos, que es en definitiva la más antigua y mejor herencia de la humanidad. Todo sentimiento de *humanitas* en su sentido más amplio parece estar muerto para ellos y parece haber dado paso a un nuevo entusiasmo por la omnipotencia del estado, el sometimiento del individuo, la militarización y tutela que amenazan con devolvernos a otra barbarie, hasta que, dentro de cincuenta o cien años, la gente vuelva a descubrir la verdad de que no puede haber civilización sin libertad y esta verdad vuelva a prevalecer en otra terrible lucha, como se puede predecir ahora en Italia. Se encaminan a toda máquina hacia el estado termitero y, aunque muchos de nuestros amigos en el otro bando prefieran llamarlo el «estado total», esto no hace a su ideal más atractivo. Indudablemente, cabe esperar que aquellos que todavía tengan algún resto de resistencia contra esta filosofía social bárbara se opongan a ella con un NO inquebrantable. Como no se puede discutir muy bien acerca de opiniones, al menos se puede señalar contundentemente lo poco realista que es este *étatisme*, que aquí resucita en su forma más radical. ¿Alguien se ha parado a pensar que estado, en la práctica, significa burocracia, acerca de la cual, después de todo, incluso *Die Tat* tiene su sarcástica historia que contar? ¿Se ha olvidado el papeleo de nuestra economía de guerra y la corrupción de nuestros controles de comercio exterior después de la guerra? ¿Se ha olvidado, por ejemplo, que durante meses durante la guerra tuvimos que comer mermelada de nabo, porque algún funcionario inexperto en un puesto de responsabilidad confundió los nabos con la remolacha? ¿O, por mencionar otro

ejemplo, se ha olvidado dónde acabamos en el fragor de la batalla contra el patrón oro si dejamos que el estado maneje (mal) la moneda a su discreción? Todas estas experiencias, que deberíamos haber esperado que produjeran una saludable inmunización durante al menos una generación, deben realmente haberse olvidado, pues en caso contrario sería incomprensible este nuevo entusiasmo por una economía planificada y de tiempo de guerra.

Cuantas más tareas se asignan al estado, más «total» se vuelve, más importancia se da a su posición externa y más importancia se da a sus fronteras nacionales. Solo hay coherencia (aunque temblamos ante este tipo de coherencia) en que nuestros intelectuales anticapitalistas están dispuestos a echar por la borda la libertad económica, no solo en el interior, sino también en el exterior y que quiere lograr una autarquía nacional por medios todavía más drásticos que los aranceles proteccionistas. Junto con la filosofía social del mercantilismo, se ha tomado así toda su panoplia económica. El que nadie haga el más mínimo esfuerzo por refutar los argumentos sencillamente abrumadores que hablan contra esa política apenas merece la pena mencionarse, pues, después de todo, la economía es una invención liberal por la que no hay que preocuparse. En lugar de algo parecido a una prueba real, nos engatusan con un mecanismo que es extremadamente popular en toda esta provincia espiritual de nuestro país, a saber, el uso de apelaciones emocionales de todo tipo para crear cierta atmósfera a la que se expone luego al lector. Una de estas apelaciones emocionales es una especie de nacionalismo glorificado, que domina en particular el círculo *Tat*, con el que casi se tiene la impresión de que todo el programa económico es solo un medio para el fin de una política exterior concreta. Una y otra vez leemos acerca de lo muy íntimamente relacionadas que están las cosas nacionales y sociales. Y esta relación se hace incluso mayor definiendo, si hace falta, el concepto infinitamente iridiscente del «capitalismo» de tal forma que coincide con todo el grupo de países que son la pesadilla de la política exterior, es decir, Europa Occidental.

Otra apelación emocional que es muy eficaz en Alemania es lo que yo llamaría romanticismo geográfico, una rama del romanticismo publicitada con el uso frecuente de la palabra «espacio». La geopolítica, en sí una aproximación muy útil que debemos al geógrafo sueco Kjéllèn, aunque este no sabría que íbamos a hacer de ella, se convierte así en una caricatura de sí misma. Con el dedo sobre el mapa, se intenta demostrarnos que nuestra salvación se encuentra en cierto «espacio» (Europa Oriental y del Sur), sin preocuparnos por las consecuencias que ese autoembolsamiento está condenado a tener para nuestro comercio y relaciones internacionales, por muy claramente visibles que se hayan ya hecho

estas consecuencias y son considerar que lo que importa no son los kilómetros cuadrados, sino el poder adquisitivo y la riqueza de capital. El hecho de que países pequeños como Dinamarca, Holanda y Suiza funcionen bien sin «espacio» se ignora. Si se establecen contactos con vistas a defenderse contra el regionalismo en el comercio exterior, inmediatamente se sospecha que se quiere formar un nuevo «espacio» y esto se usa como argumento para justificar más «creación de espacio» por nuestra parte. ¡Ojalá estas cosas se discutieran por una vez con más serenidad y sin lanzar palabras pomposas en todas direcciones! Pero eso es precisamente lo más característico del socialismo de los intelectuales en Alemania, aunque muchos de sus representantes, como los miembros del círculo *Tat* puedan expresarlo perfectamente en idioma alemán.

La pomposidad verbal es algo que se aplica en primer lugar a misma palabra «capitalismo», que, igual que la palabra «espacio», se usa en multitud de matices y compuestos y es un apoyo indispensable en la producción escrita de nuestros intelectuales, donde ha ayudado a muchos a realizar fraudes lógicos. Examinado más de cerca, asusta ver cómo este concepto seductoramente iridiscente se manipula a voluntad para proporcionar justificaciones siempre nuevas para el eterno *ceterum censeo*. «Capitalismo» occidental, «capitalismo» *rentier*, «capitalismo» acreedor, «capitalismo» privado, «capitalismo» estatal, todos son conceptos que eluden una definición precisa y, por tanto, se pueden usar esencialmente para suscitar cierta agitación estilística. De una u otra manera, todo se aprieta dentro del molde de la «crisis del capitalismo» con una violencia que uno tiene la tentación de describir como «manía de asociación» y esto es aplicable independientemente de si la cosa en cuestión tiene poco que ver con el sistema económico como tal, como, por ejemplo, la financiación en déficit de Alemania.

La confianza en sí mismos con la que nuestros intelectuales anticapitalistas justifican el *pereat* que lanzan contra la economía capitalista y con el que predicen su abandono por una especie de autointoxicación, en el curso de un muy citado «destino», no se ve en modo alguno igualada (tomando una vez más a *Die Tat* como ejemplo) por el tipo de conocimiento de la economía que uno tendría derecho a esperar. Las estadísticas de las cuales *Die Tat* hace uso copioso y tendencioso no pueden mejorar este defecto, pues todo depende de la interpretación de las cifras y eso no es posible hacerlo sin teoría económica. Por ejemplo, Ferdinand Fried se toma grandes molestias en demostrar la desigualdad en la distribución de renta y riqueza en Alemania, solo para llegar a la conclusión, entre otras, de que un tercio de la riqueza total del país está en manos de no más de setenta y nueve mil personas. Pero luego añade: «Todo el escándalo que se

produce actualmente en Alemania acerca de la economía, la propiedad privada, la política y los partidos al final resulta reducirse a estas setenta y nueve mil personas, ¡y eso resulta grotesco!»<sup>1</sup> Ese es el tipo de aproximación en blanco y negro que pensábamos que los que creíamos socialistas serios han generado hasta ahora. Ni una mención del hecho de que en el debate acerca del sistema económico el destino de esta gente es totalmente irrelevante, sino que cualquier mejora en la situación de los desposeídos que pueda esperarse de una distribución más igual de renta y riqueza sería tan mínima que este punto se ve completamente eclipsado por la cuestión del propio sistema, que se basa en la propiedad privada de los medios de producción. Ni una mención del hecho de que la interferencia arbitraria con la distribución existente de renta y riqueza, por mucho que esa interferencia pueda ser deseable desde varios otros puntos de vista, tiene que pagarse con perturbaciones intolerables que causarían más penalidades para los propios desposeídos. Ni una mención del hecho de que los «capitalistas» realmente cumplen con la función de funcionarios sociales, que se seleccionan bajo el principio estricto del rendimiento, que son responsables de la buena gestión de los medios de producción y por ello se les paga una cantidad que, en general, es probablemente menor que lo que se paga a los funcionarios en un estado socialista en relación con su rendimiento y de que por sus errores deben pagar la sanción de la pérdida de su medio de vida.

Es verdad que en la economía moderna hay a menudo una amplia divergencia entre ingresos y rendimiento, pero eso no afecta al principio. Por el contrario, ponemos el énfasis más fuerte posible en los síntomas degenerativos de este tipo y diferimos de los radicales anticapitalistas solo en la medida en que no permitimos que nuestra indignación nos lleve a una negación en último término estéril del sistema al completo, sino que de ello sacamos una reclamación vigorosa de una política económica que, en la medida de lo posible, impida las fuentes de rentas fraudulentas (sin un rendimiento correspondiente) y los errores sin castigar. Lo que está aquí en juego son cuestiones de política comercial, control de monopolios, reforma de la ley de las corporaciones, política monetaria y crediticia y esta es la esfera apropiada para la crítica positiva del sistema existente. El que la economía capitalista sea una economía tan de satisfacción de deseos como la socialista debería ser evidente para cualquiera que se haya parado un poco a pensar que el éxito de un negocio, es decir, su beneficio, está determinado por las escalas de sensibilidad del mercado y eso significa la

---

<sup>1</sup> *Die Tat*, Septiembre de 1930, p. 442.

demanda del consumidor. Es bastante ilógico comparar la economía capitalista del beneficio (economía de «creación de deseos») con la economía socialista de la «satisfacción de deseos». Ambos sistemas económicos buscan satisfacer deseos y son solo los motivos y la organización de la «satisfacción de deseos» los que difieren. La única comparación lógica para la economía del beneficio sería, por ejemplo, la economía «burocrática». En lo que a mí respecta, me inclino a pensar que esta economía capitalista de «creación de deseos» (economía del beneficio), aunque mucho de su equilibrio se vea perturbado por la crisis actual, no queda tal mal parada en comparación de la economía rusa de «satisfacción de deseos» (burocrática).

He aquí otro ejemplo para ilustrar hasta dónde puede llevar una emancipación demasiado audaz de la economía. Cualquiera familiarizado con las nociones más elementales de la economía sabe que la determinación de los precios a partir de la base del coste de producción tiene una importancia económica profunda, en la medida en que este es el medio para lograr la distribución mejor y más eficiente posible de los factores de producción en la economía. Ferdinand Fried ignora esto. Evidentemente sospecha<sup>2</sup> que está ahí con el aspecto de alguna excentricidad capitalista, una psicosis en comparación con su desventaja, según cree, con la política despreocupada de *dumping* de los rusos. Esto demuestra, una vez más, las dificultades que esperan al aficionado que quiere atacar un sistema económico que no ha estudiado previamente en profundidad, aunque solo sea con el tipo de amor-odio que debió llevar a Marx a dicho estudio. Por otro lado, Ferdinand Fried parece tener una visión muy pobre de los empresarios interesados por la economía y en pensar, hablar o escribir acerca del significado de lo que hacen. No pueden hacer eso, opina Fried,<sup>3</sup> sin revelar que su savia vital ha adelgazado. Cualquier puede adivinar cuál sería su juicio si respondieran con el silencio a todos los ataques que les llueven, pero que su conclusión es bastante absurda resultaría evidente incluso si muchos de los empresarios que hablan y escriben no estuvieran llenos de vitalidad y energía. Basta con el ejemplo de Ford para cerrar la discusión.

Cuanto más profundamente se hunde el mundo capitalista en los vapores sulfurosos de la catástrofe, más brillante surge la estrella rusa de nuestros intelectuales anticapitalistas. Es verdad que hacen reservas de todo tipo, pero en

---

<sup>2</sup> En su artículo «Der Umbau der Welt», *Die Tat*, Mayo de 1931.

<sup>3</sup> *Die Tat*, Julio de 1931.



general ven a Rusia de una forma que hace unos años se hubiera calificado como nacional bolchevismo y eso parece generar mucha más simpatía hoy que entonces. Después de trece años, el sistema ruso está por fin empezando a desarrollar ideas que parecen constructivas al menos formalmente y desde el punto de vista técnico y, en el preciso momento en que el mundo capitalista se está contrayendo convulsivamente después de una ola gigantesca de inversiones y está tanteando en busca de un nuevo equilibrio en la más grave de todas las depresiones, los rusos se han embarcado con tremenda energía en un programa de inversión de enormes dimensiones, con el resultado de que este esfuerzo denodado se combina con un desempleo relativamente pequeño en Rusia en este tiempo de depresión en el mundo capitalista. Para mucha gente esta es prueba suficiente de que el método ruso es superior al capitalista. Más de unos pocos de aquellos que solo hace unos pocos años admiraban el «milagro económico» estadounidense parecen haber dado la vuelta y ahora ven un nuevo «milagro económico» apareciendo en el Este. Todas estas actitudes extendidas parecen estar en buena medida faltas de pensamiento objetivo. Puede que los rusos tengan éxito en construir centrales eléctricas y otras cosas a escala gigantesca, pero eso no tiene que asombrarnos más que la erección con éxito de la pirámide de Keops. Lo que asombra en ambos casos es solo la tremenda presión social y la notable compresibilidad del consumo, que de por sí hace posibles esos proyectos de inversión, así como el sistema político y social que puede sostener esta presión. Pero la capacidad del pueblo para soportar la pobreza no es ninguna señal de superioridad de un sistema más allá de esta capacidad para la creación de inversiones duraderas. Esto se aplica todavía con más fuerza cuando las máquinas que se instalan en las fábricas rusas tienen que comprarse en países capitalistas, las mejores que solo puede fabricar la industria capitalista y se paga con el dinero obtenido por el *dumping*, en detrimento de los rusos como consumidores y los no rusos como fabricantes. Y sigue quedando no solo la cuestión de cuánto tienen que ver los rusos con estas máquinas, sino, lo que es mucho más importante, la de si hay alguna posibilidad en absoluto de cálculo económico como para impedir al menos los peores casos de mala asignación de recursos y fallos en las inversiones y la de si los incentivos son suficientemente fuertes como para asegurar algún mínimo de velocidad y calidad en el trabajo. Para responder a esta pregunta, todos los admiradores entusiastas de Rusia harían bien en leer el extremadamente bien informado e instructivo artículo de Boris Brutzku «Planwirtschaft und Marktwirtschaft in der Sowjetunion».<sup>4</sup> Lo que

---

<sup>4</sup> *Der Deutsche Volkswirt*, 8 de mayo de 1931.

pueden aprender allí acerca de la creciente alteración de la economía rusa debido a la completa imposibilidad de que una economía funcione sin un mercado debería darles tanto para pensar como el hecho de que, al contrario de los típicos auge de inversión de las economías capitalistas, el auge de la inversión rusa hasta ahora no ha ocasionado la más mínima mejora en la situación general de la oferta para la población, sino más bien todo lo contrario. (Es verdad que Ferdinand Fried parece sugerir que este es otro mérito especial ruso del auge de la inversión rusa, a juzgar por su artículo «Der Umbau der Welt», en el que es de hecho dolorosamente visible su capacidad de subestimar las terribles escaseces que sufre la población rusa según todos los informes). Pero entonces, oigo a alguien objetar, sin duda Rusia está libre del terrible desempleo de los países capitalistas. Bueno, durante la inflación nosotros tampoco tuvimos un desempleo apreciable, pero el precio que tendríamos que pagar por una repetición de ese experimento nos parece demasiado alto, y con razón, porque una economía no puede estar sometida impunemente a un tratamiento tan heroico. Esto será evidente también en Rusia cuando llegue a su fin la fase de inversión y tenga que encontrarse un nuevo equilibrio para la economía, que será tanto más difícil, como en el caso del auge capitalista, cuando más empinada sea la curva de inversión. Pero estas son consideraciones de la economía que están lejos de las mentes de nuestros intelectuales anticapitalistas de las especies *Tat*. Muestran su entusiasmo acerca del «polo opuesto del capitalismo privado occidental» (Fried), acerca del «estado total» (para el cual, en aras de la claridad, sigo prefiriendo el nombre de «estado termitero»), no tienen ningún programa propio detallado, pero les entusiasma su creencia de que por el contrario no solo puedan invocar el «destino», sino señalar el ejemplo ruso. Todo esto es una expresión de diletantismo de un tipo que no puede censurarse de forma demasiado dura, un diletantismo entreverado de entusiasmo romántico por una dictadura política.

En la práctica, el anticapitalismo del círculo *Tat* tiene una cosa en común con el marxismo al viejo estilo: nos deja en la oscuridad con respecto a su programa positivo. Lanzan expresiones como «economía estatal», «economía de satisfacción de los deseos», «comunidad económica orgánica», «espiritualización, moralización y nacionalización de la economía», «planificación atada», «la masa de la gente sin propiedades que crece dentro del estado», «aplicación de la idea de una verdadera democracia», pero todas estas no son más que lemas más o menos líricos que no pueden darnos ninguna idea clara de la naturaleza del nuevo sistema económico. La única intención clara es la de cerrar la economía contra el resto del mundo aun más de lo que ya lo está, si es posible mediante un monopolio estatal del comercio exterior. No se ha hecho

ningún intento de explicar los problemas reales de la socialización, ni siquiera en el número de agosto de *Die Tat*, que se suponía que había publicado el programa positivo. Sin ver ese programa positivo, no hay posibilidad de una evaluación crítica que lleve más allá las consideraciones generales ya propuestas en estos artículos.

El gran atractivo del experimento económico ruso, así como el completo socialismo intelectual de nuestros días, especialmente el representado en *Die Tat*, es, por supuesto, como muchos otros fenómenos contemporáneos que no encontrarían eco en mentes desapasionadas, explicable solo como una reacción emocional a la gran depresión económica del mundo capitalista. Es esto lo que ayuda a crear una especial de ánimo milenarista y da la impresión de que nos enfrentamos a una crisis no meramente de la economía, sino de todo el sistema, con el último gran «crash», con la «crisis para acabar con las crisis», cuando la razón queda fuera de juego y la fatalidad sigue su curso, una fatalidad ante la que debemos rendirnos ciegamente. Sería interesante saber hoy cómo este espíritu de condena será juzgado dentro de cincuenta años, pero adivino que el cronista de 1980 encontrará muy extraño ese espíritu si lo compara con los logros tecnológicos alcanzados por el capitalismo durante los diez años que precedieron a la crisis, logros que se han convertido en una de las causas principales del desequilibrio. Advertirá que la historia mira más lejos de lo que han supuesto nuestros pesimistas y que fue prematuro acuñar expresiones como «capitalismo tardío» mientras seguía habiendo una posibilidad de que nuestro sistema económico no estuviera expirando. Sin duda, verá desde una perspectiva muy distinta a la nuestra y no será capaz de elegir la cara o la cruz de la mucha aprensión e histeria en un lado o el exceso de confianza en el otro. Se verá impulsado a ver qué esfuerzos hicimos para salir del pandemio de la crisis y, esperamos, verificará que, a pesar de las dificultades gigantescas y los errores imperdonables, acabamos encontrando nuestro camino de vuelta a terreno seguro. Pero las cosas pueden también resultar ser de otra manera. El cronista de 1980 puede verificar, tristemente, el enorme fracaso cuando todavía teníamos tiempo para impedir una regresión catastrófica a la pobreza y la barbarie. Tal vez tenga que verificar que la civilización y la economía del mundo occidental perecieron porque la gente permitió que se pudriera o echó por la borda un sistema económico de fortaleza y resistencia sin parangón. Y, no sin amargura, recordará no solo a aquellos que pecaron contra el sistema económico, sino también a los pesimistas y los activistas aficionados cuyas profecías basadas en deseos secretos se convirtieron en realidad, solo porque su propaganda fue más que ninguna otra cosa responsable de socavar los cimientos intelectuales del

sistema. Y esta maldición también recaerá sobre aquellos que fueron lo suficientemente indolentes como para sucumbir ante esa propaganda.

### III. La importancia secular de la crisis mundial

*Weltwirtschaftliches Archiv*, Enero de 1933.

I

Algunas ramas de la economía son sensibles a los ciclos y otras no. La misma distinción puede aplicarse a otras ramas de la ciencia. Mientras la astronomía lleva a cabo su trabajo con la calma majestuosa con la que las estrellas siguen su curso muy por encima de todos los problemas y confusiones terrenales, hay otras disciplinas, como, por ejemplo, el derecho constitucional, cuyas tareas están cada vez más dictadas por la rápida sucesión de acontecimientos políticos. La economía no se queda muy atrás: basta con fijarse en el hecho de que la crisis mundial, al ser una crisis económica mundial, ha perturbado y revolucionado radicalmente el tema de nuestra ciencia. Reina en nuestras filas una confusión sin precedentes. Algunos parecen querer llegar al punto de invocar el artículo 48 de la Constitución de Weimar incluso para la economía, declarar un estado de emergencia en la ciencia y suspender, o incluso abolir completamente, todas sus leyes fundamentales. A juzgar por este grupo extremista, la economía parece estar en un estado de disolución, consistir en nada más que propuestas políticas de tipo radical y no ser más que retórica política. Los resultados de 150 años de pensamiento económico parecen haber quedado enterrados bajo los escombros de la crisis o al menos no parecen ya existir para estos malhechores. Es una edad de oro para personas que nunca tuvieron la disciplina intelectual de estudiar la obra teórica de ese siglo y medio y que ahora se sienten libres para sustituir el conocimiento económico por una pluma dispuesta y melodramática. Cuando grandes bancos se vienen abajo de la noche a la mañana y países enteros se declaran insolventes, también todo se convierte en posible en el mundo de las ideas. Ninguna opinión es tan descabellada, ni ninguna propuesta es tan extravagante como para no encontrar entusiastas admiradores y jueces indulgentes entre los economistas profesionales. Pues también sus filas están invadidas por la incertidumbre y la confusión. La sacudida de una quiebra económica sin precedentes ha socavado en buena medida la firmeza de su juicio y sus convicciones y debilitado así su salud intelectual hasta permitir la entrada de bacilos contra los que se solía ser inmune.

No puede haber otra explicación para la indulgencia benevolente, por no decir la simpatía, con la que actualmente los economistas aceptan la idea de autarquía y la planificación económica. Es una opinión generalizada que la decadencia sin par de la economía ha invalidado algunas de las leyes económicas más importantes y ha creado así un estado de emergencia ante la situación de la política nacional. Una expresión típica de esta opinión se refleja abiertamente en un libro de texto recientemente publicado por uno de los principales economistas teóricos de Alemania.<sup>1</sup> ¿No es esta crisis tal vez el principio de una nueva época en la historia económica? ¿Puede ser que toda nuestra economía hasta ahora haya sido una expresión históricamente condicionada del auge del capitalismo y que ahora necesite ser reemplazada por una economía de su declive? ¿Qué queda que siga siendo válido? ¿Tal vez la teoría clásica del equilibrio del comercio exterior? ¿O la propiedad común de las teorías modernas del capital y el interés? ¿Las técnicas mecánicas y la racionalización han hecho que el progreso económico sea un sinsentido? ¿No somos testigos de la feliz resurrección de la doctrina mercantilista, esa preocupación por la balanza comercial y de pagos que tiene que ser el alfa y la omega de la política económica? ¿Y, podemos finalmente preguntar con cierta alarma, cuántos economistas quedan que sigan sintiendo que se asientan sobre terreno firme entre toda esta confusión y que estén dispuestos a defenderlo contra una mayoría abrumadora?

Hay que responder a todas estas preguntas. Pero solo pueden encontrarse respuestas a ellas evitando cualquier coqueteo con las opiniones y los sentimientos de las masas y arreglándoselas en su lugar para interpretar la agitación manifiesta en la crisis mundial actual en términos aceptables para el intelecto. Esto solo puede hacerse sacudiéndose la tiranía de los escritores que dominan el terreno, no solo en Alemania, sin duda, pero que son más insufribles aquí que en ninguna otra parte. Su método preferido es crear una cierta atmósfera por medios cuidadosamente seleccionados, eludiendo así la necesidad de demostrar sus tesis. En un momento en que la producción de algunos países se ha encogido hasta poco más de la mitad que antes de la crisis, cuando en todo el mundo el desempleo ha asumido proporciones inimaginables, en un momento en el que parece aislarnos de la quiebra general solo alguna moratoria abierta o disfrazada, no hace falta en realidad mucho para crear la impresión de que esto es la caída de un tronco podrido en su interior desde hace tiempo y de que el

---

<sup>1</sup> O. v. Zwiedineck-Sudenhorst, *Allgemeine Volkswirtschaftslehre* (Enzyklopädie der Rechts- und Staatswissenschaft. Abt. Staatswissenschaft, 33) (Berlín, 1932). p. 265.

mundo es la víctima de un destino cuyo rumbo fatal se ha trazado de antemano desde hace mucho tiempo. La gente se ha vuelto receptiva a estas impresiones y es solo que está tan dispuesta a hacerlo sin pruebas que convenzan al intelecto, especialmente porque esos mismos autores hacen todo lo posible para representar el uso del intelecto como una aberración incomprensible del siglo XIX. Ahora bien, una de las peculiaridades de estos proclamadores del fin de una era es que la decadencia que anuncian parece llenarles de cierta ternura y ven aparecer de ella un nuevo sistema económico que cumple con sus deseos e ideales. Algunos reconocen la misión histórica del capitalismo en la economía internacional y sostienen que ha llegado a su fin. Otros se afanan en atacar esta era.

Por ejemplo, no hace mucho, Salin usaba las columnas de esta revista para mostrar un completo disgusto de conservador sobre el «siglo XIX, presuntuoso en su arrogante actitud», que, para él, fue también «un siglo de horrores sin precedentes».<sup>2</sup> Nadie puede impedir ni impedirá que lo haga, nadie va a negar respeto por esta indignación genuina y hay pocos que no estarían de acuerdo con él en que este siglo único, que acabó en la catástrofe y la quiebra moral de la gran guerra, representó una fatal aberración en más de un aspecto. Tal vez prefiramos usar expresiones no tan fuertes, consideremos que hubo horrores mayores en otros siglos, nos preguntemos si el crecimiento sin parangón de la población del siglo XIX, que por sí mismo dio sentido, dirección y fortaleza a la expansión industrial y el comercio mundial es uno de los «horrores» y si la fase menos edificante de esta era no había quedado ya atrás cuando nos llegó la catástrofe. Pero todas estas preguntas no nos interesan en nuestro contexto. Lo que nos interesa es que la execración del pasado, el juicio abismalmente pesimista del presente y el panegírico cantado al futuro suenan como acordes traicioneros que nos hacen levantar las orejas. Sin duda conocemos esa canción y también a quien la escribió. ¿No fue Marx, el fiel discípulo de Hegel, quien desarrolló de manera magistral el método de envolver la quinina de los objetivos de la política económica en la galleta neutral de la interpretación filosófica de la historia? El éxito que logró precisamente en Alemania y el fuerte eco que nuestros modernos profetas del día del juicio están generando demuestran realmente que no hay mejor manera de conseguir el apoyo para una idea en Alemania que dotarla de la consagración metafísica de estar predestinada e

---

<sup>2</sup> E. Salin, «Von den Wandlungen der Weltwirtschaft in der Nachkriegszeit», *Weltwirtschaftliches Archiv*, Vol. 35, Nº 1, 1932, pp. 1 y ss.

inevitablemente prescrita por una ley inflexible. El alemán parece tener una especial predilección por moldear su pensamiento siguiendo un patrón histórico y filosófico y regocijarse con la sensación de que él y sus contemporáneos están en el umbral de una nueva era. Tal vez esta sea la manera del alemán de evitar que su persona ubicuamente amenazada sea tragada por el vacío y de conservar para sí algún tipo de importancia cuando se le ha despojado de la mayoría de esta por la civilización moderna de las masas. Una vez más nos vemos rodeados por una atmósfera milenarista y hay millones a punto de rendirse a su narcótica influencia. Los objetivos de la política económica son algo que puede discutirse y, de hecho, vamos a hacerlo ahora mismo, pero dejadnos no sufrir ningún intento de colar en la discusión el objetivo de la política económica como una *res judicata* y por tanto evitar cualquier discusión ulterior.

Dejadnos no sufrir tampoco otros medios de eludir la discusión. El tono jactancioso de una revista mensual alemana popular, en la que se nos contaba realmente en blanco y negro no hace mucho tiempo que en lugar de discutir debíamos confiar en la espada y el puño, es algo que dejaremos pasar en silencio. Todavía no hemos llegado a ese punto. Por ahora los métodos utilizados son más sutiles. Uno de ellos es el intento de tratar el cambio ideológico hacia el antiliberalismo, cuya difusión durante la presente crisis podría, de hecho, adquirir una importancia secular, como si ya fuera en realidad un hecho cumplido, a la vista de que no queda sino rendir las armas del intelecto y los argumentos de la experiencia. Todos conocemos tácticas de ese tipo en reuniones en las que un presidente habilidoso puede rápida e imperceptiblemente dirigir el debate de tal manera que crea una atmósfera en la que se dan por sentadas premisas inicialmente dudosas, de forma que los tímidos temen volver a cuestionarlas. Estas tácticas de hablar a la gente por sorpresa e intimidarla se usan contra aquellos que se oponen al antiliberalismo radical. Cuando explican, tranquilamente y sin alterarse, el significado y la verdadera importancia del desarrollo económico y tratan de recordar a la gente los hechos elementales acerca del funcionamiento de la economía capitalista de mercado, se les presenta como hombres pertenecientes a un mundo perdido, como momias que no tienen un espacio en la era progresista del antiliberalismo, como intelectuales secos e insensibles ante el nuevo y maravilloso *ver sacrum* que supuestamente arrasa Europa Central. Cualquiera que les contradiga y no use el lenguaje esotérico propagado sobre nosotros es... bueno, un liberal y evidentemente se da por sentado y se supone que no hace falta ninguna prueba adicional de que este adjetivo equivale a una aplastante condena, especialmente cuando se usa en la forma completa «liberalista». Todo esto es un intento de promover una opinión



que, como cualquier otra en la democracia de las opiniones, tiene que luchar con su poder de convicción, para darle una ventaja repitiendo incesantemente que «está en marcha». Es como si un gobierno, apoyado como cualquier otro sobre un partido político, reclamara la autoridad de un gobierno por encima de los partidos. Entre los intelectuales los votos no se cuentan, sino que se pesan y ni las cifras de circulación de los libros y publicaciones antiliberales, ni ningún otro síntoma del «despertar de la juventud» podrán nunca tomar el lugar de los argumentos válidos.

## II

Era necesario usar palabras sencillas, poco susceptibles de error para colocar a la discusión de la importancia secular de la crisis mundial sobre una base libre de aquella atmósfera en la que se mezclan conocimiento y propósito, de forma que podamos examinar con distancia si los inquietantes acontecimientos que culminaron en la crisis crediticia mundial de 1931 significaron o no una quiebra brusca en la historia económica y, en caso de que consideremos esto como una catástrofe, si es una contra la que es inútil resistirse. Por dejar clara nuestra postura: estamos preparados para todas las posibilidades, incluso las peores. Tal vez sea improbable, pero en modo alguno es imposible que la crisis actual sea el inicio de un proceso de desintegración de más largo alcance, el cual se tragaría al final las bases últimas de nuestro sistema económico y social. Nadie puede conocer el futuro; nadie puede, en un mundo con tensiones tan tremendas, garantizar que se superará la crisis global dentro del marco del actual sistema económico y social. Pero ¿cómo afecta y altera esto nuestras nociones acerca de los objetivos de política económica? Si consideramos la idea de la planificación económica nacional como antagónica tanto de la economía como de la civilización, ¿no es justo, cuando vemos el grado completo de fuerza peligrosa de las fuerzas desintegradoras que trabajan con ese objetivo, que debamos multiplicar las fuerzas contrarias y luchar hasta la extenuación? Pues, sea cual sea el futuro que nos espere, somos nosotros, en último término, los que lo creamos.

Mi oposición a las políticas económicas y las ideas de filosofía social asociadas con el pesimismo de nuestros antiliberales no tiene por qué impedir que comparta ese pesimismo si pienso que está justificado. Indudablemente, no me impide, ni debería impedir a nadie con ideas similares observar fríamente todas las circunstancias que hablan a favor y en contra de la opinión de que la crisis mundial actual significa un punto de inflexión en la historia económica.

Al sopesar todas esas circunstancias, tenemos que empezar reconociendo que, a la vista de los acontecimientos que han ocurrido desde 1931, la crisis mundial no puede considerarse simplemente como el desplome de un ciclo económico normal. Mes tras mes se hace cada vez menos legítimo comparar esta crisis con cualquiera de las grandes crisis del pasado; mes tras mes ha estado creciendo más allá de cualquier precedente histórico. Dicho de forma práctica, aunque no de todo en términos no problemáticos: la actual crisis mundial ha dejado de ser una fase meramente cíclica y ha asumido cada vez más el carácter de un cambio estructural o tal vez sería mejor decir de una serie completa de cambios estructurales. Para facilitar la explicación, podríamos incluso reconocer que este no es simplemente un caso de crisis dentro del sistema, sino de una crisis del propio sistema.

Pero, aunque tengamos que reconocer esto, sus consecuencias no deberían sobreestimarse. Para empezar, podemos recordar que el pasado también conoció crisis que desafiaban una comparación con cualquiera de las anteriores y que llevaron en el pasado al mismo tipo de ánimo de fin de una época que se ha desarrollado hoy. Indudablemente todas las grandes crisis del pasado tenían también un carácter estructural y reclamaban cambios estructurales que, por su naturaleza, iban más allá de la crisis, aunque sin acabar con el propio sistema. La gran crisis de la década de 1870 nos puede ofrecer gran riqueza de material sobre este punto. Toda la historia del capitalismo resulta incomprensible si no se aprecia que toda gran crisis del pasado de alguna manera cerraba una fase de desarrollo y abría otra nueva. La crisis actual difícilmente puede ser una excepción, viendo que supera todas las precedentes en intensidad y extensión. Sin embargo, lo que resulta sorprendentemente característico es que las rupturas que las crisis interpusieron en el desarrollo capitalista dejaron inalteradas las características constitucionales del sistema y nunca interrumpieron durante un tiempo las tendencias correspondientes a la esencia del sistema. Estas tendencias incluyen en particular uno que la crisis actual se supone que interrumpirá para bien, que es el crecimiento de las interrelaciones económicas en todo el mundo. Tenemos que decir ahora algo más acerca de esto.

Hasta este momento, la afirmación de que la crisis ha asumido el carácter de un cambio estructural no significa más que que es una crisis económica de un grado sin precedentes y que hace más de lo que haya hecho cualquier otra por sacudir los cimientos de nuestro sistema económico. Pero los metafísicos de la escuela del «fin de una era económica» van mucho más allá. Afirman y, para demostrar su metafísica, se ven obligados a afirmar que la crisis mundial, lejos de ser incluso original y básicamente una crisis cíclica, es de origen estructural, para

empezar. Lo que dicen es esto: somos testigos del desplome de un edificio condenado a derrumbarse debido a tendencias a largo plazo, es decir, tendencias válidas para el futuro muy distante. En otras palabras: la crisis no es la némesis de los pocos años precedentes de auge, sino la némesis de todo un siglo.

Podemos preguntar si alguien ha conseguido hasta ahora explicar la crisis mundial en términos de una o más *causas estructurales*, aislando el mecanismo de las reacciones cíclicas. La respuesta es un concluyente No. Todos los intentos de este tipo deben considerarse en realidad como sin éxito. Incluso meras hipótesis de este tipo resultan insostenibles, aunque no signifiquen en modo alguno algo como el fin de una era económica o sellar el destino del capitalismo. Por ejemplo, esto es aplicable a la hipótesis de las causas estructurales de tipo monetario. Indudablemente, nadie mantendría ya en serio que la causa principal de la crisis mundial sea una estructural *escasez de oro*.<sup>3</sup> Esta hipótesis fue fallida desde el principio al no conseguir explicar por qué, aun así, el volumen del dinero y el crédito fue capaz de expandirse tanto inmediatamente antes del estallido de la crisis. No puede decirse nada mejor de otra opinión, según la cual una de las causas de la crisis hay que encontrarla en las graves perturbaciones en el mecanismo del patrón oro, evidenciadas especialmente en la incorrecta distribución del oro y la ineficacia de los controles automáticos demostrados del patrón oro. La verdad es que la crisis, sobre todo en la medida en que es una crisis de confianza, llegó antes y que el patrón oro no puede funcionar cuando sus condiciones se han eliminado por la crisis, igual que el sistema parlamentario y la democracia no pueden funcionar cuando una nación ha perdido su salud política, con el resultado de una «distribución incorrecta» de votos, invalida temporalmente el mecanismo de la democracia parlamentaria.

Aunque la hipótesis de que la crisis se debe a causas estructurales de tipo monetario no implicaría, ni en el peor de los casos, la condena del capitalismo, no es imposible concebirla de otras tendencias que sí tendrían esas sombrías implicaciones. Por ejemplo, una idea que desempeña un papel importante en la filosofía del «fin de una era económica» es que *el giro a la baja del movimiento demográfico* es un factor estructural completamente nuevo que ha hecho su aparición en la economía occidental con esta crisis. Esta es una idea muy popular

---

<sup>3</sup> En realidad, la producción de oro ha estado aumentando siempre desde 1929 y tiene todo el aspecto de que continuará haciéndolo. Ver W. Sundheimer, «Die amerikanischen Wahlen und der Gold-Standard», *Wahrung und Wirtschaft. Mitteilungen des Wahrungsinstituts Berlin*, I, 1932, pp. 65 y ss.

y merece la pena examinarla con cuidado. La exposición del problema es favorable y prometedora para la filosofía del «fin de una era económica», pues el tremendo aumento de la población de los siglos XIX y XX no ha tenido precedentes y fue algo necesariamente único, que tendrá que tener un final antes o después. Además, no puede haber ninguna duda de que este crecimiento de la población ha sido uno de los impulsos más fuertes para el florecimiento del capitalismo industrial en todo el mundo. ¿Cabe, por tanto, deducir que el capitalismo debe seguir el giro a la baja del movimiento de la población? Bueno, es un hecho que la ralentización del aumento de la población no puede haber sido una causa contribuyente a la crisis actual. Para empezar, esta tendencia es por el momento meramente relativa y lo será en los próximos años por venir. Hasta ahora, en ningún país occidental ha disminuido realmente la población: lo que ha disminuido es la tasa de aumento y esto no obsta para que la población siga creciendo de modo bastante considerable. Tampoco es fácil entender cómo esta tendencia puede haber echado abajo el último auge ni cómo fue posible dicho auge. Siempre hay un punto débil en todas las explicaciones culturales de la crisis mundial, ya que, después de todo, los factores culturales sobre los que se basan deben, como tales, ya haber estado presentes durante el auge precedente, que, en su rápido crecimiento económico, tiene tan pocos precedentes como la propia crisis; así que el repentino fin del auge sigue sin explicarse y no parece haber ninguna razón por la que no deba haber otro giro al alza en las antiguas condiciones. Un argumento es que la ralentización del aumento de población en todo caso sí hace extremadamente difícil salir de la actual depresión, porque ahora nos falta el aumento automático en la demanda de vivienda que en anteriores depresiones llevó muy pronto a las empresas constructoras a aumentar la construcción residencial y dio así el impulso inicial para la recuperación. Es innegable que esto es un problema, pero se ha sobrevalorado enormemente y también se ha mirado desde una perspectiva errónea. Para empezar, se olvida que la lentitud del comercio en el negocio de la construcción es en grandísima medida atribuible a otras causas, especialmente al hecho de que, debido a varias circunstancias (en Alemania, gracias a las obras públicas) el último auge fue, más que los anteriores, un auge de inversión en ingeniería civil, lo que a su vez tiene mucho que ver con los efectos de la guerra. Este es otro parecido entre la crisis actual y la crisis de promoción empresarial de la década de 1870. En segundo lugar, es incorrecto calcular la necesidad de vivienda contando sencillamente cabezas y todavía más incorrecto igualar esta necesidad de vivienda con la demanda de vivienda. Así que queda en pie muy poco del argumento. Por fin, está la siempre arraigada creencia de que al final y a largo plazo el giro a la baja de la curva demográfica no puede dejar de estrechar el

margen para una expansión de la producción y los mercados, especialmente para la producción de bienes de capital y por tanto llevar al declive del capitalismo. Lo que tenemos aquí es una mala hierba común en el jardín de la economía y que pertenece a la gran familia de los errores lógicos a los que Whitehead llama apropiadamente la falacia de la concreción errónea.<sup>4</sup>

En este caso funciona así: como el poder adquisitivo, en la práctica, lo ejercitan personas individuales, el volumen total de la demanda tiene que depender del número de personas. *Eso es confundir a las personas con los marcos y los dólares.* Es verdad que hay necesidades tan inelásticas que el volumen total de la demanda en este caso sí depende de si hay más o menos personas, pero en todos los demás casos es independiente del número de personas, ya que es una función del poder adquisitivo, que, a su vez, como todos sabemos, depende de la producción. El número de árboles de navidad que pueden venderse depende está determinado, en general, por el número de familias; este es un caso de demanda muy inelástica, que, en combinación con una oferta igualmente inelástica, normalmente lleva a agudas fluctuaciones de precios en ambos sentidos justo antes de las vacaciones. Por otro lado, el valor y la cantidad de regalos bajo el árbol de navidad varía de una familia a otra de acuerdo con los ingresos del padre de familia. Pero si la población deja de crecer, se pondrá fin a cualquier expansión de la producción de bienes cuya demanda sea muy inelástica. Pero ¿qué posible sentido tiene incluso discutir la posibilidad de un punto de saturación en el caso de todos los bienes concebibles? Incluso si la producción se multiplicara por cien, seguirían sin aumentar los ingresos de las masas hasta un nivel que se considerare como necesario en los tramos de rentas altas hoy. No cabe duda de que la tendencia demográfica regresiva causará muchos y probablemente muy dolorosos ajustes, pero suponer que estos ajustes sellarán el destino del capitalismo solo puede describirse como un vuelo neurótico de la imaginación. Definitivamente, no tiene nada que ver con la crisis actual.

La categoría de las falacias de concreción errónea incluye otra opinión extremadamente popular, de la cual existen las variantes más diversas y que es que el capitalismo ha llegado a sus límites insuperables en el *espacio* y que la presente crisis es un primer reflejo de su agotamiento del almacén de kilómetros cuadrados todavía susceptibles de ser «abiertos» por el capitalismo. En este caso, *los kilómetros cuadrados se confunden con los marcos y los dólares*, como pasaba con la gente en el argumento de la población. Esta confusión está en la base de

---

<sup>4</sup> A. N. Whitehead, *Science and the Modern World* (Nueva York, 1926), p. 75.

todo el mal uso que se hace hoy en día de la palabra «espacio»: es el error esencial de la teoría de Luxemburg-Sternberg del imperialismo y también el *πρωτον ψεύδος* de todas las aberraciones geopolíticas y geoeconómicas, ya se refieran al sudeste de Europa o a algún otro «espacio» seductor. Todo tipo de romanticismo geográfico recurre a él, y lo mismo hace la noción de que Estados Unidos tiene una ventaja sobre Europa en su veloz «espacio de libre comercio» (cuando, en realidad, el mismo grado de su «espacio», que en el Oeste está muy poco poblado y es poco fértil, es más un estorbo económicamente). No hace falta decir que el tamaño del mercado no depende del número de kilómetros cuadrados, sino del volumen del poder adquisitivo y este, a su vez, depende de la producción (social y económicamente correcta). Esto pone fin a la idea de que el capitalismo mundial solo es posible si se puede expandir constantemente en el espacio. Su grado e intensidad están determinados, no por el espacio, sino por el poder adquisitivo mundial total y esto no puede lograrse más eficazmente que mediante la expansión sin trabas del comercio mundial.<sup>5</sup>

Un punto que es el menos claro en los pronunciamientos de los filósofos del «fin de una era económica» es el papel desempeñado por la *tecnología* en su visión del mundo. Por un lado, mantienen casi unánimemente que el ritmo de los avances tecnológicos se ha hecho mucho más lento, así que incluso esta fuente de fuerza capitalista se está secando. Por otro lado, hacen un uso copioso de la noción popular de que la tecnología, las máquinas y la organización han sobrepasado a las personas. Este embrollo de pensamiento es en buena parte explicable en términos de otro caso más de falacia de concreción errónea. Las invenciones tecnológicas como tales se confunden con la *explotación* económica del progreso técnico y organizativo. Es verdad que la época de las sensaciones técnicas probablemente haya llegado más o menos a un final, pero esto no ha impedido las aplicaciones económicas del conocimiento existente (por ejemplo, del motor de combustión interna) y su consiguiente desarrollo técnico y económico, haciendo del último auge un periodo distinguido por todas las características de una segunda revolución industrial. Sin una expansión simultánea del crédito de una extensión gigantesca, por supuesto, no habría sido

---

<sup>5</sup> Por esta razón, no se puede coincidir con H. Ritschl, quien, en su artículo «Wiederaufstieg der Konjunktur» (*Der deutsche Volkswirt*, V (Berlín, 2, 1930-1931), pp. 1207 y ss.) lanzaba un encomiable ataque contra los errores mencionados en el texto, cuando concluye del cambio en el área de la expansión capitalista que el mayor énfasis debe ahora ponerse en el mercado interno. No hay razón alguna para suponer esto, que se basa igualmente en la falacia de la concreción errónea.

posible y esto tiene que añadirse en beneficio de aquellas personas, como Salin, por ejemplo, que culpan a la sobreexpansión del auge del giro demográfico a la baja y al creciente tamaño de las empresas y tratan así de trasponer las dinámicas del ciclo al campo del cambio estructural. Es muy difícil predecir algo para el futuro, pero si supones que el cambio tecnológico desempeñará un papel menor en el futuro que en el pasado, solo puedo concluir que el desarrollo económico futuro será mucho más constante, lo que no puede sino fortalecer nuestro sistema económico. En todo caso, es difícil ver cómo la ralentización del proceso tecnológico puede suponerse que sea un factor en la remodelación del capitalismo en forma de autarquía y planificación económica. Sin embargo, hay un tipo de invención técnica que solo podemos rezar por que se abandone. Tengo en mente a aquellos que la hicieron económicamente viable para producir en el interior sustitutivos para ciertos bienes hasta ahora solo fabricados en el extranjero. Supongamos que los técnicos alemanes tengan éxito en fabricar goma, cobre, cacao, algodón, etc. a partir de materias primas alemanas y lo consigan con un coste tal vez no mayor de un 50% superior al coste de producción en el extranjero; a juzgar por nuestra experiencia, por ejemplo, con la fabricación de gasolina alemana, podemos estar seguros de que en ese caso que por el bien de la «balanza de pagos» y bajo el pseudopatriótico lema de «Alemanes, comprad materias primas alemanas», se aplicarían enseguida todos los medios posibles de política comercial para hacer competitivos los sustitutivos nacionales. No cabe duda de que puede aventurarse la misma predicción para otros países. En ese caso, el progreso tecnológico realmente sería quien marcara el paso de la autarquía y, con él, de un empobrecimiento incalculable. Sería una nueva y extraña contribución al viejo tema de «progreso y pobreza».

Pero aún no hemos llegado a la afirmación esencial de la filosofía del «fin de una era económica». Es que la *desintegración de las relaciones económicas internacionales* es el más importante de los cambios estructurales que amenazan el futuro del capitalismo. La extraordinaria contracción del comercio mundial a lo largo de la presente crisis y los movimientos correspondientes de los países para cerrarse al resto del mundo sugiere, si seguimos a escritores como Sombart, Salin y Fried, que la crisis está realmente cerrando una era de la economía global y dando paso a una nueva época de economías «nacionales» más o menos autárquicas. «La torre de Babel se construyó sobre terreno firme, pero la economía mundial al doblar los siglos XIX y XX se construyó sobre cimientos intelectuales y políticos tan frágiles que al primer impacto de acontecimientos creativos o destructivos pudo convertirlos en cenizas y aventarlos como fino

polvo», dice Salin,<sup>6</sup> y se han proferido explicaciones igualmente elocuentes por otros escritores del mismo tipo. Parece preferible responder con un tono seco. Recordando comentarios anteriores en este medio, señalaremos que ninguna persona sensata soñaría con negar la posibilidad de un declive completo de las relaciones económicas internacionales y por tanto una recaída en una etapa más primitiva, pero eso es una cuestión completamente distinta de si esta posibilidad es muy probable y de si, si se convierte en realidad, lo hará de acuerdo o en contradicción con la lógica interna de la evolución económica. En el último caso, debe esperarse que la lógica interna de la evolución económica acabe prevaleciendo de nuevo. Y, finalmente, otra cuestión más es si el posible declive de las relaciones económicas internacionales hay que considerarlo bueno o malo.

Si el declive actual de las relaciones económicas internacionales se supone que es un acontecimiento de importancia secular, entonces, sin duda, debe haber sido motivado desde hace tiempo por los anteriores acontecimientos económicos, es decir, habría sido el resultado de fuerzas que no se desataron únicamente por la crisis actual y que desaparecerán con ella. De otra forma, sería realmente frívolo filosofar *in saeculum* sobre la base de lo que ha ocurrido durante el último año y medio, pues el marcado declive de las relaciones económicas internacionales no puede remontarse más allá del verano de 1931. En este caso no hay necesidad de mostrarse en desacuerdo con este tipo de frivolidad. Por el contrario, dirijamos nuestra atención a quienes tratan seriamente de descubrir tendencias de declive en el largo plazo. Bueno, estos intentos se contradicen con el sencillo hecho de que la crisis actual siguió a un periodo de expansión extremadamente vigorosa del comercio internacional, por el cual la economía mundial superó explosivamente la disrupción precedente causada por la guerra mundial y la inflación, otro tiempo de pronósticos apresurado. Una reacción estaba condenada a seguirlo. Lo que habría que hacer en este momento sería examinar con detalle si la importancia relativa del comercio mundial de hecho escaló o motivó la crisis actual. Requeriría una investigación especial extensa y esto es imposible en esta ocasión.<sup>7</sup>

Como punto de partida, tenemos los cálculos del Institut fiir Weltwirtschaft und Seeverkehr, de Kiel, publicados en la obra esencial *Der deutsch Aussenhandel*

---

<sup>6</sup> Op. cit., p. 11.

<sup>7</sup> Ver especialmente M. Victor, «Das sogenannte Gesetz der abnehmenden Aussenhandelsbedeutung», *Weltwirtschaftliches Archiv*, Vol. xxxvi, nº 2 (1932), pp. 59 y ss.



*unter der Einwirkung weltwirtschaftlicher Strukturwandlungen*.<sup>8</sup> Las estadísticas no confirman que la *tesis de una caída en la cuota de exportación* tenga la validez de una ley general. Entre 1890 y 1895, el comercio mundial creció al mismo ritmo que la producción industrial (medida mediante un índice de materias primas cuidadosamente calculado) y entre 1895 y 1913 superó ligeramente a este último; después de la guerra la distancia primero se amplió y luego disminuyó. El volumen del comercio mundial se expandió más entre 1925 y 1929 que entre 1908 y 1913. Sin embargo, por diversas razones, siempre hay un margen muy amplio de error estadístico en cálculos de este tipo. Por ejemplo, Condliffe<sup>9</sup> llega al resultado de que a lo largo del periodo 1881-1929 (con la excepción, por supuesto de los años 1913-1921), la tasa de aumento en el comercio mundial fue siempre ligeramente mayor que la tasa de incremento de la producción mundial. Una evaluación cuidadosa sugiere la conclusión de que no hay pruebas en absoluto de ninguna caída en la importancia relativa del comercio mundial hasta 1929 y que ni con la mejor voluntad del mundo puede encontrarse en las estadísticas más que un muy ligero declive. Pero esto está lejos de resolver la cuestión.

Para empezar, parece sorprendente que una fuerte expansión del comercio mundial desde 1925 se produjera en un momento en que las políticas comerciales ya estaban haciendo mucho más por separar a las naciones que antes de la guerra.<sup>10</sup> Esto habla a favor de la fortaleza de las fuerzas que generan el internacionalismo económico, al parecer que causaron que el comercio mundial se expanda a pesar del constante aumento de los obstáculos al comercio. Esto confirma una vez más lo que recientemente tuve ocasión de escribir en otro lugar:<sup>11</sup> a pesar de todos los obstáculos proteccionistas, las interrelaciones económicas en todo el mundo se han hecho más densas, la tendencia prevista

---

<sup>8</sup> *Der deutsch Aussenhandel unter der Einwirkung weltwirtschaftlicher Strukturwandlungen*. Preparado y editado por el Institut für Weltwirtschaft und Seeverkehr an der Universität Kiel (Berlín, 1932).

<sup>9</sup> Sociedad de Naciones, Servicio de Inteligencia Económica, *World Economic Survey 1931-32*. Series of League of Nations Publications, II. Economic and Financial. 1932, II, A. 18 (Ginebra, 1932)

<sup>10</sup> *Ibíd*, p. 152.

<sup>11</sup> W. Röpke, «Liberate Handelspolitik», *Archiv für Rechts- und Wirtschaftsphilosophie*. Vol. xxiv (1930-1931), p. 365.

por los liberales ha ganado una fuerza inimaginable y el proteccionismo, en la medida en que su objetivo es ralentizar la integración de cualquier economía nacional en el nexo del comercio mundial, está mucho más lejos de dicho objetivo que el liberalismo del contrario. Pero incluso si todo esto no fuera así, incluso si las estadísticas probaran de forma inequívoca la tesis de una caída relativa en la importancia del comercio mundial, no podría concluirse nada de ello con respecto a la supuesta «desintegración [estructural] de la economía». Lo que hay que recordar en este contexto es *que la relación cuantitativa entre comercio interior y exterior no hace justicia en modo alguno a la verdadera importancia de las relaciones económicas internacionales*. Extrañamente, este punto de vista normalmente lo olvidan precisamente los autarquistas antiliberales, cuya filosofía social en conjunto les hace por otro lado retroceder con horror<sup>12</sup> ante cualquier aproximación cuantitativa y mecanicista. La mera existencia de un mercado mundial y la mera posibilidad de sustituir las ventas interiores por las exteriores y enfrentar el mercado nacional con el internacional son de inmensa importancia para una dirección racional de la economía nacional, una importancia que no puede medirse estadísticamente. Igualmente, las exportaciones industriales son de mucha mayor importancia económica de la que sugieren las cifras desnudas. Para apreciar esto, debe recordarse que *la porción exportada de producción industrial representa ese margen superior de producción que, en virtud de las economías de escala, hace posible toda la producción en masa y con ella la existencia misma de las empresas industriales modernas*. Lucien Romier<sup>13</sup> tiene razón cuando dice, en otro contexto, que ni siquiera Estados Unidos, con su aparente independencia garantizada, podría aguantar la prueba de un bloqueo, porque le impediría exportar el «pico de producción» y por tanto destruiría el equilibrio social del país. Con respecto a las importaciones de Estados Unidos, A. Rühl<sup>14</sup> señala que apenas el 10% de las importaciones fueron bienes producidos interiormente con igual calidad y suficiente cantidad, mientras que casi el 90% de las importaciones fueron complementarias de la producción interior, bienes que tuvieron que importarse porque no se producían nacionalmente con igual calidad o en suficiente cantidad.

---

<sup>12</sup> Ver, como un ejemplo entre muchos, E. Salin, op. cit., p. 1.

<sup>13</sup> L. Romier, *Der Mensch von heute* (Friburgo de Brisgovia, 1930), p. 46.

<sup>14</sup> A. Rühl, «Zur Frage der internationalen Arbeitsteilung», *Vierteljahreshefte zur Konjunkturforschung*, Número especial 25 (Berlín, 1932).

Se puede ver que el problema de la economía mundial es bastante más denso e intrincado de lo que imaginan nuestros autarquistas antiliberales y ya va siendo hora de que dejen de mantener una doble contabilidad en la que la economía nacional se presenta como un organismo y la economía mundial como un mero mecanismo.

Pero el mayor error cometido por los antiliberales en relación con esto es que siguen haciendo uso de la contracción patente del comercio internacionales en la crisis presente, pero olvidan que *esta contracción es parte de un proceso general de contracción*. De hecho, el comercio mundial, hasta bastante recientemente, no ha encogido más que la producción y hasta 1931 encogía menos.<sup>15</sup> En otras palabras: la importancia relativa del comercio exterior ha estado aumentando considerablemente precisamente en la crisis, desafiando todas las medidas históricas con las que los países están tratando de cerrar sus fronteras y a pesar del hecho, sobre todo, de que solo fue durante este periodo en que el nuevo arancel de EEUU, el arancel Hawley-Smoot, empezó a ejercer sus calamitosos efectos. Por supuesto, aquí hay que hacer de nuevo la reserva del margen estadístico de error y las cifras deben usarse con cautela. Lo que hay que entender es que el declive del comercio mundial en términos absolutos durante la crisis no es ninguna prueba en absoluto del fin secular de la economía internacional, porque la contracción absoluta del comercio internacional no ha disminuido su importancia relativa. Si el mercado mundial se ha encogido junto con los mercados nacionales, ¿por qué no debería expandirse de nuevo cuando se recuperen los mercados nacionales? ¿Tenemos que creer seriamente que las fuerzas que actúan con ineluctable necesidad a favor de las relaciones económicas internacionales en el futuro no serán lo suficientemente fuertes como para superar todos los obstáculos, que indudablemente no tienen que ser subestimados y que Salin y otros señalan correctamente, como el abandono del patrón oro por Inglaterra, el declive de la supremacía financiera británica, etc.?

Pero dejemos de nuevo el escenario a los antiliberales filósofos del «fin de una era económica» para que nos digan que ninguno de nuestros argumentos se sostendrá ante el juicio superior de la historia mundial. Cito a Salin:<sup>16</sup> «Solo esta vez se combinaron las relaciones económicas casuales del pasado mediante una red de precios aparentemente mundial en un mecanismo que ligaba el destino

---

<sup>15</sup> *Der deutsche Aussenhandel*, op. cit., II, pp. 463 y ss.

<sup>16</sup> E. Salin, op. cit., p. 11.

económico de personas y naciones enteras por igual y lo hacía dependiente de acciones económicas en todas las demás partes del planeta; solo esta vez pusieron personas y estados esa ciega confianza en la indestructibilidad y durabilidad de la idea artificial de que están dispuestos a cubrir incluso sus necesidades vitales con importaciones del otro lado de la frontera, si es que son más baratas, y a producir los bienes más inútiles en el interior, si es que hay una perspectiva de una venta rentable». Si esto se supone que demuestra que ahora debemos enterrar finalmente el comercio mundial, no es más que otra sustitución de la prueba por una atmósfera emocional. Puede ser cierto que nunca ha existido antes nada como la economía mundial moderna,<sup>17</sup> pero la conclusión de que algo que nunca existió antes está por eso mismo necesaria o probablemente condenado a la ruina y de que esta ruina debe llegar ahora mismo, esa conclusión puede ser conservadora, pero sin duda no es convincente. Después de todo, todo ha ocurrido alguna vez por primera vez. Tal vez algún contemporáneo de Colón pensó que la existencia de América era algo novedoso y único y que estaba condenado a desaparecer de nuevo. Todo lo que podemos decir es que se equivocaba, y el mismo hecho de equivocarse no es la menor de las razones para el advenimiento de la economía global y su permanencia entre nosotros, mientras no volvamos a la creencia de que el mundo termina en las columnas de Hércules.

No cabe duda de que sería posible descubrir evidencias de que, en el momento en que la Unión Aduanera creó la economía nacional alemana había también agoreros que declaraban que la integración económica de los estados alemanes independientes era un acto de presuntuosa originalidad. Un hombre como Friedrich List<sup>18</sup> fue más presciente cuando consideró el crecimiento de la esfera geográfica de la integración económica sencillamente como etapas de un

---

<sup>17</sup> La precisión histórica incluso de esta afirmación puede ponerse en duda. La red económica que cubría el Imperio Romano en tiempo de los emperadores no era en realidad otra cosa que una «economía mundial» en sentido moderno. Podría objetarse que esa «economía mundial» también acabó colapsando. Pero ¿fue este colapso algo obligatoriamente necesario? Y lo que siguió a su colapso en su momento indudablemente no es atractivo en modo alguno. No supone mucha diferencia si la barbarie irrumpe «horizontalmente», como hizo entonces, o «verticalmente» como amenaza con hacerlo ahora.

<sup>18</sup> Friedrich List, *Das nationale System der Politischen Ökonomie*. Reimpreso de la última edición revisada del propio autor. Cuarta edición (Jena, 1922), p. 210.

proceso unitario de integración, al explicar: «Incluso ahora puede predecirse con certeza que en unas pocas décadas la mejora en los medios de transporte causará que las naciones más civilizadas del mundo no estén menos, o incluso estén más, ligadas por relaciones tanto materiales como espirituales que los condados de Inglaterra hace un siglo». Finalmente, quienes destacan la primacía histórica y la singularidad de la economía mundial olvidan el hecho de que el tremendo aumento de la población durante los siglos XIX y XX fue igualmente algo sin precedentes. «Solo esta vez» la población aumentó más rápido que nunca antes en la historia y por tanto creó un hecho objetivo que sencillamente no puede eludirse. Si la economía internacional es la construcción más artificial, aun así, habrá que reconocer que los millones de personas cuya misma base de existencia fue creada por el industrialismo y el comercio mundial indudablemente no estarán de acuerdo en que se describan como construcciones artificiales que pueden venirse abajo y desaparecer debido a teorías ingeniosas. Esta gente ha entrado en la vida de una forma muy natural: indudablemente no son criaturas del racionalismo, sino productos del más irracional de todos los procesos de la tierra y tienen todo el derecho a reclamar que se las respete como tales. Toda esta palabrería acerca de que la economía internacional es artificial, acerca del industrialismo, de que el teléfono y los ferrocarriles destruyen la civilización, de una economía corporativa, planificada o, en todo caso anticapitalista y antiindustrialista que rejuvenece a la nación; toda esta palabrería sigue siendo algo vacuo y sin sentido, hasta que no se nos diga cómo los millones así desarraigados económicamente van a eliminarse sin dolor y bajo qué criterio de selección se llevará a cabo la necesaria aniquilación y «enfriamiento». Naturalmente, esperamos que los defensores de estas ideas se presenten voluntarios. Tan grande es la confusión mental que solo el lenguaje más directo puede ayudar a aclarar la atmósfera. Los efectos desastrosos de los primeros pasos dados por Alemania en dirección a la autarquía, que, en nombre de la «libertad alimentaria» ya han llevado a la «libertad sin alimentos» a miles de trabajadores en los sectores exportadores alemanes nos dan un anticipo de lo que será nuestro botín si damos la espalda al supuestamente «artificial» mercado mundial. Quien desdeñe el «pensamiento económico» por ser el «enemigo mortal del idealismo étnico», prefiera la «sangre» al «dinero» o rechace los argumentos racionales contra una economía «nacional» mediante una frase del tipo que es tan popular en nuestros días en la opinión pública, debe aceptar el veredicto de que no tiene derecho a reclamar como su motivo las penalidades de las masas desempleadas.

La economía internacional no marcha en contra de la lógica interna de la evolución económica, sino con ella, como decía Friedrich List en el pasaje citado. Y, en último término, esto se demuestra por el hecho incontrovertible de que el área de integración por comercio y por división internacional del trabajo ha crecido constantemente durante los últimos quinientos años e indudablemente no ha encogido. *Este proceso de integración no se detuvo en las fronteras nacionales, igual que no se detuvo antes en las fronteras de los länder y ciudades y, de hecho, no conozco ninguna razón por la que no debería haberlo hecho.* Entre las fuerzas operativas en este proceso de integración hay una que realmente tiene el demérito de ser de tipo material y mecánico, pero por eso es la más poderosa y tangible, que es el constante progreso de las técnicas de comunicación. Su última expresión, la emisión por antena, ya ha hecho al menos a Europa una unidad a lo largo y ancho de la cual puede atravesarse cada tarde y en la que ninguna barrera fronteriza, ni restricción a las importaciones, ni control cambiario ni metafísica étnica puede impedir que la gente pase de discursos alemanes a música danesa de cámara o canciones folclóricas húngaras o al contrario. Por supuesto, no hay ninguna fuerza absoluta propia de esta circunstancia; por supuesto, la gente puede ignorar la contradicción implícita en su alabanza del «Graf Zeppelin» y los vuelos transatlánticos y al mismo tiempo aprobar el aislamiento económico y cultural de su país, privando de su tráfico a ferrocarriles y puertos y, como antes en la historia, entre la Antigüedad y la Edad Media, dejando que se arruinen las carreteras. Pero sigue siendo una contradicción y no es de importancia menor que exista y pueda explicarse a la gente. Lo fuerte que es la resistencia que opone el progreso en las comunicaciones a las tendencias aislacionistas de las naciones se evidencia en el fuerte crecimiento del comercio internacional, que desafía los crecientes obstáculos, como hemos tenido ocasión de señalar antes.

A todas estas explicaciones les seguiría faltando el poder definitivo de persuasión si no tratáramos un argumento más, en el sentido de que la *creciente industrialización del mundo* constituye una amenaza creciente para los mercados de ventas de los antiguos países industriales y por eso los obliga a *volver a la agricultura* y por tanto a difuminar la tradicional división internacional del trabajo. De acuerdo con este punto de vista, hay una tendencia ineluctable hacia la industrialización de los países que son principalmente productores tanto de productos agropecuarios como de materias primas y hacia una reaparición de la agricultura en los países industriales, así que por todas partes la economía contendría una mezcla equilibrada de industria y agricultura. Como consecuencia,

el comercio mundial se reduciría al intercambio de bienes producidos en ubicaciones especialmente favorecidas.

Ahora, antes que nada, no hay hasta ahora ninguna evidencia en absoluto que demuestre esa tendencia. Hasta ahora, toda la experiencia con respecto a la industrialización de los países de producción primaria señala exactamente lo contrario. Un país tras otro ha seguido a Inglaterra en la vía a la industrialización y el resultado ha sido un crecimiento con precedentes del comercio mundial. Por mencionar solo el último de los casos importantes: Estados Unidos también fue en su momento un suministrador extranjero de materias primas, pero aquí, como en otros lugares, el resultado de la industrialización fue un enorme aumento en la demanda efectiva del país, no siendo la menor de todas de productos industriales de Europa, mientras que la disminución de las exportaciones agrícolas estadounidenses benefició tanto a los granjeros europeos como, incluso más, a los países agrícolas todavía no industrializados (Canadá, Argentina, etc.), cuyas crecientes exportaciones agrarias a su vez pagaban las crecientes importaciones industriales. Durante los últimos diez años antes de la guerra mundial, esta evolución llevó a un apreciable aumento en los precios agrícolas, es decir, a un aumento en los términos del comercio entre productos industriales y agrícolas en beneficio de estos últimos. Ahora las tornas han cambiado considerablemente, con los términos del comercio mejorando constante y fuertemente para los productos industriales. Solo puede concluirse que el mundo no tiene demasiada industria, sino demasiada agricultura o demasiada poca industria y que la infraestructura agraria del mundo es demasiado amplia y la superestructura industrial demasiado estrecha e indudablemente no al contrario. Esta conclusión no puede negarse por nadie capaz de abstraerse de las perturbaciones actuales en la estructura de la industria y la eficacia del mecanismo del crédito. De esto se deduce que la crisis mundial actual no es una prueba en absoluto de la afirmación de que las relaciones económicas internacionales se están viendo socavadas por la creciente industrialización.<sup>19</sup> No

---

<sup>19</sup> Ver E. Doblin, «Internationale Konjunkturabhdngigkeit und Autarkie» *Archiv fur Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*. Tubinga. Vol. LXVII (1932/33); pp. 303 y ss. El razonamiento presentado en el texto no excluye que la hegemonía industrial de Europa Occidental esté declinando, igual que la industrialización de Alemania y Estados Unidos en su momento quebraron la hegemonía industrial de Inglaterra. Aparte de la desaparición de las antiguas cuasi-rentas industriales, esto tiene la consecuencia de que las manufacturas, tanto las semiacabadas como las acabadas, están empezando a resultar

debería ser necesario señalar que la crisis agraria mundial lleva durando más de diez años, mientras que la industria mundial en su conjunto solo acaba de salir de un auge sin precedentes. Y ahora se nos dice que las cosas nunca van a volver a ser de nuevo como antes. ¿Vamos a creer realmente que dentro de unos pocos meses la industrialización de los nuevos países creará consecuencias que nunca creó durante todo el siglo anterior?

Por supuesto, la verdad es que la catástrofe que sacudió la economía mundial provino de una dirección completamente distinta, que fue la perturbación de la red del *crédito internacional a corto plazo*. Esto fue lo que llevó a todos esos síntomas de quiebra sin los cuales nadie habría pensado que la teoría del «crepúsculo» de las relaciones económicas internacionales mereciera la pena siquiera discutirse. Esto fue lo que llevó a los países individuales a competir entre sí en poner obstáculos al comercio: los países deudores para proteger sus balanzas de pagos y los países acreedores para impedir exportaciones adicionales por los países deudores. Fue solo el agravamiento general resultante de la crisis económica en todas partes lo que causó que las tendencias autárquicas se extendieran por el mundo. La acumulación de deudas internacionales a corto plazo, que en julio de 1931 el Banco Internacional de Pagos estimaba en total en unos 40.000 millones de marcos y el repentino colapso del mecanismo del crédito a corto plazo fueron calamidades de proporciones sin precedentes, pero siguen siendo calamidades históricamente únicas, y no algo que se sea en modo alguno propio de la naturaleza de las relaciones económicas internacionales. Estas calamidades excepcionales a su vez se unieron a una serie de otras circunstancias excepcionales, entre las cuales podemos mencionar las últimas secuelas de la guerra, las enormes deudas políticas (indemnizaciones y deudas entre aliados) combinadas con altos aranceles proteccionistas en Estados Unidos como principal país acreedor, los efectos de la adopción general del patrón oro cambio (es decir, la derogación parcial del oro, una práctica muy popular en el bando antiliberal), las políticas financieras laxas de muchos países, las dificultades de las balanzas de pagos como consecuencia de las rigideces introducidas en la economía de muchos países por intervención pública, la repercusión de la crisis agrícola mundial, las malas prácticas inversoras de los bancos y muchas otras. El mismo hecho de que llegara a existir una red tan densa de movimientos internacionales de capital está en evidente contradicción con la afirmación de los autárquicos de

---

ser una porción constantemente creciente del comercio mundial. Ver *World Economic Survey*, op. cit., pp. 148 y ss.



que la movilidad internacional de los factores de producción ha estado disminuyendo constantemente hasta la crisis.

Nuestros problemas actuales derivan precisamente de la circunstancia de que la movilidad internacional del capital ha asumido proporciones y formas que han llevado a estas tensiones extraordinariamente graves.<sup>20</sup> Por tanto, aunque la densa red de interrelaciones internacionales de capital, que por sí sola, a través de una crisis internacional de liquidez, ha llevado a los actuales síntomas de quiebra, no es en modo alguno parte de una tendencia secular necesaria, sí plantea la pregunta de qué consecuencias es probable que tenga en el futuro. Como todos sabemos, hay algunos (por ejemplo, Fried) que argumentan que el enorme endeudamiento exterior de los países deudores difícilmente les deja otra opción que abandonar las relaciones internacionales y, pase lo que pase, detener todos los pagos de intereses y principal. Este argumento se aplicó en primer lugar a las indemnizaciones. Ahora que se ha hecho inaplicable por la discontinuidad virtual de los pagos de indemnizaciones, se intenta que se acepte la idea de que las deudas comerciales exteriores de Alemania, a su vez, no son deudas genuinas que haya que pagar, sino solo otra forma de indemnizaciones. Las pruebas aducidas para esta idea no son convincentes. Es bastante seguro que no hemos pagado dos veces las indemnizaciones: por el contrario, nuestras deudas comerciales en el exterior nos han permitido crear activos que no están más afectados por la crisis actual que aquellos financiados con préstamos internos. El endeudamiento exterior de Alemania tiene que considerarse un reflejo de la inflación, es decir, del proceso que llevó a una depreciación radical inmediata de las deudas de guerra de Alemania. Cualquier intento de echar por la borda el principio de que *pacta sunt servanda* con respecto a las deudas comerciales exteriores ha de ser radicalmente repudiado de entre nuestros intereses más urgentes, si no queremos quemar nuestros puentes y alinearnos junto con Rusia, algo que sin duda ninguna persona sensata podría sugerir.<sup>21</sup>

---

<sup>20</sup> Según Sprague, del Banco de Pagos Internacionales, más de 20.000 millones de marcos del total de 40.000 millones se movilizaron internacionalmente y transfirieron dentro de un año; esto sin duda demuestra la inmensa vitalidad de nuestro sistema económico, no su decadencia (*Journal des Nations*, 12 de mayo de 1932, Ginebra).

<sup>21</sup> Es solo otro caso de la falacia de la concreción errónea, que se ha expresado como un «dividendo de quiebra», por la que la economía alemana debería pagar a sus acreedores exteriores. Esta extraña noción se ha estimulado por el acuerdo de

Esto no implica que las cosas puedan seguir como están. Cada día se hace más urgente consolidar las deudas internacionales a corto plazo y, con respecto al endeudamiento total, la desproporción entre el volumen de producción y comercio y el nivel de precios, por un lado, y el volumen de endeudamiento, por el otro, se ha hecho tan grande que resulta inevitable algún ajuste. Probablemente sería más racional ajustar el volumen de producción y comercio y el nivel de precios al volumen de endeudamiento que lo contrario. Nada podría estar más fuera de lugar que deducir de ahí un argumento a favor de la autarquía en el sentido de que estamos supuestamente en un punto de inflexión de la historia, a partir cual estamos predestinados a seguir la vía de la autarquía, y esto está aún más fuera de lugar ya que el problema surge en el interior tanto como del endeudamiento externo.

### III

Volvemos a nuestro punto de partida. Dijimos que la crisis mundial actual no puede considerarse sencillamente como la recesión de un ciclo económico normal. Indudablemente ha asumido las proporciones de una gran ruptura en la historia económica y por eso ha asumido una importancia secular. Por otro lado, se ha demostrado que todo intento de atribuir la crisis a cualquier causa de cambio estructural secular ha resultado ser inútil. Las dos afirmaciones solo pueden conciliarse diciendo que lo que causó la crisis fue una reacción radical a la fase precedente de expansión del crédito y exceso de inversión, fase que a su vez tiene que interpretarse como un inmenso esfuerzo del capitalismo por superar la pérdida de riqueza causada por la guerra, así como por aprovechar rápidamente todas las numerosas invenciones tecnológicas durante ese tiempo. El que la crisis deba haberse convertido en tan grave y porfiada puede explicarse por cuatro circunstancias.

---

paralización, pero es sin duda evidente que se ha incurrido en deudas, no por la «economía» alemana, sino por deudores individuales, entre los que hay buenos y malos. Esta nueva forma de falacia de concreción errónea tiene la consecuencia cuestionable de que todo el énfasis se pone en la capacidad alemana para transferir, mientras que se olvida la cuestión de la solvencia privada de los deudores. Por un lado, se impide que los deudores solventes paguen sus deudas exteriores y, por el otro, los deudores que necesitan protección económica se ven obligados a pagar la suya. Ver A. Lansburgh, «Die deutschen Stillhalte-Kredite», *Die Bank*, Vol. XXV (1932), pp. 1528 y ss.

1. Se produjo en un mundo lleno de tensiones y cambios estructurales no asimilados, entre los cuales el peor es el agrícola y especialmente la crisis del trigo. Entre estas tensiones y cambios estructurales no asimilados, hay otro que probablemente sea tan importante como la crisis del trigo y es la excesiva intervención pública de todo tipo y, en relación con ella, la formación de monopolios.

2. La expansión del crédito y el exceso de inversión se considera ahora que habían asumido unas proporciones tan excepcionales que había que haber previsto una fuerte reacción, incluso en circunstancias normales.

3. Cuando ya teníamos una crisis tan fuerte previa, estalló otra en medio de la anterior, que fue la crisis internacional de liquidez, que causó un gran caos. La crisis internacional de liquidez no puede considerarse simplemente como un eslabón lógico en la cadena de acontecimientos, pues la estructura crediticia no se desplomó realmente ante un nuevo elemento aparecido en forma de las repercusiones últimas de la crisis política que estalló en septiembre de 1930.

4. Estuvo la circunstancia de que, por razones que todavía tiene que explicar convincentemente la teoría del ciclo económico, la crisis acabó dando paso a un proceso acumulativo de «autodeflación» a la baja, que empujó a la economía a un callejón sin salida cada vez más profundo.

Ese es el lugar en el que nos encontramos todavía, aunque expansiones deliberadas del crédito y estímulos de todo tipo ahora parezcan anunciar el momento en que este declive secundario y acumulativo se está aproximando a su punto más bajo. La crisis actual, por tanto, probablemente tenga que interpretarse como una constelación especial, a saber. La colisión de una fuerte reacción cíclica con una serie de accidentes históricamente «aleatorios» y no recurrentes.

Esta interpretación no rebaja en nada la dureza y gravedad de la crisis y no descarta que tenga importancia secular. Pero su importancia secular no se basa en una ruptura total del sistema como consecuencia de un proceso de desintegración a largo plazo, ni en la crisis que se nos presenta con hechos consumados que dictan la dirección de nuestra futura política económica e invalidan o hacen inaplicables los principios básicos de política económica que se basan en el trabajo de un siglo de análisis económico y social. No necesitamos ni una nueva filosofía social ni una nueva economía, ni tenemos que replantear los cimientos de nuestro sistema económico. El «destino» no desempeña ningún papel en esto y tampoco una «era» ni la «economía» están en su «final». Cuanto

menos se hable de esas cosas, mejor. No ha ocurrido nada que haga irrelevante el sistema de la teoría del equilibrio o que sugiera una necesidad de revisión y lo mismo es aplicable a la teoría de que una economía diferenciada, basada en la división del trabajo, es infinitamente superior a una economía indiferenciada compuesta por áreas económicas más o menos autárquicas y separadas. Nada puede excusar la falta de disciplina con la que algunos de los principales portavoces de los antiliberales violan la economía en un intento de adaptarla a su radicalismo en política económica.

La importancia secular de la crisis mundial se encuentra en una esfera completamente distinta. Su misión histórica no es que nos enfrentemos a ella con hechos consumados y objetivos, sino que es una crisis en el sentido médico original de una condición en la que no ha llegado todavía a un punto de inflexión, sino que este está por venir, en la que la vida del paciente corre peligro y es incierto si superará la fiebre o sucumbirá a ella. Este significado original de la palabra «crisis», que se ha hecho borroso, debe restaurarse en su contexto si queremos conocer el verdadero alcance de la crisis actual. Nuestro sistema económico, y con él todo nuestro sistema social, están todavía en la zona de peligro, a pesar de todos los síntomas que sugieren que la fiebre puede estar remitiendo. Solo con reservas puede describirse esta condición como una crisis del capitalismo. Puede ser descrita así si queremos indicar que la vida del capitalismo corre peligro; no puede ser descrita así si queremos sugerir con eso que la crisis actual con toda su gravedad se ha causado por algún defecto interno del sistema capitalista como tal. Todos saben o deberían saber que la guerra, los tratados de paz, las indemnizaciones, las deudas entre aliados, el radicalismo político, las intervenciones públicas de todo tipo, los experimentos socialistas y muchas otras cosas sometieron al capitalismo a pruebas tan severas que solo un sistema económico tan fuerte como el capitalismo podía haberlas soportado. Solo es una paradoja aparente si decimos que nada demuestra mejor la asombrosa vitalidad de nuestro sistema económico que el mismo hecho de que a pesar de esta tremenda tensión podamos hablar de solo una crisis y no (salvo que necesitemos un título atractivo para un libro) del fin del capitalismo.

Así que estamos plenamente justificados para esperar que el capitalismo acabe aguantando la prueba de esta crisis, igual que aguantó la prueba aun mayor de la guerra mundial. En todo caso, la crisis ya ha hecho mucho por aflojar las tensiones y aclarar la atmósfera. Las indemnizaciones están, en todos los sentidos, fuera del camino y existe la esperanza legítima de que pronto les sigan las deudas entre aliados. Se ha reimplantado una considerable flexibilidad en la rígida estructura de precios y costes debida a la intervención pública. El sistema

crediticio de los principales países ha recuperado mucha de su anterior libertad de acción y eficiencia funcional. Incluso parece como si el mundo estuviera a punto de aprender algunas lecciones de las extravagancias y exageraciones de los últimos diez años. Podría ser que la importancia secular de la crisis mundial sea que el mundo tenía que sufrir para ganar sabiduría, que tenía haber una crisis para rectificar las balanzas después de la larga lista de distorsiones y exageraciones. Tal vez esta sea nuestra evaluación en unos pocos años.

Pero entretanto aún tenemos un camino largo y difícil por delante, un camino tan lleno de peligros que necesitaremos todos nuestros esfuerzos para superarlos. El mayor peligro de todos está en el estado psicológico de la gente, que no puede entender que el sistema económico es simplemente parte de todo el sistema social y que no se pueden hacer experimentos con el sistema social sin destruir las raíces del sistema económico. Es imposible levantar a las masas contra la razón, la libertad y la paz sin el triste final de treinta millones de desempleados en el mundo. Estos tres elementos crean el aire vital para nuestro sistema económico y es imposible contaminar su aire y luego, cuando no se puede respirar, decir que no está bien. Nadie puede esperar cosechar resultados razonables cuando siembra una tormenta de emociones destructivas e indisciplinadas. Nada supone un peligro mayor para todo nuestro sistema social que la «revolución de las masas»<sup>22</sup> emancipándose del liderazgo de la élite intelectual. Nunca el mundo ha estado más completamente gobernado por eslóganes vacuos basado en el humor y los sentimientos de las masas y vomitando como líderes de las masas a aquellos que destacan en interpretar los sentimientos de dichas masas. El «liberalismo»<sup>23</sup> nunca tuvo atractivo para las masas; entre ellas no prosperan tolerancia, discusión, *humanitas*, razón ni deportividad, sino el campo mucho más propicio de la violencia, el resentimiento, la niebla emocional y la acción destructiva. En lugar de «vivir y dejar vivir», tenemos «morir y dejar morir». La víctima más propicia para estas circunstancias es la política comercial. Las masas absorben rápidamente lemas que apelan a las emociones, pero están privados de la crítica de la razón, como «protección del

---

<sup>22</sup> J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*.

<sup>23</sup> Podría ser correcto usar el término «liberismo» de Benedetto Croce en lugar de «liberalismo», para hacer las cosas fáciles a quienes imaginan que el liberalismo es cualquier cosa excepto lo que realmente es, es decir, una filosofía social a la que debemos todos los periodos algo brillantes de la historia mundial, desde la antigüedad hasta nuestros tiempos, desde la estoa a Spinoza y Goethe.

empleo nacional», «libertad alimentaria», «comprar productos nacionales» y otros argumentos emocionales medio cocinados. Por el contrario, el libre comercio, aunque sea tangiblemente beneficioso para las masas, siempre ha sido un asunto aristocrático que apela solo a la élite, ya que requiere un pensamiento serio y un control de las emociones por la razón y la independencia; por esto el libre comercio acabará siendo víctima del gobierno de las masas.<sup>24</sup> Por tanto, desde el punto de vista del librecambista, tenemos la situación paradójica de que una política comercial que sirve para el bienestar de las masas contra los intereses de las personas y los grupos está apoyada por una élite, mientras que las masas apoyan una política comercial que va contra sus intereses. Sin embargo, incluso aquí las cosas están dispuestas de tal manera que incluso los ríos más largos llegan de algún modo hasta el mar e igualmente podemos esperar justificadamente que, una vez esté en marcha una expansión económica cíclica y el espasmo en los pagos internacionales y movimientos de capital se hayan visto superados por la consolidación de las deudas a corto plazo, habrá una reacción contra la actual orgía de proteccionismo. Sin embargo, nos quedará el gran problema de la crisis agraria internacional. Por supuesto, cabe esperar que la crisis de las industrias procesadoras de alimentos se resuelva por sí misma con el aumento del poder adquisitivo industrial, pero la crisis del trigo permanecerá entre nosotros con toda su gravedad mientras no haya una reducción drástica en el área cultivada del mundo en su conjunto y esto, a su vez, depende de que los países industriales europeos lleguen a entender que todas sus «batallas del grano» han acabado en terribles victorias pírricas.

La crisis mundial actual debería también enseñarnos que el gobierno de las masas amenaza nuestro sistema económico y social en otro aspecto muy relacionado con este. Me refiero al *belicismo* y *nacionalismo* de nuestra época, que, con el apoyo de las masas inflamadas, ha creado una incoherencia, intolerable a largo plazo, entre las áreas de integración económica y política.<sup>25</sup> Una economía a escala mundial en un mundo en el que, con algunas pocas loables

---

<sup>24</sup> Ver W. Röpke, «Liberale Handelspolitik», *Archiv für Rechts- und Wirtschaftsphilosophie*, Vol. XXIV (1930-1931), pp. 354 y ss. La misma argumentación puede encontrarse en A. Rüstow, «Interessenpolitik oder Staatspolitik?» *Der deutsche Volkswirt*, VII (1932-1933), pp. 169 y ss. y, sobre todo, en W. Eucken, «Staatliche Strukturwandlungen und die Krisis des Kapitalismus», *Weltwirtschaftliches Archiv*, Vol. XXXVI, nº 2 (1932), pp. 297 y ss.

<sup>25</sup> Ver W. Eucken, op. cit., pp. 309 y ss.

excepciones, el nacionalismo está en un punto ebullición sin precedentes, en el que al pueblo se le dice que debe pensar en la posibilidad de otra guerra y al mismo tiempo saber que esto va a significar el suicidio de Europa, eso es una flagrante contradicción, que reclama en voz alta una solución. Solo hay dos alternativas. Una de ellas es adaptar el grado de la cooperación política entre naciones al grado de su cooperación económica y así complementar la integración económica con la integración política. Esta es la vía de la paz, la prosperidad, la civilización y la continuidad y el auge de Europa. O, si no, fracasaremos en crear un nuevo sistema de seguridad y paz internacional y en enfriar el nacionalismo en todos los países. En ese caso, a la desintegración política le seguirá una desintegración económica gradual. La importancia secular de la crisis mundial es en definitiva esta: el futuro económico, político y por tanto también cultural de Europa dependen de si puede alcanzarse la primera alternativa lo suficientemente pronto. El éxito depende de que seamos capaces de quebrar el frente de la sinrazón, la histeria de las masas, el egoísmo despiadado y la niebla emocional y de frustrar el nacionalismo con el lema que Friedrich List incluía en la cabeza de su obra magna: *Et la patrie et l'humanite*.





## IV. ¿El fin de una era?

Discurso realizado en Frankfurt del Main el 8 de febrero de 1933.

A medida que se van acumulando unos sobre otros los acontecimientos políticos y económicos, más esencial es entender el contexto más amplio y profundo de esta inquietante evolución. Olvidemos por un momento a Hitler y Hugenberg, las ayudas al Este, el impuesto a la manteca y las indemnizaciones y preguntémonos: ¿Dónde estamos? ¿A dónde vamos?

Muchos de nuestros contemporáneos responderán que estamos en uno de los grandes puntos de inflexión de la historia. A la vista de los acontecimientos de los últimos años, realmente hace falta la serenidad de un filósofo para evitar verse influido por el lema del «fin de una era». Pero nos debería ayudar a mantener la calma el considerar que todo periodo de recesión tiene su superestructura ideológica, igual que cualquier periodo de auge y que las mismas personas que durante el auge no podían creer que los buenos negocios llegarían su fin en algún momento son a menudo los que ahora, en la recesión, no pueden ver cómo podremos alguna vez resolver estos problemas. La euforia inflacionista del auge es igual que la histeria de la deflación de la recesión: no cabe duda de ello. También en el pasado la gente solía decir que ninguna crisis anterior había sido tan grave y obstinada como la que estaban sufriendo; a veces tenían razón y a veces no. No se puede negar que la actual crisis mundial sobrepasa todos los patrones del pasado. Pero es igualmente indiscutible que la guerra mundial, que está en definitiva en el origen de todos los problemas, minimiza a su vez todo lo que llegó antes de ella y que el último periodo de expansión del crédito y auge de la inversión tampoco tuvo precedentes. No hay bases objetivas ni materiales para suponer que la crisis mundial actual anuncie el declive del orden económico y social existente y el amanecer de una nueva era histórica.

Pero este es un triste consuelo. La actual crisis mundial podría no haber crecido nunca hasta esas proporciones, ni haberse mostrado tan obstinada si no hubiera sido por las muchas fuerzas que han actuado durante tanto tiempo para socavar los cimientos intelectuales y morales de nuestro sistema social y haber acabado causando el colapso del sistema económico indisolublemente relacionado con el sistema social en su conjunto. A pesar de toda la crueldad e imperfecciones de nuestro sistema económico, que reclaman su reforma, es un

milagro de tecnología y organización, pero está condenado a ser desechado si sus tres condiciones esenciales (*razón, paz y libertad*) ya no se consideran deseables por las masas que buscan despiadadamente el poder. Solo tenemos que recordar que la crisis internacional de liquidez de 1931, que fue el principio de la catástrofe real, la desataron las elecciones al parlamento alemán de septiembre de 1930, es decir, un acontecimiento que la opinión mundial interpretó como la señal que anunciaba el desplome de los fundamentos intelectuales y políticos del sistema económico centroeuropeo. Desde entonces, la búsqueda incesante de los nacionalsocialistas de poder político interno no ha permitido que la economía centroeuropea se asiente y la destrucción de la economía así causada no se mitiga describiendo su despiadada lucha por el poder como «idealismo étnico», «el despertar de Alemania» o «la purificación del alma alemana» y culpando a los defensores de nuestro sistema social de la crisis económica. Las masas sencillamente no pueden movilizarse contra la razón, la paz y la libertad sin acabar en una catástrofe económica. No es posible querer volver a los bosques vírgenes de Alemania, predicar la estupidez de las masas y desatar una tormenta de emociones destructivas y rebeldes en un momento en que la maquinaria de la oferta masiva se ha convertido en tan complicada que reclama a la gente cada vez más inteligencia y disciplina. La catástrofe es inevitable si la gente se hace cada vez más estúpida y bárbara, mientras que la tecnología y la organización de la economía se hacen cada vez más refinadas.

Esta es exactamente la situación en la que estamos ahora y ese es el inmenso peligro que nos amenaza. Si continúa este proceso de disolución intelectual y política, no hay realmente ninguna esperanza, ni para nuestro sistema social en su conjunto, ni para nuestro sistema económico, y el destino de una era histórica estará sellado. Pero este no es un destino al que tengamos que someternos impotentemente; no es una catástrofe social con la inevitabilidad de un terremoto. La historia no está predeterminada, no es un curso mecánico de acontecimientos, sino en último término el resultado de todo lo que los hombres piensan, quieren y sienten. Existe la posibilidad de que se reproduzca en nosotros el triste espectáculo antiguo del declive de una civilización próspera, pero esta posibilidad no debería paralizar las fuerzas de resistencia, sino que debería reclamarlas con fuerza irresistible. Si, contra todas las expectativas, esta posibilidad sí se convierte en realidad, esperemos que nadie necesite reprocharse por haber sido tibio, vago o cobarde en la hora del máximo peligro, por haber sido un adorador ofuscado de la necedad infantil del momento.

## La revolución contra la civilización occidental

Si vamos a plantar batalla de la manera que requiere el momento, debemos primero entender qué está pasando realmente entre los bastidores de la política cotidiana. Bueno, lo que está pasando es nada menos que una revolución contra la razón, la libertad, la humanidad y contra las normas milenarias escritas y no escritas que permiten a una comunidad humana altamente diferenciada existir sin degradar a las personas a ser esclavos del estado. Hemos olvidado, y ahora tenemos que aprender de nuevo, que ser civilizados significa sencillamente que la sociedad una y otra vez congrega la fuerza y la voluntad para alejarse de los extremos de la barbarie, la anarquía y la plaza de armas. Para lograr este hito, los hombres deben inspirarse en ciertos ideales de la vida en comunidad, deben haber aprendido a dominar sus instintos con la razón, deben tener la firme convicción de que todo ser humano tiene el mismo derecho con respecto a su humanidad y deben tener un sentido del valor infinito de la persona del individuo y de la inviolabilidad de su espíritu. Todas estas condiciones, como sabemos bien, están menguando, al menos en Alemania. Un gran movimiento político puede contar con la aclamación de amplias capas de la población cuando pisotea el ideal de la libertad personal y uno de sus líderes ha sido lo suficientemente audaz como para describir no hace mucho a la libertad como algo «inhumano». Una nación que camina al ritmo de un desfile militar es el nuevo ideal: una esclavitud estatal más asiática que alemana es elogiada ingenua y alegremente bajo el nombre supuestamente científico de «estado total». La humanidad se arroja al vertedero y su lugar lo toman una brutalidad y rufianismo que habrían hecho sonrojarse de vergüenza a nuestros antepasados alemanes.

Con altibajos, hoy en el campo todos los viejos ideales se han convertido en la diana de las burlas y el desprecio universales, porque son «liberales». Pero, aunque sea divertido ver la caricatura ignorante que se ha hecho de aquellos ideales de vida comunitaria que llamamos liberales, la caricatura que ha hecho de ellos la malicia es absurda. Parece que todo movimiento político de masas necesita ciertos oponentes tangibles contra los cuales se pueda movilizar el odio de dichas masas, ciertas dianas contra las que a todos se les anima a dejar volar el contenido de su corazón. Las figuras favoritas de este tipo son «masones» en Italia, «judíos» en Alemania, «marxistas», «enemigos hereditarios» de todo tipo y, sobre todo, «liberales». El liberal puesto en la diana que han creado los antiliberales alemanes apenas necesita describirse concretamente: un pedante seco, anclado en el asfalto de las calles de la metrópoli, sin fe de ningún tipo y sin ningún ideal más allá de hacer dinero, un hombre de mentalidad y vida disolutas,

un profesional traidor a su país, sin principios, incapaz de entusiasmarse por nada, una momia del siglo XIX. Y el liberalismo generalmente se iguala con el siglo XIX, al cual se atribuye cualquier tipo de abominación concebible. El hecho de que la mayoría de las obras de Goethe pertenezcan a ese siglo no parece crear dificultades. Es igual, la vergüenza con la que se celebró el aniversario de su muerte en Alemania el año pasado, se mire como se mire, no puede ser reclamado para la causa del antiliberalismo, sino que decididamente corresponde al otro bando.

## ¿Qué es el liberalismo?

Si a la gente le divierte describir como liberalismo todo tipo de características poco atractivas y eminentemente perecederas del siglo XIX, se podría dejar pasar, si no fuera porque se evita para algo más amplio y más duradero y que el mal uso del término: es un medio para atacar lo imperecedero a través de lo perecedero. La rebelión actual contra el liberalismo no es solo una rebelión contra ideales perecederos y modos de pensar del siglo XIX, sino contra las bases últimas e imperecederas de ese florecimiento único en la historia de la humanidad al que llamamos civilización occidental. Pero entonces ¿qué hay en un nombre? Si alguien cree que la palabra «liberalismo» está demasiado desacreditada por sus asociaciones y ya no puede transportar su preciada carga almacenada en sus bodegas, tiene la libertad de salvar la carga trasegándola a otra palabra. «Civilismo» u «occidentalismo» no son neologismos muy felices, pero pueden servir para este propósito. Lo que es mucho más importante es que deberíamos aclarar en nuestras mentes qué constituye esa preciosa carga.

Par empezar, debemos darnos cuenta de que el liberalismo, en el sentido amplio y profundo en que solo se usa aquí la palabra, no es una invención del siglo XIX y no tiene que hacerse equivalente al liberalismo político o económico de ese siglo. El liberalismo es al menos dos mil años más antiguo. Significa un centro de energía cultural que ha estado funcionando en todos los periodos de florecimiento de la civilización occidental y obtiene su sustento del pensamiento de los mejores hombres de todos los tiempos, por mucho que nuestra inculta época pueda olvidarlo. Las manifestaciones de este centro de energía son de una enorme variedad, pero me parece que pueden reducirse a tres elementos básicos, como sigue.

1. La idea de *libertad*, que dio al liberalismo su nombre. «¡Una palabra espléndida para quienes la entiendan bien!» Pero lo poco que se entiende en el mundo se demuestra sencillamente en el hecho que cualquier movimiento que

se rebela contra cualquier situación invariablemente habla de libertad, incluso si los objetivos son completamente opuestos a todo lo que llamamos liberal. Pensad solo en el uso de la palabra «libertad» en el vocabulario del nacionalsocialismo. El que un movimiento hable de libertad depende en primer lugar solo de si ha llegado ya o no al poder. La pregunta decisiva es si habla de ella después y actúa de acuerdo con ella. Por tanto, todo depende del uso que se dé a la libertad, del contenido positivo que se le dé. Lo que importa no es estar «libre de algo», sino «libre para algo». La esencia del liberalismo es que lucha por la liberación de la vieja autoridad, no para reemplazarla con una nueva autoridad, una nueva represión y una nueva intolerancia, sino para liberar al individuo frente a la autoridad externa, la represión y la intolerancia y darle así una posibilidad de libre desarrollo. El programa liberal es este: tolerancia, libertad de pensamiento, opinión y prensa, juego limpio, discusión. Es en esta reclamación y en el poder históricamente demostrado de hacer efectivo esto, en donde reside la inmensa misión civilizatoria del liberalismo, pues no puede haber civilización genuina sin esa «libertad civil», como la definía John Stuart Mill en su inmortal ensayo «Sobre la libertad», en el que cada línea es hoy de tan ardiente actualidad como lo ha sido siempre.

Cuestionar el valor absoluto de esta libertad es cuestionar el fundamento último de la civilización occidental, que es nada menos que el mismo aire sin el cual los europeos no pueden respirar. La mera circunstancia de muchos en la llamada élite educada de hoy atacan la inviolabilidad de este principio o incluso simplemente sugieren que está abierto a discusión demuestra lo mucho que han cambiado los fundamentos de nuestra civilización. La convicción de que el verdadero poder creativo solo puede prosperar en libertad y no en el silencio del camposanto de las opiniones prescritas, de que sin individualidad intelectual la sociedad y el estado deben acabar desapareciendo, de que el hombre tiene un derecho a la protección frente al poder arbitrario y el abuso de poder, de que el aplastamiento de toda divergencia de opinión y de cualquier forma de pensar debe acabar llevando a un aburrimiento en el que se ahogue la vida intelectual de la nación, en el que falte la alegría de la risa, toda señal del humor y el picante de la vida y en el que nada florece, salvo la brutal sinceridad del fanático; esa convicción, y ninguna otra, constituye el muy calumniado y muy mal entendido *individualismo* del liberal. La mayoría de los antiliberales lo consideran una expresión de materialismo petulante. Son a menudo los mismos brutos de primera que piensan que el fascismo italiano es tan maravilloso que ha hecho que los trenes lleguen puntuales, que algunos mendigos hayan desaparecido de las calles, secado pantanos y en general han mejorado algo el orden externo y el

progreso material. ¿Puede haber algo más materialista que eso? ¿No es completamente perverso lanzar la acusación del materialismo contra el liberal que piensa que los trenes puntuales son un precio demasiado alto a pagar por la pérdida de libertad? Hagamos que todos dejen de pensar en lo brutal y materialista que es la actitud que subyace en la extendida sobreestimación alemana de que las cosas «van bien» y del orden externo y dejen de pensar también si un cierto grado de relajamiento en el orden externo no puede ser el precio que hay que pagar por la conservación infinitamente valiosa de una esfera individual.<sup>1</sup> El «desorden» francés o austriaco tiene un reverso plenamente positivo y no cabe duda de que los antiguos romanos también consideraban a los griegos como decididamente «antiprusianos». Es imposible sobrevalorar el peligro para la civilización europea que consiste en verse superada por el ideal del sargento del desfile perfecto y la práctica silenciosa del tiro. Pero, naturalmente, ese estado de orden externo sin estridencias y exclusión por la fuerza de cualquier disonancia perturbadora es el paraíso del petulante, de los materialistas, de los «burgueses».

Este programa liberal ha encontrado su reflejo en los campos más variopintos de la vida pública. Presumiblemente, pocos de los que censuran el liberalismo son conscientes del papel decisivo que ha desempeñado en la creación de las bases de nuestra sociedad moderna. El liberalismo reconocía que debe haber un estado de derecho generalmente aceptado e inquebrantable para proteger a las personas frente al poder arbitrario y así, en último término, a la sociedad frente a la barbarie de la acracia y la anarquía «interna». Apreciamos lo inestable que se ha hecho este estado de derecho hoy y esto nos da una medida de lo mucho que nos hemos alejado del programa liberal y nos hemos acercado a la barbarie. Todos los principios más importantes de nuestro derecho penal —«*nulla poena sine lege*» («a nadie se le puede negar la jurisdicción del tribunal ordinario»), no a las «*lettres de cachet*», sino lectura pública de cargos y proceso judicial público, la institución de un fiscal público y un abogado defensor y muchas otras— tienen su origen en las ideas liberales, algo que no puede exagerarse en este contexto. Pero igualmente hay que destacar que estos logros liberales ya son en buena parte cosa del pasado en países tan pronunciadamente antiliberales como Rusia, Italia y Yugoslavia. El derecho a la acción legal contra los agentes del estado es

---

<sup>1</sup> Ver los sorprendentes comentarios sobre esto de Hermann Keyserling, en *Das Spektrum Europas* (Heidelberg, 1928)

otra institución que debería mencionarse aquí. Pero estos ejemplos deberían ser suficientes para dejar clara mi exposición.

Por otro lado, es un error creer que la libertad económica es, naturalmente, parte indisoluble del liberalismo en el sentido que comprende lo que estamos explicando. No puede negarse que la reclamación de libertad económica está muy cerca del corazón del liberal y muy relacionada con el liberalismo, pero en realidad la experiencia nos ha enseñado que la libertad económica es perfectamente compatible con un sistema antiliberal de sociedad. Italia está dotada de bastante libertad económica y defiende la eliminación de barreras fronterizas en el comercio mundial. Por otro lado, el ejemplo de Inglaterra puede demostrar como un país puede seguir siendo un modelo de liberalismo aun infringiendo los principios de la libertad económica en muchos aspectos. Por supuesto, hay límites. Un país antiliberal es concebible que practique libertad económica, pero no puede ser que un país liberal haga de la falta de libertad económica un principio, especialmente en cuestiones de comercio internacional. La completa sumisión económica y social que introduciría necesariamente el socialismo parece completamente incompatible con los principios del liberalismo. El liberalismo y la propiedad son probablemente inseparables y por ende las perspectivas futuras del liberalismo sin duda dependen de si tenemos éxito en ampliar la esfera de la libertad económica y social dentro de nuestro sistema económico y en disminuir el «proletariado» aumentando la clase de los propietarios. Pero esto, a su vez, presupone el desarrollo completo de nuestro potencial de producción y eso no puede lograrse de otra forma que no sea por un orden económico individualista.

Finalmente, está la *libertad política*, que hay que distinguir tanto de la libertad civil como de la económica. La libertad política es un ingrediente natural del liberalismo, ya que, al resistir a la autoridad impuesta desde fuera, así como al poder arbitrario, el liberalismo reclama necesariamente autodeterminación política. En último término, la idea liberal se mezcla con la idea democrática, aunque esto dé posibilidades de conflictos graves, sobre los que se dirá más adelante.

2. Íntimamente relacionada con la idea de la libertad está la idea de la *razón*. El coro de sus burladores y despreciadores se ha hecho cada vez más ruidoso, tal vez porque tienen en mente cosas tan «razonables» como el matrimonio de conveniencia e imaginan que el liberalismo se empeña en reducir todo a la razón. Se sospecha que la razón hace a un hombre ignorante, pedante e insensible. ¿Quién puede dejar de estar de acuerdo con quienes se rebelan contra ella? *Dulce*

*est desipere in loco*. Nadie en su sano juicio quiere tener nada que ver con la prudente seriedad del niño que es el mejor de la clase, ni con la horrible sobriedad y utilitarismo de quien considera el sexo solo en términos de políticas de población y eugenesia, las montañas en términos de generación de electricidad y los pájaros solo en términos del bien o mal que producen. Nadie quiere tener nada que ver con ese infierno del progreso y el utilitarismo que Aldous Huxley refleja en *Un mundo feliz*. Pero hay otro infierno que tenemos mucho más cerca, que es el de la irracionalidad brutal y la barbarie despreciable.

Pero, por supuesto, la idea liberal de la razón es algo muy distinto de esta ridícula caricatura. Significa la emancipación de la mente de cualquier autoridad heterónoma, la búsqueda absoluta de la verdad y el rechazo de todo oscurantismo, mito y sesgo de cualquier tipo. Se basa en una actitud mental de la nobleza de la cual no tienen ninguna idea nuestros mistagogos modernos. Pues esta requiere que no nos engañemos ni a nosotros mismos ni a otros y luchemos por esa integridad intelectual que es precisamente lo contrario que las patrañas que hoy son tan populares acerca de la jungla rancia de pensamiento y estilo. La disciplina de pensamiento y estilo, en lugar de la indisciplina que nos mira en cada línea de la literatura antiliberal, verdad en lugar de oscurantismo, claridad en lugar de histeria, avance en el conocimiento en lugar de sensacionalismo para las masas, lógica en lugar de obsesión por humores y emociones: ese es el programa. Es solo el ideal liberal del uso de la Razón al servicio de la verdad el que ha engendrado ciencia, ciencia que no podemos imaginar ausente de la civilización occidental y que por sí sola ha librado a Europa del estupor y la miseria de la barbarie. Haber creado las bases de la ciencia es la mayor, la milenaria contribución de los griegos a la civilización occidental. La ciencia sin duda nació en el mismo momento en que Tales tuvo el valor de pensar sin ideas preconcebidas acerca del mundo y de lo que está compuesto en esencia. La ciencia es una invención liberal y como tal está en grave peligro ahora mismo. Quien rechaza el liberalismo debe echar por la borda también la ciencia y volver al estupor de la época mitológica. No hay manera de tapar nuestros oídos a los clarines que hoy en Alemania dan la señal de esta retirada a una nueva oscuridad. Una buena parte de nuestros intelectuales lanza la misma proclama con todas sus fuerzas, aunque la ciencia se soporta o cae por la Razón y este espectáculo tragicómico sería realmente divertido si no tuviera estas consecuencias extraordinariamente graves. Raramente en la historia un grupo de personas ha estado tan ocupado dedicándose a serrar la rama en la que se sientan. Con respecto al resto, es un hecho sorprendente, que requiere cierta explicación, que los catedráticos alemanes sean tan importantes en la rebelión actual de las masas



contra el liberalismo y por tanto contra el hábito de vida de la civilización occidental.

Como sabemos, la herencia cultural de la antigüedad fue enterrada por ese inquietante proceso al que llamamos la decadencia del mundo antiguo. Una de las características esenciales de esa decadencia fue que el sol de la Razón desapareció una vez más por el horizonte. Lo que llamamos la Edad Moderna no es realmente otra cosa que el redescubrimiento de la Razón. Los inicios se remontan al siglo XIII, cuando Marsilio de Padua dedujo la democracia y el pacifismo por razonamiento y cuando en Inglaterra Roger Bacon declaró la guerra a la «consideración indebida a la autoridad, la rutina, los prejuicios populares y a un falso concepto de nuestra propia sabiduría». Pero no fue hasta el florecimiento del Renacimiento italiano cuando empezó el gran movimiento de emancipación que continuó y fue fortaleciéndose hasta bien entrado el siglo XIX. Renacimiento y humanismo, reforma e inconformismo anglosajón, racionalismo inglés e Ilustración francesa, liberalismo político y económico de los siglos XVIII y XIX y filosofía y poesía clásicas de Alemania: todas estas son etapas esenciales de este proceso secular de liberación. Pascal, Descartes, Spinoza, Leibniz, Kant, Voltaire, Goethe y muchos otros son las estrellas que ascendieron para iluminar la oscuridad.

La ciencia prosperó y, sin que sea este su propósito, creó las bases sobre las que se asienta la maquinaria tecnológica moderna, pero ¿durante cuánto tiempo seguirá siendo así? La humanidad se despertó y se frotó los ojos para quitarse el sueño; adquirió conciencia y empezó a reflexionar y a ver la Razón como árbitro incorruptible. Las instituciones y procesos que desde entonces fueron tomadas por la masa del pueblo como dadas por Dios y ordenadas por el destino ahora se veían sometidas a la crítica racionalista. La guerra, antes considerada como un azote de Dios, ahora se examinaba para ver si podía restringirse y el pacifismo moderno emergió como un movimiento de masas. La economía y la sociedad se consideraron como obra del hombre y, por tanto, fueron sometida a investigación racional, un cambio al que deben sus orígenes la economía, la sociología y las ciencias políticas. La autoridad dejó de considerarse otorgada por Dios: los filósofos debatieron su origen y justificación y así hicieron que germinara la idea de la democracia. La razón crítica indagó en la diferencia entre ricos y pobres y examinó la propiedad privada y así del tronco del racionalismo liberal acabó brotando la rama del socialismo. Todo esto se elevó a la conciencia, no solo en el caso de unas pocas personalidades destacadas (eso no habría sido nada nuevo), sino en estratos más amplios de la población. Incluso irracionalidad, misticismo y romanticismo se vieron obligados a hacer uso del lenguaje y lo que había sido un

asunto de ingenua espontaneidad se convirtió en conciencia alerta y reflexión literaria. Incluso la reentronización de la violencia viene acompañada por teorías: el fascismo y el hitlerismo consideran a Georges Sorel como su antecesor espiritual y el bolchevismo a Karl Marx. El tiempo actual nos ofrece lo que es probablemente el único ejemplo histórico de barbarie que no es un estallido y práctica espontáneos, sino el desarrollo consciente de un programa culto. Todo esto demuestra que, por mucho que lo intentemos, no podemos dejar de estar intelectualmente alerta.

El racionalismo liberal lleva por vía directa al liberalismo económico o, al menos, a ese programa mínimo de liberalismo económico que reclama que no se tome ninguna decisión de política económica antes de que se examinen las relaciones subyacentes, hasta sus implicaciones últimas, racionalmente y sin ningún oscurantismo emocional, ni antes de que se hayan sopesado conscientemente todos los pros y contras, incluyendo la cuestión de las posibles repercusiones contrarias al objetivo perseguido. Si se aprueban aranceles, debe hacerse solo con plena conciencia de la consiguiente pérdida de productividad y riqueza nacional y no pueden justificarse en términos de la indolente aproximación emocional del nacionalismo económico que no puede ver o, por razones de inercia mental o intereses creados, no quiere ver que las razones que se exponen habitualmente a favor de los aranceles proteccionistas son indignas de un ser humano pensante. Gracias a este programa mínimo, el liberalismo económico en la práctica coincide con la economía, que igualmente no tiene que proponer ningún objetivo de política económica, pero se estaría traicionando a sí misma si cediera un centímetro en el examen racional de las relaciones económicas. No debería olvidarse que la economía como ciencia tiene su origen en la crítica racional de las prácticas públicas ingenuamente contrarias a la ciencia que conforman el mercantilismo.

3. Finalmente, apoyándose sobre las ideas de libertad y razón, el tercero de los elementos básicos del liberalismo es la idea de *humanidad*. Esto significa el respeto incuestionable y absoluto de la dignidad humana de todos los individuos, el rechazo de la doctrina pesimista del pecado original humano, la profunda convicción de que el hombre nunca debe ser degradado hasta convertirse en un objeto y el rechazo de la opresión de todo tipo, ya sea de individuos, clases, razas o naciones; significa tolerancia, protección y respeto a las minorías. La genealogía de esta idea no puede explicarse aquí,<sup>2</sup> pero indudablemente su origen también

---

<sup>2</sup> Hay mucho acerca de esto en las obras de Ernst Troeltsch.

debe buscarse en la antigüedad precristiana y su hogar filosófico estuvo sobre todo en la estoa griega y romana. Muy pocos somos conscientes de que la humanización de la esclavitud en Occidente fue esencialmente un logro de la humanidad precristiana. El cristianismo (especialmente el catolicismo y el calvinismo, siendo la postura de la iglesia luterana menos clara a este respecto), el derecho natural y la filosofía del siglo XVIII son los hitos posteriores de esta evolución. La abolición de la tortura y de los castigos físicos crueles son algunos de los resultados que, ahora mismo, seguimos dando por sentados. La idea de humanidad se ve en toda su plenitud cuando se concibe como el rechazo del principio de violencia a favor del principio de razón. La violencia se relega al fondo de la escala de valores y su uso se admite solo como último recurso y con la máxima reticencia. Esta es en definitiva la esencia de la civilización. «¡Trámites, normas, cortesía, usos intermediarios, justicia, razón! ¿De qué vino inventar todo esto, crear tanta complicación? Todo ello se resume en la palabra civilización, que, a través de la idea de *civis*, el ciudadano, [y hace] posible la ciudad, la comunidad, la convivencia. (...) Se es incivil y bárbaro en la medida en que no se cuenta con los demás». Así es como Ortega y Gasset lo expresa en su complejo libro *La rebelión de las masas* y da en el clavo.

El mismo principio de paz se atiende en definitiva también mediante la *democracia liberal* en la medida en que incorpora en su máximo grado la determinación del hombre de vivir en comunidades. Al tolerar la oposición y ofrecer a todo partido de oposición la posibilidad de obtener la mayoría por encima del grupo gobernante y reemplazarlo así en el poder, la democracia liberal crea una válvula de escape que hace superflua la revolución. Esta forma superior de organización social presupone naturalmente que todos los grupos están dispuestos aplicar lealmente las reglas del juego, lo que significa que su actitud se corresponde con la filosofía liberal. Debe darse rienda suelta a la opinión y la contraopinión y todo debe dirigirse a la «discusión» y la «negociación». Aquí es donde encuentra su lugar la institución del parlamento. Lo que significa y lo muy superior que es incluso el peor de los parlamentos al cuarto oscuro de un régimen autoritario bajo la influencia de fuerzas incontroladas es algo que los alemanes tendrán que aprender de la peor de las maneras y solo podemos esperar que para entonces siga siendo posible recuperar la libertad política sin violar el principio de la paz. La «discusión» sirve al principio de la paz y, con él, a la idea de humanidad, pero presupone las ideas de libertad y razón. La discusión solo es posible si las opiniones pueden expresarse con completa libertad, pero incluso así solo bajo la condición de que ambas partes acepten la razón como denominador común de todas las opiniones. Donde la razón choca con la intención emocional

y mal expresada no puede haber discusión. Como consecuencia, la gente calla histéricamente a otros y acaba pegándolos en la cabeza. Así que el desdén de la razón lleva al desdén del hombre y la humanidad, a la intolerancia, la violencia, el belicismo y la acción destructiva. Goethe sabía lo que hacía cuando dejaba al diablo exclamar: «Razón y Conocimiento solo vosotros despreciaréis, ¡La mayor fortaleza en el hombre que en él reside! Dejad que el espíritu de la mentira os ate y os tendré rápido y seguro». Y así hemos llegado al día actual del diablo.

## El triunfo del antiliberalismo

Si medimos el presente con el metro del programa liberal, vemos de inmediato sin más explicaciones lo profundo que nos hemos hundido ya en la barbarie antiliberal. El espíritu de los bárbaros, que los pueblos occidentales pensaban que estaba aquietado por siglos de lucha, está de nuevo vivo y amenaza con destruir la obra civilizadora de todos estos países. La marea de nihilismo, que previó Nietzsche, ha estado subiendo y ya nos llega hasta el cuello. En términos de los tres elementos básicos del liberalismo, la destrucción descrita por el antiliberalismo hasta ahora puede describirse así.

1. la idea de libertad se ha reemplazado por una renovada voluntad de sometimiento de la personalidad y un anhelo de esclavitud estatal. Así, el primer elemento del antiliberalismo es el *servilismo*. Los hombres están sujetos por un deseo de que se les diga lo que tienen que hacer y que se ordene eso mismo, casi hasta el punto del masoquismo. El estado se ha convertido en el sujeto de una idolatría sin parangón y sigue siendo idolatría por mucho que los teólogos protestantes traten de deducirla de la voluntad de Dios. Con sus gigantescos tentáculos, el estado moderno abarca todas las esferas de la vida privada y la sociedad, ahoga la individualidad y acaba secando la savia vital de la sociedad. Más letal que todos los despotismos del pasado y más inevitable se cierne el «estado total» del futuro y el antiliberal servil parece que no puede esperar para besar su fusta. Los instrumentos técnicos de poder del estado moderno se han hecho tan aniquiladores que cualquier revolución desde abajo está condenada al fracaso desde su inicio y la única salvación posible está en un golpe de estado desde arriba. La maquinaria de la administración y la policía se han perfeccionado hasta el punto en que la omnipotencia del estado no tiene límites en la práctica más allá de los que impone él mismo y el estado antiliberal no está inclinado a aceptar ninguno. La derogación de la ley seca en Estados Unidos y la actual expansión del contrabando son una prueba tranquilizadora de que sigue habiendo algunos límites naturales al poder estatal, pero sin duda se han quedado muy lejos. Uso la palabra «tranquilizadora» deliberadamente y sin la

menor intención irónica, pues verdaderamente no hay un mayor peligro para la continuidad de nuestra civilización que la reclamación moderna de poder total del estado, que, en caso de convertirse en realidad, estaría destinado a eliminar toda la vida intelectual y bloquear así la última fuente de energía del propio estado. Al servilismo le sigue el *nihilismo*.

Relacionado muy de cerca con el servilismo está el *nacionalismo* de nuestra era. Cuanto más énfasis se ponga en el estado y cuanto más se convierta un individuo en un miembro servidor del mecanismo del estado, más pronunciada se hace la frontera que divide un estado y nación de otros. Esto va en evidente oposición al liberalismo, cuyas tres ideas básicas generan inevitablemente una sensación lazos internos con otras naciones, así como la convicción de que si una nación se aísla de otras interna o externamente está actuando en contra de todas las tradiciones a las que está ligado por el desarrollo de la civilización occidental. Y cuando el aislamiento nacional acaba combinándose con el odio ciego a todo lo extranjero, cuando el servilismo se combina con el brutalismo, difícilmente queda nada para separar la humanidad del mero canibalismo. Este tipo de nacionalismo, por supuesto, no tiene nada en común con el sentimiento y la inclinación naturales de solidaridad de lo que llamamos amor por nuestro país, pero, siendo así, es destructor de la cultura, como debe quedar claro para cualquiera que deje de pensar que lo que llamamos cultura nacional se ha creado solo en constante interacción con la civilización europea en su conjunto, cuyas raíces se extienden hasta Atenas, Roma y Jerusalén. A lo largo de los siglos, la dependencia cultural ha crecido constantemente en lugar de disminuir y es por eso que los espíritus libres de todas las naciones nunca han sentido las fronteras nacionales tan limitadoras como ahora mismo. El nacionalismo cultural lleva inevitablemente al provincianismo, igual que el nacionalismo económico lleva al empobrecimiento material y el nacionalismo político a la guerra.

2. Contra la idea de la razón, los antiliberales han planteado el *irracionalismo*. El éxito de la contraofensiva de la sinrazón contra la razón es muy conocido por cualquiera que esté mínimamente familiarizado con las tendencias políticas e intelectuales de la actualidad. «Mito», «voz del pueblo», «alma primordial», «sangre», «*Reich*», estas son algunas de las palabras de vocabulario de la jerga moderna antiliberal que todo burro vanidoso piensa que tiene que lanzar a su alrededor. Se prefiere la confusión a la claridad, la oscuridad a la luz, la emoción y el sensacionalismo a la lógica y la prueba. La estupidez y el estupor se están inculcando de una forma indescriptible y debe hacer que temamos lo peor para el futuro de la sociedad que caiga presa de ellos.

3. Finalmente, la idea humanitaria del liberal tiene su contraparte en el *brutalismo* del antiliberal. La situación a la que nos ha llevado esto hoy no necesita describirse. Se alaba el depredador que hay en el hombre con un cinismo nunca visto (Spengler) y con igual cinismo toda acción inmoral y brutal se justifica por la sacralidad del fin político. Al principio liberal de «vive y deja vivir» se opone el antiliberal «muere y deja morir». No deberíamos lamentar infructuosamente esto, sino concluir serenamente que una nación que cede al brutalismo se excluye así de la comunidad de la civilización occidental.

## **La rebelión de las masas**

Servilismo, irracionalismo y brutalismo: ese es el programa del antiliberalismo arrogantemente pomposo de hoy en día. Tras haber mirado a esta cabeza de Medusa, nos vemos doblemente abatidos al escuchar lo que pretende defender el movimiento. Habla, se nos dice, en nombre de la «introspección», el «idealismo», el «orden» y, sobre todo, ¡en nombre de la juventud! Podría tomarse como una broma de mal gusto, si no fuera porque sabemos muy bien lo honrada y sincera que es en esto la mayoría de la gente. No saben que en nombre de la juventud están creando un programa que, en lugar de dejar el pasado atrás y apuntar al futuro, va a hacer retroceder la rueda de la historia mundial hasta al menos varios siglos atrás. No saben que son los defensores de una barbarie a la que la humanidad ha retornado varias veces en el curso de su historia. Pues el liberalismo es más joven que el antiliberalismo, que se ha fosilizado tanto que difícilmente se ajusta a nuestra juventud antiliberal tan arrogantemente como para tratar al liberalismo como senil.

Por tanto, el antiliberalismo como tal no es nada nuevo, sino un disco muy rallado. Lo que es nuevo es que esta rebelión contra la civilización es al mismo tiempo una rebelión de las masas bajo el liderazgo de los supuestos líderes con formación a quienes Ortega y Gasset denuncia como los típicos hombres de masas, un mérito especial de su libro antes mencionado, que dice en general todo lo que merece la pena decir sobre esto. Ortega y Gasset demuestra asimismo que el avance de las masas es una de las causas principales del antiliberalismo. Casi por definición, el hombre masa es intolerante y poco inclinado a entrar en discusiones, sigue a su corazón más que a su cabeza y tiene poco más que una sonrisa de desprecio por la idea de la humanidad. Este hombre masa, que existe especialmente en las clases medias-bajas y, paradójicamente, entre los intelectuales, está ahora a punto de apropiarse del poder. Todos conocemos los síntomas de su dominación, que son en todo idénticos a los del antiliberalismo gobernante: ínfulas, lemas y un balbuceo confuso, glorificación de la «acción

directa», violencia al tratar a los de distinta opinión, demagogia en todos los ámbitos, retórica hueca y efectos teatrales engañosos. El hombre masa no está acostumbrado a pensar por sí mismo: le gusta que otros piensen por él. Eso no importaría mucho si las ideas preparadas que consume fueran las mejores sobre la mesa, pero por desgracia son simplemente las ideas de aquellos que son los más habilidosos en ponderar los sentimientos y emociones de las masas. Y la masa está a punto de aplastar el jardín de la civilización europea, despiadada y desconcertantemente, Ningún conservador podría estar más profundamente convencido que el liberal de que la masa nunca puede ser constructiva, sino solo destructiva, y de que la tiranía de las masas es la peor, porque es por naturaleza incapaz de siquiera un atisbo de comprensión de la individualidad. Cuando el liberalismo defiende la democracia, solo puede hacerlo bajo la condición de que esté rodeada por esas limitaciones y salvaguardas que permiten impedir que el liberalismo se vea devorado por la democracia. «Por tanto, la limitación del poder del gobierno sobre los individuos no pierde nada de su importancia cuando los que ostentan el poder son normalmente responsables ante la comunidad, es decir, ante la parte más fuerte en ello» (John Stuart Mill). Este es el propósito de todas esas instituciones incompresiblemente muy atacadas de la democracia liberal, cuyo significado y origen están tan ampliamente olvidados. El hombre masa lucha contra la democracia liberal para reemplazarla por la democracia antiliberal. Su modelo no es Pericles, sino Cleón, el predecesor de todos los filisteos nacionalistas. Ataca a la Revolución Francesa sin saber que él mismo es un epígono de Robespierre. En todo tiempo, los Cleón y Robespierre han sido la maldición de la humanidad.





## Parte II: Reconstrucción y totalitarismo rojo



## V. El centenario del librecambismo británico

*Neue Zürcher Zeitung*, 17 y 18 de junio de 1946.

### I

Este verano se cumplen cien años desde el día en que la abolición de las tasas a los cereales selló la victoria del librecambismo en Gran Bretaña. Pocos de nosotros podemos realmente considerar del todo lo que supuso conseguirlo: para sus contemporáneos fue un acontecimiento que, por muy prosaico que pueda haber parecido, estalló con un enorme impacto en el escenario de la vida pública inglesa y vino cargado con la tensión de un gran momento histórico. Cualquiera que esté familiarizado al menos a grandes rasgos con las fuerzas motrices de la historia del siglo pasado en general y de su historia económica en particular conocen las consecuencias de ese día de junio de 1846 en que la propuesta de abolición se convirtió en ley después de ser aprobada por ambas cámaras del Parlamento. Pero ¿qué significa hoy para nosotros, en lo bueno y en lo malo, este logro del libre comercio en el país pionero de la industrialización? Es una pregunta que, sin duda, todo el mundo reconocería que es importante, pero responderla solo parece fácil y sencillo a los reaccionarios.

Los antecedentes de junio de 1846 están realmente entre los episodios más fascinantes de la historia económica y social de los tiempos modernos y constituyen uno de los capítulos más importantes de la historia parlamentaria británica. Sus héroes, Richard Cobden, John Bright, Sir Robert Peel, Lord Russell y el resto han atraído repetidamente a biógrafos y ocupan un lugar permanente en la imaginación del pueblo británico. Hay mucho que contar: cómo la semilla del liberalismo económico plantada por Adam Smith, Ricardo y otros germinó lentamente en el periodo que siguió a las guerras napoleónicas; cómo en medio de la pobreza universal de las masas inglesas fue ganando aceptación la idea de que el sistema proteccionista significaba una carga absurda sobre toda la economía; cómo entre la multitud de comerciantes, banqueros, fabricantes y periodistas que reclamaban libertad económica aparecieron las figuras de Cobden y Bright y con su Liga contra las Leyes del Cereal dieron al mundo el raro espectáculo de una campaña masiva de propaganda realizada con inteligencia, rapidez y nobles sentimientos; cómo la gran reforma política de 1832 dio a las clases medias su debida influencia; como los disturbios cartistas reflejaron la

creciente inquietud de las masas y el aumento del ardor del descontento social; cómo Peel, el tory, se fue convirtiendo lentamente y con su reforma presupuestaria de 1842 y su reforma bancaria de 1844 estableció la piedra angular del sistema liberal en Inglaterra; cómo el príncipe consorte Alberto influyó en la reina con la filosofía económica liberal que había conocido en Alemania y así, por una rara ironía de la historia, causó la marcha triunfal de Adam Smith, que había empezado en Edimburgo, para hacer un extraño desvío vía Coburgo, Bonn y Gotinga; todo esto y más debería ser contado. La historia se aproximaría a su clímax al describir cómo al inicio de agosto de 1845, la histórica lluvia hizo «que llovieran las leyes del cereal», cómo Irlanda sufría una hambruna e Inglaterra escasez, cómo en diciembre, en circunstancias entretreídas de una manera romántica por Meredith en su novela *Diana de las encrucijadas*, el *Times* publicaba la sensacional noticia de que la abolición de las leyes de los cereales era inminente y cómo finalmente fueron derogadas en junio de 1846, en una de las sesiones más dramáticas de la historia parlamentaria británica. Inglaterra literalmente había elegido entre la revolución y el librecambismo y adoptó el rumbo que se había convertido en inevitable.

Todo eso pasó hace cien años y para muchos puede parecer hace mil años. Parece tan irreal para nuestra generación que hubiera habido una vez un momento en el que un país, contra la oposición de poderosos intereses y después de un debate libre y apasionado mediante procedimientos democráticos, decidiera, sin ninguna concesión compensatoria en el extranjero, hacer frente a toda la competencia exterior sin protección arancelaria, algo que la tradición histórica ha hecho que parezca casi un atributo de soberanía y prácticamente se da por sentado por el público en general. Al celebrar hoy el centenario del librecambismo británico, no solo debemos recordar este notable cumpleaños, sino también el casi más asombroso hecho de que el sujeto de nuestra celebración estuvo cerca de llegar a la edad bíblica de cien años (después de una prolongada dolencia y varios ataques de parálisis, el librecambismo británico murió en el gran año de la crisis, 1931). A pesar de la multitud de obras sobre este tema, seguimos esperando a un historiador con formación sociológica y económica que nos haga entender cómo este experimento único, que estaba en franca contradicción con todas las leyes poco edificantes de la psicología política, podía iniciarse con un postulado de razón económica y prolongarse durante casi un siglo. Hoy sabemos cuántas condiciones tuvo que encontrar en ese tiempo en una combinación rara en la historia para crear el milagro del librecambismo británico, condiciones de una naturaleza psicológica, económica, social y política. A los jubilosos contemporáneos y las varias generaciones posteriores les parecía

el triunfo natural y perdurable de la razón, la paz, la armonía entre naciones y las fuerzas del progreso material. «Libre comercio, buena voluntad y paz entre naciones»: ese era el grito de batalla de Cobden y su nobleza ahoga cualquier intento de sonrisa de desprecio de alguien que cree estar por encima de esas ingenuidades. Hemos oído otros gritos de batalla desde entonces que nos quitaron la sonrisa de nuestras caras.

En cierto sentido, estas expectativas optimistas de nuestros antecesores liberales no eran realmente exageradas. Es verdad que no fue el amanecer de la edad dorada de la paz y la filosofía social que consideraba al libre comercio como el guardián de la concordia internacional, sino un hilo en una evolución unitaria general, que nos parece tan desteñido como el papel en que se escribió. Pero es igualmente cierto que el librecambismo británico fue un fundamento esencial de la economía mundial tal y como se desarrolló en el siglo XIX, con toda su impresionante fuerza y amplitud y con todas sus intrincadas instituciones. El siglo XIX necesitó el librecambismo británico para que el mundo siguiera el rumbo del comercio internacional, el industrialismo, el patrón oro, la prosperidad, la creciente marea del crecimiento de la población y la comercialización y luego tuvo que pagar el precio del que hoy alegremente rebajaríamos algo. Por eso este mundo colapsó junto con el libre comercio británico, una catástrofe cuyas condiciones nos presentan e imponen la gigantesca tarea de construir un mundo que, aunque puede que no sea una mera copia del antiguo, debe permitir una red de relaciones más internacional que nunca.

Hablamos de la borrosa filosofía social de los hombres de 1846. Pero eso no significa que tengamos ningún derecho a sospechar sus motivos, como se ha puesto de moda en el continente desde Friedrich List y otros, o imputarles la hipócrita dureza de corazón y el seco egoísmo que muchos asocian con la Escuela de Manchester. Si eso, esa injusticia puede excusarse por la ignorancia de esos tiempos, de sus personalidades principales y de sus ideas. Lo que realmente ocurrió está sin duda bien descrito por Alexander Rüstow en la novedosa interpretación que expone en su importante tratado *Das Versagen des Wirtschaftsliberalismus als religionsgeschichtliches Problem*.<sup>1</sup> Tiene razón cuando dice: «Los zafios discípulos de Friedrich List, sin que quepa disculpar en exceso y en principio a este mismo, declararon enseguida toda la propaganda librecambista como un truco diabólico de los ingleses, quienes, como un lobo disfrazado con piel de cordero, querían hacer que las ovejas dejaran abiertas sus

---

<sup>1</sup> «Istanbuler Schriften» nº 12 (Oprecht, Zúrich, 1946).

puertas a la expansión comercial británica. Entretanto, ha quedado claro que estas personas buscaban a otras detrás de una puerta tras la que querían esconderse».

El análisis en términos de la historia del pensamiento tiene que complementarse recordando los hechos de la historia económica y social británica, con la que puede que no todos estén familiarizados. Hablando en general, en las primeras décadas del siglo XIX la pobreza de las masas inglesas había sido inconcebiblemente penosa y la carga de las tasas del cereal impuestas sobre una población creciente cada vez más dependiente de las exportaciones industriales se consideraba cada vez más como una de las mayores causas de aflicción. Cobden y Bright eran totalmente sinceros al defender una causa que hoy describiríamos con el lema «el siglo del hombre común». La evolución después de 1846 demostró que tenían razón y amplias masas de Inglaterra les dieron las gracias por ello. El librecambismo fue su respuesta anticipada al *Manifiesto comunista*, en el que Marx y Engels trataban de interpretar la pobreza del proletariado inglés a su manera y con metafísica alemana. Y la respuesta iba a resultar convincente. Fue probablemente en parte debido a ella por lo que las semillas arrojadas por el *Manifiesto comunista* nunca germinaron apropiadamente en el mismo país que era la principal preocupación de sus autores.

## II

¿Qué lección supone hoy para nosotros la imponente aventura inglesa del librecambismo? ¿Es un modelo válido perpetuamente o un ejemplo de advertencia al que todavía no se ha prestado atención? Esta pregunta ha sido debatida acaloradamente por proteccionistas y librecambistas durante un siglo, pero hoy podemos ver que tuvo un planteamiento erróneo y por tanto estéril y tal vez sea esta la reflexión más importante que sugiere el centenario.

Para empezar, puede señalarse que toda la cuestión ha perdido hoy su actualidad, porque apenas queda alguien incluso en el bando librecambista que piense que basta con hacer un panegírico ante el mundo de los logros y argumentos de Cobden. Sería inconcebible que los lemas de Cobden hoy consiguieran iniciar un movimiento a favor del libre comercio y llevarlo a la victoria. Nuestras preocupaciones no son las de 1846 y el defensor actual de una política librecambista debe estar preparado para responder a problemas muy alejados de la mente de Cobden y Bright. Y como nuestra táctica debe ser distinta hoy, también hemos aprendido a ser más modestos en nuestras expectativas y la

contraparte del viejo librecambista en el mundo moderno es un hombre que ya se mostraría encantado con que las políticas comerciales de los distintos países se contentaran con aranceles proteccionistas tan bajos y estables como sea posible y con que se restaurara el multilateralismo en el comercio mundial mediante la abolición de restricciones a la importación, controles de cambios y acuerdos de liquidación. Pero esa modestia es más que mera resignación. En la mayoría de los casos, indudablemente se basa en la sensación más o menos definida de que el librecambismo integral no solo hoy en día sería utópico, sino que en la situación mundial actual sería difícilmente justificable. En la práctica, nadie tendría la valentía de ser tan radical mientras la «paz y buena voluntad entre naciones» no se muestre bastante más garantizada de lo que está en la actualidad y se cumplan también muchas otras condiciones. Tampoco esto es todo. Por supuesto, siempre supimos que la victoria del librecambismo en Inglaterra se basaba en el principio que abrió el camino a la civilización de masas del industrialismo y el comercialismo, pero hoy ni siquiera el liberal más decidido puede dejar de apreciar que este principio en muchos sentidos contradice un orden natural, cuya justificación política trasciende lo meramente económico. Confundimos, leemos las líneas de Macaulay en su ensayo «Southey's Colloquies on Society» (1830), donde mostraba todo su desprecio por un autor que pensaba que las viejas granjas rurales eran más bonitas que una procesadora de algodón y que hace de la fealdad de los talleres de tejido uno de los patrones por los que juzgar la nueva era de las manufacturas. Nuestro más agudo oído ha aprendido a distinguir sonidos a los que la época de Macaulay y Cobden parece que estuvieron sordos y sentimos que para nosotros la decisión no es tan fácil como fue para ellos. Aún podemos defender como relativamente más razonable que otros el principio de que la decisión con respecto a qué producen o no las naciones individuales debería dejarse al libre comercio internacional. Pero lo hacemos sin entusiasmo, porque conocemos el otro lado de la balanza comercial y, por tanto, en el mejor de los casos, expresamos reservas, cualificaciones y condiciones.

Pero no son solo los librecambistas los que podrían aprovechar este aniversario para reflexionar sobre su filosofía. Quienes desde el principio hicieron al libre comercio el blanco de sus ataques deberían, a su vez, dar pruebas de estar dispuestos a aprender algo en lugar de presumir por la moderación de sus oponentes. Si consideran a la agricultura británica como la principal víctima del librecambismo, no deberían olvidar el hecho de que esta medida golpeó a una economía agraria que ya se había destruido en buena parte por las apropiaciones del siglo XVIII. También deberían recordar el grado en que la agricultura, cuyo destino, después de todo, es el tema principal de todo el debate, se ha visto en

desventaja en otros países precisamente por el proteccionismo industrial y por tanto renunciar a la doctrina de que los intereses de la agricultura se atienden necesariamente mediante protección arancelaria. Como demostraba una vez más el profesor C. von Dietze en su interesante artículo «Bauernwirtschaft und Kollektiv»,<sup>2</sup> son «precisamente las décadas del dominio más completo del liberalismo económico [las que trajeron con ellas] un florecimiento sin precedentes de la agricultura en todas las partes del mundo». Aunque en modo alguno fuera de Inglaterra gobernara el librecambismo, estaba al menos bajo la influencia de una política comercial básicamente liberal, que estaba incomparablemente menos distanciada del libre comercio que el sistema autárquico de protección que muchos países hoy piensan que deben a sus granjeros. El ejemplo de Alemania demuestra con un vigor desalentador los desintegradores efectos económicos, sociales y humanos que un sistema así está condenado a acabar ejerciendo sobre la agricultura campesina. El profesor Von Dietze los describe en el artículo antes mencionado y las voces de otros expertos que nos llegan a través de la frontera del norte confirman la impresión de que el campesinado alemán ha sufrido el daño más grave para su salud en los últimos doce años de proteccionismo autárquico y ahora, debilitado hasta el tuétano, tiene que enfrentarse a las mismas tareas de adaptación y conversión que se consideraba inicialmente que se evitarían con la autarquía. Se nos habla del callejón sin salida al que han llevado las políticas de autarquía y subvenciones a la agricultura alemana y la tarea de devolverla al camino correcto de la orientación al mercado mundial y la competitividad. Puede ser que el librecambismo radical, algo que nadie defiende hoy seriamente, sea dañino para la agricultura, pero sin duda la protección autárquica es para este un veneno dulce pero que acaba siendo fatal. Como la antigua polémica entre libre comercio y aranceles proteccionistas ha tomado ahora una nueva forma de oposición entre la política tradicional de protección arancelaria y la nueva de autarquía planificada, los sucesores actuales de los librecambistas siguen sosteniendo que el principio liberal es superior incluso cuando, o más bien precisamente cuando se adoptan los nuevos objetivos de un orden natural y superan a todos los demás en su insistencia en una sana comunidad agropecuaria.

Y esto nos lleva al punto crucial de nuestras reflexiones. La resistencia contra una política comercial liberal, de la cual el librecambismo es la forma más radical, es bastante comprensible como una defensa contra la intrusión en una sociedad

---

<sup>2</sup> *Schweizerische Zeitschrift für Volkswirtschaft und Statistik* (Junio de 1946).



y economía de orden natural con la intención justificada de protegerla frente a los excesos de la civilización industrial y comercial de masas. Pero es un error, y uno que repetidamente se ha tenido que pagar caro, creer que este peligroso proceso puede detenerse obstruyéndolo con una prohibición oficial en solo un punto, que es la frontera nacional. Es erróneo hacer culpable al librecambismo inglés y a la política comercial liberal de la mayoría de los demás países de la desastrosa evolución de la economía y la sociedad durante el último siglo, en lugar de culpar a la propia evolución general y preguntarse si el libre comercio habría sido una perturbación grave para otra evolución, más natural, más equilibrada y más humana. Pero los acontecimientos sí siguieron ese rumbo fatal y, en esa disposición concreta, la política comercial liberal en su conjunto hizo más bien que mal. Por otro lado, si las cosas se hubieran desarrollado como queremos ahora, con menos ciudades y centros industriales, con un proletariado más pequeño, menos monopolios y menos de los demás ingredientes y filosofías de la civilización industrial-comercial de masas, el librecambismo se habría visto como un mero director de la razón: no tendría que haber colisionado con un desarrollo mucho más sano y probablemente no se habría tomado como una amenaza grave para una existencia más asentada y más natural de la gente. Igual que es erróneo separar relaciones económicas internacionales de los acontecimientos generales y hacer a la política comercial la cabeza de turco, tampoco tiene sentido esperar que el control de cambios y los funcionarios de aduanas puedan tener un impacto decisivo sobre la artificiosidad de nuestra civilización en su conjunto. Por el contrario, es justo entonces cuando cabe esperar las peores perturbaciones y distorsiones y las cosas están condenadas a ir de mal en peor.

Esto debería dejar claro lo que se indicaba antes al decir que el problema se planteó en términos erróneos, Ahora sabemos que la cuestión ya no se reduce a libre comercio o aranceles proteccionistas, sino a la comparación entre relaciones económicas internacionales libres y las cadenas de la planificación y la autarquía. De las dos partes en oposición, una está principalmente a favor de la libertad económica internacional, la otra, entre muchas otras cosas, a favor de la protección contra las fuerzas anónimas de una civilización mundial de masas. Creo que ambas se equivocan: la primera cuando cree que su objetivo sigue pudiéndose lograr sin resolver al mismo tiempo todo el problema de nuestra civilización de masas y la segunda cuando olvida el hecho de que la protección deseada solo puede encontrarse en la misma solución del problema general y de que atenuar el comercio exterior es dañino en todo caso. Si ambas partes estuvieran compuestas solo por filósofos y no también por intereses creados, no

deberían tener ninguna dificultad excesiva en acordar un programa conjunto. Sería el programa de un orden natural, en el que la libertad de la vida económica, tanto nacional como internacional, está lógicamente ligada con una política pensada para conservar y promover valores e instituciones en los que, sin duda, Cobden y Bright pensaron poco o, si lo hicieron, fue de una forma ligeramente desdeñosa, cuando hace cien años tuvieron su primer momento de triunfo en el parlamento inglés. Pero a este programa le faltaría el ingrediente más importante si no estuviera al mismo tiempo inspirado por el universalismo y la actitud supranacional de estos hombres, quienes, con todos sus errores, tuvieron la gracia salvadora de un ansia profunda de paz y buena voluntad entre las naciones.

## VI. «Inflación reprimida»: La enfermedad de la economía moderna

*Neue Zürcher Zeitung*, 14 y 15 de junio de 1947.

### Inflación más colectivismo

La experiencia reciente en muchos países nos permite dibujar la imagen de una extraña distorsión e inmovilidad en la vida económica y diagnosticar una enfermedad económica que, cada vez más, está resultando ser la peor de todas y que en muy buena medida explica la persistencia de las penalidades de Europa. Me refiero al cruce entre colectivismo e inflación, para el cual he sugerido el nombre de «inflación reprimida», primero en mi ensayo «Lehren des deutschen Wirtschaftsmarasmus»<sup>1</sup> y luego, más sistemáticamente, en «Offene und zurückgestaute Inflation».<sup>2</sup> Normalmente se produce como sigue. Como resultado de la guerra y de la mala gestión de la posguerra, se desarrolló una inflación grave en el sentido de que los medios de pago aumentan con fuerza, mientras que la producción de bienes se estanca. Si el gobierno permite una inflación «abierta», esta desproporción entre el volumen de dinero y el volumen de bienes tiene las consecuencias que todos conocemos, es decir, un aumento general de los precios y rentas. Hay que reconocer que el gobierno en cuestión no quiere que ocurra esto. Sin embargo, no puede cambiar de ideas para contener la inundación de dinero, ya sea porque, como pasa en países gobernados bajo el paralizante sistema de tres partidos, le falta la fortaleza para hacerlo o porque no quiere renunciar a una política económica que es incompatible con una moneda fuerte (pleno empleo, dinero barato o una política económica socialista).

Ahora bien, ¿qué hace un gobierno en esa situación? Evita que un exceso de demanda se resuelva en un aumento de precios y tipo de cambio y reemplaza las funciones reguladoras y estimulantes del precio mediante un sistema de racionamiento a precios fijos, junto con los inevitables controles, el sistema bien

---

<sup>1</sup> *Neue Zürcher Zeitung*, nº 1931 y 1939, 26 y 27 de octubre de 1946.

<sup>2</sup> *Kyklos*, 1947, nº 1.

conocido de la economía de guerra y, dentro de sus límites, útil y en realidad indispensable. Si el exceso inflacionista de dinero empuja al alza precios, costes y tipos de cambio, el cada vez más inclusivo y elaborado aparato de los controles físicos trata de oponerse a este movimiento al alza de los valores mediante una especie de contrapresión policial. Así es como la inflación abierta ha pasado a ser reemplazada por otro tipo, la inflación reprimida, a la que también podría llamarse «inflación prohibida».

Es esta inflación reprimida la que se asocia con nuestra presente época de colectivismo y se asocia en el doble sentido de que el colectivismo es al tiempo una causa de inflación y un instrumento para su represión. Un grupo de cuestiones sutiles están relacionadas con esto, pero nos llevaría mucho espacio explicarlas aquí. Se podrían analizar los distintos grados o tipos de inflación reprimida y también se podría discutir acerca de si, y bajo qué circunstancias, una represión temporal y moderada de la inflación es el mal menor. Sin embargo, la pregunta que planteo es esta: ¿Dónde acaba la inflación reprimida si, en las condiciones actuales más normales de tiempo de paz, se convierte en un sistema que domine la vida económica?

Solo hay una respuesta a esta pregunta y puede encontrarse en el marasmo económico de varios países europeos, de los cuales Alemania es el caso más extremo. Cuando más tiempo sea ficticio el sistema y más se continúe con valores controlados, más ficticios se hacen esos valores, en el doble sentido de que se corresponden cada vez menos con las relaciones reales de escasez y de que cubren cada vez menos intercambios de bienes. La distorsión de todas las relaciones de valor, la coexistencia de sectores «oficiales» y «negros» y la contradicción entre las directivas del mercado y las de las autoridades que luchan desesperadamente por su poder, acaban llevando a caos y a la virtual ausencia de cualquier orden económico, ya sea de libre empresa o de tipo colectivista. Tan pronto como el gobierno consigue al menos el propósito negativo de impedir que las transacciones pasen a basarse en oro o moneda extranjera, la economía recae en la etapa de trueque primitivo y pagos en especie, pero al mismo tiempo al bajo nivel igualmente primitivo de productividad. Finalmente, como en las etapas finales de la inflación abierta, el dinero pierde, no solo su función como medio de intercambio, sino también su otra, y no menos importante, función como incentivo para producir y llevar al mercado tantos bienes como sea posible. Cuanto más impulsa al alza los valores la inflación persistente, más refuerza el gobierno la presión opuesta de los controles, pero cuanto más ficticio se vuelve el sistema de valores controlados, mayor es el caos económico y la languidez general y más raídas quedan tanto la autoridad del gobierno o su afirmación de

que aún son demócratas. No puede haber ninguna duda de que, si no se para a tiempo la inflación reprimida, cada vez hará más por desarrollar fuerzas que lleven a la disolución de la economía e incluso del propio estado.

Hace aproximadamente medio año, tuve ocasión de explicar en esta revista el caso alemán de inflación reprimida. Traté de distinguir lo que era típico y lo que era peculiar de Alemania, que es el peor caso de todos, porque la desproporción entre el volumen reprimido de poder adquisitivo y el volumen de los bienes es mayor que en cualquier otro lugar y porque los efectos perturbadores del colectivismo avanzado aquí se combinan con los conocidos factores perturbadores de la política. A pesar de todas las advertencias, no se ha hecho nada significativo en este medio año para conseguir una reforma monetaria y económica completa, que hubiera dejado de reprimir la inflación eliminando la desproporción cuantitativa entre poder adquisitivo y bienes mediante una reducción drástica en el volumen del poder adquisitivo y superando el caos de las paralizadoras políticas colectivistas a través del restablecimiento de una economía de libre mercado. Al fracaso en hacerlo debe responsabilizarse en buena medida la lamentable miseria del último invierno y es, en parte, culpa de la ideología socialista. Esto es verdad los dos sentidos de que, primero, los responsables no podían obligarse a salir del caos al coste de sacrificar la doctrina socialista y de que, segundo, esta misma doctrina paralizaba la decisión de llevar a cabo una reforma monetaria que, a la vista de la actitud de los rusos, reclama una acción independiente por parte de los aliados occidentales en sus respectivas zonas de ocupación en Alemania.

Pero también muchos no socialistas se han resistido hasta ahora a la necesaria reforma monetaria. Su argumento ha sido que sería mejor eliminar el exceso de poder adquisitivo mediante un aumento en la producción que mediante una disminución de la oferta monetaria; entretanto, han pensado que era mejor seguir con la política actual. Han olvidado que es precisamente la continua represión del excesivo poder adquisitivo, con todas sus consecuencias, lo que impide una y otra vez el aumento de la producción necesario para la eliminación de la desproporción (suponiendo que pueda eliminarse en absoluto desde el lado de la producción) porque priva a la economía de los incentivos requeridos. Cuanto más se retrase la ruptura de este círculo vicioso, más se alejará el fin deseado del crecimiento de la producción con esa desmesurada oferta monetaria. La verdad de esto se demuestra de la forma menos preocupante por la manera en que la economía alemana ha funcionado estos últimos meses. Ha confirmado que la predicción de que hay que esperar un completo colapso si no se detiene lo más rápidamente posible la inflación reprimida. Después de dejar a la deriva las cosas

durante dos años, la economía alemana perdió tanta savia vital que la salvación ahora parece difícilmente posible sin una operación a cara o cruz y muy costosa de conseguir alimentos, materias primas y manufacturas del extranjero. Cuanto más eviten los aliados occidentales hacer esto, mayor será la suma que acabarán teniendo que decidir que sea sacrificada. Así acaba este experimento de inflación reprimida. Pero también acaba con las autoridades militares aliadas robando protagonismo a la amenaza rusa para usar fuerza militar para quitar la comida a los granjeros. Al hacerlo, no solo muestran un desconocimiento singular de las leyes de la economía, sino que también exponen el completo colapso de todo el sistema de controles sobre el que se asienta la inflación reprimida.

Como demuestra el ejemplo alemán, el error principal de los defensores de la inflación reprimida consiste en ser incapaces de mudar la idea de un déficit más o menos dado de bienes, que, sobre el patrón de la economía de guerra, tienen que distribuirse de la manera más equitativa posible. Se aferran a la idea lúgubre de un «socialismo de hospicio» y defienden su sistema con el argumento de que al menos todos están igual de mal (o incluso, como en Inglaterra, aventuran la extraña afirmación de que las masas están mejor bajo el sistema de racionamiento de lo que estaban antes); consiguen un mínimo éxito con la pregunta retórica de cómo se supone que podrían vivir la masas si se abandonara el racionamiento. Pero no ven o no quieren ver lo esencial. No consideran el hecho de que la inflación reprimida que defienden solo tiene sentido en presencia de una gran desproporción entre el volumen de poder adquisitivo y la producción de bienes; en otras palabras, su defensa de los controles se basa en la asunción de la inflación. Salvo que al ser socialistas tal vez alberguen el deseo secreto de que esta desproporción dure eternamente, de forma que siempre puedan justificar el socialismo como instrumento para reprimir la inflación, su objetivo no debería ser la distribución más equitativa de una cantidad insuficiente de bienes, sino su aumento. Y deberían buscar ese aumento de forma que, por ejemplo, a todos los habitantes de un país tan rico como Francia debería dárseles su parte de nuevo mediante los métodos antiguos y probados de la economía libre, salvo para aquellos que, entonces como ahora, necesiten asistencia especial. Es asombroso que un hombre tan razonable como el primer ministro francés M. Ramadier, de quien cabría esperar que estuviera de acuerdo con nosotros en esto, no admita también que el mismo sistema que defiende porfiadamente contra la creciente tormenta de protestas públicas impida grandes y necesarios envíos al mercado mediante la paralización de la producción y la eliminación de los mercados oficiales de una creciente proporción de tantos bienes que todavía

se producen. Francia también solo puede romper este círculo si se libra a la vez de la inflación y el socialismo.

Todos aquellos países de Europa que sufren los efectos paralizantes, obstaculizadores y perturbadores de lo que he llamado «inflación reprimida», una combinación de presión inflacionista y controles económicos son, como Francia, países empobrecidos (con la única excepción de Suecia, donde se necesitaron las actividades de los socialistas doctrinarios para crear artificialmente una situación similar y finalmente convertir una moneda «fuerte» en «débil»). Por todas partes se invoca el empobrecimiento para defender la inflación colectivista y en ninguna se advierte que este sistema de valores ficticios y controlados perpetúa y agrava la desproporción entre la oferta de dinero y de bienes en nombre de una distribución equitativa, mientras que incluso esta última se convierte en una descarada injusticia por el triunfo irresistible de los mercados «negros». El empobrecimiento es precisamente lo que hace de la vuelta a la economía de mercado y la estabilidad monetaria una urgente necesidad. ¿Cómo puede explicarse si no es por el sistema de inflación colectivista que las tierras de Francia, que son tan fértiles como siempre han sido, ya no parecen ser capaces de alimentar al país? ¿No es casi grotesco que el primer ministro francés trate de salvar el baqueteado prestigio del socialismo con el espantajo de los ricos, quienes, si volviera la economía de mercado, arrebatarían las exquisiteces más sabrosas de las bocas de la mayoría de los habitantes de «*la douce France*»? Cuando Enrique IV prometió el famoso pollo en el horno, sin duda no tuvo en mente la mezcla de cupones de carne e inflación que hoy se elogia como medio para el mismo fin. ¿Y cuándo, por fin, se entenderá en todas partes lo absurdo que es a largo plazo mantener los controles de precios que desaniman la producción exactamente en la medida en que se quiere ese máximo de producción? De hecho, ¿cuándo tendrá alguien al menos la valentía de admitir que a esto equivale en la práctica el sistema actual de inflación reprimida?

## **El caso de Inglaterra**

El círculo vicioso en el que se mueve este sistema puede también observarse claramente en Inglaterra. El país salió de la guerra tan empobrecido que era evidente que se vería obligado durante un tiempo a rebajar el nivel de vida y producir más que nunca. Pero, a medida que pasa el tiempo, menos factible parece que las deficiencias que los británicos siguen sufriendo se deban únicamente a su empobrecimiento inicial. Uno llega a la idea herética de que Inglaterra está tan inclinada a consumir menos que olvida producir más y un creciente número de personas están culpando de este olvido de la producción a

un sistema económico que, en general de nuevo, es esa combinación de socialismo y presión inflacionista conocida por nosotros como «inflación reprimida». En este tipo de socialismo de hospicio, el apretarse el cinturón, la «austeridad» se convierten en un estado permanente de cosas que uno aceptaría con resignación, si no fuera porque, asimismo, se asocia con un constante deterioro de la situación económica y una carrera entre controles crecientes y respeto decreciente por la ley. Hay una expansión del crédito que, bajo la bandera algo ajada del «dinero barato», hace que las inversiones excedan el ahorro, deficiente como es debido a la baja producción, el exceso de impuestos y los tipos de interés artificialmente bajos. Como consecuencia, la economía británica está bajo una constante presión inflacionista, que el gobierno ataja con la presión contraria de los controles. Pero, como nos recuerdan J. H. Jewkes y E. Devons en un artículo de lectura obligada,<sup>3</sup> esta represión de la inflación está condenada a su vez a recortar la producción. «Nos limitamos a conseguir impedir la temible espiral al alza de los precios con el coste de tener una temible espiral a la baja de la productividad». Así hablan nuestros testigos ingleses. Añaden que esta presión a la baja sobre la productividad intensifica la presión inflacionista, a la cual el gobierno debe reaccionar con restricciones adicionales en el uso del poder adquisitivo de los consumidores, que, a su vez, deprime de nuevo la productividad. El círculo vicioso se cierra y parece que la economía británica se mueve constantemente a su alrededor, a pesar de las nerviosas negaciones de las autoridades. Como observan correctamente Jewkes y Devons, no tiene sentido tratar de romper el círculo con apelaciones morales a los productores. «Es inútil esperar que las personas trabajen más duro, salvo que cada una sienta que su propio patrón de consumo depende de sus propios esfuerzos y que conseguirá una porción mayor del pastel total como consecuencia de sus esfuerzos». Como otros, los socialistas británicos tendrán que aprender a hacer una distinción entre el clima de guerra, que justifica un alto grado de colectivismo, y el de paz, que nos obliga a tener de nuevo en cuenta la naturaleza humana normal. Pero los costes de estas lecciones los paga el país entero.

Tampoco esto es lo peor. Si nuestros portavoces ingleses advierten que ese éxito en «impedir la temible espiral al alza de los precios» tiene que pagarse con una «temible espiral a la baja de la productividad», no nombran el precio completo ni de ello se deduce que el éxito esté asegurado. Todavía más duro que la pérdida de productividad que conlleva ese sistema es el sacrificio de libertades

---

<sup>3</sup> *Lloyds Bank Review*, Abril de 1947.



elementales impuesto al pueblo británico ahora mismo, junto con la perspectiva segura de tener que sacrificar cada vez más en el futuro. El país del *habeas corpus*, de la Declaración de Derechos y del refrán «Mi casa es mi castillo» se ha convertido en un país en el que el gobierno tiene derecho, en tiempo de paz, a entrar en tu casa, con una orden de registro, en cualquier momento, en el que una policía secreta extiende sus tentáculos, en el que los derechos de la oposición parlamentaria se recortan de una manera única (y donde todo esto promete ser solo el principio). Por citar el excelente semanario *Time and Tide* del 8 de marzo de 1947: «El actual gobierno está compuesto por hombres que, estamos convencidos, no se aprovecharían conscientemente del poder que tienen y que, inconscientemente, ya lo han hecho. Pero persiste el hecho de que la base física de nuestras libertades se ha recortado de inmediato. El gobierno controla todo. La base parlamentaria desaparece rápidamente. El mecanismo para la destrucción total de la libertad ya se ha completado. Es demasiado tarde para decir “no puede pasar aquí”. Ya ha pasado».

Aunque no cabe duda de que también hay muchísimas personas en Inglaterra que no se toman en serio la advertencia del profesor Hayek acerca del «camino de servidumbre» o que lo consideran una intriga reaccionaria, hay diversas indicaciones que sugieren que no está lejos el momento en que los que gobiernan tendrán que decidir entre lo que *Time and Tide* en otro artículo notable llama «elpreciado ideal del estado planificado» y el «igualmentepreciado ideal del humanismo liberal». Y asimismo hay indicaciones en Inglaterra de que el alto precio que tiene que pagarse por la inflación reprimida en forma de pérdida de libertades antes considerada como inevitable está pagando un éxito que resulta cada vez más dudoso por el constante decrecimiento en el respeto por la majestad de la ley. Tenemos una memoria vívida de este proceso en el caso de la ley seca en Estados Unidos y sabemos que la legislación de este tipo al final se convierte en una fuente envenenada de corrupción. ¿Puede alguien creer seriamente que lo que no tuvo éxito en el caso de la bebida tiene posibilidades de tenerlo en el caso de la inflación, es decir, sencillamente prohibirla? La reciente rebelión abierta contra los controles económicos en Francia ha causado sensación justificadamente, pero es solo uno entre los muchos síntomas de que la guerra contra las fuerzas de la economía libre a la que se ha lanzado el gobierno de un país como ese y que solo puede esperar ganar, aunque sea temporalmente, adoptando los métodos políticos de Hitler y Stalin.

## Francia como ejemplo de oportunidades perdidas

Todas estas consideraciones demuestran que bajo un sistema de inflación reprimida el tiempo corre en contra del gobierno. Volviendo una vez más al ejemplo de Francia, vemos que en este camino hay momento particularmente crítico que es fatal olvidar. El antes mencionado número de abril de *Lloyds Bank Review* contiene otro artículo muy interesante titulado «La regeneración económica de Francia», en el que el autor, Paul Bareau, señala correctamente que Francia tuvo en el momento de la liberación una oportunidad única de librarse de la inflación reprimida. Si en ese momento, cuando el mecanismo de control seguía siendo efectivo a la hora de contener la presión inflacionista y cuando el clima psicológico era el más favorable posible para una «purga monetaria», se hubiera detenido la inflación reprimida eliminando de un golpe tanto la inflación como los controles, Francia hubiera evitado mucho sufrimiento y desorden. Tan pronto como el gobierno provisional francés anunció un aumento general de los sueldos del 40%, inmediatamente después de la liberación de París, era fácil concluir que se pondría en marcha una espiral negativa, por la que la inflación reprimida estaba condenada convertirse en inflación abierta, acompañada de todos los fenómenos conocidos de desintegración y parálisis económicas. Los franceses han argumentado hasta ahora que las cosas no podían corregirse desde el lado monetario, sino solo desde el lado de la producción. Pero esto es solo una excusa cómoda, cuya defectuosa base económica hemos mostrado con la ayuda del ejemplo alemán. En Francia, como en todas partes, todo, por supuesto, depende de producir más y llevar al mercado la producción adicional, pero una de las condiciones principales para ello es la liberación de la economía de las cadenas impuestas a esta por la inflación reprimida. La eliminación de la inflación reprimida implica dos cosas: el fin de las medias restrictivas y el fin de la inflación. Por tanto, es equívoco que el primer ministro de Francia conjure el fantasma de una inflación más desbocada que nunca para asustar a quienes reclaman una eliminación de controles, pues nadie puede desear racionalmente el fin de los controles sin al mismo tiempo reclamar el fin de la inflación. Y esto último debería ser el objetivo del primer ministro. ¿Cómo va a lograrlo si no hace ningún esfuerzo por romper el círculo vicioso de la inflación reprimida? Nada es más peligroso que el socialismo convirtiéndose en un fin en sí mismo en un momento en que las consideraciones más elementales y las evidencias inequívocas demuestran que solo queda una decisión a tomar, que es o continuar el rumbo socialista o superar esta calamidad económica.

Las lecciones que otros países pueden aprender del caso francés son claras. Pensemos en Bélgica como ejemplo de un país que evidentemente aprovechó el momento correcto para librarse de la inflación reprimida y que ahora está cosechando los frutos de su perspicacia. O pensemos en Holanda, que hizo esfuerzos sinceros por seguir el ejemplo belga, pero tal vez cometió el error de concentrarse demasiado en la moneda fuerte, en detrimento de una eliminación de controles y que, aunque hizo todo lo que pudo por eliminar la inflación como parte de la peligrosa combinación de la inflación reprimida, mantuvo los controles. Y, en conclusión, pensemos una vez más y sobre todo en Alemania, donde el tiempo se acaba rápidamente y me refiero al tiempo durante el cual la inflación reprimida todavía se puede eliminar antes de que la espiral de precios y salarios continúe, a pesar de todos los controles de las autoridades de ocupación.



## VII. El Plan Marshall y la política económica

*Neue Zürcher Zeitung*, 23 de noviembre de 1947.

### El lado europeo

La gran idea de un programa de ayuda conjunto para el mundo occidental, propuesto por el Secretario de Estado de Estados Unidos, George C. Marshall, en junio de este año parece compartir el destino de muchas de las ideas de nuestro tiempo que se encuentran atrapadas en el vasto aparato que producen las palabras escritas y habladas para el público general. Cuanto más se escribe y dice acerca de ellas, más confusas y primitivas se hacen. Finalmente llega el momento de hacer la pregunta clásica: *¿de quoi s'agit-il?*

Las apuradas circunstancias económicas de Europa tienen dos causas: la guerra ha destruido mucho y el proceso económico está desordenado. La devastación producida por la guerra es ya bastante mala, pero probablemente no habría llevado a la catástrofe actual si el proceso económico no hubiera caído en un desorden que paralizó las fuerzas de la recuperación en los países a los que más afectó dicho desorden. A su vez, este desorden del proceso económico es el resultado de cierta política económica que creó caos en nombre de la planificación, confusión en nombre de la dirección, retrogresión y autarquía en nombre del progreso y pobreza masiva en nombre de la justicia. Hoy se sabe de forma bastante general qué tipo de política económica es esta e incluso muchos socialistas, que realmente deberían defenderla como un resultado de su propia filosofía, ahora le vuelven la espalda, porque sencillamente se ha convertido en imposible de defender. Me refiero a la combinación de controles directos y presión inflacionista a la que he llamado «inflación reprimida». Allá donde se implantó por parte de un país próspero libre de la guerra, como en Suecia, pronto se desarrollaron los mismos síntomas patológicos que en otros países. Por el contrario, allá donde un país pobre y devastado por la guerra, como Italia, dejó a la economía de mercado suficiente espacio para moverse, hubo impulso, reconstrucción, rápida recuperación y esperanza.

Una vez se apreció que lo que necesitaba Europa en primer lugar era superar un fracaso funcional interno en el proceso económico con ayuda estadounidense, y tanto Marshall como Bevin indicaron que lo sabían, debía haber quedado claro lo que tenía que hacer y lo que no el comité que se reunió en París durante el

verano. No era simplemente hacer una lista de agujeros en la que Estados Unidos fuera a echar más miles de millones. Era diagnosticar la enfermedad de la economía europea y proponer un tratamiento para combinar la prometida transfusión de sangre con la recuperación interna del propio paciente. Solo había un diagnóstico posible: más o menos inflación reprimida avanzada. Y el tratamiento a prescribir era este: Librarse de la inflación reprimida mediante una disminución simultánea de la presión inflacionista y los controles, usando al mismo tiempo sabiamente la transfusión de sangre estadounidense de forma que el paciente pudiera recuperar sus fuerzas.

Pareció por un tiempo que los estadistas responsables habían entendido de forma razonablemente clara esta tarea del Comité de París de Cooperación Económica Europea. Hubo una impresión de que el comité evitaría limitarse a recopilar estadísticas de escaseces y por el contrario desarrollaría un programa serio de recuperación. Por desgracia, fue una impresión falsa. Hoy hay que admitir que el Comité de París hizo precisamente lo que no había que hacer y que, creo, los más prescientes de sus miembros inicialmente no querían hacer. El informe no tuvo nada que decir acerca de un diagnóstico real del problema, ni acerca de un tratamiento serio y acabó resultando ser lo que no pretendía ser: una lista de la compra. No se alteran las cosas por el hecho de que el comité, en su vergüenza con respecto a propuestas constructivas que podría hacer, se retirara a las altas regiones de las recomendaciones bienintencionadas para una mejor coordinación económica internacional. Estas recomendaciones son así de ineficaces precisamente porque la política económica colectivista de los países individuales es la fuerza divisiva más fuerte del nacionalismo económico.

No debemos dejar de mencionar que quienes habían asumido la gran responsabilidad de ser los portavoces de Europa cuando Estados Unidos estaba ofreciendo ayuda han fracasado. Esto probablemente signifique que se ha perdido una de las grandes oportunidades de la historia. Es verdad que cabe esperar que Estados Unidos continúe ayudando caritativamente a Europa, pero tal vez se diga posteriormente con amargura que Europa Occidental, en el momento en que esto importaba, no entendió que había que presentarse ante Estados Unidos, no con una carta a los Reyes Magos, sino con un programa serio y genuino de recuperación interna de las economías europeas, Y toda la culpa recaerá sobre una mentalidad regida por el colectivismo y el desprecio por la libertad económica.

Es necesario hablar de estas cosas abiertamente, aunque solo sea porque mostrar satisfacción podría hacer irrevocable esta desgracia. El Comité de París

tuvo una oportunidad única de desarrollar un programa de recuperación valiente y serio con el cual inspirar al Congreso de EEUU a un gran gesto de solidaridad y al mismo tiempo dar pie a todos los gobiernos europeos para cambiar su política económica. Esta oportunidad se ha desperdiciado. De todos modos, el Plan Marshall todavía puede volver al carril correcto si las cosas que quedaron sin decir por parte del Comité de París las dicen ahora otros con palabras tales como para dirigir la atención de los gobiernos europeos y sus consejeros o, al menos, de la gente de quienes dependen. Pero lo que importa es que los gobiernos europeos actúen de común acuerdo y con resolución den la espalda al desastroso rumbo de los controles económicos inflacionistas. Ese cambio de rumbo que deriva del conocimiento claro de las causas de la parálisis económica y la confusión, no depende de la sabiduría de los comités internacionales ni, en ese sentido, del consejo estadounidense, por muy excelente que sea parte de este. Es cosa de la propia Europa, cosa de cada gobierno europeo concreto y cada nación europea concreta. Por tanto, aunque el Congreso de EEUU decida aprobar un programa generoso de ayuda a pesar de las evidentes debilidades del informe conjunto de los gobiernos europeos, todavía correspondería a cada país beneficiario de Europa si permitirse o no esta oportunidad única de librar a la economía de controles inflacionistas. Sin embargo, si no se hace, cabe temer que los nuevos miles de millones de dólares estadounidenses se escurran entre los dedos como hicieron los viejos.

Con una ayuda estadounidense venidera de un volumen bastante impresionante, los gobiernos europeos serán capaces de negar, incluso menos convincentemente que antes, que la responsabilidad de la recuperación económica de sus países reside en sí mismos y en ningún sitio más. Sin embargo, una vez que un gobierno entiende qué hay que hacer y tiene la intención de hacerlo, queda en manos de las fuerzas políticas del país asegurarse de que el gobierno tenga éxito. Qué quiere decir esto se ve en el ejemplo de Italia. Aquí tenemos un país europeo que, para empezar, no está demasiado bien dotado naturalmente y ha sido una de las víctimas principales de la guerra, que habría caído en el caos y la miseria sin la ayuda estadounidense, pero también un país que supo usar esa ayuda para insuflar nueva vida en la economía, pues, al contrario que otros países europeos, dejó suficiente libertad de espacio para las fuerzas regulatorias e incentivadoras de la economía de mercado. Bajo el liderazgo de Luigi Einaudi, el decano de los economistas italianos, la política económica del gobierno de De Gasperi sigue la línea general requerida por la situación, usando la ayuda estadounidense en apoyo de los esfuerzos por disminuir la presión inflacionista y dismantelar los controles. Está claro que

pretenden crear en Italia una verdadera economía de mercado basada en los cimientos de la estabilidad monetaria. Tras haber conseguido ya eliminar una de las dos causas de la inflación, la expansión excesiva del crédito bancario, ahora queda taponar la otra fuente de inflación, que es el gasto en déficit. El que el gobierno tenga éxito en esta segunda tarea depende principalmente de si puede resistirse a las políticas de sabotaje la extrema izquierda. La política de Italia de usar la ayuda estadounidense para la rehabilitación económica marca una vía para toda Europa, pero asimismo ofrece un ejemplo de las condiciones políticas, sociales y psicológicas en las que tendrá que aplicarse la misma política en toda Europa.

## **El lado estadounidense**

Con respecto al lado europeo del Plan Marshall, puede decirse que, aunque el informe del Comité de París haya empezado por mal camino, todo esto puede enderezarse siempre que los gobiernos de Europa tengan el buen juicio y la energía para llevar a cabo por propia iniciativa lo que el Comité de París debería haber recomendado. No hay salvación para una Europa colectivista, eso está claro. El Plan Marshall (llamado así tan ambiguamente) solo puede tener éxito como un plan para superar la planificación económica. ¿Cómo se ven entonces las cosas desde el lado estadounidense? ¿Tienen allí la claridad mental que falta en Europa?

A juzgar por las amargas críticas infligidas contra el informe de París y por un análisis de la opinión estadounidense, podría concluirse que un paciente obstinado puede contar con un ayudante sabio. Esta conclusión es incorrecta en lo que se refiere al conocimiento superior del ayudante. No se tiene suficientemente en cuenta que allí también hay un conflicto entre distintas tendencias de pensamiento. Aun así debería plantear sospechas por el mero hecho de que la parte de Europa de la que los estadounidenses son directamente responsables, la zona estadounidense de ocupación de Alemania, ha aplicado durante dos años y medio principios económicos que no pueden describirse sino como colectivistas. Pero, sobre todo, no debería olvidarse que siguen funcionando en Estados Unidos muchas de las teorías y tendencias que dieron a la planificación económica de Roosevelt su impulso determinante. Después de todo, a toda una generación de economistas estadounidenses se les ha llevado a pensar en la presión inflacionista permanente implícita en la política del «pleno empleo» como un ideal e incluso una necesidad. Hay un sencillo paso desde aquí a aceptar la idea de «guía» que va más allá de la mera manipulación del dinero, especialmente para aquellos que se sientan al mando de la burocracia.



Desde Roosevelt, se ha convertido en tradicional una política económica dictada por el miedo a la deflación y es esta política la que es en buena parte responsable de la presión inflacionista que sufre hoy la economía estadounidense. El principal problema es que, como en Europa, esta política continúa en Estados Unidos, aunque debería resultar evidente que lo que hay que combatir es la inflación y no la deflación. Se sigue apretando el acelerador mucho después de haber tenido que pisar el freno. Por supuesto, para empezar, no es una tarea fácil conseguir lo mejor de esta presión inflacionista y será todavía más difícil si las exportaciones estadounidenses no correspondidas se extienden en el futuro hasta el nivel implícito en la ejecución del Plan Marshall. Pero esto hace también la tarea mucho más acuciante, ya que un mayor crecimiento de la inflación en Estados Unidos estaría condenado a privar al programa de ayuda de una porción considerable de su eficacia y provocaría peligros más graves para la propia economía estadounidense.

En lo que se refiere a dirigir esta tarea, Estados Unidos está básicamente en la misma situación que muchos países de Europa, es decir, en la situación de una economía con excesiva tensión, que reacciona a esta mediante presión inflacionista. Los países europeos afectados estaban tan débiles y necesitaban tanta ayuda por la misma razón por la que trataban de atajar esta presión inflacionista con los medios engañosos de los controles colectivistas. Se les dice correctamente desde Estados Unidos que la ayuda que les ofrecen llevará a la recuperación solo bajo la condición de que por fin renuncien a este intento de rebajar la presión inflacionista por métodos políticos. Pero ¿qué convicción pueden expresar esas recomendaciones cuando el propio gobierno estadounidense esté a punto de seguir el mismo rumbo de inflación reprimida, como anunció el presidente Truman en su mensaje al Congreso del 17 de noviembre? Si la Europa colectivista está hoy en un punto muerto y ha demostrado a dónde lleva la inflación reprimida, ¿cómo es posible de buena fe aconsejar a Estados Unidos seguir el mismo rumbo?

Las consecuencias de este paso serían tan peligrosas que sería difícil entender que el Congreso aprobara las propuestas del gobierno sin más demora. Pero como sin duda no debería permitirse que la inflación fuera más allá, Estados Unidos, a su vez, tendría que adoptar el rumbo que recomienda a Europa y ya adoptado por Italia, que es disminuir la tensión y la presión inflacionista. El problema es que la demanda europea de bienes, por la cual bajo el Plan Marshall el gobierno y otras autoridades estadounidenses emiten encargos en forma de cheques en dólares, tiene que competir con el resto de las demandas por los bienes estadounidenses. Alguien debe renunciar. Si la inflación estadounidense

continúa desbocada, el aumento de los precios recortará la cantidad de bienes que puede obtener Europa y, al mismo tiempo, la evolución interna estadounidense adoptará un giro muy peligroso. El presidente Truman advierte correctamente contra esto. Pero entonces quedan solo dos vías. O la demanda de los países ayudados se protege frente a las solicitudes en competencia de la demanda interna estadounidense por el poder de la política y la amenaza de encarcelamiento o, si no, la demanda interna agregada en Estados Unidos se reducirá en la medida en que se añada nueva demanda por la implantación del Plan Marshall.

Lo que pide ahora mismo la administración Truman al Congreso es una mezcla de los dos métodos: alivio de la presión inflacionista, combinada con lo que en inglés se llama con el peligroso eufemismo de «controles físicos». Pero en este programa combinado el elemento de los controles es mucho más fuerte. Tanto dentro como fuera del Congreso la propuesta ha encontrado fuertes críticas y, por desgracia, no se puede estar de acuerdo con ella, por las razones indicadas. El experimento de la inflación reprimida no tendrá más éxito en Estados Unidos que en Europa y poner controles sobre los bienes más escasos solo los hará más escasos aún, como deberíamos saber por experiencia y reflexión. Y esto significa que la economía estadounidense, a su vez, conseguirá esa dosis de desorden y confusión que tan bien conocemos en Europa. Lo peor de todo tal vez sea que el ejemplo estadounidense tendrá un efecto muy malo sobre Europa. ¿Realmente Estados Unidos se colocará en una situación en la que deba decir, igual que Gretchen: «¡Cuán desdeñosamente injurié una vez (...) Y ahora soy un pecado viviente!» Necesita pensarse hasta el final qué significaría esto. Estados Unidos está dispuesto a soportar duros sacrificios para ayudar a Europa a salir de su crisis económica. Más que cualquier otra cosa, los estadounidenses aprecian que la crisis económica europea solo puede superarse liberando a Europa de los controles inflacionistas y se han esforzado por convencer a los gobiernos de Europa de esa verdad. ¿Está Estados Unidos pensando ahora seriamente en implantar él mismo controles inflacionistas para posibilitar su ayuda en Europa?

Es difícil de creer. Pero si Estados Unidos rechaza correctamente seguir esta vía, solo queda la otra vía de una lucha real y enérgica contra la presión inflacionista mucho más allá de las propuestas del presidente en su mensaje. Esto conllevaría una ruptura con una política monetaria y crediticia dominada durante demasiado tiempo por la idea de que todo lo que aumente la demanda agregada es bueno y todo lo que la disminuya es malo. Para hacer hoy lo correcto, basta con hacer en puntos críticos lo contrario de lo que se pensaba correcto en los últimos diez años. Sobre todo, esto significa abandonar la política de dinero

barato y además sería probablemente bueno considerar en qué medida un aumento en los impuestos indirectos (especialmente por medio de un impuesto diferenciado a las ventas) serviría mejor que los controles físicos al objetivo de la administración Truman.

Esa inversión de políticas es cada vez más difícil por muchas razones, especialmente en un país en el que el sistema bancario se ha visto sobrecargado con títulos públicos con bajo interés durante diez años de gasto desbocado en déficit. Pero hace tiempo que está claro que, antes o después, se hará necesaria esa inversión de políticas, incluso son el impulso inflacionista adicional que derive del Plan Marshall.



## VIII. Liberalizar el tipo de interés

*Zeitschrift für das gesamte Kreditwesen, 1948, nº 1.*

Si una persona viola constantemente todas las normas elementales y demostradas de una buena salud, si desoye todas las advertencias y piensa que puede seguir viviendo de sus reservas físicas, sin duda durante un tiempo podrá reírse de los consejos de sus amigos y ridiculizarlos diciendo que son unos melindrosos pedantes. Durante años habrá que reconocerle asombrosos logros y mientras no haya apariencia visible de consecuencias dañinas, las reglas clásicas de la vida razonable parecerán contradecirse. Pero llegará el día, después de algunos síntomas previos de advertencia, en que sus reservas se agotarán y de repente habrá de pagar su factura por todos sus pecados del pasado. Su salud se resentirá en su punto más débil y, como normalmente este es su sistema circulatorio, sentirá las consecuencias concentradas de su vida pasada en una hipertensión patológica, con todos sus efectos adicionales. Una vez más, las leyes eternas de la vida triunfarán sobre la estupidez humana.

Las cosas no son muy distintas en el caso del organismo social de la sociedad, que no es menos intrincado que el cuerpo humano. Aquí también podemos pecar de modo despreocupado durante largo tiempo, a menudo un tiempo asombrosamente largo, contra las normas demostradas de la conducta económica razonable y reírnos de las advertencias, ya que los «reaccionarios» no aprecian que ahora vivimos en una era inspirada en la que todo es distinto de lo anterior. Pero si hay algo que podemos aprender del presente es lo alarmantemente efímeros que son esos triunfos sobre un sólido sentido común. Pensad en todas las promesas de los futuristas económicos nacionalsocialistas y el lamentable colapso que las siguió. Pensad en cómo estos y sus preocupantemente numerosos seguidores en otros países disfrutaron infantilmente poniendo de cabeza la economía y riéndose de los «liberalistas». Pero de nuevo se ha demostrado que el que ríe el último ríe mejor, siempre que le apetezca reír en tales circunstancias trágicas.

### **«Hipertonía» financiera**

Al principio, a los imprudentes futuristas parece irles bien también en la vida económica. Aunque los efectos benéficos prometidos de su «nueva política económica» no siempre se materializan, los efectos adversos esperados por el

juicioso tardan en llegar mucho más de lo esperado. Aquí también los efectos ocultos de la irracionalidad siguen acumulándose desde el principio, hasta que se agotan todas las reservas y de repente aparecen abiertamente. Lo que ocurre después es casi lo mismo que lo que le ocurre al cuerpo humano. Aquí, nuestras deudas se anotan normalmente en la cuenta del sistema circulatorio, hasta que el cuerpo acaba declarándose en quiebra; en la economía, las consecuencias de nuestros pecados constantes contra la razón económica normalmente se expresan en las finanzas públicas, cuando todas las demás resistencias se han desmoronado. Igual que un insidioso aumento en la presión sanguínea registra nuestro descuidado modo de vida, la constante acumulación de presión en las finanzas públicas hace lo mismo con respecto a nuestra conducta descuidada en economía. El resultado es una especie de hipertensión financiera que acaba en una inflación cada vez más evidente, posiblemente después de que un gobierno cada vez más totalitario haya tratado de reprimir la inflación con controles de precios, salarios, capital y cambio de moneda y así posponer la quiebra,<sup>1</sup> algo bastante similar al espesamiento patológico de las paredes de nuestras arterias en el caso de hipertensión en el cuerpo humano.

Me parece que ha llegado el momento en que debemos hacer balance de los pecados contra la razón económica y hacerlo sin piedad, según el dicho bíblico: «Por sus frutos los conoceréis». Tendría que mostrarse cómo estamos teniendo que pagar el precio de nuestro desapego a los principios probados, en hambre por un lado y en un auge alarmantemente sobrecalentado por el otro, en una creciente inseguridad y menguantes márgenes de beneficio y no menos en la carrera entre la creciente tiranía del estado y la acumulación de calamidades económicas y sociales. Tendría que ilustrarse con detalle adónde nos ha llevado destrozar una forma de orden económico, la economía de mercado, que se basa en la formación libre de precios y ha probado su validez, sin ser capaces de reemplazarla por otro orden económico, el de la compulsión colectivista. Tendría que estar demostrado con creces que el sensato mecanismo de precios y costes se ha alterado cada vez más y que estamos creando continuamente condiciones que paralizan los esfuerzos voluntarios de los hombres. En un país tras otro, tendría que probarse que la violación de la economía por un gobierno ambicioso lleva a nuevos absurdos y a nuevas violaciones de la economía, que un gobierno así luego tendrá el valor de culpar a la economía de mercado y tomarlo como

---

<sup>1</sup> Cf. mi artículo «Offene und zurückgestaute Inflation», en *Kyklos*, vol. I, nº 1 (1947), así como mi artículo posterior, en inglés, «Repressed Inflation», ibíd. vol. I, nº 3 (1947).

excusa para aún más violaciones. Y tendríamos que pintar la imagen de un mundo en el que salarios y gasto público parecen ser móviles solo al alza y el tipo de interés solo a la baja y tendríamos que señalar los inmensos peligros de una política así. Pero la advertencia se lanza en un mundo en el que una cantidad alarmantemente grande de gente parece haber olvidado que la economía no solo no necesita las órdenes y castigos de la burocracia, sino que se limita a verse obstaculizada y perturbada por esta y que la burocracia misma acaba convirtiéndose en la cadena con la que el leviatán del estado moderno ahierroja a la humanidad.

## **El interés como precio**

Este es el panorama general en el que debemos poner a prueba uno de los dogmas favoritos de los futuristas económicos modernos. Tengo en cuenta su opinión, que realmente se ha convertido en un artículo de fe, de que se debe hacer todo lo posible por mantener el tipo de interés tan bajo como sea posible para fijar permanentemente lo que se conoce como una política de dinero barato. Visto desde la perspectiva correcta, este dogma modernista es equivalente a la reclamación de que el interés deje de ser un instrumento importante de política monetaria, crediticia y contracíclica y por tanto del control del proceso económico. Más que cualquier otra cosa, fue la influencia de Lord Keynes la que ayudó a que esta visión revolucionaria de la naturaleza y función del interés alcanzara el triunfo y consiguiera una creciente aceptación como base de una política práctica. Fue él quien superó a los demás en su defensa, no realmente de desactivar completamente la palanca del interés, sino de bloquearla de tal modo que solo sirva para la expansión y no para la contención.

Por supuesto, esta es una de las cuestiones más difíciles y polémicas de toda la economía. Por tanto, tenemos que limitarnos a decir lo esencial en la forma más concisa posible. Empezamos con una afirmación elemental. El interés es el precio de cierto bien escaso, que es el capital. Como cualquier precio, si va a cumplir con su función de asegurar la asignación más racional de un bien escaso, debe reflejar apropiadamente el grado de escasez de capital en cada momento concreto. Si a un gobierno o un banco central, que hoy día vienen a ser manos o menos lo mismo, se les pide que sigan una política de dinero barato, esto realmente significa pedirles que hagan al bien afectado tan barato como sea posible. Pero esto supone que este precio concreto (el interés) está completamente a la discreción del gobierno. Lo extraña que sería esta suposición se ve en cuanto imaginamos el mismo clamor para que el gobierno adopte una «política de mantequilla barata». Es instructivo comparar los dos casos, porque

muestran claramente la calidad especial del capital y el interés. Dejando aparte el hecho de que los productores de mantequilla es probable que se defiendan con más vigor contra el abaratamiento de su producto que los productores políticamente impotentes de capital, es decir, los ahorradores, una política de «mantequilla barata» resulta ridícula por la sencilla razón de que supone una producción correspondientemente abundante de mantequilla por parte del gobierno. Por tanto, si el interés es el precio por el uso del capital y si el gobierno promete una política de dinero barato, esto supone que el gobierno puede producir capital. ¿Es esto verdad?

## **Factores reales y monetarios**

Sí. El gobierno o, en términos mejores y más generales, la autoridad que dirige el sistema crediticio en una economía moderna puede en realidad producir capital dentro de ciertos límites y con el precio de ciertas consecuencias y esa es la peculiaridad del capital y el interés que hay que entender. En términos teóricamente algo pretenciosos, esto puede expresarse diciendo que el capital no solo pueden producirlo los ahorradores, sino también el sistema crediticio, en otras palabras, no solo mediante individuos conteniendo su consumo actual y dejando así los medios de pago a disposición del mercado de capitales, sino también suministrando al mercado de capitales medios de pago adicionalmente creados (creación de crédito). La escasez de mantequilla depende de condiciones determinadas por la demanda y la oferta: es un fenómeno «real». La escasez de capital, registrada por el tipo de interés, no depende solo de las condiciones determinadas por la demanda de capital y el ahorro, es decir, por la voluntad de los individuos de renunciar temporalmente al consumo de bienes reales. La escasez de capital está al mismo tiempo influida por la oferta de dinero en buena medida arbitraria de la economía, que es la manifestación principal del capital. Capital e interés no son un fenómeno «real», como sostiene la teoría clásica, ni son un fenómeno «monetario», como sostiene la teoría modernista. Son simultáneamente un fenómeno real y monetario. El volumen del capital y el nivel del interés dependen tanto de los factores «reales» que son la preocupación de la teoría clásica desde Adam Smith hasta Böhm-Bawerk, como de los factores «monetarios» de la política crediticia y monetaria. El mérito de haber sido el primero en exponer con absoluta claridad esta difícil doble naturaleza del capital y el interés corresponde al economista sueco Knut Wicksell. Sobre sus hombros descansa todo el edificio de la posterior investigación, incluyendo a la escuela keynesiana, con sus exageraciones y confusiones.



Lo esencial para una correcta comprensión del problema y para una política crediticia sensata es entender ese doble aspecto del capital y el interés y evitar exageraciones en ambas direcciones. No debe olvidarse que el capital puede aumentarse mediante creación de crédito y en ciertas circunstancias debería aumentarse, ni, por el contrario, debe olvidarse que la creación de crédito tiene sus límites en los factores «reales» de la demanda de crédito y el volumen de ahorro. Qué circunstancia concreta merece más atención en cada momento, depende de si la economía se mueve más en dirección a la deflación o a la inflación. En el primer caso, la política monetaria y crediticia apropiada es una que no se sienta indebidamente limitada por los factores reales y en el segundo, por el contrario, una que acepte esas limitaciones. De esto se deduce una consecuencia importante. Aunque haríamos bien en dejar el mercado de la mantequilla a las fuerzas regulatorias de la formación libre de precios, el mercado de capitales es el único punto en nuestro sistema económico que requiere un control continuo regido por principios concretos. La razón es que el capital no es solo un fenómeno «real», sino también «monetario». Nadie lo supo mejor que los liberales ingleses que hace cien años crearon los fundamentos repetidamente puestos a prueba de todo nuestro pensamiento en cuestiones de dinero y crédito. La peculiaridad del dinero es la razón para la ausencia, en este caso, de las fuerzas regulatorias autónomas sobre las que en todas partes donde se ven afectados los bienes «reales» podemos en general confiar con mucha más seguridad que en la sabiduría de la burocracia.

Sin embargo, de acuerdo con la doble naturaleza del capital y el interés, esta necesidad de control continuo y deliberado actúa en ambos sentidos. Hay que evitar tanto muy poco control como mucho, la deflación como la inflación. La Gran Depresión de principios de la década de 1930 fue un momento inusual en el que, a la vista de la multitud de factores inutilizados de producción, estábamos justificados para casi olvidar por un tiempo que hay límites a la expansión del crédito. En ese momento tenía sentido agrandar el volumen del crédito por cualquier medio posible y, entre ellos, poner el máximo énfasis en una política de dinero barato. Era lo que requería la urgencia de la situación. Pero hoy no tiene sentido seguir preocupándose acerca de cómo salir de la Gran Depresión de 1931-33. Sin embargo, esto es precisamente lo que aquellos que pensaban y hablaban en los términos formulados en ese momento han estado haciendo hasta hace poco, hasta que ya no pueden rechazar admitir que la situación ha cambiado radicalmente. Hoy no solo no tiene sentido, sino que es directamente peligroso seguir esa política, porque, en la creencia de seguir teniendo que luchar contra el fantasma de la deflación, nos lleva directamente a la inflación. El peligro es

especialmente grande en aquellos países en el que gigantescos préstamos exteriores se combinan con una política generosa de salarios para impulsar al alza los precios y los costes en todo caso (Estados Unidos, Suecia y Suiza).

## **El tipo de interés como instrumento de control**

Desde hace tiempo era predecible que la situación después de la guerra sería exactamente la opuesta de esa catastrófica depresión que quince años antes dio origen al dogma de la política de dinero barato como práctica permanente presuntamente beneficiosa.<sup>2</sup> Los factores «reales» (demanda de capital por un lado y formación de ahorro por el otro) llevan mucho tiempo señalando inequívocamente a un periodo de considerable escasez de capital, cuando el tipo de interés tiene una tendencia natural a subir. Sin embargo, si se insiste en la política doctrinaria de dinero barato y se siguen manteniendo bajos los tipos de interés hasta niveles anormales, esto solo puede hacerse con la ayuda de una expansión del crédito que actualmente, al contrario de los tiempos de la Gran Depresión, no tiene un efecto compensatorio saludable, sino uno peligroso e inflacionista. Solo hay dos casos en los que estos efectos pueden evitarse, ya sea cuando la burocracia consigue recortar la demanda de capital con medidas deliberadas de política económica o cuando aumenta la formación de capital aumentando el ahorro. Hace quince años era correcto estimular el lado monetario del capital y permisible olvidar su lado real. Ahora la realidad es la contraria. Ahora debe señalarse que el aumento monetario del capital se ve capitidismuido por los factores reales. La cuestión ya no es si los gobiernos y bancos centrales deciden a su discreción un tipo superior o inferior de interés y si al hacerlo sopesa las ventajas de un tipo bajo para los deudores, especialmente para el estado como el mayor de todos ellos, frente a las desventajas para los acreedores. La cuestión hoy es si pueden continuar haciéndolo sin el tipo de interés como instrumento para controlar el proceso económico y conseguir lo mejor a partir de las peligrosas tendencias inflacionistas.

Si hay algo que aprender de la situación actual es que evitar usar el tipo de interés como instrumento lleva a la consecuencia de que fuerza a los gobiernos a emplear medios cada vez más extravagantes en su batalla contra las tendencias inflacionistas. Son medios que se van sumando unos a otros para limitar la poca

---

<sup>2</sup> Para que esto no parezca un *vaticinium post eventum*, remito al lector al inicio de mi libro *Internationale Ordnung*, que se publicó a principios de 1945 (Eugen Rentsch, Erlench-Zúrich).

libertad que le queda a la economía y que amenazan con hacerse cada vez más insensatos e indiscriminados sin conseguir así aumentar su eficacia. Una de las características de estos medios es que siguen colocando una nueva calamidad en el lugar de la anterior y luego toman la siguiente calamidad como excusa para otra forma extraña de intervención. A medida que uno va viendo esos vaivenes con todas sus fases abruptamente cambiantes, se viene a la mente la expresión «vodevil de política económica» y no parece ser una exageración.<sup>3</sup> Lo peor es que en el curso de todo ello el orden económico se desintegra y da paso a una anarquía creciente. Se intenta todo, salvo una cosa: pisar con fuerza el acelerador de los intereses, como, por cierto, se habría hecho anteriormente y como insistía Wicksell hace solo treinta años en un famoso artículo bajo el título «Up with Bank Rates».

El problema es que, a la vista de la enorme deuda pública y de la marea de títulos públicos en el sistema crediticio, se ha hecho muy difícil invertir el rumbo (una deuda pública, por cierto, que, como en el caso de Estados Unidos, es en buena parte el legado del tiempo en que se pensaba que el gasto en déficit podía alegremente durar para siempre). La primera condición para invertir el rumbo es entender que las fórmulas y los dogmas de la Gran Depresión (que Keynes parece haber tenido en mente cuando habla desdeñosamente de las «cosas modernistas» en su artículo póstumo)<sup>4</sup> ahora no son solo sencillamente inaplicables, sino peligrosos. En esta ocasión el lector tendrá que llegar a sus propias conclusiones con respecto a la política monetaria, crediticia, financiera y salarial.

La mayoría de las utopías y obras de ficción política que conocemos describen una economía estrictamente colectivista. Hoy, cuando mucho de esto se ha convertido en realidad, nos aburren y nos maravilla su ingenuidad. Pero ¿quién nos escribirá un nuevo «Mirando atrás desde 2000» en el que uno de nuestros tataranietos hable de un mundo maravilloso en el que todos los precios son libres y el gobierno solo regula la tasa de descuento siguiendo las reglas de Wicksell?

---

<sup>3</sup> El caso más claro es el de Suecia, donde la política de dinero barato fue en buena parte responsable de hundir una economía próspera y rica en capital en una serie de catástrofes y de resolver en un abrir y cerrar de ojos el difícil problema de cómo convertir una moneda «fuerte» en débil y cómo crear una crisis en la balanza de pagos.

<sup>4</sup> *Economic Journal*, Junio de 1946.



## IX. Austeridad

*Neue Zürcher Zeitung*, 21 de marzo de 1948.

### **La campaña internacional contra el lujo**

No hace mucho quise comprar una cartera nueva en una tienda en Copenhague, porque la mía estaba muy desgastada y creía que no era una mala idea comprar bienes de cuero de buena calidad en un país famoso por su ganado. El vendedor me dijo que lo sentía, pero no tenía lo que quería: todo lo que podía ofrecermelo era un sustitutivo bastante cuestionable, ya que los artículos hechos de genuino cuero de vaca no se vendían en Dinamarca. Cuando le pregunté con cierta sorpresa qué había pasado con el cuero danés, me dijo que indudablemente se usa para la fabricación de carteras, pero que ese era un lujo que Dinamarca no podía permitirse. Así que todo se exportaba y sin duda no tendría ningún problema para comprar las mejores carteras danesas en Ginebra.

Como economista, tendría que haberlo sabido desde el principio. Debería haber estado familiarizado profesionalmente con el extraño juego al que se está jugando actualmente en el comercio internacional, al que me había unido a mi manera muy modesta al tratar en vano de comprar una cartera en Dinamarca. No es un juego demasiado nuevo, ya que estuvo de moda hace siglos en la época del mercantilismo. Puede describirse en general como sigue. Todo país se enorgullece de fabricar productos de calidad de todo tipo, que no son absolutamente esenciales, pero que valoramos correctamente. A todos, ricos y pobres, les gustan estos llamados bienes de lujo y están dispuestos a trabajar para adquirirlos. Pero cada vez más gobiernos toman medidas para negárselos a sus propios súbditos (uso la palabra en sentido correcto), exportando los bienes de lujo del país producidos interiormente y no admitiendo ninguno extranjero. El resultado final de esta práctica internacional es que hoy quedan pocos países en los que se puedan comprar libremente o en cantidades razonables los «bienes de lujo» del mundo. No son necesariamente países ricos, como Estados Unidos o Suiza, sino que incluyen también a un país como Bélgica, que se vio empobrecido y devastado por la guerra, pero que, al contrario que otros países devastados por la guerra, siguió el camino del sentido común y del trabajo duro real.

Las razones normalmente expuestas para justificar esta campaña internacional contra el lujo parecen bastante razonables. Nuestro país, se dice, es

demasiado pobre como para permitirse cosas que no son absolutamente esenciales. Viviendas y trigo son más necesarios que relojes suizos: así funciona esta filosofía simple. La gente está todavía más dispuesta a aceptarla (aunque los demagogos invariablemente fallan en señalarlo), ya que las cosas buenas de este mundo son en todo caso tan raras que solo pueden disfrutarlas una minoría contra la que es siempre fácil movilizar la envidia, la sospecha y la virtud mojigata. Así que resulta muy fácil convencer a las naciones para no contradecir a sus gobiernos abiertamente cuando hacen todo lo posible para exportar todos los bienes de lujo de producción nacional y rechazar aquellos producidos en el extranjero.

## **Unos pocos conceptos erróneos**

Todo esto parece bastante razonable, como he dicho. Por tanto, indudablemente a mucha gente le sorprenderá que se le diga que esta filosofía de «austeridad» es completamente errónea. Se basa en argumentos lógicos muy inciertos y lleva a medidas que son dañinas y contradictorias. La campaña actual contra el «lujo» es una de las más vigorosas entre las fuerzas que privan a nuestra civilización de sus mejores frutos, quitan a la vida sus impulsos primarios y empujan a las naciones cada vez más al nivel del deprimente trabajo pesado y la «pobreza controlada». Pues esta filosofía antilujo y de gran hermano es por desgracia uno de los medios más eficaces por los que una burocracia suprime todo, como durante la decadencia de la antigüedad, y busca demostrar su indispensabilidad y extender su yugo. Aun así, es esta misma burocracia la que constituye el verdadero lujo que las naciones ya no pueden permitirse, pero hay pocos que tengan el valor de decirlo.

¿Dónde está la falsedad? La primera objeción que se viene a la cabeza es que es imposible definir objetivamente qué es un bien de lujo. Los relojes suizos son hoy unas de las víctimas principales de la campaña internacional contra el lujo. Pero ¿quién puede mantener que los relojes de primera calidad son un lujo en nuestra época, que debe tanto a la medición correcta del tiempo? Decisiones de este tipo están al borde de la arbitrariedad y, por supuesto, es de conocimiento común hasta qué grado la política gubernamental se basa hoy en la arbitrariedad.

Pero el error real es más profundo. Realmente no importa si el gobierno califica a algo como un lujo o no, mientras se nos deje a *nosotros*, como seres humanos adultos, decidir si podemos permitirnoslo o no. Pero es precisamente la presunción de la burocracia colectivista moderna la que nos priva de esta libertad de decisión cuando prohíbe o restringe la importación de ciertos

productos con la justificación de que «la nación» no puede permitirse esto o aquello. Toda la argumentación contraria a la importación de «bienes de lujo» presupone que la burocracia sabe mejor que los consumidores qué es bueno y útil para estos últimos y por tanto tiene que tomar medidas estrictas para asegurarse de que se importa una cantidad concreta de trigo en lugar de otra cantidad de naranjas o una cantidad concreta de papel (en buena parte usado por la propia burocracia) en lugar de un cierto número de zapatos o relojes de buena calidad. En otras palabras, el gobierno tiene la asombrosa audacia de obligarnos a preferir su lista arbitraria de prioridades a la nuestra. Espera que la gente no piense en ello, olvidando sencillamente que ningún hombre o mujer hambriento preferiría el café a la avena o que los consumidores que quieren casas nuevas por encima de cualquier cosa es probable que pongan su dinero en viviendas y no en automóviles. Cuando preguntamos si un país puede «permitirse» relojes suizos, telas finas, neveras o buenos zapatos, en realidad estamos preguntando algo bastante distinto. Lo que estamos preguntando realmente es si la demanda de estos productos por parte de los consumidores del país en su conjunto es una expresión de su preferencia por estos productos en lugar de otros de los cuales los consumidores ya tienen bastantes o que consideran menos esenciales. Dicho de otra manera: el hecho de que, en respuesta a las órdenes de los consumidores, el comercio privado importe naranjas indica que un grupo amplio de la población, que realmente tendría que saber si quieren naranjas, ha llegado a la conclusión de que puede «permitirse» naranjas. A esta gente peculiar la llamamos los consumidores y es para ellos para quienes la providencia ha hecho que maduren estas deliciosas frutas.

Todo esto, me temo, puede sonar casi inapropiado para personas especializadas en lo que podría llamarse mojigatería social. Se mostrarán indignados y preguntarán cómo podemos osar igualar los intereses de los ricos con los del país en su conjunto, que indudablemente es pobre.

Me duele mucho este reproche y me apresuro a rechazarlo por injusto. Para empezar, hay que decir que si los «bienes de lujo» que estamos discutiendo pueden suponer alguna diferencia en absoluto en las cuentas nacionales, no es posible que sean bienes que solo interesen a los «ricos». Pero no basta con esta corrección. Por supuesto, hay que reconocer que, en el caso de una distribución *muy* desigual de las rentas, es perfectamente posible que algunas personas pasen hambre en un país mientras otras compran naranjas importadas. Pero es una falsedad común creer que prohibiendo la importación de naranjas o neveras podemos alimentar a los hambrientos, vestir a los desnudos o dar vivienda a los indigentes. Mientras el gobierno no aplique medidas sociales *internas* que tengan

el efecto de corregir la distribución desigual de rentas y se limite a rebajar el poder adquisitivo dispuesto a comprar bienes de lujo, la prohibición de importaciones de lujo es un intento inútil de curar una enfermedad tratando sus síntomas. En lugar de comprar bienes extranjeros de lujo, la gente gastará su dinero en los producidos nacionalmente. Si un consumidor británico no puede comprar un buen reloj suizo que le dure toda la vida, gastará el dinero, por ejemplo, en whisky, cigarrillos, carreras de galgos o cine. Probablemente sea de conocimiento común que esto es lo que está pasando realmente. Es un hecho de que, bajo el sistema de reglamentación socialista del consumidor, en años recientes se ha gastado más dinero que nunca en Gran Bretaña en bebida, tabaco y entretenimiento.

Si las restricciones a la importación de bienes de lujo se supone que obligan a la nación a un mayor ahorro, esa política está condenada a fracasar, porque no elimina el poder adquisitivo disponible para la compra de cosas no esenciales, sino que se limita a desviarla a otros canales, a menudo menos deseables. Por dar un ejemplo bastante ilustrativo: si un hombre quiere regalar a su esposa un reloj por Navidad, pero se lo impiden las restricciones de importación, es muy poco probable que le ofrezca a cambio una libreta de ahorro. Tratará de hacerse con algún otro artículo de lujo, con el que ambos serán menos felices. En lo que se refiere a la nación, el resultado final será un gasto en lujo de al menos la misma cantidad, pero con menos satisfacción y menos uso económico de los recursos nacionales.

## **La «crisis de la balanza de pagos»**

Hasta aquí el lector sin duda nos habrá seguido bastante bien, pero tal vez piense que el problema real todavía no se ha tratado. Aunque las restricciones a la importación sobre bienes de lujo difícilmente pueden ayudar a una nación a un uso más económico de sus recursos, ¿no es lo más valioso de estas restricciones hacer que las escaseces de reservas de moneda extranjera del país se usen tan sensata y económicamente como sea posible? Me temo que este argumento parece hoy evidente e irrefutable a la mayoría de la gente y aun así se basa en conclusiones incompletas y excesivamente simplificadas. Un niño podría entender que si se restringen las importaciones de café habrá más moneda extranjera disponible para importar trigo o se necesitarán menos exportaciones para «cuadrar» la balanza de pagos. Si la economía fuera así de sencilla, podrían reducirse a pasta de papel todos los libros inteligentes que se han escrito durante los últimos doscientos años acerca de este problema de la «crisis de la balanza de pagos». El único problema es que hemos olvidado lo que está escrito en esos



libros y lo que la experiencia práctica en estos doscientos años debería habernos enseñado. Se necesita un poco más de conocimiento de estas relaciones para entender que con solo las restricciones a las importaciones se puede hacer tan poco por curar una «crisis de la balanza de pagos» como las sangrías por una enfermedad interna grave. Para explicarlo, nos limitaremos a los siguientes tres puntos.

1. En los tiempos de la gran inflación alemana, los economistas en Alemania hablaban con justificado desdén del «déficit de la balanza de pagos de origen divino». Lo que llamamos una crisis de la balanza de pagos no es, de hecho, un accidente aislado que recae de repente sobre las relaciones económicas internacionales de un país, sino, como por fin se está redescubriendo ahora, el resultado de un desequilibrio en la economía en su conjunto. Es la expresión externa del exceso de tensión económica que sufre el país, porque las reclamaciones simultáneas de consumo e inversión en capacidad productiva son demasiado elevadas. Este exceso de reclamaciones es idéntico con respecto a la presión inflacionista, que tiende a elevar todos los precios y, por tanto, también el precio de la moneda extranjera (los tipos de cambio). Si el gobierno ni impide este exceso inflacionista de reclamaciones, ni permite que suban los precios para restablecer el equilibrio a un nivel superior, es decir, si la política del gobierno es una de «inflación reprimida», como la llamamos, la balanza de pagos, a su vez, estará sometida a fuertes tensiones y, *en estas circunstancias* (exceso de inflación de poder adquisitivo sin un nuevo equilibrio de precios a un nivel superior), mostrará el conocido síntoma de una escasez, especialmente de aquellas divisas que todavía no estén sometidas a la misma manipulación (monedas «fuertes»). Por tanto, la causa de la «crisis de la balanza de pagos» es un exceso de reclamaciones sobre la producción nacional, un exceso inflacionista del cual es responsable el gobierno, y solo él. El tratamiento adecuado de la «crisis» no es restringir importaciones, sino recortar el programa del gobierno que es responsable de los excesos o, si no, dejar que los tipos de cambio de moneda suban hasta que cumplan la función propia de todos los precios, que es equilibrar oferta y demanda. Este es el único método eficaz, pero es el que menos gusta a los gobiernos burocráticos, porque disminuye el tamaño y el poder de su establishment burocrático.

2. Las restricciones a la importación tienen repercusiones que el más ingenioso de sus defensores es propenso a olvidar. Las repercusiones más inmediatas e importantes las sienten las exportaciones. La reciprocidad es la esencia del comercio y cualquier restricción de las importaciones debe llevar antes o después a una caída en las exportaciones. Esto es aplicable a todo tipo de bienes,

esenciales e inesenciales por igual. Cuando el gobierno británico prohíbe a los ingleses comprar un reloj suizo o irse de vacaciones a los Alpes, esta medida tenderá a impedir que algunos suizos encarguen un traje de tela inglesa. Esta repercusión sobre las exportaciones es actualmente instantánea en el caso de relaciones económicas entre países con moneda débil con acuerdos económicos bilaterales. En el caso de un país con moneda fuerte, como Suiza, la repercusión resulta ser más indirecta. Pero es casi seguro que acabará produciéndose. Muchos gobiernos parecen pensar que pueden continuar adquiriendo eternamente francos suizos u oro con libre importación a Suiza, mientras al mismo tiempo contienen una buena parte de las exportaciones suizas bajo el pretexto de que son «artículos de lujo». Pero evidentemente un país de moneda fuerte como ese debe acabar en una situación en la que se vea obligado en defensa propia a recortar a su vez las importaciones, mientras los demás países sigan con esa práctica. Esto significaría muchos problemas para el sector de la exportación de ese país, que depende en tan gran medida de la exportación de bienes de alta calidad y merece la pena recordar en ese momento que el país debe sus penurias al cariño ideológico de los corazones de los colectivistas y a las prácticas importadoras de gobiernos que rechazan los «bienes de lujo» por principio, como ingrediente esencial de su programa socialista. La culminación de la fatuidad es hablar del «caos de la crisis capitalista» en relación con posibles dificultades para el sector relojero suizo, como hizo recientemente una publicación socialdemócrata con una alegría apenas velada.

3. Hay además otras repercusiones muy importantes que dejan poca base para esperar que las restricciones obligatorias de las importaciones puedan hacer superar una «crisis de la balanza de pagos». La mayoría de los países europeos devastados por la guerra están basando su reconstrucción sobre la idea simple de que, con la ayuda de un aparato de control gigantesco y omnipresente se puede comprimir las importaciones al mínimo, al tiempo que, en opinión del gobierno, debería exportarse todo aquello de lo que la nación pueda prescindir. La idea es que esta es la forma de reconstruir el capital real del país lo más rápido posible. Esta es la filosofía de la «austeridad» que nos preocupa aquí y de la que ya hemos mencionado dos razones para su posible fracaso. Las restricciones a la importación y la promoción de las exportaciones no implican necesariamente un correspondiente ahorro neto por parte de la economía en su conjunto. Salvo que los controles se conviertan en una tiranía totalitaria y verdaderamente colectivista, lo que, entre otras cosas, derogarí completamente la libertad de consumo y trabajo, no lograrán su propósito. Además, hay que recordar que la reconstitución del capital real de una nación no depende solo de qué parte de un

producto total concreto es absorbida por el consumo inmediato y qué parte se asigna a inversión, sino que también depende igualmente del tamaño del producto total. Nada puede tener menos sentido que una política que impide que la gente compre lo que quiere y al mismo tiempo paraliza su voluntad de trabajar, su iniciativa y su inclinación al ahorro, que no pueden prosperar excepto en un entorno de libertad, confianza y optimismo. Este es precisamente el efecto de todos estos sistemas europeos de «austeridad» artificialmente ordenada.

Hoy parece haber una creciente concienciación acerca de que los países que ponen su confianza en esta idea demasiado simplista de rigurosas restricciones a la importación y expansión artificial de la exportación no lo han pensado bien. ¿Por qué debería nadie trabajar duro cuando sus ganancias no pueden comprar más que las necesidades básicas y cuando, por tanto, no podemos ver en qué le beneficiaría ahorrar? Este es el tipo de razonamiento que la gente está condenada a realizar y es bastante comprensible que sea así. El resultado es que el país pierde continuamente en su cuenta de producción lo que pueda ganar temporalmente en la cuenta de comercio exterior. Es cierto que hay buenas razones para suponer que a largo plazo las pérdidas en una cuenta superarán las ganancias en la otra. Salvo en tiempo de guerra, cuando también la gente está en estado de emergencia, todos los esfuerzos por aumentar la producción mediante apelaciones morales, carteles, decoraciones u obras de propaganda producen resultados desalentadores. El espectáculo de un gobierno dirigiendo una campaña inútil de publicidad para que se trabaje o ahorre más basta para caracterizar al país correspondiente como uno en que su política económica colectivista pone de cabeza la naturaleza de las cosas. Carteles como «Trabajo o carestía» o «Ahorra más: Compra menos» son señales de advertencia que indican que el gobierno económico del país está esencialmente equivocado. El incentivo más sano y eficiente para trabajar lo más posible es dar a la gente la posibilidad de comprar cosas buenas o de irse al extranjero de vacaciones cuando trabaja duro. Y la gente solo ahorrará cuando sepa que su dinero comprará algo bueno, no solo hoy, sino también mañana.

## **Los límites de la formación forzada de capital**

Entre los países europeos devastados por la guerra, Bélgica destaca como un país que ha seguido la vía del sentido común y, en lugar de promover la «austeridad» de moda y buscar la quimera de la formación forzada de capital a escala gigantesca, abrió sus fronteras a los bienes de consumo y así dio a la gente el incentivo necesario para trabajar. Parece que el país no ha tenido ninguna razón para lamentar su decisión. Está claro que los belgas se dieron cuenta del

gran peligro de crear inversiones forzadas, que crearían una presión inflacionista en un momento en que los almacenes estaban vacíos de bienes de consumo. Por cierto, esto es lo más meritoriamente destacado del llamado Informe Harriman del 8 de noviembre de 1947, en el que distinguidos economistas de EEUU informaban al presidente Truman sobre los problemas económicos del Plan Marshall. Se dice en ese informe que muchos países europeos se han excedido en sus programas colectivistas de inversión y, a pesar de su carencia de bienes de consumo, buscan una tasa de acumulación mucho mayor incluso que la de Estados Unidos. El consejo absolutamente justificado a estos países era recortar drásticamente sus programas de construcción y modernización hasta que la recuperación económica europea hubiera progresado más.

Pero siguen prevaleciendo otras opiniones: un ejemplo de ello es el ministro de un país de Europa Occidental que, el pasado otoño, quiso convencer a otra comisión estadounidense de visita en su país acerca de la solidez de su economía y como evidencia más concluyente llevó a los visitantes de un solar en construcción a otro. Más aún, su táctica tuvo éxito. Todos nos inclinamos a pensar que cuando se está construyendo algo, se está haciendo algo útil. Pero no hay ningún valor especial en construir de por sí: todo depende de si se ajusta armoniosamente a la economía en su conjunto. Y, en este sentido, los factores determinantes son, primero, si el volumen total de construcción en un momento concreto es correcto y, segundo, si dentro de esta disposición se están construyendo las cosas correctas. El hecho de que un país esté ocupado construyendo no demuestra ni lo uno ni lo otro, si ese país es colectivista, donde las decisiones con respecto tanto al volumen de inversión como a su naturaleza se toman sin tener en cuenta a los consumidores. Por supuesto, los consumidores son precisamente las personas a las que no se pregunta qué quieren, por eso sin duda algunos colectivistas, que han perdido parte de su atractivo, con un humor involuntario siguen llamando a ese sistema económico una economía de «satisfacción de carestías». La característica distintiva de una economía como esa es que el consumo puede comprimirse mucho mediante controles al beneficio de la inversión y una característica aún más distintiva de los sistemas colectivistas a lo largo de la historia es que siempre han aprovechado esta posibilidad y siempre han tendido a una combinación de máxima inversión con mínimo consumo. Su justificación es la «austeridad», pero igual que en el pasado el *bon plaisir du prince* acababa encerrado por sus limitaciones, resulta hoy evidente que la formación colectivista forzada del capital no está siendo un camino de rosas. Sus limitaciones son ahora claramente visibles y significan que los programas

gubernamentales ambiciosos, redactados sin considerar las reacciones humanas naturales, deben derogarse.

La «austeridad» es una mala economía y un cálculo falso, porque funciona en contra de la voluntad de la gente de trabajar y ahorrar, ambas cosas hoy muy necesarias. Así que esta filosofía tan triste es la apropiada para todos los planificadores, colectivista y «comisarios». Les da una ocupación, poder e importancia. Da a sus discursos los acentos dignificados de un ascetismo ingenuo y una preocupación patriótica y les da la posibilidad de hacer del consumidor la cabeza de turco para sus erróneas políticas económicas. Podemos decir con toda seriedad que parecen haber adoptado la costumbre de considerar al consumidor como alguien que se interpone en el camino y causa problemas, pero que, por desgracia, nadie ha conseguido hasta hoy abolir. A sus ojos, es una completa imprudencia que el consumidor quiera gastar el dinero que se ha ganado en comprar algo que quiere y es impropio que reclame «bienes de lujo». Se le pone bruscamente en su sitio y se intenta intimidarle con sofismas económicos. Sin duda no es exagerado decir que la mentalidad que hoy prevalece en todo el mundo está bien descrita en estos términos, con el sarcasmo que merece.

Cuando la gente ya no puede comprar los «bienes de lujo» que le gustaría tener, prefiere comprar el bien de lujo llamado ocio y trabajar menos. Pero este, por supuesto, es el bien de lujo que realmente hace hoy el daño más grave a los países de Europa.



## X. La formación y uso del capital

*Neue Zürcher Zeitung*, 17 y 18 de octubre de 1952.

### **La transformación en el sistema económico**

Mirando atrás al desarrollo de la economía del mundo occidental desde la guerra, encontramos cada vez más pruebas de un cambio de extraordinaria importancia. Casi en todas partes, no excluyendo del todo ni siquiera a Suiza o a Estados Unidos, han tenido lugar profundas transformaciones en las vías de formación de capital y en la manera de usarlo y esto ha llevado uno de los trastornos más graves en el sistema económico. Difícilmente podemos rechazar admitir, en esta etapa, que lo que ha llegado a pasar en el ámbito de la formación de capital y la inversión es una de las principales causas de las graves perturbaciones económicas actuales. Bajo estas circunstancias, parece oportuno tratar de explicar lo esencial de estos procesos y sus consecuencias.

Lo crucial es que en casi todas las economías el capital ha pasado cada vez más a formarse y usarse por métodos muy distintos de aquellos que hasta hace diez años se consideraban normales para una economía esencialmente libre. Estos nuevos métodos han dotado de un aspecto cada vez más colectivista a esta parte del proceso económico, a la que llamaremos el sector del capital. Dicho de forma concisa: En todas partes, una proporción cada vez menor de fondos invertibles y, en ciertos países importantes, solo una pequeña fracción de ellos, se han generado de la fuente tradicional del ahorro voluntario sobre las rentas actuales y la decisión con respecto al volumen total y la dirección de la inversión en buena parte se ha convertido en un asunto de planificación pública. La formación y uso del capital se han ido así alejando cada vez más del contexto sistemático de la economía de mercado, incluso donde se ha permitido a esta última sobrevivir o, como en Alemania, se ha reestablecido por medio de una reforma radical. Las consecuencias son plenamente visibles hoy en el sector del capital desajustado con la economía y el orden económico en su conjunto, hasta un grado que, en algunos países, ha llevado a las más graves perturbaciones. Analizándolo con detalle, la mala gestión del sector del capital se verá resultar el problema más grave para la evolución económica de posguerra. El problema que plantea para la política económica en todos los países debe contarse entre los más importantes y difíciles de todos. Su solución no se puede retrasar mucho si los gobiernos son

sinceros acerca de restablecer un orden económico eficiente y detener la crisis actual, cuyas máximas expresiones son la inflación permanente y los déficits de las balanzas de pagos, en lugar de ir saliendo del paso con la ayuda de un recurso tras otro. Estas pueden parecer afirmaciones muy atrevidas e incomprensibles a primera vista, así que tienen que justificarse y explicarse.

Al hablar de mala gestión del sector del capital como una señal de la economía de posguerra en muchos países, tengo en cuenta dos cosas: un exceso de inversión en el presupuesto nacional y una elección económica defectuosa de proyectos individuales de inversión. La habitual es que ambos tipos de mala gestión tiendan a coincidir, ya que el exceso de inversión presupone la misma disposición económica colectivista e inflacionista, es decir, la misma perturbación de las fuerzas libres de la economía de mercado, que es igualmente responsable de la distribución defectuosa del volumen excesivo de capital.

Pero la afirmación de que el exceso de inversión es una forma de mala dirección de la cuenta de capital de una nación puede necesitar alguna explicación adicional. No todos pueden entender a primera vista cómo puede ser demasiado cualquier cosa hecha a este respecto, después de la terrible destrucción de la última guerra. ¿Qué pasa con el orgulloso e impresionante testimonio de la reconstrucción de la posguerra y las cifras de estadísticas de inversión? ¿No es un logro al que es difícil ponerle peros? Son preguntas bastante naturales. Está claro que debemos establecer exactamente qué hay que entender como un «exceso» de inversión. Tal vez la forma más clara de exponerlo sea diciendo que toda inversión es realmente un logro que merece una alabanza incondicional si, aparte de la ayuda de Marshall, se ha financiado con ahorro real.

Sobre este supuesto, hay dos razones por las que esa inversión estaría libre de sospecha como fuente importante de perturbaciones. Primero, se habría compensado con una reducción correspondiente del consumo y, segundo, esta reducción compensadora del consumo habría sido voluntaria y, por tanto, no estaría asociada con ninguna compulsión que perturbe el proceso económico. La primera circunstancia habría asegurado que la inversión, compensada por una reducción correspondiente del consumo, no habría aumentado la tensión de la economía y por tanto llevado a las conocidas consecuencias de la presión inflacionista y las dificultades en la balanza de pagos. Y la segunda ventaja de este tipo de cobertura del gasto en inversión habría sido que una reducción voluntaria del consumo, en oposición a la impuesta por el gobierno, habría encontrado su lugar en el sistema de las fuerzas regulatorias y funcionales de la economía de



mercado, en lugar de llevar a la hoy también conocida carga fiscal del ahorro público obligatorio, con todas sus implicaciones.

No necesito que me digan que este es un supuesto completamente irreal. Por supuesto, no había ni la más remota posibilidad, ni siquiera en las mejores condiciones posibles, de cubrir la extraordinaria cantidad de inversión de posguerra en Europa con ahorro real. Estoy dispuesto incluso a reconocer algo más. Hay buenos argumentos para apoyar la opinión de que parte de esta inversión era tan urgente que, dada la insuficiencia tanto de la formación de capital real de las naciones como de ayuda estadounidense que la cubriera, probablemente era inevitable que se volviera a métodos que eximieran a la inversión del requisito usual de un ahorro real, a pesar de los peligros que esto implicaba. Sea como sea, el problema aquí es que esa excepción no puede concederse impunemente, que tiene graves consecuencias que no hay que ignorar, que estas consecuencias pueden describirse como «exceso» de inversión y que son tales que, sea lo que sea lo que pueda haberlas recomendado en el pasado, deberían abandonarse ahora mismo. Es el momento de recordar el límite impuesto sobre la inversión en nuestro continente en nuestro estado actual en la medida de nuestro ahorro real, salvo en el grado que pueda considerarse la ayuda de capital extranjero. Mi propuesta es fijar una advertencia en este límite que se ha transgredido tan alegremente y con tan poca consideración por los peligros que implica hacerlo.

Una vez aclarado el propósito, procedamos. En muchos países europeos la inversión de posguerra, por muy urgente y deseable que pueda haber sido, puede describirse como «excesiva» en la medida en que se hizo posible por métodos de formación de capital que transgredían los límites del ahorro real y, por tanto, equivalían a una violación de la economía, a una tensión fuerte y a una perturbación de su sistema de fuerzas regulatorias y funcionales. Las estadísticas de importantes países europeos, de hecho, muestran que, sin considerar la ayuda estadounidense de capital, la porción del ahorro individual en la cobertura de inversión ha encogido hasta proporciones muy modestas en comparación con la que solía ser y, de hecho, se ha convertido en casi insignificante. Las tres fuentes principales actuales de formación de capital son la creación de crédito, el ahorro fiscal forzoso y la autofinanciación con beneficios corporativos. Habría más que decir actualmente acerca de la revolución que ha significado esto para la formación de capital hoy en día. Dejando aparte por el momento la cuestión de la autofinanciación y sus problemas especiales y concentrándonos en el extraordinario papel desempeñado por la creación de crédito y los impuestos como medios para la creación forzada de capital, tendría que quedar claro ahora

qué significan como métodos para estimular la inversión y por qué el volumen de inversión resultante de ellos ha de considerarse como peligrosamente «excesivo».

En la medida en que la inversión se ha financiado por creación de crédito, este es un proceso idéntico a las ya conocidos políticas expansionistas de «dinero barato» y «pleno empleo», que ahora están generando una crítica cada vez más fuerte y unánime. Todavía fatalmente obsesionados con las ideas de la Gran Depresión que sobreviven porfiadamente, muchos de los países occidentales han tratado sus problemas actuales como creían que había que hacerlo, como si estuvieran en aquel tiempo, mediante una interrupción deflacionista en el flujo circular y han pensado que dejando mucha de la función de la inversión financiera a la liquidez adicional inyectada en el sistema bancario por el banco central, se limitaban a cerrar el hueco en el flujo circular y así podrían buscar el pleno empleo sin miedo a la inflación. Tampoco esto es todo. Siguiendo el surco dogmático de ideas engendradas por la Gran Depresión y, en el mejor de los casos, apropiadas para esta, la inversión a gran escala sin ahorro previo, es decir, sin una correspondiente reducción del consumo, no solo se consideraba un riesgo que merecía la pena correr o, en realidad, se requería para conseguir el equilibrio económico, sino que, más allá de eso, el gobierno asumía para sí incluso aumentar el consumo masivo en un grado considerable por medio de una política social y salarial apropiada.

Y así la política de sobreinversión se ha convertido en una de las principales causas del proceso apropiadamente descrito como «presión inflacionista permanente», cuyas consecuencias no tienen que explicarse de nuevo ahora. La razón por la que el volumen de inversión originado por la expansión del crédito tenga que ser calificado como excesivo es que la suma resultante de inversión y consumo excede la capacidad de producción de la economía a los precios actuales y por tanto encuentra su expresión, internamente, en el aumento inflacionista de los precios y, externamente, en un déficit de la balanza de pagos. Lo que significa este exceso es que el dinero se gasta dos veces y que el país gasta en consumo masivo y en inversión más de lo que cubren los bienes. Tiene que aprenderse de nuevo la cruda verdad: un país no solo puede vivir por encima de sus medios, sino también construir por encima de sus medios, electrificar ferrocarriles, renovar maquinaria y modernizar fábricas por encima de sus medios. En más que unos pocos países europeos fue posible después de la guerra apuntar a una central eléctrica recién construida, un nuevo modelo de estación de ferrocarril o a los nuevos patrones de cableado de una línea ferroviaria a punto de electrificarse y

decir: Aquí está vuestro déficit en la balanza de pagos y vuestra escasez de dólares.

## **La socialización de la formación de capital**

Hoy debe haber pocas personas a quienes siga siendo necesario explicar que la política de presión inflacionista permanente es peligrosa y que, en virtud de los esfuerzos simultáneos por aumentar el consumo de las masas, se ha convertido en un grave error. Es esta presión inflacionista la principal fuente de todas las perturbaciones económicas de la posguerra a escala nacional e internacional. Aunque pueda suponerse que esto está por fin entendido y admitido de forma generalizada, este conocimiento, por desgracia, llega tan tarde que se ha hecho muy difícil de invertir, como se puede apreciar en la desesperantemente lenta recuperación de Gran Bretaña.

El otro de los dos métodos de expansión artificial de la inversión, la formación forzosa de capital mediante impuestos, parece resultar bastante mejor a este respecto. Al rebajar el poder adquisitivo mediante impuestos y usarlos para inversiones, el gobierno logra una reducción simultánea del consumo. Este método de formación de capital, que en 1951 solo contribuyó en poco menos de la mitad del total en Gran Bretaña, pero ahora es muy importante, tiene por tanto el mérito de evitar la presión inflacionista con todas sus consecuencias.

Pero el gobierno no resulta absuelto por eso del reproche de abuso y tensión sobre la economía. Por el contrario, puede argumentarse que el crecimiento inmoderado de la parte de formación de capital e inversión que se basa en la compulsión fiscal es una de las causas principales de una transformación revolucionaria no menos peligrosa ni de menos alcance que la debida a la presión inflacionista permanente y, por razones que no necesitan mayor explicación en este contexto, está conectada muy de cerca con ella. La transformación que tengo en mente es que en todas partes la proporción de renta nacional reclamada y administrada por el estado directa o indirectamente (a través de sus servicios sociales) incluso después de la guerra ha permanecido a un nivel que, bastante lejos de sus efectos sociales revolucionarios, es a largo plazo incompatible con el sistema de fuerzas regulatorias y funcionales que es la condición de la economía y la sociedad libres de los países occidentales. El socialismo fiscal, como podría llamarse a esta erosión de la economía mercado a través del presupuesto, y la presión inflacionista justificada por el «pleno empleo» (máxima inversión y máximo consumo de masas simultáneos) son las dos evoluciones contemporáneas que comparten el efecto común de socavar nuestro sistema

económico y social de una manera tan fatal como insidiosa. Pero también se puede apreciar que comparten una causa común, que es un exceso de inversión disociada de la base sólida de una formación normal de capital.

Solo hay una conclusión apropiada a la que llegar a partir de todas estas consideraciones. La verdadera fuente de problemas es la desproporción entre los volúmenes de inversión y ahorro en la economía. Pero, por desgracia, un ahorro deficiente es a su vez, y no en menor medida, la misma consecuencia de todo este sistema de formación forzosa de capital basada en la devaluación de la moneda, los impuestos excesivamente gravosos, la destrucción de la riqueza, la obstaculización y menoscabo de los incentivos para producir y ahorrar, el recorte de los retornos de capital y una política general que socava la confianza a largo plazo. Repito que nos estamos moviendo en círculos: el intento de hacer buena la escasez de ahorro real mediante la creación de crédito inflacionista no solo genera consecuencias económicas tan graves que esta política tiene que abandonarse, sino que al mismo tiempo es una de las causas principales de la insuficiencia del ahorro. ¿Todavía alguien necesita que se le diga que este círculo vicioso tiene que acabar rompiéndose?

Todo esto equivale a que por fin hemos llegado a entender lo peligrosas que son las vías tomadas para la formación de capital y lo amenazadoras que son para los fundamentos de nuestra economía y sociedad. El ahorro real en todas sus formas, y no menos en la de la inversión en acciones que se dificulta tanto en la mayoría de los países, debe recuperar su posición prevalente, de la cual, al entender erróneamente su función, hemos permitido miopeamente que se desplace durante los últimos veinte años. Esto solo puede hacerse mediante una reforma radical del sistema en su conjunto, con todos los que hoy son aspectos típicamente colectivistas e inflacionistas y su excesivo énfasis en los métodos fiscales. Después de la prisa por la socialización en la formación de capital, ha llegado el momento de reconocer que tiene consecuencias que ninguna persona razonable pasaría por alto y que son tales como para hacer imperativo retransformar la socialización en individualización, reinsertando así este importante proceso en el sistema general de un orden económico eficiente. Nadie que tenga siquiera la más mínima comprensión necesitará más que una pista de lo que está en juego, que, de hecho, es más que el orden económico como tal: son todos los fundamentos de una sociedad libre.

A la vista de esto, la tarea se aprecia tan crucial que debe considerarse como prioritaria para toda nuestra política económica y social. Estamos ante una gran encrucijada, en la que tienen que tomarse decisiones de implicaciones casi

incalculables. Es aquí donde debemos exponer nuestra postura si queremos conseguir contener la siniestra y aplastante marcha de una sociedad proletarizada de masas, con su mecanizado y obligatorio sistema de bienestar social y su objetivo en último término inevitable de un estado totalitario mastodóntico. Esto requiere, sobre todo, que el centro de gravedad en la responsabilidad de las vidas de la gente se mude del estado a aquellos a los que les pertenece según todos los patrones del sentido común y la experiencia histórica: a las personas rodeadas por sus familias, a las organizaciones libres, a las amplias masas del propio pueblo.

Por mucha importancia que pueda haber ganado la formación corporativa de capital, conocida como autofinanciación, no es un sustitutivo satisfactorio para la escasez de formación personal de capital a partir de las rentas. Si se me permite un horrible neologismo, yo diría que la visión general y a largo plazo de la «corporatización» de la formación de capital en sus dimensiones actuales es solo ligeramente mejor y menos peligrosa que su socialización. Es verdad que fue irremplazable como ayuda para una rápida reconstrucción de posguerra en muchos países, pero aquí de nuevo hay que darse cuenta de que fue solo un recurso, por lo que consideraciones de diverso tipo, que no pueden explicarse más aquí, nos obligan a considerar un cambio duradero de la formación personal de capital a la corporativa como un proceso degenerativo que difícilmente puede tomarse muy en serio.

Para volver a nuestro tema original, la mala gestión del sector del capital, recordemos que toma dos formas. Tras explicar el exceso de inversión en el sentido relativo definido, quedan por añadir unos pocos comentarios sobre la segunda forma de mala gestión: la elección económicamente defectuosa de proyectos de inversión. Además de permitir que aparezca una desproporción después de la guerra entre el volumen total de inversión y el presupuesto nacional, Europa cometió un segundo pecado: tras violar la economía como hemos descrito antes y tener así oportunidades adicionales de inversión junto a las abiertas por la ayuda de Marshall, muchos países usaron estas oportunidades de una forma que no puede describirse más que como económicamente errónea. Estas economías sufrieron un exceso de tensión, pero, al ser dirigidas así hacia propósitos erróneos, este esfuerzo excesivo no llevó ni al saneamiento esperado de la economía ni a su progreso equilibrado, sino que dejó tras él tensiones y distorsiones de todo tipo.

Hubo dos problemas relacionados con la restauración del orden en la economía, que fueron el reajuste adecuado tanto del volumen de inversión como

su uso en casos individuales. Ninguno de ambos se ha resuelto satisfactoriamente. Hoy en día no debería haber ningún desacuerdo en la opinión de que la responsabilidad en ambos casos está en haber tratado de resolver el problema del ajuste económico mediante métodos que, siendo al tiempo colectivistas e inflacionistas, invalidan el mecanismo de dirección de la propia economía. No es difícil demostrar que en todos los casos de patentes malas inversiones la interferencia mediante planificación económica y una distorsión inflacionista de relaciones de valor ha impedido que este mecanismo de dirección funcione adecuadamente.

Toda persona bien informada conoce los casos concretos a los que es esto aplicable. Hablando estrictamente, hay dos cosas distintas implicadas: mala asignación con respecto a las partes de las ramas de la industria y mala asignación con respecto al periodo de amortización de la inversión de capital o, por decirlo así, errores «en anchura» y «en profundidad». Un ejemplo bien conocido del primer tipo de mala asignación es la deficiencia de inversión en la industria pesada alemana como resultado de no haberse incluido hasta recientemente en las reformas que reestablecen la economía de mercado en Alemania y, además, de que su estructura legal y su reputación económica se vieron enormemente perjudicados por todo tipo de interferencias. En lugar de dar pasos puntuales para eliminar la causa principal de este desajuste, es decir, los controles que distorsionaban los precios del hierro y el carbón, se ideó un dispositivo verdaderamente digno de nuestra época, que fue asignar capital para la industria pesada mediante un préstamo obligatorio exigido a aquellas secciones de la industria alemana a las que el mercado libre les había restaurado su salud económica y luego inyectar esa «ayuda inversora» bajo presión política, a través del Parlamento, los ministerios y la confederación oficial, en lugar de a través del mercado. Este método de inyección necesitó tanto tiempo de preparación que entretanto las condiciones originales se habían alterado considerablemente.

Lo que quiere decir mala asignación «en profundidad» puede ilustrarse con el ejemplo de todos aquellos países que cometieron el error de orientar en demasía sus programas de inversión a proyectos a largo plazo que, aunque atractivos para la imaginación constructora de los planificadores, sacrificaban el presente, ya bastante duro, frente a un futuro distante y no tenían en cuenta el principio de que en un momento de una escasez extraordinaria de capital, la inversión correcta a elegir es la que genera resultados rápidos y tiene un periodo corto de amortización. Al dejar de lado proyectos cercanos a la etapa de consumo, la inversión se dirigió a aquellos más remotos al consumo. Ahora que se ha secado la ayuda de Marshall, la principal fuente de esos fondos de inversión, están

saliendo a la luz las desproporciones resultantes, de forma más sorprendente en Francia, con su muy alabado, pero, en este sentido, mal planificado Plan Monet, así como en Austria.

A pesar de estas experiencias con métodos de planificación en la asignación de capital de inversión, sigue ampliamente presente la idea de que el nuestro es un tiempo en el que no solo el volumen, sino también el tipo y dirección de la inversión deberían estar determinados, ya no por el mercado y sus reguladores (a saber, precios libres, un tipo de interés que refleje realmente la oferta del mercado y previsiones de demanda y retornos de capital condicionados por la competencia), sino, por el contrario, por la planificación pública y los decretos del estado. Tal vez sea en relación con este problema concreto del orden económico por lo que la fe en la planificación, que por otro lado hoy se ve tan cuestionada, ha sobrevivido tanto tiempo en muchos países europeos. Por desgracia, no fue el menor de los numerosos y graves errores del sistema completo de ayuda de Marshall el que diera una fuerza casi dogmática a la creencia en la necesidad de una guía planificada del uso de capital. El momento es propicio para una reevaluación imparcial de esa fase de la reconstrucción europea y, en esa reconstrucción, este defecto de construcción de la ayuda de Marshall se verá fuertemente criticada, mucho más si sus secuelas siguen entre nosotros y no pueden ocultarse, ni siquiera mediante estadísticas acríticas de producción.

Si nos fijamos en el principio del asunto y nos preguntamos a qué fuerzas habría que confiar la responsabilidad del uso del capital y la alineación de la inversión con el orden económico en su conjunto, nos encontramos que, como en otros ámbitos, solo podemos elegir entre el método del mercado y el colectivista. Como este último método ha llegado a predominar en tantos países, y no solo en la formación de capital, sino que también el uso del capital se ha socializado en buena parte, es el momento de señalar la importancia de la transformación resultante: sin perjuicio de aquellas concesiones que son inevitables, es una transformación tal que, a largo plazo, no es compatible ni con una economía ordenada ni con una sociedad libre. La experiencia debería ayudarnos a ver a través de todas las garantías en el sentido de que solo la planificación pública y las órdenes oficiales pueden ocuparse de la selección de las prioridades nacionales de inversión y evitar el desperdicio de capital escaso en proyectos menos urgentes; la experiencia también debería ayudarnos a darnos cuenta de que todas estas garantías no pueden ocultar ni la ausencia de patrones objetivos de prioridad, ni el peligro de decisiones que, en último término, son arbitrarias y por tanto llevan a malas inversiones. Solo un doctrinario puede seguir rechazando admitir que la socialización del uso del capital es una de

las cosas que hay que mirar con una preocupación cada vez mayor y que la guía de la inversión por parte del mercado, mediante precios libres, tipos de interés no manipulados, retornos competitivos y mercados de capital bien organizados, debe restaurarse a su lugar apropiado, un lugar que los métodos de planificación discutieron erróneamente con promesas incumplidas.



## XI. Keynes y la revolución de la economía: Economía antigua, nueva y verdadera

*Universitas*, Diciembre de 1952, pp. 1285-1295.

Con la posible excepción de la teología protestante, resulta difícil encontrar hoy una rama del conocimiento que, como la economía, esté dividida en bandos casi irreconciliables sin casi ningún diálogo en absoluto entre ellas. Esta división tiene su origen en una revolución extremadamente audaz en el pensamiento económico que se remonta a hace quince años y, tal vez por una injusta simplificación, asociada al nombre del difunto Lord Keynes, que falleció en 1946.

### **La revolución de la economía**

El revisionismo radical no es ajeno a otras disciplinas. Tomando la física teórica como ejemplo, todos sabemos lo mucho que se ha alejado la mecánica cuántica y la teoría de la relatividad de la tradición clásica de Newton en esa ciencia. Pero esta revolución en el concepto físico del universo no ha creado un abismo entre las escuelas «vieja» y «nueva». Cuando las nuevas teorías se afirmaron mediante pruebas irrefutables o probabilidad empírica, se convirtieron en propiedad común de la ciencia y no hubo ninguna disputa envenenada, y menos aún las aplicaciones prácticas de la física en la vida cotidiana se vieron afectadas por esta revolución palatina en la teoría. Por el contrario, la revolución de la economía hasta ahora no ha hecho esencialmente nada más que sacudir y dividir. Se originó en una teoría que combina radicalismo provocativo con una argumentación que está lejos de ser absolutamente convincente, con una precisión que resulta ser más aparente que real y que plantea problemas a cuál más confuso. Además, debido a su influencia sobre la política económica actual, se ha convertido en una fuerza que tiene una influencia decisiva en la vida e intereses de cada persona, e incluso de naciones y clases y, con la mera expresión «pleno empleo», ha suministrado al tiempo uno de los lemas más atractivos y más peligrosos para la vida política de mediados del siglo XX. Como consecuencia, la economía está hoy dividida en dos bandos aparentemente sin perspectivas de reconciliación y sería difícil encontrar alguna semejanza a esta división en toda la historia de la ciencia.

## **Cerrando la grieta**

Los seguidores de la Escuela Keynesiana, o de la «nueva economía», como se le suele llamar, pretenden, como todos los líderes revolucionarios, considerar la victoria de su doctrina como completa. La idea de una grieta tan seria y genuina ofende su sentido de dominación. Pero, si hay que cerrar la grieta (y hacerlo es una tarea que va ganando importancia, pero tal vez perdiendo constantemente dificultad), el primer paso debe ser reconocer su existencia y todas sus implicaciones.

Probablemente todavía no se aprecia de una forma generalizada lo profunda y crítica que es la grieta. Uno de los economistas más distinguidos de nuestro tiempo, con el que coincidí recientemente después de muchos años, me dijo que no estaba dispuesto a entrar en una discusión sobre los diez últimos años de literatura, la cual, al estar esencialmente inspirada por Keynes, consideraba como inútil, indigna de leerse y anquilosada y yo confesé con franqueza que, aunque yo no podía hacer ese juicio temperamental, le veía mucho antes al mando de un banco central o un departamento económico público que a cualquiera de los autores de la literatura que condena. Una eminencia como el profesor F. H. Knight, de Chicago, no hace mucho describía el origen de la «nueva economía» de Keynes como la peor de las locuras de las modas que, de vez en cuando, afligen a nuestra ciencia y como una vuelta a la oscura Edad Media y Schumpeter, por nombrar a otro maestro, se mantuvo hasta el día de su muerte en una postura no menos vehemente, sin importar el estilo educadamente elegante que utilizara.

## **Frentes rígidos**

La respuesta de los revolucionarios a estos legitimistas de la economía es una autoafirmación vehemente y un desprecio apenas disimulado, como es habitual en los «ilustrados» a la hora de tratar a los que permanecen en la oscuridad. Parecen considerarse totalmente superiores en que pueden señalar con evidente orgullo la dificultad de su literatura y del uso de las matemáticas, lo que eleva a la «nueva economía» casi hasta las elevadas alturas de la física. Un importante keynesiano de Estados Unidos, por dar un ejemplo, rechazaba recientemente un libro de Hayek con el despectivo comentario de que no había espacio para la «nueva economía» en él y que el autor, por tanto, se había comportado como un astrónomo que no hubiera tenido en cuenta la revolución copernicana. Los artículos de esta misma publicación fueron recientemente el escenario del trágico espectáculo del pensamiento de un crítico (V. Muthesius) que pensaba estar alabando generosamente y de manera especial un libro inglés al

decir con alivio que el autor no había caído víctima de la Escuela Keynesiana, comentario que, a su vez, generó las protestas de los seguidores de la «nueva economía», que está claro que sentían que tenían que defender de este insulto al objeto de la alabanza del crítico. Parecían ansiosos por combatir cualquier impresión de que podría haber un disidente entre los economistas importantes de Inglaterra al sugerir que, al menos en ese país, la «nueva economía» ha permeado todo, tal vez sin pensar que, si el dominio de la teoría era realmente así de absoluto, la crisis crónica de la economía británica no es precisamente una recomendación a su favor. Por el contrario, si los alemanes comparan la evolución económica de su baqueteado país con la del vencedor, tienen razones para señalar con cierta satisfacción que en cualquier caso ellos resistieron victoriosamente la arremetida de los keynesianos.

Creo que basta con esta descripción de un conflicto de opiniones y teorías, que es tan agudo que uno no puede sino estar de acuerdo con el profesor J. M. Clark, de Columbia, cuando declara que la revolución keynesiana ha dividido a la economía en dos esferas de lógica, donde lo sensato en una es insensato en la otra. Puede fácilmente imaginarse qué desastrosas consecuencias ha tenido esta desintegración de la teoría económica tradicional para la política económica en la práctica. Los notables avances en la economía, tanto en investigación como en organización e influencia externa no pueden ocultar las grietas que han aparecido en sus cimientos y esto sin duda significa una retrogresión extremadamente grave en comparación con la «vieja economía». Sin duda no puede haber dudas de que la influencia desintegradora y confusa de la «nueva economía» debe tomarse en cuenta por parte de quien quiera comprender de una forma seria e imparcial la atroz historia económica de los últimos diez años, con su «inflación reprimida», sus experimentos *ad hoc* y la labor de Sísifo de la reconstrucción internacional fracasando una y otra vez.

## **Del recurso al dogma**

Este es el deprimente estado de cosas, en el cual una visión clara se ve constantemente obstruida por el hecho de que no es fácil decir cuál es la esencia de la economía keynesiana y en qué constituye su revolución. ¿Qué quería Keynes y qué han aprendido sus discípulos (normalmente excesivamente apasionados, como todos los adeptos) de él?

Dicho en pocas palabras y, por tanto, en términos inevitablemente simplificados: De forma bastante correcta, la Gran Depresión de la década de 1930 le pareció a Keynes una gigantesca perturbación circulatoria señalada por

un serie de deficiencias de ingresos y demanda, que, independientemente de su causa original, fueron llevando a otras: la consideraba como debida básicamente a una quiebra en el mecanismo que debería garantizar que la decisión de ahorrar de algunas personas, y por tanto de evitar gastar sus rentas, encuentra su compensación normal en la decisión de otros por invertir. Mientras que la «vieja economía» había centrado su atención en el mecanismo de ordenación y guía del sistema de precios y salarios individuales y había visto el proceso económico principalmente como uno de reajuste continuo de la producción y de la redistribución de los factores de producción, en su caso iban a explicarlo solo como una desproporción entre los agregados económicos del flujo circular (ahorro e inversión, renta y gasto, declive y creación renovada de poder adquisitivo) y la cura se encontraba en eliminar esa desproporción. En otras palabras, era un caso en que una deficiencia de «demanda efectiva» era la causa real del desempleo masivo y por tanto tenía que eliminarse mediante una política que, invirtiendo audazmente el pensamiento económico sólido, ponía el acento principalmente en «gastar», en estimular la «demanda efectiva» y, al seguir este rumbo, en no asustarse por el peligro de inflación ni esperar al ahorro previo.

Si Keynes se hubiera quedado aquí, no habría hecho más que el resto de los que en aquel tiempo recomendaban una política que empezara en el lado del «gasto». Solo se habría asegurado un modesto hueco en el Parnaso de la economía, pero, por otro lado, nadie podría haber dicho de él que hizo más mal que bien. Pero lo esencial es que no se quedó en reclamar medios extraordinarios en una situación extraordinaria. Fue mucho más allá. Dijo que el método de pensar en agregados era el único válido, ahora y a largo plazo. Y, junto con el método, desarrolló sus resultados (su diagnóstico de una situación extraordinaria y el tratamiento prescrito correspondiente) en una teoría general, en la que la «deficiencia de demanda» está siempre a la vuelta de la esquina y la política económica debe estar siempre lista para cerrar esta «grieta» para garantizar el «pleno empleo» eterno. Solo así consiguió llevar al pensamiento económico a una revolución que echa a un lado el método previo de dirección y coloca en su lugar a uno completamente opuesto, poniendo literalmente de cabeza la mayoría de lo que la teoría y el sentido común habían considerado hasta entonces correcto y demostrado. Esa es la calamidad y esa es la razón por la que los seguidores de la «vieja economía» no pueden reconciliarse con los de la «nueva economía» mientras este torrente de destrucción exuberante no vuelva a su cauce.

## Una aproximación sesgada

No es aquí donde tenemos que demostrar con detalle por qué, a pesar de su atractiva brillantez y elegancia, el razonamiento que llevaba a Keynes a estas audaces conclusiones no puede sostenerse. Nuestra principal preocupación en esta ocasión está relacionada con el resultado de esta revolución para la teoría y la política económicas. Toda una generación de economistas (especialmente en los países anglosajones, pero asimismo en cualquier otro sitio en que se considere importante estar en la onda) ha sido tan unilateralmente educada para operar con agregados económicos que ha olvidado las cosas que hasta entonces eran el contenido real de la teoría económica y que nunca deberían haberse olvidado: a saber, que el orden económico es un sistema de precios, salarios, intereses y otras magnitudes movidas y en movimiento. Las funciones agregadas de Keynes hacen que el sencillo mecanismo de los precios parezca anticuado y poco interesante y somos testigos del desarrollo de una especie de ingeniería económica con una proliferación de ecuaciones matemáticas.

Este nuevo método fue una parte de la formación de la nueva generación de economistas y creadores de políticas económicas; otra fue la idea de que ahorrar es, en el mejor de los casos, innecesaria (ya que las inversiones se ocupan de ahorrar después *mediante* el multiplicador y la propensión marginal al ahorro) y, en el peor, dañina. De esto se deduce que una medida política es buena cuando aumenta la demanda efectiva y mala cuando amenaza con disminuir la demanda efectiva.

## El peligro de la inflación, infravalorado

El peligro de la inflación se reduce a una posibilidad teórica remota: lo que hay que temer constantemente es lo que se describe como deflación. Déficit presupuestarios, impuestos niveladores que disminuyen tanto la capacidad como la voluntad de ahorrar, «política de dinero barato», una combinación de un estímulo cada vez más popular al consumo y la inversión, gastos y créditos por todas partes, políticas mercantilistas en el comercio exterior con el doble propósito de mitigar los efectos de esas otras políticas sobre la balanza comercial y de crear superávits exportadores como estimulante adicional del flujo de moneda nacional: todas estas prácticas ahora reciben las bendiciones de la ciencia económica.

## **Ahora con impunidad...**

Hace años, en un obituario de Keynes en *Neue Zürcher Zeitung*, escribí que, aunque es legítimo pensar que existen momentos en que un aumento decidido en la oferta monetaria evita problemas, eso no hace impune a un hombre inteligente por dar la bendición de su autoridad a las inclinaciones inflacionistas del gobierno, que ya son de por sí bastante fuertes. Es legítimo pensar que en ciertas circunstancias el crecimiento de la deuda pública es el mal menor, pero no puede convertirse esto en una máxima sin impunidad. Puede ocurrir que el desempleo masivo no pueda suprimirse rápidamente por otro medio que no sea un aumento en la demanda efectiva por medio de expansión del crédito, pero no pueden despreciarse sin impunidad y con un desdén apenas oculto las normas e instituciones comprobadas, no sea que, sin estos guardianes del largo plazo de un proceso económico ordenado, la economía acabe sometida a una presión inflacionista permanente. Puede haber algún problema previamente pasado por alto a descubrir en el proceso de ahorro, pero no se puede, sin impunidad, privar a la gente de la sensación de que están haciendo lo correcto ahorrando y dejando aparte de sus ingresos una reserva para sí mismos y sus hijos, en lugar de gastar mientras dure el dinero y luego, cuando no quede nada, confiar en la ayuda del estado, que está acumulando deuda sobre deuda. Igual que un barco en problemas debe cortar sus mástiles y deshacerse de su carga, puede haber huracanes en la vida económica que nos obliguen temporalmente a olvidar los principios de una política económica y monetaria sólida, pero no sin impunidad pueden declararse estos principios con anticuados solo porque son incómodos para la política de pleno empleo seguida rígidamente después de la sacudida de la Gran Depresión.

## **«A los trópicos con el equipo de una expedición polar»**

No tendríamos que olvidar que esta es la semilla que ha plantado Keynes. Ninguna persona honrada puede dejar de ver la abundancia de frutos que está dando. No hay otra explicación para la orientación completamente errónea de la posguerra en el mundo occidental, que, enseñado solo a temer y combatir la deflación, siguió la pancarta del «pleno empleo» con una inflación permanente. A pesar de todas las advertencias de todos los economistas pasados de moda, el peligro se apreció demasiado tarde, así que se ha hecho cada vez más difícil enfrentarse y abandonar la postora errónea. Como escribí hace unos años, es como si un hombre fuera a los trópicos con el equipo de una expedición polar y

me agradó ver en un artículo reciente del profesor Eric Schneider, de Kiel,<sup>1</sup> que había adoptado el símil con una ligera variante.

Es hora de admitir honrada y abiertamente que tal es la naturaleza y tales los efectos de la aproximación keynesiana, cuya última manifestación fue el Informe de los Expertos de la ONU de diciembre de 1949, poco después considerado inoportuno y archivado en silencio.

No se puede mejorar mucho señalando que Keynes era un hombre genial a quien debemos un estímulo notable y fructífero. Hay pocos que lo nieguen y yo mismo en mi obituario antes mencionado le he comparado con Adam Smith, aunque con fuertes reservas. Tampoco ayuda mucho que el propio Keynes, al final de su vida, haya contestado y tratado de contener el excesivo celo de sus seguidores y que, con la mentalidad abierta que tenía, si hubiera vivido lo suficiente como para hacerlo, bien podría haber escrito la corrección más eficaz de la economía keynesiana. Lo que para él era capital laboral intelectual fácilmente reemplazable se ha convertido por los menos ágiles en capital fijo de inversión, cuya productividad se defiende por todos los medios, incluyendo la protección monopolística. A Keynes no se le puede absolver del reproche de que en la exuberante vitalidad de su mente no hiciera suficiente hincapié en esto.

## **Keynes y la economía de mercado**

Finalmente, es pequeño consuelo que el propio Keynes siempre se considerara como un liberal, profesando su creencia en las libertades del mundo burgués y pretendiendo servir las a su manera (en nuestra opinión, extraña). El deseo de reconciliar su teoría con la economía de mercado es laudable, pero la experiencia práctica ha demostrado que su teoría se ha convertido, por el contrario, en uno de los pilares que apoyan una política económica opuesta de tipo colectivista e inflacionista. Puede demostrarse que hay buenas razones por las que difícilmente se puede esperar que sea de otro modo. ¿Y no ha subrayado el propio Keynes en su obra maestra, esta evolución de forma suficientemente clara, como prueba de lo poco sincero que era con respecto a la economía de mercado? Si agrupamos los países de Europa de acuerdo con el estilo de sus políticas económicas, están aquellos con una economía de mercado por un lado y aquellos con políticas colectivistas, inflacionistas y de pleno empleo por el otro. Son estos últimos los que causan mayores preocupaciones, incluso para los

---

<sup>1</sup> *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 4 de septiembre [de 1952].

representantes más imparciales de la «nueva economía». En realidad, parece grotesco que recientemente un autor francés, J. Cros, en un estudio titulado «Le Néo-Libéralisme» comparara a Keynes como «le véritable néo-libéral» con escritores tan confundidos como Lippmann y Röpke.

## **Ideología y técnica analítica combinadas**

De hecho, los acontecimientos de los últimos diez años han comprometido tanto la aproximación keynesiana, y la han comprometido tan visiblemente que es bastante fácil entender el intento de diluirla y presentarla como una simple técnica analítica, que ahora, con imparcialidad desinteresada, puede pasar de la lucha contra la deflación a la lucha contra la inflación. Sin embargo, cuando este intento se combina con la reclamación de iluminarnos con la luz pura de la teoría keynesiana, se nos perdonará a los legitimistas de entre el resto de los economistas por mostrar cierta sorpresa por ese cambio. Después de haber dedicado años advirtiendo a los seguidores de la «nueva economía» precisamente acerca de los peligros que se han materializado, tenemos algunas dificultades para acostumbrarnos a que nos quiten el mérito en nombre de esa misma «nueva economía». Sin duda se nos permitirá al menos decir unas pocas palabras sobre el tema.

Para empezar, tenemos que admitir que el uso de la técnica analítica keynesiana para combatir la inflación actual en los países del pleno empleo es en cierto modo bastante legítima. Después de todo, la usamos nosotros mismos cuando decimos que estos países «viven por encima de sus posibilidades», en el sentido de que la suma de consumo e inversión genera más poder adquisitivo sobre los bienes de la economía de lo que puede satisfacerse a los precios actuales, así que se desarrolla esa presión inflacionista y con ella un déficit en la balanza de pagos. Por supuesto, también podríamos haber aprendido eso con la «vieja economía», pero no negamos que la técnica de pensar en agregados de flujo se ha refinado con la «nueva economía».

Pero si concedemos hasta ahí y por tanto damos un paso hacia la reconciliación, sería justo esperar que los seguidores de la «nueva economía» a su vez admitieran con franqueza dos cosas: primero, que en realidad una ideología apasionada se ha convertido en una simple técnica analítica y, segundo, que si esta técnica tiene que aplicarse ahora a una situación completamente opuesta a los supuestos de Keynes, esto no ha pasado, por decirlo suavemente, en absoluto sin el apoyo de la ideología keynesiana. Podría incluso esperarse de ellos que admitieran que el hecho de ser tan extraordinariamente difícil desviar a



los países del pleno empleo de su rumbo inflacionista no puede menos que atribuirse a la firmeza de la postura obtenida entretanto entre la opinión pública en esos países de la ideología keynesiana, con su único énfasis en el temor a la deflación, el pleno empleo a cualquier precio y el gasto insensato, hasta el punto de que algunos pesimistas dudan incluso que la tarea pueda lograrse sin graves revueltas sociales y políticas.

## **Un freno contra la inflación, pero...**

Esto, por sí solo, muestra la gran dificultad de aplicar la técnica analítica de la «nueva economía» con absoluta imparcialidad a la inflación o a la deflación, según la situación. Se pueden plantear varias objeciones graves contra la posibilidad de dicha simetría. Tiene que estar desequilibrada en la medida en que en la aproximación keynesiana en el mejor de los casos siempre persiste un inflacionismo latente. Este inflacionismo a su vez se convierte en virulento en presencia de cualquier perturbación, incluyendo aquellas que, como vienen acompañadas de desempleo y de una disminución en la actividad empresarial, parecen «deflación», aunque tendrían que interpretarse, no según la «nueva economía» como una desproporción de los agregados económicos, sino según la «vieja economía» como el resultado de valores erróneos (en precios o salarios) y en una distribución errónea de los factores de producción. ¿Qué ocurre entonces? ¿Qué ocurre cuando un excesivo aumento de los salarios causa desempleo? Y, sobre todo, ¿qué pasa con la dificultad de que la desinflación en una situación de pleno empleo tiende a asociarse con esos síntomas pseudodeflacionistas?

Lo que pasa es que, incluso si la «nueva economía» se redujera a un mero método analítico de tipo neutral y, en la situación actual, sus conclusiones están de acuerdo con las de la «vieja economía», la síntesis sería mucho más difícil de lo que parece. Difícilmente sería posible en absoluto, salvo que los exponentes de la «nueva economía» decidieran ceder en sus métodos y en la afirmación de dominio de su teoría y abandonar muchas más posturas de las que ya han abandonado.

La idea de la continua manipulación de los agregados con vistas a contrarrestar ahora una tendencia inflacionista, ahora una deflacionista, como podría ser el caso, es realmente muy atractiva. Por supuesto, no es privilegio único de la «nueva economía», sino que siempre ha sido una guía de una política económica sensata. Pero sigue siendo una idea peligrosa si no se purga de todos los vestigios keynesianos mucho más radicalmente que hasta ahora. El análisis

keynesiano siempre mirará al peligro de inflación a través de cristales disminuidores y el peligro de deflación con una lupa y, en asuntos de política económica, por cambiar de metáfora, siempre cojeará de la pierna inflacionista. Mientras el análisis siga fascinado por la «nueva economía», en la medida en que trabaje solo con agregados, sus modelos subyacentes estarán condenados a representar mal la naturaleza de la inflación e incluso más la de la «deflación». Nada podría ser una mejor prueba del sesgo interno de toda la aproximación que el hecho de que esta llevó mucho tiempo y persuasión y las actuales tendencias inflacionistas tuvieron que crecer hasta proporciones tan masivas, hasta que al menos los más circunspectos entre los defensores de la «nueva economía» aceptaron la evidencia y pasaron de un rumbo antideflacionista a uno antiinflacionista. La máquina analítica creada con tanto ingenio por Keynes y sus discípulos sí posee un freno contra la inflación. Pero la máquina está construida de tal manera que este freno entra en juego solo a una velocidad vertiginosa y, además, tiene la incómoda costumbre de dejar de funcionar inmediatamente después del primer efecto.

## **Una circunstancia altamente no matemática**

Esta es una de las razones principales por las que la teoría inspirada por Keynes de compensación continua antideflacionista y antiinflacionista, producida principalmente por medios de lo que se conoce como política fiscal compensatoria, no ha demostrado por ahora su eficacia en la práctica. La expansión no causa ningún problema, pero cuando se llega a la contracción que reclama el auge, que, en política fiscal compensatoria, significa pasar el presupuesto del déficit al superávit, nunca ha funcionado, ni en Estados Unidos, ni en Suiza, ni en ningún otro lugar. «Bajo la teoría “compensatoria”», leemos en el número de septiembre de 1952 de *Guaranty Survey* de la Guaranty Trust Company, «los últimos doce años deberían haber mostrado una serie ininterrumpida de grandes superávits presupuestarios. La comparación entre esto y el historial real sería divertida si no fuera tan trágica. La experiencia hasta ahora indica que lo que en teoría es una influencia por ambos lados en realidad solo opera en uno (el lado inflacionista) y que los efectos inflacionistas tienden a ser los más fuertes en los momentos en que son menos deseables». La razón no se encuentra solo en el carácter desequilibrado de la filosofía que subyace en esta teoría compensatoria. Se encuentra también en la circunstancia terriblemente no matemática de que no se puede hablar al Parlamento y la opinión pública para que realicen una gestión ahorradora y económica, alabando excepcionalmente sus virtudes, si todo el resto del tiempo se denuestan como tonterías y pecados,

por no hablar de los obstáculos que incluye la democracia moderna de las masas. Esto es algo que no ha recibido la atención que merece, revelando así que la teoría es una construcción típicamente intelectual que olvida la realidad social detrás del cálculo integral.



## XII. La lucha contra el inflacionismo

*Zeitschrift für das gesamte Kreditwesen*, 1 de febrero de 1954.

¿Fue Disraeli o Gladstone el que dijo una vez que, aparte del amor, nada atrae más la atención de los hombres como pensar en el dinero? Sea como sea, difícilmente habrá otro campo en todas las instituciones de la sociedad organizada que sea, como este, al tiempo extremadamente difícil y decididamente importante para la salud o la enfermedad, no solo de la economía, sino de la sociedad en su conjunto. Es bueno recordar en qué grado nuestra época es una época de crisis y revoluciones porque es una época de inflaciones (ocasionalmente interrumpidas por deflaciones) y es igualmente bueno reflexionar sobre el nocivo papel interpretado en ella por el hecho de que cuando los hombres (y especialmente los hombres responsables) piensan acerca de cualquier cuestión relativa al dinero, su pensamiento queda la deriva sin el ancla de los principios claros. Tampoco debería olvidarse que el patrón oro tiene una ventaja que eclipsa todas sus debilidades y que resulta ser precisamente el ancla de que el dinero ahorrado se convierte en el juguete de toda especulación teórica concebible y, en la práctica, lo protege de las atenciones de una política monetaria errática que ha producido una jugarreta tras otra a la economía y la sociedad de nuestro tiempo.

### **La teoría monetaria de Mises: 1911, 1924 y 1953**

Cualquiera que, como el autor de esta reseña, pertenezca a una generación de economistas que vivieron la devastadora experiencia de ser testigos del fracaso sin precedentes de la teoría monetaria y el colapso simultáneo de la política monetaria en las inflaciones posteriores a la Primera Guerra Mundial, y especialmente la más perniciosa de todas, la inflación alemana, siempre recordará con eterna gratitud un libro que, en aquel entonces, hace treinta años, se convirtió en un verdadero faro para todos nosotros. Por mucho que hayamos podido discrepar posteriormente de las opiniones del autor sobre otras materias o incluso de toda su filosofía social, nunca olvidaremos este libro suyo, ni los servicios que nos prestó y nos continúa prestando, aunque puede que no siempre seamos conscientes de ello. Me refiero a Ludwig von Mises y su libro *Theorie des Geldes und der Umlaufsmittel*, que se publicó por primera vez en 1911 y que yo conocí en su segunda edición, de 1924. Nada podría agradecer más que tener una

oportunidad presente de hablar de nuevo sobre él, no solo por agradecimiento a su veterano autor, que hoy, en su apartamento de Nueva York, lleva a cabo su trabajo intelectual con inagotable vigor, sino también como un leal recuerdo y una decidida reafirmación de la importancia que este libro sigue poseyendo hoy para nosotros, de hecho tal vez especialmente hoy, cuando está al alcance de la mano otra época más de confusión en teoría monetaria y errores en política monetaria al seguir los pasos de Keynes y su doctrina, aunque no incuestionablemente causada por ellos, y cuando no deberíamos retrasar más la vuelta a la claridad teórica y la razón práctica en todos los asuntos concernientes al dinero y el crédito.

Esa es la oportunidad que se nos presenta hoy. Nos lo permite la reciente publicación de una nueva edición en inglés de la obra estándar de nuestro amigo (ahora estadounidense) bajo el título *The Theory of Money and Credit*.<sup>1</sup> Esta nueva edición no solo hace una vez más accesible el libro, sino que además está enriquecida por actualizaciones. Una vez más podemos disfrutar de la secuencia lógica de ideas claras explicadas límpidamente, especiadas con el estilo característico del autor con la sal de la ironía y la pimienta de la indignación acerca de los errores y aberraciones que han generado tantas maldades. Una vez más encontramos gozo en la valentía y la disposición con la que se lanza a la guerra contra estos errores y aberraciones con armas tomadas tanto de la armería de la teoría clásica del dinero como de la teoría moderna del valor. Una vez más le seguimos a través de estos capítulos clásicos, desde las «funciones del dinero» a los «problemas de la política crediticia» y una vez más queremos que muchos otros puedan confiarse a esta guía. Una vez más recordamos lo que significó para nosotros en su momento leer este análisis pionero de la creación del crédito, la función del interés, el ahorro forzado y las causas monetarias de las fluctuaciones cíclicas y una vez más conminamos a tantos como sea posible a hacer lo mismo. Incluso quienes hayan asimilado todas estas cosas en tal grado que, como sucede a menudo, olvidan al pionero, no sufrirán ningún daño si aprovechan esta muy legible nueva edición en inglés para refrescar sus nociones en su origen.

## **«Reconstrucción monetaria»**

Es raro que un libro de este tipo siga siendo lo suficientemente fresco casi cincuenta años después de su primera publicación como para que merezca una

---

<sup>1</sup> Yale University Press, New Haven, Conn., 1953. [Publicado en España como *La teoría del dinero y del crédito* (Madrid: Unión Editorial, 1997)]

nueva edición. Es un gran logro. Pero inevitablemente el libro, entretanto, ha adquirido la pátina de una obra escrita en un tiempo en el que las experiencias y problemas, aunque siguen siendo interesantes, no se parecen mucho a las nuestras y han sido reemplazadas por otras. Es uno de esos libros cuyo destino honorable, pero ligeramente melancólico, es disminuir su propio interés específico ayudando a crear una nueva *communis opinio*. Su gloria está en eclipsarse en lugar de soportar el mucho menos glorioso destino de verse superados y eclipsados por otros; por otro lado, para nosotros resulta un deber no olvidar esto.

El autor de este libro posee suficiente sabiduría mundana como para que esto no le preocupe y cabe esperar que no rechace la alabanza implícita precisamente por su sinceridad. Por nuestra parte, tenemos que agradecerle mucho más efusivamente la frescura, libre de cualquier señal de pátina, con la que ha creado un puente entre las partes clásicas de su libro hasta la actualidad. Me refiero a una larga parte final, bajo el título «Reconstrucción monetaria», en la que nos cuenta las conclusiones a las que llega desde su teoría con respecto a los grandes problemas de la política monetaria y crediticia contemporánea. Todos lo que le conozcan (¿y quién no entre los economistas y los creadores de políticas económicas?) tendrán una idea bastante cabal de cuáles serán probablemente estas conclusiones. Quien concuerde con ellas se verá satisfecho con la fuerza y decisión con la que se expresan. Y quien las rechace, cabe esperar que no las lea sin pararse un momento a reflexionar sobre las palabras de un hombre cuyo pelo ha encanecido en una lucha honorable por la libertad y la razón a lo largo de toda su vida, alguien que tiene más experiencia que la mayoría y una inteligencia inusualmente aguda, ni sin preguntarse seriamente si Mises está tan equivocado cuando expone que la inflación de nuestro tiempo es «el verdadero opio del pueblo, que le administran gobiernos y partidos anticapitalistas» y cierra el libro con estas frases, que pueden citarse ahora como características del libro y de su espíritu: «El estado insatisfactorio actual de los asuntos monetarios es un resultado de la ideología social con la que están comprometidos nuestros contemporáneos y de las políticas económicas que engendra esta ideología. La gente lamenta la inflación, pero apoya con entusiasmo políticas que no pueden aguantar la inflación. Aunque se quejan acerca de las consecuencias inevitables de la inflación, se oponen porfiadamente a cualquier intento de detener o restringir el gasto en déficit. (...) No puede cuestionarse el patrón oro mientras el derroche, la desacumulación de capital y la corrupción son las principales características de la gestión de los asuntos públicos. Los cínicos desechan la defensa de una restitución del patrón oro, calificándola como utópica. Pero aun

así, solo podemos elegir entre dos utopías: la utopía de una economía de mercado, no paralizada por el sabotaje público, por un lado, y la utopía de la planificación completa y totalitaria, por el otro. La elección de la primera alternativa implica posicionarse a favor del patrón oro».

## **No a la «ceguera de la deflación»**

Estos pasajes con característicos del empuje de todo el libro. Busca el inflacionismo en todos sus escondrijos intelectuales y políticos y le reta a combatir. No es que el autor esté ciego ante la posibilidad de deflación y sus estragos económicos. Por el contrario, uno de los pasajes más interesantes y actuales del libro es la parte en la que recuerda las consecuencias destructivas de la deflación que se produjo tanto después de las Guerras Napoleónicas como de la Primera Guerra Mundial, porque el precio del oro no se ajustó al nivel de precios más alto debido a la inflación, un error que se está repitiendo hoy, dado que el precio estadounidense de compra de oro no se ha actualizado apropiadamente desde los actuales treinta y cinco dólares por onza. Pero como el peor efecto secundario de esas políticas de ilusión es invariablemente que las consecuencias de la deflación así producida solamente dan nuevos argumentos al inflacionismo, el único resultado es un refuerzo de la tendencia secular hacia la inflación, una tendencia perturbadora que sin duda estará con nosotros para siempre, que se sustenta a partir de todo, incluyendo el mecanismo de la democracia moderna, las ideologías prevalecientes, la psicología de masas, el entramado de intereses y la estructura de la sociedad moderna y que es el insidioso veneno de nuestra civilización.

La resistencia de la economía contra esta tendencia inflacionista secular se ha convertido en peligrosamente débil. Las teorías extremadamente sutiles de nuestro tiempo (y aquí hay que nombre nuevo a Keynes como punto de partida) han erosionado esa resistencia con argumentos que han resultado ser demasiado para la constitución mental de muchos y que, por tanto, suponen un deseo que el autor ha tratado con detalle. Pero esto no es rebajar el mérito de un libro en el que la resistencia frente al inflacionismo ha ganado la fuerza que deriva solo de una mente clara y un juicio incorruptible.



## XIII. El dilema de la inflación importada

*Neue Ziircher Zeitung*, 28 de julio de 1956 y 7 de octubre de 1956.

### I

Entre los difíciles y cada vez más acuciantes problemas de cualquier política para contrarrestar las tendencias inflacionistas de un sobrecalentamiento, la cuestión de las complicaciones internacionales merece una atención concreta en este momento. Esta cuestión tal vez pueda estudiarse mejor en el caso de Alemania, donde un empeoramiento dramático de la situación está dando lugar a una animada discusión. Los puntos esenciales afectados son de un interés general tan destacado que merece la pena extender la discusión alemana a escala internacional.

Alemania es un ejemplo especialmente llamativo de un país cuya política económica contracíclica la ha llevado a una situación aparentemente paradójica, precisamente debido a las complicaciones internacionales implicadas. Mientras en Alemania se realiza un intento completamente ejemplar de enfriar el auge mediante una política crediticia restrictiva, se siguen produciendo grandes superávits mes tras mes en la balanza de pagos alemana y estos son una fuente peligrosa de acción contraria a la expansión de dicha política crediticia restrictiva y, en buena medida, compensan sus efectos antiinflacionistas. Un país que, muy correctamente, refuerza internamente el crédito porque teme que un exceso de expansión de la economía pueda llevar a un deterioro progresivo de su moneda, descubre que esta misma moneda tiene tanta demanda en el mercado internacional como una moneda «fuerte», de la cual hay «escasez» (características todas que no son en absoluto las de la inflación). Y cuanto más hace un país por resistirse a la inflación interna de su moneda, más tercamente sigue la balanza de pagos registrando un superávit, con todos sus efectos expansionistas.

Este caso no es exclusivo de Alemania: hay otros países en situación similar, incluyendo a Suiza. Lo que pasa es que, junto a la expansión interna del crédito, las relaciones económicas externas han demostrado ser otra fuente peligrosa de inflación, debido a la monetización del superávit de la balanza de pagos. Cómo taponar esta fuente es una pregunta muy debatida en Alemania en la actualidad. ¿Debería estimularse la importación y por qué medios? ¿Debería dificultarse la

exportación y por qué medios? ¿Podría esperarse que reducciones de aranceles de una magnitud viable políticamente proporcionen algún alivio apreciable? Si no, ¿ayudaría exportar capital, especialmente en forma de liquidación anticipada de la deuda exterior alemana? ¿Va a persistir el superávit de la balanza alemana de pagos o es solo el resultado de fuerzas cuyo efecto es temporal, de forma que podemos sentarnos y esperar a que pasen? ¿O, por el contrario, el equilibrio externo del país está perturbado tan esencialmente que hay que pensar seriamente en revaluar el marco si otros países, especialmente Francia e Inglaterra, devalúan sus divisas? Y, si esta idea se considera seriamente, ¿cuál sería la mejor técnica de revaluación? En lugar de dar el arriesgado paso de fijar una nueva paridad para el marco, ¿no sería mejor dejar que flotaran los tipos de cambio dentro de un margen más amplio? Y, para ello, ¿no bastaría con relevar al banco central de su obligación de comprar moneda extranjera y limitar sus funciones a la mera intervención?

Estas son algunas de las preguntas más importantes sobre las que versa la discusión en Alemania. Resulta tentador comentarlas y tal vez incluso se pueda esperar hacer así una contribución clarificadora aquí o allá. Sin embargo, en este caso, prefiero contenerme y por el contrario hacer todo lo posible para ser útil tratando de definir en términos precisos la naturaleza general del problema ahora bajo discusión en Alemania. También trataré de demostrar que no puede tomarse ninguna decisión razonable si no es a la vista de un grave dilema al que países como Alemania, Suiza y Bélgica tienen que enfrentarse ahora mismo. Me adelanto. Tiene que encontrarse una salida a un dilema extremadamente grave y, si no se entiende claramente, tiene poco sentido indignarse ante la idea de revaluar la moneda (por ejemplo, en la forma atenuada de ampliar los márgenes dentro de los cuales se permiten fluctuar los tipos de cambio) y de hacerlo en nombre del ideal irreprochable de tipos de cambio estables o de reunir un montón de razones lo bastante aceptables como para rechazar como peligroso el tipo de política arancelaria contracíclica que hoy está probando Alemania de forma tímida. Me refiero al dilema de la inflación importada.

Desde hace ya bastante tiempo, la mayoría de los países del mundo libre han estado aplicando políticas presupuestarias, salariales y crediticias que deben generar inevitablemente una lenta inflación, con las consecuencias que tan bien conocemos. Por cierto, que es ese tipo de inflación que, como es de naturaleza crónica, su grado, causas y motivos no son comparables con las tibias inflaciones de periodos previos de auge. El que podamos derrotar a esta inflación crónica de nuestro tiempo depende, en el campo de las ideas, de derrotar el cinismo monetario mediante una convicción firme de que un dinero honrado es una

necesidad primordial y, en el campo de los intereses, de la victoria de los antiinflacionistas frente a los inflacionistas. Las perspectivas de esa doble victoria son extremadamente inciertas debido a la erosión de los patrones monetarios y el crecimiento de los intereses inflacionistas, en los que sindicatos y empresarios en buena medida presentan un frente común. El principal factor de incertidumbre tal vez sea el grado en que debemos, en todo caso, esperar el tipo de inflación «democrática» o «social» que tiene sus raíces en los grandes tópicos de nuestro tiempo, como el «pleno empleo», por nombrar solo uno.

La resistencia efectiva contra esta ola de inflación no igualmente fuerte en distintos países. Todos sabemos muy bien cómo van yendo las cosas en países tan importantes como Inglaterra y Francia. Pero incluso con respecto a la economía principal del mundo occidental, Estados Unidos, nos vemos cada vez más obligados a darnos cuenta de que, sin duda contra el mejor juicio de las autoridades responsables, el Sistema de la Reserva Federal está mostrando una falta de fortaleza para aplicar una política crediticia lo suficientemente fuerte como para compensar la presión inflacionista de una política salarial expansionista que ha culminado con la huelga del acero. Esto significa que debemos esperar que continúe la expansión crediticia cada vez más inflacionista en Estados Unidos (tal vez incluso acumulativamente), sin ser capaces de decir con precisión cuando llegará a su fin. Cuáles son los peligros que esto invoca para el futuro ha sido expuesto por expertos como Melchior Palyi, de Chicago, o Philip Cortney, de Nueva York. Sus advertencias no dejan de impresionar, aunque haya que hacer una advertencia esencial, que es que, incluso permitiendo un total estimado de cierre de catorce mil millones de dólares de deuda exterior a corto plazo de Estados Unidos, seis mil millones de dólares de inversión extranjera en títulos de EEUU y una cantidad indeterminada de billetes en dólares en manos extranjeras, la tensión sobre la balanza estadounidense de pagos se compensará en el grado en que el resto del mundo mantenga el ritmo de la inflación estadounidense o, de media, incluso lo supere. No hace falta mencionar que en realidad es así y, por tanto, tenemos una repetición de la situación que se produjo inmediatamente después de la última guerra (en completa contradicción, hay que recordarlo, con las previsiones de Keynes).

Por otro lado, hay solo unos pocos países en los que el gobierno o el banco central, o ambos, no solo han sido lo suficientemente inteligentes, sino también independientes y políticamente fuertes como para ejercer una resistencia eficaz contra las presiones inflacionistas internas por medio de una disciplina adecuada en política monetaria, crediticia y financiera. Pero incluso si en esos países, cuyo ejemplo más sorprendente es Alemania, han conseguido mantener sus

incrementos de costes y precios internos por debajo de la media de otros países, se encuentran con superávits en sus balanzas de pagos que, como síntoma de la «fortaleza» de la moneda, parecen contradecir las advertencias contra los peligros internos de un sobrecalentamiento inflacionista del auge. Por supuesto, en realidad no hay contradicción, porque lo que importa en el tipo de cambio entre monedas no es el grado absoluto, sino el relativo de inflación en cada país. Es el viejo cuento del tuerto como rey en el país de los ciegos. Por muy grande que pueda ser el peligro de inflación interna en un país, si otros países de media mantienen las riendas aún más flojas, la balanza de pagos del primer país, con tipos rígidos de cambio, entrará en superávit y habrá escasez de su divisa en el mercado internacional, igual que si hubiera deflación en el país, aunque en la práctica sigue haciendo lo contrario y estará luchando contra la inflación como Laocoonte contra las serpientes.

Lo insidioso de esta situación, como sabemos, es que es precisamente ese superávit de la balanza de pagos el que abre una nueva fuente de inflación y, para colmo, una que fluye más copiosamente cuanto más se trate de detener la fuente interior de inflación (o al menos mientras otros países de media dejen que su inflación nacional borbotee con alegría). Dado que es la inflación descontrolada en el exterior la que crea un superávit en la balanza de pagos del país afectado y dado que este superávit en la balanza de pagos encuentra su expresión en un aumento de la oferta monetaria interna, es correcto decir que este es un caso de inflación importada.

El dilema de esa inflación importada aparece cuando nos preguntamos si un país decidido a defender del poder adquisitivo de su moneda no debería tener el derecho y la posibilidad de defenderla también de la inflación importada. Si la respuesta es afirmativa, se debe aceptar también los medios requeridos para una defensa efectiva y no cabe duda de que estos medios incluyen una alteración del tipo de cambio como último recurso, cuando fracasan todos los demás y en particular en ausencia de devaluación por parte de los países que exportan inflación. Por otro lado, si damos una respuesta negativa a la pregunta la deducción estricta es que países como Alemania, Suiza o Bélgica están condenados a dejar el destino de su moneda a merced de los trabajadores de las acerías estadounidenses, las tácticas electorales del Partido Republicano, los sindicatos ingleses y la confusión de las facciones políticas francesas. Pues si no se hace nada para hacer que desaparezcan los superávits de las balanzas de pagos y continúen las circunstancias que los generaron, habría que esperar que la política restrictiva en el interior acabe agotándose por la contradicción del persistente déficit externo. Lo más probable es que el agujero externo abierto por

la inflación importada se ensanche cuanto más eficazmente se tapone el agujero interno.

Sin embargo, hay dos circunstancias que es probable que acaben pronto con este extraño juego. Para empezar, es difícil imaginar que superávits de balanzas de pagos como los que se han producido recientemente en Alemania (especialmente en comparación con la Unión Europea de Pagos) puedan proseguir por mucho tiempo sin perturbar el mecanismo de los pagos internacionales y sin forzar a los países que exportan inflación a proteger sus reservas de divisas, ya sea poniendo obstáculos contra las exportaciones alemanas y subvencionando las propias o mediante devaluación. En segundo lugar, en ausencia de medidas drásticas para restablecer el equilibrio externo de un país como Alemania, operarán grandes fuerzas que tenderán a traer el mismo resultado a través de un aumento en el nivel interno de costes y precios. De una forma u otra el zorro debe salir del agujero. La única duda es si esto se ajusta a nuestras ideas de lo que es deseable.

El dilema que nos preocupa puede describirse también de otra manera. El caso de Alemania (y merece la pena repetir que casi todo es aplicable también a Suiza y Bélgica) ha revelado una situación en la que cualquier decisión seria de defender la moneda y por tanto enfrentarse al requisito esencial de una política monetaria sólida implica contemplar una medida tan poco ortodoxa como suavizar la estabilidad del tipo de cambio. Incluso quienes, como este autor, encuentran esa perspectiva profundamente desagradable, deben admitir que cualquier suavización del poder adquisitivo interno del dinero sería mucho peor.

Es un dilema especialmente desagradable precisamente para un país que está decidido a mantener fuerte su moneda. Toda la severidad del juicio tendría que recaer sobre las circunstancias que crean un dilema así. No debería ser necesario ni siquiera mencionar que sería una completa perversión de los hechos culpar a un país como Alemania y reprocharle por no emular el ritmo inflacionista de otros lugares, sino por el contrario sentir que en esta encrucijada la política correcta es la de restringir el crédito. Es incomprensible que ciertas voces en el extranjero (lamentablemente, incluyendo, según parece, la OCDE) defiendan seriamente una fuerte expansión interior como una de las medidas que debe tomar Alemania para reequilibrar su balanza de pagos. Por supuesto, los países que tienen razón son lo que se han contenido y pisado el freno, porque les alarmaba el ritmo vertiginoso de conducción, y no los que son lo suficientemente despreocupados o débiles como para permitir este ritmo, que está condenado a acabar en catástrofe.

Es verdad que un país del estilo de Alemania, que restringe el crédito en una situación de superávit persistente de la balanza de pagos, está haciendo exactamente lo contrario de lo que habría prescrito el patrón oro. Pero no hace falta señalar que este no es un argumento serio contra esa política, aunque tenga bastante peso a la hora de hablar a favor del muy denostado patrón oro. Si todavíauviésemos un patrón oro, sencillamente no habría, como nunca hubo en la historia del patrón oro, una inflación internacional de las dimensiones actuales, que está creando el dilema de la inflación importada para cualquier país que sea razonable. Es realmente una lógica extraña culpar a un país como Alemania por no comportarse como habría sido natural bajo el patrón oro, cuando es precisamente la inexistencia del patrón oro, y de hecho la ausencia de cualquier sistema monetario internacional real, lo que ha creado este desagradable dilema. Pues hoy otra cosa que estamos obligados a admitir, que es que esas diferencias internacionales en el grado de inflación que ahora mismo existen, junto con la extrema evolución de los pagos externos, demuestran que estábamos bajo una ilusión cuando creíamos que después de acabar con el patrón oro habíamos construido un sistema monetario internacional nuevo, válido y resistente.

Y aquí tenemos también la respuesta a otra objeción, que es que el ajuste a los cambios cíclicos internacionales es el precio a pagar por cada país si se desea una verdadera integración en la economía mundial. Aunque este argumento se justifica por sí mismo, no presupone que las fluctuaciones cíclicas y, por tanto, el grado de deflación e inflación que ha de aceptar cada país se mantenga dentro de límites tolerables, ni que el país principalmente responsable de las condiciones económicas mundiales, Estados Unidos, actúe de acuerdo con sus responsabilidades internacionales a este respecto y, por el contrario, no busque algún ideal como una «inflación controlada» crónica. Pero como nos estamos alejando bastante de esta situación, la advertencia de que hay que tener un comportamiento internacionalmente responsable tiene que dirigirse sin duda a países que no sean los que estás defendiendo los últimos vestigios de la razón en política monetaria y contracíclica, incluso con el coste de verse así abrumados por el dilema de la inflación importada.

Pero no puedo dejar de hacer un comentario dirigido más específicamente a Alemania. Antes de que estos países traten de escapar del dilema aumentando el valor de su divisa, deberían agotar primero todas las demás posibilidades. Sobre todo, tendrían que recordar que este paso definitivo sería ilógico si no se hubieran eliminado los últimos restos del control de cambios, que es el indicador de una moneda débil y no de una fuerte. Los acontecimientos actuales en Europa sin duda servirán de lección para ver que se equivocaban los que, hace dos años,

consideraban que era prematuro querer restablecer la convertibilidad de la moneda. Nadie puede dejar de ver que lo que está pasando ahora no podría haber pasado si en ese momento hubiéramos conseguido culminar la audaz empresa que teníamos en mente. Entretanto, la situación se ha hecho tan grave que debemos preguntarnos con aún más urgencia si no ha llegado el momento para los países de Europa con moneda fuerte, que están determinados a luchar contra la inflación en todos los frentes, de proceder a actuar conjuntamente y, entre otras cosas, a tomar conjuntamente la iniciativa en un restablecimiento final de la convertibilidad. Sin embargo, la urgencia y gravedad de esta cuestión solo la apreciarían los que tuvieran alguna noción de lo que está en juego para el mundo libre.

## II

Hace unas semanas, explicaba en esta revista las graves consecuencias derivadas de la presión inflacionista extremadamente desigual en cada país, especialmente para aquellos en los que esta presión es débil. El artículo fue criticado por algunos, aprobado por otros, pero en todo caso parece haber generado tanto interés que me lleva a creer que se agradecería que volviera una vez más sobre el tema, para añadir unas pocas consideraciones más en un intento por aclarar algunos puntos polémicos y por examinar en profundidad el fenómeno de la llamada inflación importada, que es tan interesante como problemática en la práctica.

Nadie discutirá que entretanto el dilema de la inflación importada no ha perdido nada de su importancia. Si acaso, la tensión entre los pocos países con baja presión inflacionista, y consecuentemente con superávit en su balanza de pagos, y los numerosos países con alta presión inflacionista, y consecuentemente con déficit en su balanza de pagos, ha aumentado en lugar de disminuir y, por tanto, el flujo unidireccional del oro y las divisas de los últimos a los primeros países ha continuado, en general, sin cambios. En el caso de Alemania, este flujo ha llegado en realidad a un máximo sin precedentes. Mientras los países con superávit parecen estar confiando en una actitud que los médicos llaman maliciosamente «terapia de expectativas» y, en general, en comportarse como muchos Micawber, esperando perpetuamente que «algo sucederá», los países con déficit están pasando cada vez más apuros con el paso de los meses o incluso de las semanas. Salvo que cambie algo importante, podemos ver venir el momento en que las medidas para acabar con esta extrema tensión en los pagos internacionales no tolerarán más retrasos, provengan de donde provengan. Como la situación de un superávit en la balanza de pagos, junto con sus

tendencias inflacionistas (que pueden compensarse con restricciones internas al crédito, aunque conlleven el mantenimiento y la posible exacerbación de la tensión) es indudablemente mucho menos inmediatamente alarmante y amenazante que la situación opuesta de un déficit en la balanza de pagos. Son los países en déficit los que es más probable que introduzcan medidas drásticas, si es que debemos esperar alguna iniciativa en esta dirección que provenga de la fuerza de las circunstancias en lugar de una sabiduría previsor.

Un superávit continuo en la balanza de pagos (es decir, una cuenta externa que tiene que equilibrarse con una entrada de oro y moneda extranjera) tiende a expandir la oferta monetaria en el país afectado y por tanto puede convertirse en una fuente autónoma de inflación. Todo esto es una proposición elemental que sin duda se puede entender de forma generalizada. Este efecto inflacionista relativo de un superávit de la balanza de pagos se iguala en otros países con el efecto deflacionista relativo de un déficit en la balanza de pagos. Como el superávit de la balanza de pagos es el resultado de una alta presión inflacionista en estos otros países, la inflación se «importa» de esta manera desde países con una presión inflacionista alta a países con una inferior. Sin embargo, hay que añadir que este efecto solo tiene lugar bajo dos condiciones.

Primero, debe asumirse que las tasas de cambio no se ajustan a los cambios en la relación entre la presión monetaria y el poder adquisitivo de los distintos países, sino que permanece fija. Esto es lo que hay que tener en cuenta como explicación de por qué existió «inflación importada» durante el periodo de la gran inflación de posguerra tras la Primera Guerra Mundial. La razón es sencillamente que en ese tiempo los tipos de cambio entre los países que sufrían inflación y los otros eran variables. La «inflación importada» tuvo que esperar a nuestra época, que alberga la extraña creencia de que abrir divergencias en la política monetaria de los países individuales puede conciliarse con tipos fijos de intercambio. Es una ficción piadosa de dimensiones monumentales, que solo fue posible debido a que nuestro sistema monetario internacional recientemente creado, cuyos arquitectos se enorgullecen tanto de su consecución, le sigue faltando un elemento esencial, que es una convertibilidad libre y real de las divisas. Sin este defecto fatal, la situación actual de tensión nunca podría haberse producido y mucho menos haberse prolongado tanto tiempo.

Esta es una de las condiciones de la «inflación importada». La otra es la imposibilidad de compensar esta «importación» mediante una política crediticia restrictiva en el país con superávit. Si alguien argumentara que toda la teoría de la «inflación importada» no es convincente porque, después de todo, en



Alemania los superávits no han generado en modo alguno un aumento general en la oferta monetaria y en los precios predicho por la teoría, este argumento solo demostraría el éxito de las restricciones crediticias internas en compensar la expansión externa. Por desgracia, el dilema de la inflación importada es precisamente que las políticas desinflacionistas de éxito en el interior reproducen o incluso refuerzan constantemente la causa del superávit de la balanza de pagos, es decir, una presión inflacionista relativamente menor en el interior con respecto al exterior. Si las cosas se dejan a sí mismas tanto en los países con superávit como con déficit, sin contrarrestar respectivamente los efectos inflacionistas del superávit mediante restricciones o los efectos deflacionistas del déficit mediante una mayor expansión, la tensión acabaría resolviéndose por sí misma. Pero sería una solución a pagar por el país con superávit con inflación del tipo «importado».

Naturalmente, los países con superávit se defienden y así atraen más flujos de oro y divisas. Los países con déficit se resienten. En lugar de culparse por su política monetaria indisciplinada, se vuelven contra los países con superávit (y especialmente contra Alemania, que es su representante más importante y más destacado y, en todo caso, un país al que todos están habituados a lanzar piedras) y reprocharles su violación de todas las normas de propiedad sin abrir del todo el grifo del crédito, a pesar del superávit de la balanza de pagos. Este argumento se ve apoyado por ciertos círculos que simpatizan con los países con déficit y con su política económica laxa (entre otros, la OCDE).

Debería por fin haber quedado claro que esos reproches son tan absurdos como injustos. Su implicación última sería que cualquier país debería permitir que su propia fuerza para luchar contra la inflación, este azote de nuestro tiempo, se viera paralizada por el fracaso de otros países en agrupar la misma fuerza. Lo que estos reproches parecen decir es esto: si somos demasiado débiles política y socialmente como para ocuparnos de esta «araña negra», tampoco podremos mejorar. Queda claro lo sesgada que está esta actitud si nos fijamos en que ninguno de los que están tan dispuestos a esos reproches soñarían con oponerse al derecho de cualquier país a defenderse contra la «deflación importada», exactamente lo contrario de la inflación importada, de la que se hablaba tanto en los primeros años de la posguerra. ¿Oculta todo esto por casualidad la creencia en que deberíamos aplicar varas desiguales de medir en los dos casos y que la lucha contra la inflación ya no tiene que contarse entre los principales objetivos de una política monetaria? Si es así, debería decirse francamente. Los países con superávit sabrían qué responder: no compartimos esas opiniones perversas y no tenemos la intención de dejar que las vuestras se nos impongan.

Una de las primeras que hay que aclarar es el origen monetario de los superávits de las balanzas de pagos que producen inflación en el país. Esto parece que todavía no todos los entienden. La situación actual es la evidencia más clara posible de algo que deberíamos haber aprendido por experiencia, que es que cuando hay alguna diferencia apreciable en la fuerza de la presión inflacionista de distintos países, el país con menor presión inflacionista tendrá un superávit en la balanza de pagos y una moneda «fuerte» y el país con mayor presión inflacionista tendrá un déficit en la balanza de pagos y una moneda «débil». Esa fue la razón por la que, a pesar de una considerable inflación en Estados Unidos, hubo escasez de dólares después de la guerra (porque la inflación fue bastante más fuerte en los países europeos que en Estados Unidos) y por la que la posición antes ocupada por Estados Unidos en relación con el resto del mundo está ahora ocupada por el grupo de países con monedas fuertes (Alemania, Suiza, Bélgica) en relación con el resto de Europa. Hemos llegado a ver una escasez de marcos alemanes y hemos contemplado con nuestros propios ojos cómo se llega a esto.

Debería ayudarnos a aclarar las cosas el pensar que la calamidad del superávit de la balanza de pagos es solo la imagen reflejada de la desgracia opuesta del déficit de la balanza de pagos. Con este último ya estamos familiarizados y por fin hemos aprendido que no es una acción divina ni tiene nada que ver con la indolencia o la pobreza de los habitantes del país, sino que es la resultante de todas las fuerzas que, en un tipo concreto de cambio, hacen que la demanda en el mercado de moneda extranjera exceda a la oferta. Hay algunos que negarán que entre estas fuerzas lo crucialmente importante se refiera a la inflación «relativa» o a la «relación monetaria», como se la podría llamar en dos palabras, tratando de caracterizar la conocida divergencia entre política monetaria y crediticia en el interior y el exterior.

Nos basta con observar esto desde la perspectiva contraria para entender el caso del superávit de la balanza de pagos. Igual que Suecia tiene una moneda «débil», no porque sea pobre o improductiva, sino solo porque se permite una dosis más fuerte de inflación de la habitual en los principales países industriales, Alemania tiene hoy una moneda «fuerte», no porque sea en modo alguno especialmente industriosa, eficiente o rica, sino porque se contenta con una dosis menor de la que es normal en otras partes. La «relación monetaria» es favorable a Alemania, como es favorable a Suiza y Bélgica, no porque estos países sean especialmente virtuosos, sino porque otros pecan mucho más, lo que no impide, como hemos visto, que los pecadores denuncien a los menos pecadores por «cínicos» (¡por repetir una palabra usada realmente en Inglaterra!)

Como bajo tipos de cambio inalterados la «relación monetaria» está en el núcleo de la tensión, estas consideraciones por desgracia también sugieren que las medidas que no afecten a este núcleo no pueden generar ninguna solución genuina, aunque indudablemente no son del todo ineficaces. Esto se aplica más concretamente a la reducción de las restricciones a la importación en el país con superávit. Mientras persista la causa básica de tensión antes mencionada, no puede esperarse que esto haga más por eliminar el superávit externo alemán, igual que no podría esperarse una solución a la escasez de dólares solo con una reducción de aranceles estadounidenses a la importación. Sin embargo, si la reducción de las restricciones a la importación va a hacer menos por el restablecimiento del equilibrio internacional de lo que muchos esperan, por supuesto que esta no es una razón contraria a esa reducción, sino, por el contrario, una razón para impulsarla en la medida en que sea políticamente posible y defendible.

En relación con esto, también está bien echar mucha agua fría sobre las esperanzas que muchos Micawber (por referirnos una vez más al inmortal personaje de *David Copperfield*) en Alemania atribuyen al momento en que el creciente ímpetu del rearme requerirá grandes importaciones de suministros militares. No cabe duda de que esto tendrá algún efecto, pero es difícil ver en qué medida pueden los aumentos en importaciones, por sí mismos, producir un punto de inflexión. O bien estas importaciones de rearmamento se financiarán, como sería deseable y esperable, de tal manera que no causen efectos inflacionistas, en cuyo caso el poder adquisitivo aprovechado para propósitos de rearmamento mediante impuestos o bien no habrá disponibles préstamos estatales en una cantidad equivalente de importaciones civiles o en ventas de productos civiles nacionales, que así se verán liberados para exportaciones adicionales. Desde un punto de vista general, nada cambiaría así en el mecanismo del superávit de la balanza de pagos. O bien suponemos que ese rearme estará acompañado por cierta cantidad de inflación adicional, en cuyo caso la tensión se relajaría, no por las importaciones de armas, si no por la inflación. Pero esta solución se puede usar en cualquier momento, incluso sin rearme, aunque, por supuesto, hay fuertes razones para resistirse a ella.

Por otro lado, las exportaciones de capital son incuestionablemente un medio poderoso de contrarrestar los superávits de las balanzas de pagos y sus efectos inflacionistas. Pero a este respecto hay una diferencia radical entre Alemania y Suiza. Suiza es estructuralmente un país exportador de capital, con una relativa abundancia de capital y, consecuentemente, bajos tipos de interés y, por tanto, este método de aliviar la balanza de pagos es natural. Para Alemania no tendría

sentido, porque Alemania es un país con una escasez relativa de capital y, consecuentemente, altos tipos de interés, ambos sin comparación con otros países industriales y, por tanto, es natural que Alemania tenga entradas y no salidas de capital. Pero si, en la situación actual de superávits persistentes en la balanza de pagos, Alemania diera rienda suelta a estas tendencias la situación no haría sino empeorar. El superávit externo se haría aún mayor y la presión inflacionista generada por él se haría aún más fuerte, para contrarrestar esta última situación Alemania paradójicamente tendría que responder a las importaciones de capital con mayores restricciones al crédito nacional.

Así que resulta lógico que las autoridades alemanas se resistan a las importaciones de capital, por muy natural y económicamente razonable que puedan ser como tales. Lo que queda del control de cambios alemán no sirve esencialmente para otro fin que luchar contra esta fuga inversa de capital. Pero esto es lógico solo en el contexto de una paradoja más amplia que, en el caso de Alemania, exacerba el calvario del dilema de la inflación importada, es decir, la paradoja de que un país con una escasez relativa de capital descubre que su lucha con éxito contra la inflación interior le obliga a comportarse como si tuviera abundancia de capital, sencillamente debido a las tensiones generadas por los tipos fijos de cambio y las muy distintas paridades de poder adquisitivo. El dilema de la inflación importada ya es bastante serio. Pero si a este se le superpone el «dilema de las importaciones de capital» resulta difícil pensar cómo podría ser la situación más contradictoria.

## XIV. Robando a Peter para pagar a Paul: Sobre la naturaleza del estado del bienestar

*Frankfurter Allgemeine Zeitung, 22 de enero de 1958.*

Hay ciertas cosas que nadie en sus cabales considera más que malas. Su condena prácticamente unánime proporciona a la política económica unas pocas guías elementales que hoy resultan indiscutibles. Nadie quiere pobreza, enfermedad o desempleo prolongado y no hay nadie que discuta seriamente la necesidad de combatirlos. Prácticamente lo mismo puede aplicarse realmente a la inflación y, aunque hay unos pocos economistas profesionales que quieren que creamos que una inflación lenta a largo plazo, en cualquier caso, no es algo completamente malo, lo único interesante de este argumento es que trata de ocultar, por decirlo así, la bancarrota de una cierta rama de teoría y política económicas.

La postura es completamente distinta con respecto al estado del bienestar. Incluso entre sus críticos (y ahora hay muchísimos) raramente hay alguno que rechace todas las ideas y disposiciones asociadas con este concepto. Pero esta circunstancia constituye al tiempo un grave peligro y un difícil problema, pues una vez que aceptamos el principio de la compulsión, que es inseparable del estado del bienestar incluso en el caso de la seguridad social, como medio para ayudar a las personas en su lucha contra las vicisitudes de la vida, ¿dónde ponemos entonces el límite? ¿No podríamos descubrir que las cosas se descontrolan, como ha ocurrido con los impuestos progresivos, donde tampoco hubo límites una vez se adoptó el principio, bastante precipitadamente, como vemos ahora? Estamos en el aprieto del aprendiz de brujo: casi dondequiera que ponemos nuestros ojos aterrorizados, vemos que el estado del bienestar tiene una tendencia interna e irresistible a crecer más. Cada vez se descubren más áreas de ayuda obligatoria; cada vez entran más grupos de población; la asistencia prestada abarca cada vez más cosas y los proyectos adoptados son más complejos:

Agua cae sobre agua—  
Todavía lleva más dentro;  
Ay, y cien torrentes

Me arrastran como una marea.

Sería difícil negar que el estado moderno del bienestar progresa por su propio impulso y, en sorprendente analogía con el principio de los impuestos progresivos, que no hay nada en su concepto que lo limite. Expandir el estado del bienestar no solo es sencillo, sino que es también uno de los medios más seguros para el demagogo para ganar votos e influencia política y todos sufrimos la muy normal tentación de conseguir, sin ningún coste propio, una reputación de generosidad y buen corazón. El estado del bienestar es el lugar favorito de juegos de una forma burda de moralismo que solo la inconsciencia blinda ante su denuncia. Pero lo que es igualmente malo es que dar la espalda a este camino es tan difícil como hacer dar la vuelta a un automóvil en una carretera alpina estrecha y empinada. De esto nos damos cuenta para nuestra consternación una vez apreciamos de que la carretera lleva a un abismo. Tenemos como ejemplo a Lord Beveridge, que hoy hace sonar correctamente la alarma cuando se enfrenta a las consecuencias del estado británico del bienestar, pero de quien solo podemos esperar que haga la suficiente autocrítica como para recordar el papel tan importante que ha desempeñado en la creación de dicho estado del bienestar como defensor del inflacionista «plenísimo empleo».

Ahora podemos ver el problema bastante claramente. Si el estado del bienestar puede compararse con un vehículo poderoso que no tiene frenos ni marcha atrás, sino solo un vigoroso movimiento hacia adelante y si, al mismo tiempo, no cabe duda de que no hay que destruir ese vehículo, aparece el problema de cómo controlar su poder. Si el estado del bienestar no incluye una capacidad interna de autolimitación, entonces los límites necesarios deben proceder de fuera de él, para que no se haga más grande que nosotros y acabe causando la ruina de una sociedad libre y próspera, por no hablar de la privación de la dignidad del hombre de ser responsable de sí mismo. Es verdad que la mayoría no negamos que la ayuda del estado es indispensable y que muchas de las nuevas instituciones del estado del bienestar son una amarga necesidad. No tienen que darnos lecciones sobre este punto y, de hecho, probablemente sea fácil persuadirnos de que, a pesar del veredicto general de que es «demasiado», hay casos aquí y allá en los que no se ha hecho lo suficiente. Así que no se trata de esto. Se trata de cómo podemos asegurarnos de que si les damos una mano no van a tomar todo el brazo o más. Para esto necesitamos algún tipo de normas, principios, criterios y distinciones que nos permitan resistirnos a una corriente que amenaza con arrastrarnos. Es difícil encontrar una tarea más importante que esta. Todavía resulta más lamentable que apenas acaba de empezar o tal vez no se haya entendido todavía del todo.

Según el sensato principio de que es mejor proceder *a minore ad maius*, de lo menos a lo más importante, podemos empezar con una norma que podría calificarse de táctica o énfasis. Dado que el camino al estado del bienestar tiene una sola dirección y que lo estamos recorriendo velozmente sin ninguna esperanza razonable de invertir el sentido, de lo primero que debemos asegurarnos es de que, a partir de ahora, no se dé ni un paso más sin considerar con el máximo cuidado y extrema reticencia, sin que la economía lo arranque de su consciencia, por decirlo así, como cualquier otra cosa en la vida que es difícil deshacer. En caso de duda, abandonarlo: esa debería ser la norma, el mínimo de sabiduría en el que hay que insistir. Por cierto, la carga de la prueba no solo debería recaer sobre los que defienden dar algún nuevo paso por este camino, sino que también debería requerirse que esa prueba apruebe los exámenes más exigentes. Los argumentos deberían revisarse y las evidencias analizarse una y otra vez, los pros y contras sopesarse cuidadosamente, antes de llegar a cualquier decisión e incluso entonces es mejor pensárselo. Que todos los que son responsables de las «pensiones dinámicas de ancianidad» de Alemania hagan examen de conciencia: ¿están seguros de que han cumplido con estos requisitos? ¿O no están más bien en la situación de Lord Beveridge? Y, en Suiza y Gran Bretaña, ¿han asumido realmente la carga de la prueba con más seriedad los que ahora ceden a la tentación de seguir el ejemplo alemán?

Hay una consecuencia especial en todo esto para quienes somos responsables de nuestros avances en esta vía, no como políticos prácticos, sino solo intelectualmente y que, por tanto, hace recaer sobre nosotros la mayor de las responsabilidades. Es, como mínimo, una cuestión irrelevante si las grandes masas son siempre y en todo lugar entusiastas del estado moderno del bienestar. Lo que oímos de Suecia y otros paraísos del estado del bienestar puede hacernos pensar. Por otro lado, no cabe ninguna duda de que existe un grupo amplio y extremadamente influyente de personas en busca de prestigio y poder, que no solo tienen el máximo interés en la expansión progresiva del estado del bienestar, sino que están decididas a aprovechar al máximo las oportunidades que ofrece para la demagogia social. Estoy pensando en ese grupo de gente constituido por los llamados líderes progresistas de la opinión pública, de los encargados de la burocracia pública y privada de la seguridad social, de políticos dispuestos a orientar sus velas a los vientos prevalecientes de sentimientos y opiniones de masas y finalmente a todos los que marchan bajo la bandera ideológica de lo que yo llamaría «progresismo». Lamentablemente, hay muchas razones para creer que, en la democracia moderna de masas, la presión conjunta de este grupo es tan fuerte que es infinitamente más probable que tengamos demasiado estado

del bienestar que demasiado poco y hay mucho más peligro de exceso que de ausencia dañina. Esa es la dirección en la que está fluyendo la marea, ya que es la línea de menor resistencia política y social, que los pueblos occidentales tienden a seguir en todo caso, hagamos lo que hagamos a favor o en contra de ello.

Como en la práctica todo el peligro se encuentra en la dirección de un abuso de un principio del estado del bienestar, los que tienen una responsabilidad intelectual no pueden tener dudas acerca de su actitud correcta. La mayor expansión del estado del bienestar no necesita su voto, pues de ella se ocupan (y en mayor grado del que nos conviene) las fuerzas políticas y sociales de nuestra época. Por tanto, pueden adoptar tranquilamente la regla de trasladar el peso de su voto al otro lado y colocar la preocupación sobre los peligros y límites del estado del bienestar. El moralismo barato es cualquier cosa menor moral para nadie, pero para los intelectuales responsables no deja de ser inmoral. Su tarea es hacerse impopulares, igual que el autor de este artículo, y decir lo que, tal y como están las cosas, casi nadie dice.

En otras palabras, es más seguro en este caso, como en muchos otros, equivocarse exagerando la crítica en lugar del apoyo. La responsabilidad que asumimos en el primer caso es incomparablemente más ligera que la que recae sobre nosotros en el segundo. El estado del bienestar no necesita nuestra amable ayuda, ya que puede arreglárselas bien sin ella. Pero la dignidad de la persona libre y la buena salud de la sociedad sí necesitan nuestra ayuda, porque se están viendo en peligro por la proliferación del estado del bienestar. Ha llegado el momento en que el estadista responsable, el científico social y el líder de la opinión pública deben formar una alianza para reforzar las fuerzas de la moderación, la precaución, la duda y la conservación, que están amenazadas con ser derrotadas, por mucho que podamos hacer. Si esta actitud requiere valentía, más motivo para adoptarla.

Hasta aquí la táctica, la atribución correcta de importancias. Damos un paso más y nos encontramos en el campo amplio de otra serie de cuestiones, a saber, que el mero sentido común sugiere que los objetivos del estado del bienestar pueden alcanzarse más rápidamente haciendo una cosa y no otra, sin hacer así al estado del bienestar más «asocial». En esos casos habría que ser muy irremediabilmente dogmático como para no darse cuenta de que la falta de inteligencia no hace ningún bien, ni siquiera al estado del bienestar. Por tomar un ejemplo del área importante de la medicina social, hay sin duda personas que no negarían la necesidad de dar ayuda financiera en ciertos casos a ciertos grupos



para ayudarles a recuperar su salud. Pero hay maneras más o menos inteligentes de alcanzar este objetivo. Sería una absoluta tontería y un fracaso apreciar las leyes elementales de la psicología y la economía para tratar de negar la necesidad de viejo y sensato principio de dejar que el paciente normalmente afronte alguna parte del coste de restablecer su propia salud, dándole así un interés en reclamar ayuda solo después de una consideración seria y dentro de unos límites razonables del gasto. Como hay que hacer en todo caso excepciones para casos de emergencia, no hay excusa para no aplicar este principio de control automático para compartir gastos en los seguros sanitarios y sería difícil encontrar una respuesta a la pregunta de por qué quien paga de su propio bolsillo su ropa, su radio y, sobre todo, las innumerables formas de arruinar su salud, no debería pagar una parte modesta del coste de recuperarla.

Por supuesto, no puede negarse que detrás de estas cuestiones de técnica administrativa y conveniencia organizativa hay en último término algunos problemas de tipo fundamental. Y esto nos lleva al núcleo del asunto. Estamos condenados a ver las cosas de forma distinta incluso en cuestiones de este tipo si sostenemos distintos puntos de vista sobre el verdadero significado de la asistencia social pública. La distinción básica se encuentra en cuál de las dos cosas queremos: una mano que ayude a quienes realmente lo necesiten o a quienes podamos suponer que lo necesiten o usar la asistencia pública social como instrumento de un estado del bienestar que merezca el calificativo de «socialista» al buscar la socialización progresiva de la satisfacción de deseos y la igualdad económica y social sin considerar la renta y riqueza de las personas englobadas en el estado del bienestar. El abismo que separa estas dos opiniones no podría ser más profundo y menos atravesable, pues la primera es conservadora (o, si se prefiere otra palabra, «evolutiva»), mientras que la otra es revolucionaria y la primera está conforme con los principios de la economía de mercado y es indispensable si se quiere que la economía de mercado se califique correctamente como «social», mientras que la otra le es hostil y la erosiona.

Seguimos lejos de tener claro en qué grado esto puede ser una preocupación tan acuciante como para trabajar esta distinción en términos precisos y tomar una decisión clara. Aun así, es una amarga necesidad, así que podemos mantenernos firmes contra los intentos de ocultar la decisión y pervertir la idea de que nadie debería caer por debajo de un mínimo, convirtiéndola en la idea contraria de que nadie debería estar por encima de un máximo por muy cerca que esté de ser igual para todos. De hecho, tampoco hasta ahora hemos llegado hasta el fondo en las consecuencias prácticas de esas dos filosofías sociales. De

nuevo es la filosofía social la que nos puede proporcionar muchos ejemplos de aplicación práctica en casos concretos.

Si miramos la diferencia desde otra perspectiva, vemos bastante claramente que realmente es una diferencia en la aproximación social de la gente, en los objetivos que le hacen marcar su rumbo. Por un lado, están todos los que ponen todo el énfasis en la responsabilidad individual hacia uno mismo y su familia, que consideran esta responsabilidad no solo como una carga, sino como la esencia de su dignidad humana y que quieren desarrollar y fortalecer este sentido de responsabilidad individual, así como tanto la voluntad como la capacidad para asumirla. Desde esta perspectiva, la ayuda estatal es un medio subsidiario, una posición en retaguardia para caso de que la vanguardia de la autoayuda y la ayuda mutua voluntaria se venga abajo. En el otro lado están quienes invierten este sistema de defensas y que trabajan por demostrar que nuestra idea básica, basada en el individuo, es una ridiculez pasada de moda, indigna de un progresista, utópica, reaccionaria, ignorante o incluso una tontería económica. Su idea básica es la concepción de la sociedad como una máquina colosal con sus tubos, válvulas y termostatos inyectando rentas de esta forma u otra y como una olla enorme a la cual la gente contribuye desigualmente, pero de la cual todos se llevan raciones iguales.

Cualquier discusión entre estos dos campos es difícil, pero no imposible. No es inútil en todas las circunstancias mostrar a los representantes del segundo grupo su propia filosofía social más claramente de lo que a menudo la ven ellos mismos y así tratar de escarmentarlos e incluso sacudirlos. Sin embargo, el mejor resultado puede esperarse demostrando que cuanto más progrese el estado moderno del bienestar, más cerca estará de un punto crítico más allá del cual las consecuencias son inevitables hasta el punto de que ni siquiera el más bienintencionado en esta evolución puede razonablemente quererlas sin arriesgarse a ser acusado de intransigente. Este punto crítico (o, podríamos decir, el punto en que la leche se derrama) puede determinarse de tres maneras.

Primero, se llega al punto crítico cuando cuesta tanto hacer que funcione el estado del bienestar que incluso sus beneficiarios, la masas, empiezan a ser claramente conscientes de la carga financiera que implica y cuando se convierte en un asunto de importancia práctica para todos averiguar si, cuando las inyecciones se hacen en todas direcciones, uno está mejor o peor. Es casi imposible responder hoy a esta pregunta, una circunstancia que se añade a la incomodidad y las dudas que parecen caracterizar cada vez más el clima espiritual de los países típicos con estado del bienestar. En ese punto se cierne una cuestión

más, que es si a los beneficiarios de la seguridad social pública no se les atendería mejor si el estado del bienestar les dejara más dinero para que se atendieran por sí mismos.

Segundo, el punto crítico puede definirse como el punto en que se pone en marcha un círculo vicioso, en el que, por un lado, la ayuda obligatoria del estado del bienestar paraliza la voluntad de la gente de ocuparse de sus propias necesidades y su carga financiera debilita considerablemente la capacidad de la gente de hacerlo, mientras que, por otro lado, esta limitación de la autoatención hace a la gente cada vez más dependiente de la ayuda pública obligatoria y aumentan las solicitudes de esta. Cuándo se llega exactamente a este punto no solo depende de las proporciones que asuma el estado del bienestar en cada país, sino también del grado en que la inclinación de la gente por el ahorro y su sentido de la responsabilidad sobre sus propios asuntos resista la presión del estado del bienestar: también depende del sistema fiscal y de otras circunstancias. Los países escandinavos ofrecen el ejemplo más evidente de este punto de ebullición, pero sería imprudente suponer que Alemania o Suiza no podrían asimismo llegar a esta temperatura si los fuegos del estado del bienestar continúan ardiendo.

Los países escandinavos son también, junto con otros como Francia, un buen ejemplo de cómo puede alcanzarse el punto de ebullición de una tercera manera. Tal vez este sea el punto más crítico de todos, porque deja muy claro que el estado del bienestar acaba anulándose a sí mismo. Es el punto en el que el estado del bienestar se convierte en una de las causas principales de una inflación crónica, que, a su vez, es una de las muchas máculas en el blasón de nuestro tiempo. No puede explicarse aquí con detalle cómo funciona este mecanismo, pero tal vez se nos permita indicar que no rehuido el problema: se puede encontrar una explicación en mi libro *Más allá de la oferta y la demanda*.<sup>1</sup> Aun así, destacaría un aspecto que se olvida a menudo. Un estado del bienestar de ese tipo no solo exporta inflación a otros países que, como Alemania, tuvieron éxito conteniendo una inflación crónica, sino que también vive a costa de ellos en la medida en que mes tras mes crea una posición de deuda en la Unión Europea de Pagos. El estado del bienestar vive por encima de sus medios, pero eso solo puede hacerlo si otros pagan la factura.

De hecho, dejar que otro pague la factura es una característica general del estado del bienestar y, considerándolo con cuidado, su misma esencia. Puede

---

<sup>1</sup> Madrid: Unión Editorial, 1996

haber formas más benignas de decir esto, pero eso no altera los hechos. Pero lo importante no es solo que paga algún otro, sino que se ve obligado a hacerlo por orden del estado. Que el estado del bienestar implica necesariamente compulsión es defendible, pues ¿cómo podrían lograrse si no sus objetivos? Lo que es completamente indefendible es cualquier intento de suprimir, ocultar o sencillamente negar este hecho incómodo y feo. La compulsión es tan esencial en el estado del bienestar que realmente deberíamos llamarlo estado obligatorio del bienestar, si queremos llamar una espada a una espada y evitar cualquier intento de camuflaje. Hay buenos argumentos para esa forma directa de hablar, más cuando extrañamente se dice algo, y *sotto voce* en esos casos, acerca de la naturaleza del estado del bienestar como institución obligatoria.

A pesar de su atractivo nombre, el estado del bienestar se sostiene o derrumba por la compulsión. Es la obligación que se nos impone con el poder del estado para castigar el incumplimiento. Una vez queda esto claro, queda igualmente claro que el estado del bienestar es un mal, igual que todas y cada una de las restricciones de la libertad. La única cuestión sobre la que pueden seguir difiriendo las opiniones es si es un mal necesario y hasta qué grado. Parece evidente que una defensa convincente de este solo puede llevarse a cabo dentro de límites muy estrechos.

No hace mucho, el historiador francés P. Gaxotte calificaba a nuestra época diciendo que nunca antes había existido en el mundo tantas cárceles llenas de personas indefensas e incluso perfectamente honradas. Si es así, el estado del bienestar, como una de las principales áreas de la compulsión del estado debe tener su parte de responsabilidad.

## XV. La crisis de la balanza de pagos de EEUU: Diagnóstico y tratamiento

*Neue Ziircher Zeitung*, 25 de noviembre de 1960.

Cuando un país como Estados Unidos parece sufrir un inflexible déficit en su balanza de pagos, un mal cuyo síntoma es una pérdida de reservas de oro, es tentador reaccionar de la misma manera en que el lego en economía reacciona ante un proceso así. Se mira a la balanza de pagos como si tuviera un par de platillos: se advierte que un platillo, con los pagos a países extranjeros, está bajando y el otro, con los pagos desde el exterior, está subiendo. De ello se deduce que el problema es que evidentemente hay demasiado en un platillo y demasiado poco en el otro. De esto se deduce, según el argumento, que ya es hora de que el gobierno se asegure de que algo se quite del platillo más pesado y se añada al más ligero. Desde ahí solo hay un paso a la noción de que los platillos desequilibrados puede arreglarse con cualquier medida que aumente los ingresos y disminuya los desembolsos. Y así es como se puede hablar seriamente acerca de restricciones a la importación y subvenciones a la exportación, control de cambios, incentivos a las importaciones de capital y obstáculos a las exportaciones de capital.

De hecho, una parte alarmantemente grande de la opinión con respecto a la actual crisis de la balanza de pagos en Estados Unidos se encuentra en el nivel básico de economía y las medidas que aparentemente se están contemplando son del mismo tenor. Como la balanza comercial de EEUU sigue estando en superávit, como antes, la causa del problema se supone que debe ser el déficit en la cuenta de capital o, en otras palabras, un exceso de transferencias unilaterales de capital de Estados Unidos al exterior. A partir de esta conclusión se supone que este exceso debe disminuirse y alinearse con el otro lado de la balanza de pagos. Dado que una gran parte de las transferencias unilaterales de pagos de EEUU es de naturaleza política, el gobierno de EEUU se siente obligado a cerrar un poco este grifo, sin considerar las consecuencias que podría tener sobre la situación política mundial. Al mismo tiempo, se induce a otros gobiernos a quedarse con parte de estos gastos políticos, más concretamente al gobierno alemán, al que se considera eminentemente capaz de hacerlo a la vista del mismo tipo de consideraciones, a saber, el superávit persistente en la balanza alemana

de pagos. Esta evaluación de la solvencia alemana está apoyada en la misma Alemania por quienes explican el superávit alemán como debido en gran parte a las insuficientes exportaciones de capital alemana y a la recepción de pagos unilaterales en dólares (costes de mantenimiento de las tropas estadounidenses en Alemania) y que así actúan siguiendo los deseos estadounidenses.

Todos estos argumentos y medidas son claramente defectuosos por un error elemental en economía, que nadie que tenga formación económica puede dejar de ver. Qué tipo de error es queda bastante claro una vez apreciamos que todo el problema es algo que debería resultar familiar para al menos la generación más antigua de economistas. Es de nuevo el problema de la transferencia de las indemnizaciones alemanas tras la Primera Guerra Mundial y la capacidad de pago de Alemania.<sup>1</sup> En ese momento, la opinión predominante era, al principio y de forma bastante simple, que la capacidad de Alemania para hacer pagos unilaterales al exterior dependía de su capacidad para lograr un superávit equivalente de la balanza de pagos. Esta tesis llevó a una discusión prolongada e interesante (pero, sin embargo, hoy olvidada), que acabó dejando claro que el superávit de la balanza de pagos no era la condición, sino el resultado de las indemnizaciones alemanas y fue la medida de cuánto estaba pagando Alemania por sus propios esfuerzos.

Si un país (eso dice la lección que aprendimos entonces de nuevo) hace más pagos de capital en el exterior de los que recibe y, por tanto, tiene un déficit en la cuenta externa de capital, como fue el caso de Alemania con el pago de las indemnizaciones y es ahora el caso de Estados Unidos pagando ayudas al desarrollo, subvenciones y los costes de las tropas de EEUU acuarteladas en el extranjero, este país debe necesariamente registrar un superávit en la cuenta de bienes y servicios que equivalga a la cantidad efectivamente desembolsada para equilibrar la cuenta de capital. Estas son las palabras clave: la cantidad desembolsada para equilibrar la cuenta de capital. Todo depende de un volumen apropiado de poder adquisitivo que se haya extraído previamente del volumen total de renta y gasto interiores y de que el país sea lo suficientemente rico como asumir esta extracción interior a su manera. Por tanto, el problema reside principalmente, no en la balanza de pagos, sino en la capacidad del país de recabar internamente los recursos necesarios.

---

<sup>1</sup> Ver el artículo I. «Sobre los problemas de transferencia de los movimientos internacionales de capital» en este libro.

Ahora bien, está fuera de dudas que no ha ocurrido nada en Estados Unidos durante los últimos años que pueda haber debilitado repentina y seriamente la capacidad del país para tener disponibles recursos internos para pagos exteriores. Si hay que hacer estos pagos y en qué medida sigue siendo una cuestión política, sobre la que no nos corresponde pronunciarnos. Como mínimo, el margen económico para esos pagos ha aumentado en lugar de disminuir, dado el continuo crecimiento de los últimos años debido a la prosperidad y fortaleza económica de Estados Unidos. Hoy, si el gobierno de EEUU quisiera aflojar la presión sobre la balanza de pagos mediante recortes en su gasto unilateral en el exterior, esto alteraría la estructura de la balanza de pagos de EEUU de tal manera que cabría esperar una disminución correspondiente en el lado del crédito de la cuenta de bienes y servicios. Por el contrario, si el gobierno alemán quisiera disminuir el superávit de la balanza de pagos redoblando los pagos exteriores unilaterales, esto alteraría la estructura de la balanza de pagos de Alemania de tal manera que cabría esperar un aumento correspondiente en el lado del crédito de la cuenta de bienes y servicios.

Esto suena menos paradójico si entendemos dónde está realmente el problema. El problema está en el *ajuste* que es necesario si se tienen que compensar cambios grandes y repentinos en la balanza de capital en la cuenta de bienes y servicios para llegar a un nuevo equilibrio. Ese ajuste necesita tiempo y puede conllevar dificultades y fricciones. El que estas últimas no deberían sobreestimarse y el que de hecho haya fuerzas poderosas que tienden a reequilibrar la balanza de pagos en caso de transferencias unilaterales de capital está en el contenido de la teoría de la transferencia, sobre la que los economistas acabaron estando de acuerdo hoy hace más de un tercio de siglo.

Y aquí entremos en el meollo de la cuestión. Lo que esté en el fondo de las dificultades de la balanza de pagos de EEUU es un problema de equilibrio, no de capacidad de pago y es un problema que corresponde a la totalidad de la economía, no solo a la balanza de pagos. Estados Unidos no es un centavo más pobre o menos capaz de pagar debido a su déficit en la balanza de pagos, ni Alemania es un céntimo más rica o más capaz de pagar debido a su persistente superávit en la balanza de pagos, igual que Francia no era en modo alguno pobre e insolvente mientras mantuvo un déficit externo ni repentinamente se convirtió en rica y solvente cuando ajustó el tipo de cambio del franco, contuvo la inflación y convirtió así su déficit de la balanza de pagos en superávit. Si Estados Unidos sufre hoy una crisis de la balanza de pagos, la razón es que la economía de EEUU en su conjunto ya no está en equilibrio con las economías de otros países. Este equilibrio depende de dos factores, que son, por un lado, la estructura

estadounidense de precios y costes en comparación con la de otros países y, por el otro, los tipos de cambio, es decir, el gozne sobre el que giran las estructuras de precios y costes.

Por tanto, es erróneo decir que Estados Unidos tiene un diferencial de pagos porque importa demasiado o exporta demasiado poco o exporta mucho capital e importa demasiado poco. La respuesta correcta es que la balanza estadounidense de pagos ha dejado de estar en equilibrio porque la economía estadounidense ha perdido el equilibrio con los grandes países extranjeros. Y esto ha pasado porque, a la vista de todas las circunstancias, que incluyen muy especialmente la recuperación económica de los países europeos y su creciente fortaleza competitiva, Estados Unidos se ha hecho demasiado caro, o menos competitivo, o no ha conseguido reconciliar el volumen total de su renta y gasto internos con sus pagos externos, o comoquiera que se quiera decir para indicar un estado de cosas que esencialmente se resume en un solo hecho. Ese hecho es que incluso la sociedad opulenta, por usar la conocida descripción de Galbraith de la economía estadounidense, puede acabar viviendo por encima de sus medios. Por supuesto, todo esto está sometido a las reservas de que nada se ha cambiado en el factor de conversión entre Estados Unidos y el resto del mundo, es decir, en el tipo del dólar.

Con respecto a la cuestión de la principal causa de la perturbación del equilibrio de la economía estadounidense, este es un tema en el que se ha acabado llegando a un acuerdo de largo alcance. Algunos de los economistas que ahora se contentan con la teoría de que el diferencial de la balanza estadounidense de pagos se debe a su ayuda y su gasto militar exteriores estuvieron hasta hace muy poco entre los principales críticos que advirtieron en contra de los efectos de la inflación de salarios. Y de hecho la crisis de los pagos estadounidenses es uno de esos efectos correctamente temidos y parece como si la huelga del acero del año pasado fuera la gota que hizo colmar el vaso. La verdadera situación queda bastante clara si consideramos las posibilidades de un tratamiento eficaz. A este respecto, hay dos cosas de las que difícilmente se puede dudar. Una de ellas es que indudablemente existe un tipo para el dólar, es decir, un factor de conversión que daría lugar a un nuevo equilibrio y, en segundo lugar, es evidente que si, por razones absolutamente encomiables, no se va a devaluar el dólar, el equilibrio puede reestablecerse debilitando el impulso al alza de los costes y precios estadounidenses.

Dado que en realidad una devaluación del dólar, solo por razones políticas, sería una gran desgracia para la totalidad del mundo libre, todo depende de ese



debilitamiento del impulso al alza de los costes y precios estadounidenses. Por tanto, evitar devaluar el dólar (por no hablar de algo tan impensable como el control estadounidense de cambios) implica una política crediticia y financiera restrictiva en Estados Unidos. La administración actual está abierta al reproche de que no ha hecho lo suficiente a este respecto y no ha sido suficientemente coherente. Si la nueva administración Kennedy quiere hacerlo mejor, tendrá que ser mucho más enérgica que su predecesora en cerrar todos los grifos de Washington, en lugar de abrirlos todavía más, como han anunciado hasta ahora Kennedy y sus asesores. Las esperanzas de Estados Unidos y de todo el mundo libre, con respecto a esto y otras cosas, se basa en que el nuevo presidente se convierta de Saulo en Pablo (y ojalá vea pronto la luz en el camino a Damasco). Por decirlo en términos simbólicos: todos podríamos relajarnos si el presidente remplazara a su asesor puramente inflacionista Galbraith por un hombre como el profesor Haberler.

Las dificultades y penurias de una política de ajuste como esa de disciplina monetaria interna serían menores cuanto más cooperación obtenga Estados Unidos de los países europeos con superávits en sus balanzas de pagos. El país que podría prestar el mejor servicio a Estados Unidos es aquel que constituye un caso extremo de superávit en su balanza de pagos y ese país se prestaría a sí mismo un servicio incluso mayor. Ese país es Alemania, al que se exhorta actualmente a que alivie a Estados Unidos asumiendo parte del gasto político exterior. Se ha argumentado aquí que, lejos de recelos políticos, la idea de dicho alivio se basa en un diagnóstico erróneo del mal. Por otro lado, Estados Unidos podría esperar una ayuda efectiva de Alemania si Bonn y Frankfurt acabaran decidiendo cuál de los dos rumbos tomar: o dar rienda libre a los efectos inflacionistas que derivan de los superávits de las balanzas de pagos, disminuyendo así el poder adquisitivo interno de la moneda, o aumentar el poder adquisitivo externo del marco. El caso de Alemania es exactamente el opuesto del estadounidense. A través del Atlántico es preferible definitivamente un amortiguador antiinflacionista a una devaluación e igualmente de forma definitiva sería mejor por este lado revaluar en lugar de dejar que la inflación estalle, es decir, dejar que el poder adquisitivo aumente externamente en lugar de disminuir en el interior.



## XVI. El mundo sin un sistema monetario mundial

1961.

Si no fuera por los negros nubarrones de la política mundial agrupándose sobre Berlín en este momento y obscureciendo todo lo demás, sería mucho más evidente que las aspiraciones, cuidados y peligros centrados sobre el problema de las relaciones monetarias internacionales han asumido un grado de importancia casi sin precedentes. El debate se arrastra por este camino y, un proyecto tras otro, sigue rebrotando y casi parece como si los economistas y expertos financieros de nuestro tiempo estuvieran todos poseídos por la novedosa ambición de asociar su nombre a algún «plan» de reforma monetaria internacional. Sería increíble si una visión clara de lo esencial hubiera prevalecido en todo esto, aunque puede esperarse que la niebla acabe dispersándose. Pero el paisaje que veremos entonces no promete ser brillante y soleado. Tal y como están las cosas, la modesta intención del autor no es proponer un nuevo «plan», sino señalar unos pocos puntos de orientación en este confuso debate.

En más de un sentido, parece razonable empezar con la revaluación de la divisa alemana, que se ha alabado como un acontecimiento importante hace unos pocos meses, no tanto por su extensión, que fue bastante modesta, como por el principio que implicaba. Es verdad que hubo críticos en el interior y el exterior que se opusieron a esta medida y que, una vez se llevó a cabo con su oposición, la condenaron, pero incluso entre ellos debe haber hoy pocos que rechacen admitir que eso derivaba de una lógica convincente e irresistible, como raramente se encuentra en política económica. Incluso los malos perdedores entre estos críticos, que, con una lógica algo defectuosa que los lleva a contradicciones con su previo rechazo de la revaluación, la reprochaban por no ser suficientemente eficaz, deben preguntarse con toda sinceridad qué hubiera ocurrido sin una revaluación en una situación de continuos superávits en la balanza de pagos, prácticamente ninguna disminución en la temperatura sobrecalentada del auge y salarios que aumentaban con fuerza.

Pero en general nadie parece inclinado a dedicarse a estas refriegas después de estos acontecimientos. El sentido de la revaluación ha pasado a la historia con una velocidad que es todavía más asombrosa a la vista de la urgencia que reclamaba la medida y con que se proporcionaba la ayuda. Por supuesto, sería

erróneo decir que ya se ha olvidado, aunque ni siquiera eso sería una sorpresa en el vertiginoso ritmo de nuestro tiempo. La calma casi completa en este campo de batalla tan ardientemente contestada no hace mucho refleja, entre otras cosas, la actitud de los opositores de otra época. Los defensores de la revaluación no están de humor para una ruidosa alegría exultante, dado que el solo y único fuego de artificio resultó ser bastante exiguo y por el otro lado hay incluso menos inclinación a hacer el ridículo negando los efectos saludables de la revaluación. Otra cosa que sin duda importa es que precisamente por ser tan ruidosa, agresiva e insistente la oposición a la revaluación y llevarse por tanto a cabo tan tarde y en una dosis tan pequeña, fue bienvenida por la gente con mucha más gratitud y dio una impresión de promesa de durabilidad. Esto es de la máxima importancia a nivel político y moral. Pero eso no altera el hecho de que no se han disparado más tiros en este frente.

Como esta es una razón especial y profunda, nos lleva al meollo de la cuestión. Incluso los defensores de la revaluación supieron siempre que no podría haber un gesto definitivo con el que dejar abierta la puerta a un paraíso de equilibrio permanente y protección segura contra la inflación importada. Nadie podría alimentar la ilusión de que sería algo más que una respuesta provisional a un problema de mucho más alcance y más grave. Ese problema, que estaba detrás de la inflación importada de Alemania y después de la revaluación sigue esperando una solución, ha pasado a primera fila con toda su claridad y gravedad ahora que se ha dado la respuesta provisional y se ha reconocido como provisional. Es el problema de la intolerable inadecuación a largo plazo del sistema internacional de pagos. Dicho de forma aún más sencilla, el problema consiste en el hecho de que una serie de tareas esenciales a cumplir por el sistema monetario internacional, o no se cumplen, o se realizan de forma inadecuada. El mundo no posee ningún sistema monetario mundial, ni siquiera en su mejor mitad no comunista, o al menos ninguno digno de este nombre. Por supuesto, esto ha sido así desde que el anterior sistema monetario mundial, el único que ha existido en nuestra época histórica, es decir, el patrón oro, se vio arrasado por el torbellino de la Gran Depresión de hace treinta años, habiendo ya sufrido una peligrosa desnaturalización después de la Primera Guerra Mundial, para rearrancarse, por decirlo así, en el edición barata y popular del Patrón Oro Cambio. Pero todo esto no había quedado claro hasta ahora.

Después de todo, tuvimos que considerar una cosa tras otra y cruzar cada puente a medida que llegábamos a ellos. No hace tanto tiempo que teníamos que considerarnos afortunados si conseguíamos eliminar algunos de los peores obstáculos en los pagos internacionales, sobre todo los controles de cambio y así

reintroducir las condiciones de una economía internacional razonablemente libre y multilateral. A veces tuvieron que librarse duras batallas hasta que, a través de una serie de etapas, entre las cuales la Unión Europea de Pagos fue una destacable, a pesar de su naturaleza provisional y sus defectos, se llegó finalmente a la convertibilidad para la mayoría de las monedas importantes, aunque con distintos grados de perfección. Fue un progreso incalculable, pero cuando desapareció inevitablemente dejó al descubierto los defectos esenciales del sistema monetario internacional. Nunca se dudó de estos defectos desde el principio, por supuesto, y ahora, cuando el restablecimiento de la convertibilidad o el grado de su perfección queda claramente en evidencia, sería absurdo caer en una apenada nostalgia por los buenos viejos tiempos de inconvertibilidad y control de cambios y culpar de estos defectos a la convertibilidad por fin lograda de nuevo en un grado al menos aceptable y moderado. Si me rompo una pierna y me recupero lo suficiente como para andar de nuevo, sería absurdo que, a la vista de los peligros a los que me expongo ahora por el tráfico en las calles, echara de menos los días idílicos en que tuve que quedarme en la cama. Si me atropellan ahora, no hay culpar a mi recuperación con éxito, sino a la falta de disciplina en el tráfico.

¿Pero a qué se refiere todo esto? ¿Dónde están los problemas? Estas son las preguntas que deberían plantearse en primer lugar y es frecuentemente el hecho de no hacerlo con suficiente firmeza una de las principales razones por las que el debate actual es tan confuso, como indiqué antes. Sufre realmente de un grado inusual de que hay una persona que habla de una cosa y otra de otra distinta, sin acuerdo con respecto a qué problema concreto hay que discutir en cada momento concreto. Es verdad que probablemente haya un amplio consenso hoy en la opinión acerca de cuál es el problema básico, que es el sencillo hecho de que no tenemos un sistema monetario internacional, en el sentido de que tuvimos uno en los tiempos del patrón oro y de que, desde su abandono, nunca conseguimos reemplazarlo por algo que pudiera asumir sus funciones. Esto es indiscutible, por mucho que podamos rechazar cualquier retorno a ese modelo considerándolo un absurdo utópico y por muy grande que sea la sonrisa que podamos fingir cuando nos encontremos con una de las raras e ignorantes personalidades que piensan que la puerta a este paraíso no está inevitablemente cerrada a cal y canto. Esto sigue siendo un hecho y sería bueno que todos por fin lo admitieran abiertamente.

Pero ¿qué queremos decir cuando decimos que no existe un sistema monetario internacional? ¿Cuáles son los problemas que habría que resolver si queremos tener de nuevo un sistema así? Aquí es donde empieza la confusión

semántica. Para empezar con uno de los «planes» más mencionados hoy, el Plan Triffin, está claro que su originador tiene principalmente en cuenta un problema de tipo especial, el problema de lo que llamamos la liquidez internacional. Lo considera el más grave y el más urgente, porque en su opinión la principal divisa de reserva, el dólar, necesita aliviar su carga, que amenaza con perjudicar, o la posición de los pagos estadounidenses, o la liquidez internacional. Si EEUU tiene una balanza de pagos deficitaria, como ha pasado en años recientes, el resto del mundo, en la medida en que registra superávits correspondientes en las balanzas de pagos, recibe una inyección adicional de liquidez. Entre paréntesis, debería decirse que el déficit estadounidense no se debe, como podría parecer, a que el dólar es la principal moneda de reserva, sino a que el equilibrio externo de la economía estadounidense se ha visto alterado por diversas razones, que incluyen, sobre todo, una inflación en Estados Unidos demasiado fuerte en relación los cambios en la fortaleza competitiva internacional y la inflación en Europa. Pero volvamos al argumento principal. Inversamente, si el déficit externo de EEUU se eliminara con un cambio en sus factores causales, Washington podría realmente suspirar con alivio, pero esto exprimiría la liquidez internacional. Dicho en pocas palabras, la manta es demasiado corta y tiene que alargarse. Esto podría hacerse aumentando el precio del oro y hasta este punto la idea del Plan Triffin en realidad apenas difiere de ciertas nociones de los defensores de un precio más alto del oro. La característica especial del Plan Triffin es que propone reponer la liquidez internacional, no por el método sencillo de aumentar el precio del oro, sino por apuntes contables internacionales.

La liquidez internacional es un verdadero problema. Eso deberían admitirlo todos. Los bancos centrales necesitan una masa de maniobra para que actúe como amortiguador contra las sacudidas continuas que derivan de las balanzas de pagos. Se puede incluso ir más allá y conceder que es probable que la base de liquidez de la economía mundial actual, a la vista del crecimiento extraordinario de sus flujos de pagos, se haya hecho tan estrecha que, tras la absolutamente deseable normalización de la balanza estadounidense de pagos, puede realmente dar lugar a un grave problema que el autor del Plan Griffin asume en común con los defensores de un aumento en el precio del oro y con los autores de varios otros planes. Pero hay que añadir de inmediato que, aunque el problema de la liquidez internacional como tal debe tomarse en serio, no es en modo alguno un problema sencillo.

No es fácil definir la idea en términos que impidan que se abuse de ella. Por ejemplo, está la cuestión de cómo decidir si las dificultades de la balanza de pagos de cualquier país concreto implican un verdadero problema de liquidez, como

parece suponerse en el caso de los créditos condicionales en apoyo de la libra esterlina, o son sencillamente un reflejo de que ese país está «viviendo por encima de sus medios» continuamente y pidiendo en nombre de la liquidez que el diferencial de pagos de los que es responsable lo cubran los países solventes, a lo que ha equivalido en realidad el mecanismo de la Unión Europea de Pagos durante años. Cualquier banquero sabe que el tipo de cliente que pide un crédito a corto plazo para cubrir una «falta de liquidez» pasajera está de hecho muy endeudado. Difícilmente puede esperarse otra cosa en asuntos internacionales, especialmente en nuestra época, en la que los propios expertos están dominados por una ideología tomada por verdad científica desde Keynes, es decir, la ideología de un inflacionismo más o menos velado o, como mínimo, de un abierto antiinflacionismo, luchando con uñas y dientes contra la admisión de que la verdadera causa de las dificultades de la balanza de pagos reside en las extravagancias financieras de la moderna democracia de masas.

En realidad, las puertas están completamente abiertas para un abuso de este postulado de «liquidez internacional». Incluso ahora se abusa de este en un grado alarmante y hemos llegado al punto en que cualquiera que hable de «liquidez», por norma quiere decir algo muy distinto, esto es, una especie de inmunidad frente a las consecuencias de una política económica, social y fiscal que perjudica al equilibrio de la balanza de pagos, así como la confianza en la moneda del país y el merecimiento de crédito internacional. Este abuso de una palabra que, correctamente entendida, se refiere a un problema legítimo y muy grave es ahora, repito, incluso más alarmante. Pero esto no supone nada frente a lo que tendríamos que esperar si, como propone el Plan Triffin, se creara un superbanco internacional y los activos que administrara (¡y creara!) reemplazaran al oro como la «moneda última» de la economía mundial y la decisión con respecto a la asignación de la «liquidez» quedaría en manos de los directores y gestores de dicho banco. Los países que aceptaran la disciplina monetaria y que no necesitaran esas asignaciones, pero a los que se pediría que las financien, serían sin duda aquellos cuyos gobernadores de bancos centrales consideraran irresponsable unirse a una institución que les ofrece activos contables «internacionales» en lugar de reservas en oro o en moneda respaldada por oro, lo que se convertiría en una trampa para ratones para su buena moneda. Esto sugiere que esa «politización» e «institucionalización» del sistema monetario internacional, como pretende el Plan Triffin, no solo fracasaría en garantizar cualquier sistema así, sino que, como el Plan Keynes del pasado ya remoto, es muy probable que se basara en una voluntad insuficiente de limitarse a sí mismos por parte de los gobiernos y bancos centrales nacionales.

Pero las mismas señales de peligro mantienen su validez incluso dentro de la configuración más estrecha de un Plan Triffin restringido a Europa, como se ha dicho recientemente. Sin embargo, incluso suponiendo que el Plan Triffin sea políticamente viable y resuelva el problema de la liquidez internacional mejor que hasta ahora, sigue pudiendo hacerlo solo en detrimento de otro problema, que es el problema real del sistema monetario internacional. El Banco Triffin estaría libre del «freno del oro» (Schumpeter) y dotado de las posibilidades de creación de dinero de un banco que, por su parte y dentro de ciertos límites, no tendría problemas propios de liquidez, sino que tendría que atender las demandas de liquidez de sus clientes menos sólidos y estaría sin duda bajo la influencia de la ideología antiinflacionista prevaleciente. Sería realmente difícil para un banco como ese resistirse a la tentación de la política inflacionista o al menos de prestar su apoyo a las tendencias inflacionistas existentes. El reproche que Jacques Rueff, hoy objeto de muchos ataques, dirige a los acuerdos monetarios actuales en todo el mundo, es decir, que inflan el crédito internacional de la misma manera que un verdadero patrón de oro cambio, se aplicarían todavía más necesariamente al Plan Triffin. De hecho, equivale a una especie de superpatrón de oro cambio a escala internacional, siendo su única diferencia con uno nacional que en este caso no habría ni siquiera la posibilidad de que la cometa inflacionista se corrigiera por sí misma por el tipo de corrida sobre la moneda que teme Rueff.

Si queremos formular ahora el problema real y esencial de un sistema monetario internacional, podríamos hacerlo de la siguiente manera. El mundo sufre de la incompatibilidad elemental de tres cosas, que son la convertibilidad de un grado aceptable y modesto como se ha restablecido, la estabilidad de tipos de cambio y la libertad de cada país para elegir cualquier tipo de grado de disciplina monetaria en cualquier momento parece seguir la línea nacional de menor resistencia política y social. Como esta línea parece variar mucho de un país a otro (como ejemplo: de media en los años 1953-1956, los días de trabajo perdidos anualmente por cada 1.000 trabajadores suman 575 en Estados Unidos, 205 en Francia, 135 en Gran Bretaña, 70 en Alemania y 9 en Suiza) y como, además, algunos países están más dispuestos que otros a seguir esa línea de acuerdo una gran variación en la alergia antiinflacionista de la población (es muy alta en Alemania, para desesperación de los expertos inflacionistas de los países anglosajones) y el grado igualmente variable de cinismo monetario en las élites, no es posible reconciliar la convertibilidad a tipos fijos con la autonomía de las



políticas monetarias nacionales. A dónde nos puede llevar este enfrentamiento ha quedado claro con el ejemplo de la moneda alemana.

Así que el núcleo del problema es la incompatibilidad elemental de los dos postulados de un sistema monetario internacional, que son la libre convertibilidad y la estabilidad de los tipos de cambio y las considerables diferencias en el grado de disciplina monetaria. Este conflicto debe eliminarse y ese es el alfa y la omega del sistema monetario por el que se debe trabajar. Pero el conflicto solo puede eliminarse sacrificando uno de los tres elementos incompatibles.

¿Cuál tiene que ser? No la libre convertibilidad en ningún caso: hasta ahí sin duda se está en terreno común, aunque algunas de las propuestas de reforma, analizadas con cuidado, sí implican un recorte en la convertibilidad.

¿Y si sacrificamos la estabilidad de los tipos de cambio? Esto puede resolver la situación bajo ciertas circunstancias o al menos puede considerarse el menor de los males, como han demostrado convincente y esperemos que definitivamente tanto la devaluación del franco francés a finales de 1958 como la reciente revaluación del marco alemán. Pero ha quedado también claro que no podemos arreglárnoslas con esas correcciones puntuales mientras tengamos que vivir con diferencias considerables en disciplina monetaria nacional y, por tanto, con el peligro permanente de graves perturbaciones en las balanzas de pagos e inflación importada. En ese caso, los países con una disciplina monetaria relativamente estricta tendrían que optar entre arriar las velas y sufrir la inflación que se les impone desde fuera en el grado que se considere apropiado por los inflacionistas ideológicos y los jefes de los sindicatos de Estados Unidos y Gran Bretaña o, por el contrario, soltar las amarras que les obligan ante la aparición de inflación en otro lugar y tratar de probar suerte con los famoso tipos flotantes de cambio.

Esto nos lleva a un tema que no podemos explicar en su totalidad en esta ocasión. Pero tras todas las polémicas debería estar claro que este es un experimento al que le falta la base de una experiencia práctica, y un experimento peligroso como este ha de considerarse solo como un consejo desesperado. Podríamos desear que se acordara también que el postulado de tipos estables de cambio, aunque no se encuentre ni cercanamente tan alto como el de la libre convertibilidad, sin embargo, estuviera inmediatamente después de este último. Sin estabilidad en los tipos de cambio, cualquier sistema monetario internacional tendría un defecto en un asunto importante, porque le faltaría la condición importante de la integración económica internacional. Lo importante que es esta condición se verá si consideramos que la integración económica nacional (entre

las distintas regiones de un país) no es imaginable con tipos flotantes de cambio entre, digamos, monedas regionales. A la vista de todo esto, lo indicado es la máxima reserva con respecto a este asunto, por no mencionar el hecho definitivamente decisivo de que, en cualquier caso, es difícilmente viable en la práctica política.

Por supuesto, cuando todo lo demás fracasa, una decidida resistencia a la inflación puede, como último recurso, requerir esa seria consideración que se da a la solución de soltar los tipos de cambio del ancla de la paridad. Pero sería un acto de derrotismo con respecto a la terea real, que es crear por fin un sistema monetario mundial. Si realmente queremos un sistema así, entonces (y esto nos lleva al tercer punto) deben ponerse todos los esfuerzos en eliminar las actuales diferencias considerables en disciplina monetaria, al menos entre las principales naciones industriales, y en lograr un ritmo internacional uniforme. Naturalmente, esto solo tendría sentido si ese ritmo lo establecieran los países con más disciplina monetaria. Debería inducirse a los derrochadores a seguir la línea de los prudentes, en lugar de forzar a los prudentes a la laxitud de los derrochadores, que es el objetivo o efecto de muchos de los «planes» actuales.

Estas son las claras órdenes de marcha que tienen que reconocer todos los que deseen tanto un sistema monetario internacional como una defensa eficaz contra la inflación mundial y los que no estén dispuestos a lograr ni un sistema monetario internacional a costa de la estabilidad monetaria internacional, ni la estabilidad monetaria internacional a costa de un sistema monetario internacional. Sería irracional esperar que este intento de una orientación definida se combine con una propuesta dura para hacer efectivo el objetivo así definido. Solo pueden decirse dos cosas.

La primera es que incluso si el patrón oro clásico fue incapaz de afirmarse más que paso a paso, el nuevo sistema monetario internacional sería incluso más dependiente de un núcleo de países que empezaran con él. Esta idea parece estar hoy en el aire, de lo que es testigo especialmente un artículo de un hombre con tanta autoridad y distinción como el expresidente del banco central alemán, el Dr. Wilhelm Vocke,<sup>1</sup> y realmente lo que dice parece de sentido común. Su conclusión es que, dentro del área de este club de países comprometidos con una disciplina monetaria internacional igual, los dos postulados del sistema monetario internacional, es decir, libertad y estabilidad en los tipos de cambio del

---

<sup>1</sup> *Neue Zürcher Zeitung*, 19 de julio de 1961.

mercado, pueden cumplirse sin consecuencias inflacionistas. Sin embargo, por el contrario, esto significa que los miembros del club no pueden garantizar la estabilidad de los tipos de cambio en relación con otros países incapaces o indispuestos a cumplir con las condiciones para ser miembros del club. Debería ser una cuestión de honor para todo país pertenecer a este club de los prudentes y dignos de confianza, pues no serlo equivaldría a admitir que no son dignos de recibir crédito.

El segundo comentario es este: Los autores de la mayoría de las reformas propuestas hoy parecen pensar que los problemas de un sistema monetario internacional pueden resolverse sin el oro como base del sistema monetario, al menos internacionalmente, y sin respetar al oro como «dinero definitivo». Esta es una ilusión de la que debemos deshacernos. Lo que esto significa en la práctica no puede explicarse aquí con detalle, pero hay solo un punto que no deberíamos dejar pasar en silencio. Es que esta alta estima del oro se basa en la convicción bastante pasada de moda de que el patrón oro ha sido la víctima de la difamación durante los últimos veinte o treinta años. Hemos sido testigos de la aparición de una especie de *fable convenue* a este respecto, un mito de un tipo muy especial, una ristra de afirmaciones y acusaciones infundadas e injustificadas a las que les ha faltado durante mucho tiempo una revisión científica. Debería quedar clara otra cosa más allá de cualquier duda. Cualquier plan que asigne al oro la función de «dinero definitivo» en un sistema monetario internacional sencillamente no puede dar por sentado que el precio actual completamente arcaico del oro se ajustará por sí mismo, de acuerdo con el sistema internacional de valores. Pero esto significa también que cualquier ajuste deliberado del precio del oro como valor cardinal de la economía mundial solo es justificable en la medida en que esta condición de un nuevo sistema monetario se salvede estrictamente contra el abuso inflacionista.

Después de todo, las condiciones de un sistema monetario internacional basado firmemente en el oro son idénticas a las de la victoria sobre la inflación mundial actual. Quien se incline por sonreír ante incluso el retorno más modesto del oro al considerarlo como una absurda utopía deberían, por tanto, admitir con toda sinceridad que no puede acabarse con la inflación mundial. Si hay algo absurdo en todo esto, sin duda es esa sonrisa.

Todos los expertos o supuestos expertos en asuntos monetarios pueden dividirse en dos grupos principales: aquellos para quienes el oro es una espina en sus carnes y a quienes debería llamárseles por tanto auróforos y aquellos que tienen una predilección por el oro y deberían ser bautizados como aurófilos. La

genealogía intelectual de la aurofobia moderna como una nueva tendencia está por escribir. Puede remontarse a John Law, en quien pueden encontrarse ya todos los argumentos, a Keynes y sus seguidores y el acuerdo de Hitler y Krushev en esta y otras materias es un hecho que no hay que atribuir a aurofobia, sino más bien, al oro, al que odian todos los jacobinos y colectivistas. Es verdad que la aurofobia tiene un olor penetrante a ideología y a una especie de quijotismo mundial y pocas cosas hay tan características de nuestra época como la completa preponderancia de la aurofobia sobre la aurofilia. Es una forma de indignación acerca de algo supuestamente anticuado, primitivo, antiprogresista, reaccionario, con ánimo de lucro, una forma de racionalismo social que elogia algo como progresista, ilustrado y superior, una especie de doctrinarismo, en el sentido de una actitud de despreocupación por los hechos.

En esto la aurofilia es bastante diferente. Es verdad que también se basa en ciertos juicios de valor de un tipo liberal, antiolecionista, antiestatista y antinacionalista, pero además se basa en hechos más duraderos e incontestables, que son las circunstancias antropológicas de que siempre y en todas partes, y a pesar de todas las ideologías auróforas, la gente ha considerado y sigue considerando al oro como el almacén último de valor, como el bien más líquido, como un refugio cuando falla todo lo demás. Resulta divertido que esto resulte aplicable a los propios auróforos cuando no hablan sino actúan. Cuando John Law, según nos cuenta Michelet, salió por piernas después de que estallara su burbuja aurófora, se descubrió en la frontera que su bolsa contenía grandes cantidades de oro y piedras preciosas. Hitler, por mucho que denostara el oro, lamentablemente hacía que se arrancara de las dentaduras de sus víctimas y a Krushev sus ofensivas contra el oro no le impedían ocuparse mucho de este como llave indispensable para los bienes más codiciados del mundo libre.

Por qué la gente tiene esta actitud hacia el oro es una pregunta interesante por sí misma. La respuesta a ella deberá tener en cuenta muchas cosas, pero, sobre todo, las siguientes. El factor antropológico del *auri sacra fames* es una expresión de la preferencia casi instintiva por un almacén último de valor que, determinado como está por un *consensus saeculorum*, es verdaderamente internacional e independiente de los gobiernos y sus locuras. Los aurófilos admiten conscientemente esta preferencia. Ven en el oro el mérito inestimable del anclaje paragubernamental y antropológicamente condicionado del sistema monetario y de pagos nacional e internacional.

La tierra está lejos de ser el mejor de los mundos posibles y aun así hay cosas en ella de una maravillosa sabiduría. Por ejemplo, la circunstancia de que el orden

social asociado con el ideal de la libertad es infinitamente más productivo que basarse en la no libertad. Pero extrañamente los hombres están más inclinados a ignorar esos afortunados accidentes ingeniosos pero insensatos de la creación, especialmente si resultan ser intelectuales. Esto se aplica también al oro. Es una circunstancia milagrosa que deba existir un raro producto natural sobre el que la humanidad civilizada ha sido capaz de estar de acuerdo como almacén último de valor. El aurófilo considera absurdo ignorar este afortunado accidente inusual y cree que, si el oro no existiera, tendría que inventarse, si no fuera porque la esencia del oro es ser una de esas cosas naturales que, como el lenguaje, no pueden inventarse. Pero está convencido de que la sabiduría del oro siempre acaba triunfando sobre la locura de sus detractores.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Cf. Charles Rist, *The Triumph of Gold* (Nueva York, 1961), una edición en inglés de Philip Cortney de ensayos escogidos del gran economista francés que murió en 1955.



## XVII. El marco y el dólar

1961.

Hoy en día parecemos estar acostumbrados a lo inusual y a lo sin precedentes. Pero incluso para nosotros debería ser sensacional leer que el gobierno de Estados Unidos está tratando de echar mano a parte de las reservas alemanas de moneda extranjera para acelerar y facilitar el reequilibrio de la balanza estadounidense de pagos. Para empezar, es bastante sorprendente que esto no se haya siquiera presentado en forma de una solicitud, sino expuesto como una demanda, lo que, junto con la indignación acerca de la negativa de los alemanes, está en la más opuesta contradicción con el principio generalmente aceptado hasta ahora, al menos entre los países más desarrollados económicamente, de que la principal responsable de su propia balanza de pagos es la política económica y monetaria de cada nación del gobierno y banco central de cada país.

La demanda tiene otras características inusuales. Habría que tener realmente muy mala memoria para permanecer insensible ante el encanto de dicha demanda, dirigida por el poder económico más importante y rico en el mundo a un país que hace solo unos diez años se consideraba un mutilado apenas capaz de mantenerse con vida y al que los mismos economistas que ahora están cerca del gobierno estadounidense calificaron como el prototipo de un país empeñado en una política económica catastrófica. Elegir a ese país para una demanda tan notable, con la explicación de que es el más rico, tal vez no sea una forma muy educada de homenaje tardío a la política económica que llevó a ese país a su estado actual, pero precisamente por eso es tan sincera.

Así que es significativo que Alemania sea el único país al que se ha dirigido hasta ahora esa demanda estadounidense y merece la pena pensar por qué debía ser así. No hace falta explicar que el gobierno que expone esta solicitud está, aparte de otros motivos, siguiendo la línea de la menor resistencia política, lo que significa, entre otras cosas, que se siente especialmente seguro de la lealtad política e ideológica del país elegido para esta demanda. Si se sostiene que es una buena política ayudar a aquellos países cuya lealtad está en duda, solo hace falta dar un paso para invertir el flujo de fondos cuando un país no solo parece ser financieramente fuerte, sino que también parece no dar ninguna causa de

preocupación con respecto a su lealtad. Esto puede considerarse una especie de distinción.

Pero, dejando aparte esta circunstancia y asumiendo que el único factor determinante es la fortaleza financiera de los países a los que puede acudir en busca de ayuda para equilibrar la balanza estadounidense de pagos, sigue sin explicarse del todo el caso. El oro y las reservas en moneda extranjera de Italia y Suiza también han ido aumentando constantemente en los últimos años y a un ritmo bastante comparable al de Alemania. Si eso hubiera sido bastante como para motivar la demanda estadounidense, podríamos preguntarnos por qué Washington no se dirigió también a Roma y Berna. Por supuesto, esto no sería inteligente, pero, aparte de estas consideraciones puramente tácticas, sin duda debe haber alguna otra razón que tenga que ver con la peculiaridad económica del caso alemán.

Esta es la clave del asunto. Habrá de que decir más ahora mismo sobre si la aproximación estadounidense a Bonn está justificada por una lógica económica convincente. Pero, aun así, como probablemente habrá que concluir, no es sino la traducción de una mala economía a la política mundial, dando expresión a unos pocos hechos indudables. La demanda estadounidense a Alemania no es el producto de la arbitrariedad o la casualidad. Por el contrario, subraya dramáticamente dos circunstancias. La primera es que, a pesar de evoluciones similares en Italia y Suiza, Alemania no ocupa un lugar especial en este sentido, en la medida en que año tras año anota superávits en la balanza de pagos, que, por diversas razones, han causado que el problema de la inflación importada sea más acuciante, más porfiado y más intratable en Alemania que en cualquier otro país comparable. El segundo significado de la demanda estadounidense es que establece un enlace entre las dificultades de la balanza de pagos de Estados Unidos y las opuestas de Alemania. Los déficits por un lado y los superávits por otro son, en realidad, partes inseparables de uno y el mismo proceso económico global que afecta gravemente la balanza de pagos internacionales, una especie de terremoto en la economía mundial con Estados Unidos y Alemania como los dos epicentros, no por primera vez en la historia económica moderna.

No es una exageración describir la gravedad del problema en estos términos, algo que testimonia, entre otras cosas, el enfrentamiento de opiniones en Alemania con respecto a la naturaleza del problema y su mejor solución. Este enfrentamiento no es incompatible si se piensa en lo que está en juego y lo que buscan los grupos que se oponen.



Uno de estos grupos destaca el peligro de los superávits externos para el poder adquisitivo del dinero y sostiene que la única manera de eludir este peligro es revaluar el poder adquisitivo del marco alemán. El que este grupo está en una posición aparentemente fuerte no lo niegan ni siquiera los opositores. No hay una respuesta fácil a este argumento de que el peligro, del cual se ha estado advirtiendo durante años con una lógica difícil de refutar, acaba de empezar a materializarse y de que todas las medidas tomadas contra ello (salvo la de aumentar el poder adquisitivo externo de la divisa) se han mostrado ineficaces, tanto contra la fuente de la disminución nacional del poder adquisitivo, es decir, los efectos inflacionistas del superávit de la balanza de pagos, como contra esta disminución del propio poder adquisitivo.

Es verdad que la economía es notoriamente un campo de opiniones en conflicto, pero, y eso sostienen los representantes de este grupo, raramente se ha dado un caso tan claro y tan convincentemente lógico como el que estamos comentando y en política económica apenas hoy otros casos en que todas las consideraciones estén tan abrumadoramente a favor de una única medida, que es aumentar el valor externo de la moneda alemana para salvar su valor interno. Pero esta es una medida que sea inaceptable para quienes determinan oficialmente o no el rumbo de la política económica alemana. Han dispuesto razones continuamente cambiantes, unas menos convincentes que otras, en un intento por explicar su rechazo al público, al que, por supuesto, es fácil de confundir en asuntos monetarios y al hacerlo han dispuesto a una intolerancia inusual hacia los contraargumentos originados en buena parte desde los economistas profesionales. Para los representantes del primer grupo, esta es una experiencia muy descorazonadora, que sirve mejor que la mayoría para ilustrar las dificultades casi insuperables para aplicar hoy en día una política económica sensata.

El primer grupo siente que su paciencia se está poniendo a prueba casi más allá de su tolerancia, pues el precio que hay que pagar por el rechazo de la recomendación parece estar aumentando a cada momento, mientras que la posibilidad de obtener algún beneficio por seguirla está disminuyendo hasta el punto de que el peligro a eludir, la inflación importada, se está convirtiendo en una realidad. Mientras se está haciendo cada vez más difícil negar el impulso al alza de costes y precios inflados por el auge sobrecalentado y la saturación en el empleo y mientras evidentemente no puede hacerse nada por persuasión y mientras las restricciones monetarias aplicadas de vez en cuando están condenadas a hacer que la fuente externa de inflación estalle con toda su fuerza, crece la tentación por aliviar las presión de los superávits externos mediante

exportaciones de capital expandidas artificialmente. Si este recurso será efectivo es algo bastante dudoso, pero casi con seguridad despojará a Alemania de recursos y hará aún más pobre a un país todavía relativamente pobre en capital. Ahora que los estadounidenses se empiezan a mostrar dispuestos a tomar parte en este absurdo juego de las inyecciones, se les dice que los superávits alemanes en su balanza de pagos no deben confundirse con riqueza alemana de capital. De hecho, esa confusión se basa en un cortocircuito mental imperdonable en un economista profesional. Pero se olvida a menudo que la misma confusión subyace en el plan para combatir los superávits en las balanzas de pagos mediante exportaciones de capital promovidas por el gobierno. La evaluación errónea de la capacidad de pagar de Alemania, tal y como se expresa en la demanda estadounidense, ha sido previamente completamente compartida por alemanes responsables y respaldada por todos los que en el segundo grupo explican el superávit externo de Alemania como debido en buena parte al gasto en dólares del ejército estadounidense acuartelado en Alemania, dando así sin querer una señal a los estadounidenses.

Nunca hubo ninguna razón para dudar de que un país como Alemania (y Alemania menos que cualquier otro país, pues el mantillo de buena voluntad internacional es ahí extremadamente delgado) no pudiera continuar año tras año absorbiendo oro y divisas, como una gigantesca bomba de succión resonando ominosamente, sin convertirse en objeto de una creciente presión para hacer algo por facilitar la situación de ese vacío de inyecciones. Alemania tendrá que pagar el rescate y esto tiene que añadirse ahora al alto precio a pagar por una política que no consigue encontrar una solución eficaz al problema de la inflación importada. El rescate debe añadirse al aumento en costes y precios, a la temperatura de ebullición de la saturación en el empleo y a las tensiones causadas por las medidas ineficaces contra la importación de inflación. Todo esto resulta aún más provocador al irse acercando el momento en que la disminución interna del poder adquisitivo acabe resultando inevitable, siendo lo más amargo de todo para cerrar este cálculo gigantesco y ya bastante amargo de por sí.

Hasta aquí el primer grupo. Al contrario que este, el segundo grupo, los que se oponen a la revaluación, llevan mucho tiempo en la posición más débil, a la defensiva. Su amargada resistencia no es demasiado inexplicable: hay varias razones para ella. Para empezar, está el conflicto de intereses. Aunque no puede reprocharse seriamente al primer grupo tener motivos egoístas, ya que la defensa de la inflación siempre (al menos hasta ahora) se ha reconocido como algo eminentemente de interés público, es evidente que al pedir medidas contra esta forma especial de inflación están afectando a intereses de grupos importantes,

sensibles y bien organizados, es decir, los intereses del sector exportador y de todos los demás beneficiarios de un superauge inflacionista. Es verdad que los defensores de la revaluación no están, al fin y al cabo, sugiriendo que los así afectados deban sacrificar sus intereses especiales al interés común. Se ha pensado que bastaría apelar a un egoísmo ilustrado y previsor frente a uno garrulo y corto de miras, ya que la dirección de la exportación derivada de la infravaloración de marco alemán estaba destinada a verse erosionada por el aumento de los costes y precios interiores, de forma que la única duda estribaba en si la posición especial de las exportaciones alemanas iba a llegar a su fin por un aumento externo o un decrecimiento interno del poder adquisitivo, con o sin dificultades para los ahorradores y dueños de pólizas de seguros de vida. Pero parece que esa apelación reclama más de lo que cabía esperar razonablemente.

Hay más consideraciones que deben recibir atención si se quiere hacer justicia al segundo grupo, los opositores a la revaluación. Hay que reconocer que una inflación de tales dimensiones alimentada por superávits en la balanza de pagos es una novedad bastante ardua para la capacidad de razonar y tomar decisiones de la gente. Es verdad que Suiza, considerada correctamente como el modelo de una política monetaria conservadora, dio el ejemplo de cómo detener la importación de inflación revaluando la divisa, cuando durante años tras la última guerra permitió deliberadamente que disminuyera el tipo de cambio del dólar para acciones distintas de las exportaciones (dólar financiero). Pero este ejemplo por lo general ha caído en el olvido y, en todo caso, se necesita un experto para entenderlo. Además, alterar el tipo de cambio es en realidad algo inusual y contradice el ideal de un valor externo estable del dinero, un ideal que indudablemente tiene una prioridad inferior que el de un valor interno estable del dinero, pero aun así que solo debería transgredirse en emergencias. Alterar el tipo de cambio, incluso en dirección a la revaluación, de otro modo siempre considerada como algo bastante deseable, no puede, por tanto, ser una decisión fácil para un gobierno y un banco central que, por razones que merecen respeto, consideran los tipos estables de cambio como un objetivo noble. Así que tienen que aferrarse a cualquier argumento objetivo concebible que pueda evitarlos elegir entre el sencillo sacrificio de este objetivo y el sacrificio irrevocable el objetivo aún más importante de la defensa contra la inflación. Es trágico que al hacerlo solo se vean más profundamente atrapados en el dilema y tengan que pagar por su vacilación un precio que sigue aumentando y solo ahora se aprecia en toda su dimensión.

Finalmente, para hacer justicia al segundo grupo, el tema de la polémica debe verse en la disposición internacional a la que pertenece. La forma particular de

inflación bajo discusión no se ha producido principalmente mediante laxitud monetaria en Alemania (o Suiza), sino en otros países. Lo que la genera es que Alemania ha tenido tanto éxito en combatir las demás formas de inflación que ahora se encuentra implicada de forma inesperada en la nueva forma de inflación importada, pero cuando trata de combatirla con las armas que se han demostrado eficaces en la defensa contra otras formas de inflación, descubre que son inútiles contra esta forma insidiosa y ahora le falta la fortaleza política para aplicar la única arma eficaz restante: la de ajustar el tipo de cambio, aunque sea inusual y repugne a cualquier gobernador honrado de un banco central. Alemania, como Suiza, se ha visto en dificultades solo porque el mundo sigue sin un sistema monetario internacional que obligue a alinearse con una disciplina monetaria como hacía el patrón oro. Por tanto, la inflación importada es una expresión de un defecto grave de la economía mundial actual. Es una sacudida para la balanza de pagos de estos países por parte de otros países que están sufriendo el problema contrario de déficits externos masivos y por eso están exportando su propia inflación nacional, que se ve alimentada por fuentes internas bien conocidas. La principal postura entre estos otros países ha estado ocupada durante unos cuantos años por Estados Unidos.

Así es más o menos como se enfrentan los dos bandos en esta amarga batalla de opiniones. Con la mejor voluntad del mundo por hacer justicia al segundo grupo y comprender su postura, la conclusión inevitable es que los argumentos factuales del primer grupo son en buena medida irrefutables y el resto son más convincentes. Aunque ya se haya dicho todo lo esencial en ambos bandos, la discusión sigue generando nuevos puntos de interés. Esto es aplicable especialmente al seriamente factual y por tanto convincente estudio del profesor Rudolf Meimberg, *Zum Streit über den Wechselkurs der D-Mark*,<sup>1</sup> pero también a las contribuciones al debate recientemente publicadas por el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* el 28 de enero de 1961.

Lo más interesante de todo fue el método con el que el economista estadounidense profesor M. Palyi, que también disfruta con justicia de una alta reputación en Alemania, intervino en debate para echar una mano a los que se oponen a la revaluación. Estos celebraron su intervención como un triunfo para su causa, pero se dieron cuenta, tal vez demasiado tarde, de que esta realmente significaba una reducción al absurdo, si un hombre tan inteligente como este se siente obligado a sacrificar todas las demás posturas y limitarse a una condena

---

<sup>1</sup> Frankfurt del Meno, Fritz Knapp Verlag, 1960.

casi por completo autoritaria de cualquier alteración de los tipos de cambio calificándola de *dirigiste*, como si un tipo estable de cambio no fuera en ningún caso un precio «político» que requiera ser «dirigido» por el banco central y como si muchos casos, como los del franco francés o la peseta, no hubieran sido otra cosa que alteraciones del tipo de cambio. En cuanto al resto, en su opinión no hay nada que hacer y la inflación sencillamente tiene que importarse. Aquí se ve al menos la admisión de que en realidad la alternativa sí está entre la inflación importada o la revaluación: aunque tenga el mérito de la sinceridad, se compra a costa del cinismo. Quien ahora abra a sangre fría las compuertas a la inflación importada estará de hecho libre de reproches de doble juego, pero tendrá que aceptar la culpa por haber capitulado apenada o vergonzosamente ante la inflación, a la que hasta ahora se ha calificado acertadamente por lo general como un delito. Renuncia a cualquier credibilidad como opositor de la inflación, en cualquier forma.

Después de estos comentarios críticos, estoy encantado de estar completamente de acuerdo con el profesor Palyi en que el problema opuesto de la balanza de pagos de Estados Unidos, que es directa o indirectamente la fuente principal de la inflación importada de Alemania, es esencialmente la consecuencia de la presión inflacionista interna. Por decirlo de forma más precisa: la balanza estadounidense de pagos ha dejado de estar en equilibrio porque, a la vista de todas las circunstancias, incluyendo especialmente la recuperación económica de Europa y Japón y su mayor competitividad, Estados Unidos se ha hecho demasiado caro y menos competitivo bajo el impacto de la inflación nacional, principalmente del tipo de impulso salarial y no ha conseguido reconciliar el volumen de renta y gasto nacionales con sus pagos externos. El *Wall Street Journal* del 26 de enero lo decía claramente al indicar que Estados Unidos entró en sus dificultades actuales pagando demasiado en el exterior y, al mismo tiempo, dando rienda libre en el interior al gasto en déficit y la inflación. Contrariamente a algunas otras extrañas teorías sobre la divisa, este es el único diagnóstico de la crisis de la balanza estadounidense de pagos que se ajusta a los hechos y responde a una lógica económica. Es gratificante advertir que esta opinión es compartida por algunos de los más distinguidos economistas estadounidenses, como atestigua, sobre todo, el artículo del profesor Gottfried Haberler, de la Universidad de Harvard, en el número de enero de *Lloyds Bank Review*. Pero, por supuesto, esto era algo esperable.

Desde la guerra, Estados Unidos ha sufrido crónicamente inflación interior, a veces inflación salarial, a veces inflación presupuestaria, a veces inflación inversora. Pero mientras los países europeos y Japón fueron económicamente

débiles y el resto superaban a Estados Unidos en política inflacionista, el extraño resultado era que la inflación estadounidense se asociaba con una escasez de dólares. Pero una vez que estos países han mejorado enormemente su capacidad de producir y competir (y adicionalmente han aprendido disciplina monetaria, mientras que en Estados Unidos continuaba especialmente la inflación salarial y la competitividad estadounidense se veía perjudicada por la política sindical y fiscal), la escasez de dólares se convirtió en la actual «inundación de dólares», aunque desde hace mucho tiempo el último progreso visible lo realizó el presidente Eisenhower en la batalla contra la inflación.

Este diagnóstico es al mismo tiempo la explicación para un fenómeno muy extraño. Tengo en mente que el hecho de que, contrariamente a todas las experiencias y expectativas, el estancamiento cíclico en algunas partes de la economía mundial, notablemente en Estados Unidos, se asocia con altos déficits en la balanza de pagos y un auge sin precedentes en otras partes, especialmente en países europeos como Alemania, Suiza e Italia, que tienen grandes superávits externos. Cabría haber esperado exactamente lo opuesto y el rumbo normal habría sido que la tendencia al estancamiento de Estados Unidos se extendiera a los países industriales de Europa a través de flujos de pagos y préstamos en la dirección opuesta, de Europa a América. Así que un estornudo estadounidense ha causado una gripe o algo peor en Europa. No ha pasado nada parecido. Europa evita todo esto con alegría cuanto más estornuda Estados Unidos. La razón profunda es que la cadena causal en Estados Unidos no empieza con estancamiento, sino con una transformación de la balanza de pagos en déficit como resultado de las circunstancias descritas y es este déficit el que generó estancamiento en el interior y superávits inflacionistas en Europa y un auge sobrecalentado y una saturación en el empleo.

Pero este diagnóstico también ofrece la clave para la cura de la debilidad del dólar. La política crediticia y monetaria de Estados Unidos debe establecer su rumbo hacia la restricción hasta que desaparezca la inflación nacional y, con ella, los déficits externos. Este es el punto esencial y no es permisible ninguna desviación de este con referencia a los grandes compromisos de pagos exteriores de Estados Unidos. Lo que puede pensarse de esas referencias populares tuvo ocasión de explicarlo hace unos pocos meses en el mi artículo «La crisis de la balanza de pagos de EEUU: Diagnóstico y tratamiento».<sup>2</sup> Por tanto, la administración Eisenhower estaba en el camino correcto al mantener corto al

---

<sup>2</sup> Ver capítulo XV de este libro (N. del Ed.).

país. Si se le culpa de no ser lo suficientemente coherente, es justo reconocer el dilema en el que se encontraron el ejecutivo de EEUU y los bancos centrales a la vista de una inflación salarial tan fuerte y tan pertinaz que tuvieron que cerrar los grifos del dinero y el crédito más allá de lo que preveían, a la vista de la ralentización causada por ello. El resultado podría ser fácilmente una combinación de estancamiento, mayor presión sobre precios y salarios y una sangría externa continua que sigue sin ser atajada.

Por el contrario, el presidente Kennedy, a juzgar por el programa anunciado, es poco posible que siga el rumbo correcto. Esta es la alarmante pero inevitable conclusión. La homeopatía está siendo injustamente desacreditada por un intento de curar un déficit externo, como el que sufre hoy Estados Unidos, por una dosis mayor de su causa, que es la expansión monetaria. Esto es aún más lamentable porque el nuevo presidente no debería encontrar demasiado difícil resolver el problema del dólar con los medios correctos sin infligir al país un estancamiento paralizador. La respuesta está en combinar una política de disciplina monetaria y fiscal continua con rebajas impositivas para beneficios no distribuidos y con un intento de convencer a los sindicatos, sin duda una aproximación prometedora en el caso de un presidente demócrata notablemente simpatizante con el movimiento sindical.

Un programa así sustentaría la perspectiva del más rápido éxito y los menores sacrificios para Estados Unidos y además puede contar con la ayuda de Europa. Es bastante natural que Washington deba mirar primero a Bonn a este respecto, pues en la práctica el marco ejerce un efecto de succión que ya no puede negarse. No es una buena política e incluso es una peor economía tomar el dinero de los alemanes de una forma más o menos elegante y a través de desvíos más o menos factibles. Pero los estadounidenses no se equivocan al esperar algo de Alemania. Solo hay dos cosas que pueda hacer Alemania. O Alemania hace lo que recientemente un grupo de asesores de Kennedy, que, en un exceso de cinismo, sugirieron al gobierno de Bonn lo que debería verse obligado a hacer, que sería administrar una considerable dosis de inflación a la economía alemana, o si no, tras rechazarlo con una abrumadora justificación y una comprensible indignación, Alemania debe por fin ofrecer a Washington la revaluación del marco. Si no opta por una u otra, tendrá extraordinarias dificultades para proteger su caja. Así que el tratamiento correcto para el dólar tiene su contrapartida en el tratamiento correcto para el marco alemán.





## XVIII. F. A. Kramer: In Memoriam

Manuscrito sin fecha, publicado por primera vez en *Gegen die Brandung*, 1959, se cree que se escribió en el momento de la muerte de Kramer, en 1950.

Si puede permitirse un testimonio personal de una persona entre las muchas que guardan luto por la prematura muerte de este hombre único, yo condensaría todo en esta única frase: He perdido a un amigo al que estuve ligado, durante años de trabajo común y tiempos duros, por una comprensión mutua e íntima de todo lo que teníamos en común y por el más profundo afecto y cuya vida y obra reconozco respetuosamente como la de un hombre sabio y temeroso de Dios. Si esos miles supieran qué ejemplo dio con su fe firme e inquebrantable en el Altísimo, con su resuelta valentía a la hora de defender lo que consideraba correcto, con su juiciosa aplicación de sus excepcionales facultades mentales y con un espíritu de sacrificio, señalado desde hacía mucho por la muerte prematura que tuvo, que le dio la fortaleza para hacer a la obra de su vida, el *Rheinischer Merkur*, el punto de reunión de las fuerzas cristianas y humanistas de la libertad en Alemania. Miles deberían saber que en él había un hombre con dones inusuales de mente y personalidad, que sacrificó su salud, comodidad, paz y finalmente su vida a una causa que innumerables alemanes conocían. Se lo agradezco desde aquí y deseo que podamos unirnos en esta expresión de gratitud todos aquellos que, aunque solo sea desde la distancia, podamos apreciar lo que significaba en el desaliento de nuestro tiempo ver la lucha de este hombre contra las fuerzas letales de la desintegración, de la ruina mundial, de la destrucción simultánea de lo divino y lo humano, el exceso, la perversión y la falta de libertad. No pueden expresar su gratitud mejor que asociando al recuerdo de nuestro amigo fallecido el respeto por su ejemplo y su lealtad a los objetivos y reglas.

Fue durante la guerra cuando nos conocimos en suelo suizo, unidos por una preocupación común por el destino de nuestra cultura occidental y por una solución europea para el problema alemán. Cuando nos conocimos, me impresionó la agudeza política de mi amigo, la claridad y precisión de su pensamiento, su inusual poder de expresión y su integridad intelectual. Inmediatamente se creó entre nosotros el tipo de concordancia que echa raíces en las capas más profundas del alma y apenas necesita declararse y confirmarse en detalle. Y así ocurrió que, a pesar de la distancia entre Ginebra y Berna, donde él vivía, desarrollamos una colaboración cada vez más cercana, de la cual, por

desgracia, los resultados fueron escasos, aunque los efectos indirectos han resultado absolutamente importantes y duraderos.

Una de nuestras principales tareas, tal y como lo veíamos, era aprovechar todas las vías y mecanismos ofrecidos por la vida diplomática de una capital neutral para contrarrestar las tendencias perniciosas que amenazaban con impulsar la política de los Aliados en la vía que acabó llevando a Teherán, Yalta y Postdam. Era una lucha desesperada contra un grado de engaño y juicio erróneo que incluso entonces nos llenaban de ominosas premoniciones para el futuro. Era mi amigo quien, al vivir en Berna y dedicarse totalmente a esta lucha, tenía que soportar sobre sus hombros la principal carga de esta actividad agotadora y descorazonadora. Un relato de nuestras experiencias, que naturalmente tendría que incluir las intrigas de los socialistas y comunistas alemanes, entonces todavía unidos por una ideología común de «izquierdas», significaría tomar un ejemplo vivo para describir el trasfondo psicológico de una política aliada que no solo estaba condenada al fracaso a la hora de resolver el problema alemán, sino que acabó rindiendo la mayoría de Europa y Asia al imperialismo comunista ruso. No todos los alemanes eran nazis; era necesario buscar las fuerzas en las que confiar para una sólida reconstrucción de Alemania (estas fuerzas no estaban solo en la izquierda, pues el comunismo no era sino una variante del totalitarismo) y solo solo bajo responsabilidad propia se podía intentar acabar con Satanás usando a Belcebú. Dijimos todo esto solo para darnos cuenta al final de que hablábamos en vano y, para colmo, nos estábamos convirtiendo en sospechosos de ser «reaccionarios». Fue mi amigo quien más sufrió psicológicamente y estoy seguro de que ese fue el origen de su enfermedad. El resultado lógico de todo esto fue que se rompieron las conversaciones con el representante estadounidense cuando hablamos de la obstinada ingenuidad de una política que ponía una fe ciega en los comunistas y de la necesidad de combatir el totalitarismo rojo igual que el pardo.

En este sentido, hay que dar las máximas calificaciones a la inteligencia y lealtad de Allan W. Dulles, el autor de un libro justo sobre la oposición alemana, a quien el presidente Roosevelt había enviado a Berna en una misión especial durante la guerra. Pero fue a través de su mediación como nos llegó uno de nuestros mayores desencantos.

Fue en el día en que se anunció la fundación del «Comité Libre de Moscú» cuando conocí a Dulles. Cuando preguntó qué significaba, le contesté: «Significa que Moscú tiene un programa para Alemania, pero Occidente no tiene ninguno»: Continuó preguntándome qué aconsejaba hacer y dije que Occidente debería

apresurarse a ponerse al nivel de la política y propaganda orientales buscando una solución occidental para la cuestión alemana en oposición a la inspirada por Moscú y promoviendo la creación de un comité occidental apropiado para los alemanes. Me preguntó qué tenía en mente y le expliqué que pensaba que serviría mejor para este propósito un comité constituido por representantes de las iglesias cristianas. Ese comité tenía que formarse sin dilaciones y su primera tarea debería ser publicar un manifiesto cuidadosamente preparado por quienes llevaran a los alemanes de vuelta al terreno firme de los valores y tradiciones occidentales. Pero también se necesitaba algo más. Los aliados deberían imaginar en qué terrible estado de desconcierto espiritual estarían los alemanes. Al entrar allí, los aliados encontrarían una nación de seres humanos sobre cuyas cabezas se estaría desplomando el mundo después de terribles sufrimientos. Solo unos pocos entenderían cómo se llegó a esto, qué significaron Hitler y el nacionalsocialismo, por qué había habido una guerra, qué cosas inhumanas y odiosas tenían que pasar y por qué todo acabó como acabó. Y todavía mayor que su hambre física sería el hambre espiritual de este pueblo, que, en su estupor, querría saber qué le había ocurrido realmente y por qué y, una vez que hubiera entendido eso, encontraría un nuevo objetivo de vida y comunidad. Los aliados deberían aceptar los buenos servicios de un alemán honrado en línea con su pueblo, un hombre inteligente con capacidad de expresión, para que escribiera un manifiesto en este sentido y de este deberían publicarse millones de copias a distribuir tras la llegada de los aliados, junto con las raciones correspondientes de rancho, en nombre de nuestro comité cristiano alemán. Solo conocía a un hombre que pudiera cumplir con todo esto: mi amigo el doctor F. A. Kramer.

Todas estas ideas y propuestas se aceptaron con la mejor de las disposiciones y todo el resto volvió a recaer sobre mi amigo, quien asumió el proyecto incansablemente y con una admirable capacidad. El comité se fundó después de que consiguiéramos interesar a excelentes representantes tanto del bando católico como del protestante, incluyendo a un conocido socialista. Acordamos un plan de acción y, lo más importante de todo, mi difunto amigo, al que, a mi propuesta, se le encargó también esa tarea literaria, presentó su manuscrito para el manifiesto. Le había costado semanas de duro trabajo y, como cabía esperar, era muy apropiado para este fin. El resto quedaba ahora en manos de los estadounidenses. Y entonces llegó el golpe demoledor. Obviamente en respuesta a una indicación de Washington, Mr. Dulles, que hasta entonces nos había animado impacientemente, canceló todo. El trabajo de meses estaba sencillamente destinado a desaparecer en los archivos del Departamento de Estado y, en lugar de los millones de copias que nos había hecho creer Mr. Dulles

que se imprimirían, conseguimos la amable oferta de que si Mr. Kramer quería que se imprimiera el panfleto, los estadounidenses asumirían un miserable total de quinientas copias. El panfleto se publicó posteriormente bajo el título *Vor den Ruinen Deutschlands* en Alemania (Historisch-Politischer Verlag, Coblenza) y en Suiza (Europa-Verlag, Zúrich).

Habíamos recibido nuestra lección. Si era en todo caso indeseable para las potencias occidentales tener una política alemana, porque y en la medida en que esto fuera contra planes comunistas, estaba completamente fuera de discusión animar cualquier tipo de actividad política y espiritual por parte de los alemanes que se habían ganado una reputación de ser reaccionarios debido a su apelación a la tradición, la civilización occidental, la patria, la familia, la propiedad y el cristianismo y a sus advertencias contra todas y cada una de las formas del totalitarismo. En nombre de la política de «rendición incondicional», esos incorregiblemente «antiprogresistas» tenían que apartarse de una vez.

Esta es la historia, contada aquí por primera vez, del que fue probablemente el único intento, que fracasó miserablemente, de oponerse a la política alemana y europea declarada por Moscú durante la guerra mediante una iniciativa conjunta germano-estadounidense basada en esos ideales que hacen que el mundo occidental aguante o se venga abajo. Rompo mi silencio, no para reabrir viejas heridas, sino para honrar el recuerdo de mi amigo, que desempeñó el papel protagonista en este intento y, con el completo apoyo de su valerosa esposa, sacrificó sus fuerzas y sus últimos recursos financieros.

Cuando la historia tomó el rumbo que hemos tratado de detener con nuestras débiles fuerzas, consideró que su obligación natural era estar entre los primeros en volver a su país y dedicar hasta su último aliento a esa misma tarea, incluso entre las ruinas. Era irremplazable y muy lamentablemente le echaremos de menos.

# Índice

---

Prólogo de Gottfried Dietze .....	3
Parte I: República de Weimar, totalitarismo pardo y Segunda Guerra Mundial .....	9
I. Sobre los problemas de transferencia de los movimientos internacionales de capital .....	11
II. Los intelectuales y el «capitalismo» .....	29
III. La importancia secular de la crisis mundial .....	45
IV. ¿El fin de una era? .....	73
Parte II: Reconstrucción y totalitarismo rojo .....	89
V. El centenario del librecambismo británico .....	91
VI. «Inflación reprimida»: La enfermedad de la economía moderna .....	99
VII. El Plan Marshall y la política económica .....	109
VIII. Liberalizar el tipo de interés .....	117
IX. Austeridad .....	125
X. La formación y uso del capital .....	135
XI. Keynes y la revolución de la economía: Economía antigua, nueva y verdadera .....	145
XII. La lucha contra el inflacionismo .....	157
XIII. El dilema de la inflación importada .....	161
XIV. Robando a Peter para pagar a Paul: Sobre la naturaleza del estado del bienestar .....	173
XV. La crisis de la balanza de pagos de EEUU: Diagnóstico y tratamiento ....	181
XVI. El mundo sin un sistema monetario mundial .....	187
XVII. El marco y el dólar .....	199
XVIII. F. A. Kramer: In Memoriam .....	209
Índice .....	213